

Inspector Sejer, 7

KARIN FOSSUM

EL ASESINATO DE HARRIET KROHN

«Una Patricia Highsmith contemporánea.»

The Irish Times



DEBOLSILLO

KARIN FOSSUM

El asesinato de Harriet Krohn

Traducción de

Lotte Katrine Tollefsen

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Julie, querida:

¿Lees estas cartas? Espero que sí, pero no exijo nada, me mantengo en un segundo plano. No tengo nada que ofrecerte y entiendo que estés resentida. Te escribo de todas formas, soy tu padre. Escribir se ha convertido en una costumbre valiosa, me tranquiliza. Ya sabes cómo soy, lo que me pasa. Todo dios me persigue porque debo dinero, me siento como un trofeo de caza. Ya no tengo buenos amigos, solo contactos dudosos. ¿Te acuerdas de Bjørnar Lind? Era mi mejor camarada, nos conocemos desde que éramos niños; ahora no me quiere ni ver. Le debo doscientas mil y no sé de dónde las voy a sacar. Tengo miedo de que mande gente a por mí, miedo a lo que puedan hacerme si no pago. En el ambiente corren rumores de que está intentando hacerse con un matón. ¿Sabes lo que le hacen a la gente? Le cortan los dedos con unas tijeras de podar, solo de pensarlo me pongo malo. La vida diaria se me hace difícil. El paro no me alcanza, resulta imposible ponerme al día con las facturas y las deudas.

¡Si todo llegara a su fin! Es culpa mía haber acabado en esta situación, tú no debes preocuparte, solo piensa en ti misma y sé feliz. ¡Sé joven, sana y prometedora! Debes saber que intento arreglar las cosas por mis patéticos medios. Algo de resolución me queda, aunque esté de rodillas; tengo planes. Sueños. Mi cerebro trabaja sin descanso para dar con una solución. Da vueltas, martillea, estalla constantemente. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? El 27 de mayo, ¿lo recuerdas? Discutimos. Solo intentaba explicarte la obsesión que provoca el juego. La pasión, la dependencia. Cerraste la puerta de un sonoro portazo, y pensé: no volveré a verla nunca más, no me dará más

oportunidades. Conduje de vuelta a la calle Blom con la sensación de haber fracasado en todo. ¡Tiene que haber una solución! ¿Será tan solo que no la veo? Miro hacia el futuro hasta que me escuecen los ojos, se me saltan las lágrimas, camino sin descanso por las habitaciones de casa, me muerdo los labios hasta sangrar. A menudo pienso en mamá, pienso en ella con arrepentimiento y melancolía. Todo lo que tuvo que soportar a causa de mi locura. Todo era más fácil antes, ella nos cuidaba y lo arreglaba todo. Era una especie de instancia correctora. No puedo entender que ya no esté. Visito su tumba una vez a la semana, es duro. Con frecuencia solo deseo caer de rodillas y abrirme paso cavando, arrancar la tapa del ataúd y recuperarla. Ayer compré brezo y lo puse delante de su lápida, ya sabes, esa planta llena de flores entre rojas y moradas que lo aguanta todo; recuerda a un arbusto salvaje. Quiero que sepas que la cuido, la arreglo, quito las malas hierbas y riego. A veces busco tu rastro, por si has ido por allí a atenderla un poco. ¿Lo haces? ¿Vas allí a llorar en soledad? Me gusta comprobar que reconocemos que a todos nos llega la muerte. Tal vez uno solo se marchita, como la abuela. En mis peores momentos he pensado en la muerte como solución, ya sabes que tengo ese viejo revólver que me dejó el abuelo. Perdona que te hable con tanta franqueza, tú no eres responsable de mí. No creo que llegue a viejo, estoy tan cansado... Imagina, la abuela ya tiene setenta y nueve años. Pero está inmóvil en una silla y solo está viva en parte. Una especie de sopor en el que no sucede nada. Pero su perfil cincelado es el mismo y la barbilla prominente que tú has heredado. Yo no soy capaz de perderme, adormilarme, cada una de mis células vibra. La sangre se desboca

por mi cuerpo, mis dedos tiemblan. Por las noches escucho en la oscuridad, esta vieja casa tiene muchos crujidos, suspiros, no duermo gran cosa. ¿Vienen ya?, pienso, ¿será esta mi última hora? Hoy estuve en la oficina de empleo, pero nadie quiere a un hombre medio viejo. Tampoco tengo buenas referencias, nada que aportar o de lo que presumir. ¡Julie! No me rindo, aunque tenga que recurrir a medidas extremas. Dedico cada hora del día a buscar una solución. Todo gira en torno a un dinero que no tengo. Cosas que no me puedo permitir, proyectos que no puedo terminar, deudas que no puedo pagar. Todo es miedo y vergüenza, terror cada vez que llaman a la puerta, las largas horas hasta conciliar el sueño, el único consuelo que tengo. Mientras no sueñe con la debacle. La vida no puede seguir así, desgasta demasiado mis fuerzas. Siempre este miedo, este corazón desbocado. Mi patético rostro en el espejo, la certeza de que lo estropeé todo. Solo por un fallo. Una debilidad por el juego, las probabilidades y la suerte.

No te pido que me perdones, solo una pizca de comprensión. Estoy en otra senda. El juego ya no me proporciona alegría alguna, creo que sería capaz de pasar por delante de una máquina tragaperras y conservar el dinero en el bolsillo. Mas esas luces brillantes tienen algo, son como una droga. Frente a ellas el tiempo se detiene y estoy completamente vivo. Tomo posesión de la máquina, la dirijo, la reto, me saluda espléndida con luz y música, tira de mí, me tienta. Yo me entrego, me dejo llevar, sueño. Puede que tú me consideres débil, pero esa es solo parte de la verdad. Si supieras lo desesperado que estoy, lo lejos que estoy dispuesto a llegar si tan solo pudiéramos retomar el

contacto. No tengo a nadie más que a ti. Me siento arrastrado al límite y no sé dónde acabaré. No hay amigos, ni trabajo, ni hijos. No, hijos sí, porque sigo sosteniéndote, aunque no lo necesites, no lo deseas. Tal vez me hayas visto alguna vez, estoy en el Honda a la puerta del colegio, escondido entre los coches del aparcamiento. Te veo salir del edificio con todos tus amigos, bromeando, riéndote, saludable. Contemplo tu hermosísimo cabello rojo como una nube que enmarca tu rostro. ¿Hay lugar para mí en tu vida, por pequeño que sea? Si me rechazas para siempre no sé si seré capaz de soportarlo. Hacerme viejo solo, sin sentirme unido a nadie. De todas las desgracias que pueden acontecerle a una persona, la soledad es la peor. No tener ni siquiera a alguien con quien llorar en este mundo miserable. Tú eres lo único de mi vida de lo que estoy orgulloso. Pero parece que estás muy delgada, Julie. ¿Comes bien? Tienes que abrigarte mejor, estamos en invierno. Mamá te diría lo mismo si te viera con el cuello desnudo. Siempre le hacías caso. ¿Recuerdas los buenos tiempos? Cuando todavía trabajaba en el concesionario de coches. Era un buen vendedor, transmitía confianza, era competente y no olvido el placer enorme de tocar la gran campana después de cada venta. La sensación de tener éxito, de ser parte del mundo. Regresar a casa con tu madre y contigo por la noche, al calor y la luz. Ya no hay luz, mi vida desaparece. Mientras te escribo estás tan cerca... Es como si nos cogiéramos de la mano, no soporto la idea de soltarte. ¡Escúchame! Piensa en mí, ¡déjame sentir que soy parte de tu vida! ¿Estás a gusto en la residencia? ¿Te va bien en el colegio? Sueño con impresionarte, con darte lo que más deseas. No creo en milagros, pero creo que

uno puede cambiar su destino, es cuestión de imaginación y voluntad. De resistencia y valor. También creo que cuesta. Tal y como están las cosas ahora, pagaría lo que fuera, no tengo nada que perder. Ante mí solo tengo días oscuros y aterradores.

Un hombre camina en la oscuridad.

Es visible unos segundos bajo las farolas, la negrura lo devora y vuelve a aparecer, como si solo existiera en breves destellos. Así se siente, en eso se ha convertido su vida. Revive, desprende luz, para volver a apagarse, viene y va como una fiebre ardiente, vibrante. Lleva los puños cerrados en los bolsillos mientras se abre paso a tirones en la noche, pero no llama la atención. Nadie se vuelve para seguirle con la mirada, es un hombre corriente, de pelo escaso y mediana edad. Mientras camina, piensa, casi asombrado: no se me nota por fuera. Esto que pronto haré. Qué poco saben las personas. Aquí estoy, entre ellos y, mira, van por las calles pensando en sus cosas.

Los rostros que salen a su encuentro carecen de expresión. No se vislumbra felicidad alguna, ninguna alegría por este día, por la vida, o por los copos de nieve que caen. Esta vida que solo es suya un instante, que dan por descontada, que pasa despacio a su lado mientras sueñan con otra existencia, en otro lugar. Amor, cuidados, todas esas cosas que las personas necesitan. Anda y anda, preferiría darse la vuelta, pero sabe que es demasiado tarde, ha llegado demasiado lejos. Casi le resulta incomprendible haber llegado hasta ese punto, pero lo aparta de su mente y sigue adelante, se deja arrastrar por el miedo y la necesidad. Observa este abismo que se abre ante él, no tiene fin. La caída le da un miedo mortal, la caída le seduce. Dobla los dedos en los bolsillos, teme por ellos, imagina una tijera de

podar atravesando la piel delgada, la sangre que mana a borbotones de los muñones con cada latido. Tiene náuseas. No puede deshacerse de esa imagen. Tiene que llegar a otro lugar, aunque se llame espanto. Lleva sobre los hombros una gran vergüenza, una vida miserable, ya no puede más, tiene que actuar. A ratos levanta un momento la vista hacia las personas que no saben nada. No ven todo este horror que crece despacio en su interior. ¿Ya está creciendo?, piensa, ¿ya estoy en marcha, esto está pasando? ¿No es la ciudad un decorado, no se trata de una película? Las casas parecen de cartón piedra, todos los demás son extras. No, esto es real; cierra los puños, siente cómo se contraen los músculos. Está en marcha, coge impulso, camina como si fuera sobre raíles.

Tiene el labio inferior partido, no sabe cuándo ocurrió, un sabor dulzón a sangre en la lengua, le parece que sabe bien. Más tarde, cuando todo haya pasado, la gente se horrorizará, se tapará la cara con las manos y le juzgará. Aunque pueda explicarlo. Sabe que puede explicarlo, paso a paso, el camino agotador, el abismo enorme a los pies, si le dan tiempo. Si solo quisieran escuchar la que es su historia... Pero la gente no tiene tiempo, tienen sus propias historias tristes, oh, su carga es tan pesada, ¡está tan solo! Así piensa mientras va por la calle, con las manos hundidas en los bolsillos, con la cara vuelta hacia la acera cubierta de aguanieve.

Es de mediana estatura, de complexión fuerte, viste una parka verde. La parka tiene capucha, se está llenando de nieve. El rostro ancho, los ojos juntos, de color gris; no es un hombre guapo, pero tampoco del todo insignificante. La frente alta, la mandíbula ancha y una barbilla fuerte y barbuda. Calza botas con la suela cosida, de cuero algo gastado que deja pasar el agua, no siente los dedos de los

pies. Apenas lo nota, tiene tanto en qué pensar... No, ahora no se atreve a pensar, vacía la mente, solo es un organismo decidido que no mira atrás. Solo tiene que abrirse camino hasta la meta, no dejar paso al temor. Le rodea como un gas incoloro, casi no se atreve a respirar. Pasa por delante de una tienda de espejos, de repente ve su propia cara y aparta la mirada horrorizado. El rostro está tan desnudo, los ojos en la sombra... Se vuelve, camina y camina; la figura es fuerte, compacta, los hombros redondeados y anchos; anda con pasos oscilantes, decididos. Cada vez que las botas impactan sobre la acera el aguanieve sale disparada hacia todas partes, un chasquido húmedo. Nada puede detenerle. Pero no puede evitar pensar: si me encontrara ahora con alguien, por ejemplo, un viejo amigo, hablaríamos de la mar y de los peces y de los viejos tiempos. Podríamos tomarnos una cerveza en el Dickens, y todo sería diferente. Pero no vendrá ningún viejo amigo. No tiene amigos, ya no, ni tampoco trabajo, se ha apartado, vive a lo suyo. Vive con angustia, pena y preocupación. Su mundo es pequeño y miserable. Es 7 de noviembre y cae aguanieve. Grandes copos mojados. Enciende un cigarrillo, inhala con fuerza, llena los pulmones de humo. Le pica, empieza a toser, pero sabe que se le pasará. Enseguida ve una gasolinera Jet con chillones neones amarillos. Levanta la vista hacia los grandes carteles de Hennes & Mauritz. Cubren la fachada del edificio que queda a su derecha. Qué raro, piensa al ver a la exuberante mujer en ropa interior de puntillas, qué desnuda está en esta noche helada. Sin embargo parece estar cómoda, mientras que él está mojado y tiene frío, mas no puede considerarse una molestia. Es algo que percibe en la distancia, como si se contemplara desde fuera. Enseguida ve la entrada de la floristería. Al instante reduce la velocidad. Recorre los últimos metros mirando

de reojo, con disimulo, a través del escaparate. Ya no puede detenerse, porque va por ese raíl, y por delante solo tiene un abismo donde todo se pierde en la oscuridad. A la vez se encoge, está horrorizado, no comprende que sea posible, que haya llegado tan lejos. Que tiene por delante una misión ruin, un propósito despreciable. Él, el bueno de Charlo. Charles Olav Torp. Un hombre corriente. Puede que un poco desafortunado, algo débil, pero, por lo demás, un tipo estupendo. ¿Acaso no es un hombre de bien? Cree que sí, aprieta los dientes, se apoya sobre la pesada puerta, se abre hacia dentro. Oye una campana. Su sonido quebradizo, tintineante, le importuna. Preferiría llegar sin hacer ruido, nadie debe fijarse en él, nadie debe escuchar. Se detiene en mitad de la tienda. Al instante siente el aroma, dulce y anestésico. Es demasiado, se desconcierta, tiene que dar un paso a un lado porque se marea. Lleva mucho tiempo sin comer. ¿Lo ha olvidado? Ya no se acuerda. Es un día turbio, como si acabara de despertarse y recuperara la conciencia al borde del precipicio. Los ojos recorren inquietos el local. El interior es una pequeña jungla de flores y verde, hojas y corolas. Ve flores de seda y regaderas, abono para flores y brillantadores de hojas, coronas de rosas secas. Una abundancia incomprensible. Lee nombres exóticos: crisantemos y brezo, hibiscos y monstera. Una chica joven espera tras el mostrador. Le recuerda a su hija Julie, pero no es tan hermosa como ella, porque Julie es la más bella, la mejor. El corazón late suavemente cuando piensa en su hija. A la vez siente un dolor sordo y su propia traición se le presenta en todo su horror. Traga saliva y endereza la espalda; vuelve a mirar a la joven, es frágil y rubia, de largas trenzas. Se fija en sus muñecas delgadas, tan increíblemente menudas y blancas. Es joven, piensa, y su esqueleto es blando como el de un gatito. Puede hacer el puente y

abrirse de piernas, está casi seguro. Su piel es fresca y rosada, sorprendentemente transparente. La mirada baja le sienta bien. Por todo el suelo hay flores metidas en cubos de plástico rojos y azules. Ve rosas, rojas y amarillas, y otras cuyos nombres ignora. Se queda mirando a su alrededor, dudando, con las manos metidas en los bolsillos. Por un momento se ve sobrepasado. Se siente tremendamente expuesto bajo la luz intensa, a solas con la chica joven que sigue esperando. Ahora le mira, está insegura pero es amable. Le gusta estar allí de pie, su trabajo; pronto cerrarán y volverá a su estudio a darse un baño caliente. Puede que tenga algo rico para cenar, que vea la televisión. O una larga conversación telefónica con una amiga del alma. No lo sabe, pero nota que ella está bien, que está satisfecha con sus circunstancias. Algunas personas viven bien, piensa, así tiene que ser o el mundo habría enfermado, los arbustos y la maleza crecerían sin límite hasta hacerse enormes, altos, cubriendo todas las huellas dejadas por la especie humana. Sería hermoso, piensa, un planeta Tierra de un verde intenso sin gente, solo animales pastando y pájaros aleteando, graznando. La chica está delgada, pero tiene buen aspecto. Piensa que comerá lo que necesite, puede que sea activa, nada se le queda pegado. O tal vez está condicionada por la herencia de una familia menuda. Especula, ocupa el tiempo, siente los latidos del corazón incansable, nota que tiene las mejillas encendidas, a pesar de que acaba de caminar por las calles durante una eternidad, dando vueltas por la ciudad gris de aguanieve y niebla. Se ha detenido en la orilla para observar el agua, lo ha contemplado como una solución. Saltar desde la orilla, dejarse hundir hasta el fondo. Sería rápido, ha pensado, primero una presión dolorosa, luego la cabeza arde y los ojos lo ven todo rojo. Todo pasará por delante. La

enfermedad de Inga Lill, la desesperación de Julie, su propia manía enfermiza por el juego. Se obliga a descartar esos pensamientos. Todo está a punto de hacerse realidad. Lo que ha imaginado durante días, semanas, está a punto de suceder. Este es el primer paso. Tan inocente, tan tranquilizador, comprar un ramo de flores. La chica espera paciente, pero se siente insegura ante su silencio. Cambia el peso de una pierna a la otra, retira las manos, vuelve a ponerlas sobre el mostrador. Los dedos están adornados con delgados anillos; las uñas, pintadas de rojo. Empuja las trenzas sobre la espalda, son claras y brillantes como una cuerda de nailon, en unos segundos vuelven a caer al frente y oscilan sobre el pecho. Él sabe que cuando se acuesta por la noche y se quita las gomas, entonces el cabello se expande ondulado por las trenzas. Qué jóvenes son estas chicas, piensa, tan tersas, tan transparentes. Piensa en papel de seda, porcelana y seda, piensa en cristal fino. Puede ver sus venas como una delgada red verde bajo la piel de las muñecas. Allí late la vida que fluye con alimento y oxígeno, todo lo que necesita para mantenerse con vida. Vuelve a respirar profundamente. La luz de la tienda, el intenso aroma de las rosas y el calor casi dulzón son demasiado para él. Siente pinchazos en los ojos. Nota que se le acelera el pulso y cierra los puños con fuerza, siente que las uñas le cortan la piel. Dolor, piensa, esto está ocurriendo de verdad. No, no ha ocurrido nada, todavía no, pero el tiempo pasa y tarde o temprano llegaré a eso. ¿Hasta dónde voy a llegar?, ¿será horrible? La chica del mostrador lo intenta otra vez, sonrío con amabilidad, pero él no le corresponde. Su rostro está inmóvil. Sabe que debería sonreír y así parecer un cliente normal, un hombre que se dispone a hacer algo agradable. Comprar un ramo de flores. Pero él no es ningún cliente normal y lo que va a hacer no es

alegre.

Titubeante, se acerca al mostrador; el cuerpo corpulento oscila sobre el suelo. No está seguro de su voz porque lleva un tiempo sin escucharla, por eso le pone algo más de energía.

—Quiero un ramo mixto —dice dando un respingo ante el sonido de su voz.

Tengo los pies mojados, piensa, las botas no son impermeables. Por la espalda baja un reguero de sudor frío, pero le arden las mejillas. No estoy seguro de que esto esté pasando. ¿No debería sentir otra cosa, estar más presente? Pienso tantas cosas raras... ¿Pierdo el control? No, tengo un objetivo claro, estoy seguro. He hecho un plan y me atengo a él. Los pensamientos se ven interrumpidos por las palabras de la chica:

—¿Es una ocasión especial? —pregunta.

La voz es dulce e infantil, un poco afectada, aparenta ser más joven de lo que es, se protege, para que él la trate con consideración. Son cosas que hacen las mujeres, se lo perdona, pero solo porque es joven. Las mujeres adultas deben comportarse como tales, no soporta esa misma afectación en las mujeres mayores, las que se aprovechan del supuesto sexo débil, cuando en realidad son resistentes, gomosas, listas y más calculadoras que los hombres. Eso le hace pensar en Inga Lill. Ella lo hacía con frecuencia, sobre todo al principio. Ponía una voz muy dulce, seducía y se escondía detrás de todo lo femenino, le hacía sentirse como un matón por ser tal cual, directo. Inga Lill, ya no estás, no sabes lo que está ocurriendo y le doy gracias a Dios por ello. Estoy perdiendo la perspectiva, razona, me estoy distraendo con trivialidades, tengo que ir al grano. ¿Qué edad tiene?, se pregunta, y la contempla. ¿Tendrá dieciocho? Es mayor que Julie, que tiene dieciséis.

No importa, no la conozco, nunca volveremos a vernos. Aquí viene mucha gente, ella no se acuerda de casi nadie, porque es joven, y vive como las chicas jóvenes, la mayor parte del día metida en un sueño sobre todas las cosas maravillosas que van a pasar.

Se remanga y se pone manos a la obra.

Lleva un jersey rojo oscuro, ceñido, parece una flor, un esbelto tulipán, fresco, flexible y encendido. Sí, es una ocasión muy especial, Dios mío, ¡si ella supiera! Pero no quiere hablar, no quiere darse a conocer más de lo necesario. Comprar flores es algo corriente, más adelante no podrán relacionarlo con lo que va a hacer ahora. ¿Qué está a punto de hacer?, ¿cómo acabará? No lo sabe, se desploma por el precipicio camino de una solución. Un tránsito hacia otra cosa. Mira a su alrededor. El establecimiento tiene buena fama. Todos los días lo visita un gran número de clientes, imagina una corriente constante de gente entrando y saliendo. Una infinita cantidad de rostros, una infinita cantidad de pedidos, ramos de distintos colores. Él no llama la atención en su parka verde. Se preocupa de apartar la mirada, distraer la atención de la chica hacia algo que no sea él. ¡Cómo florece en los grandes cubos! Casi no puede concebir que salgan de la tierra negra y húmeda. En polvo te convertirás, piensa, y de la tierra nacen flores. Dientes de león, ortigas. Es como debe ser, la muerte no es tan mala como dicen, está convencido. La chica espera paciente. Es florista. Tiene orgullo profesional. Es una artista con las flores. No puede limitarse a juntar cualquier cosa, lo que sea; se trata de una composición, de formas, colores y aromas, nunca hace dos ramos iguales. Tiene un estilo propio, pero necesita algo para empezar. Un pequeño estímulo, una idea. No se lo dan. Charlo está callado, no quiere.

—¿Para una señora? —pregunta prudente.

Nota su rechazo, no lo entiende y le resulta desagradable. Parece que le da igual, como si comprara por encargo de otros; parece estar incómodo, nervioso. Da la sensación de que suda copiosamente, el cuerpo oscila un poco, tiene las mandíbulas apretadas. Ella piensa que tal vez vaya a visitar a un enfermo. Nunca se sabe.

Charlo asiente sin mirarle a los ojos. Pero luego cae en la cuenta de que si ayuda y colabora, tardará menos en salir de la tienda. Tiene que despejarse la cabeza ya, no debe quedarse cavilando, tiene un proyecto que culminar. Mis nervios, piensa, pinchan como agujas. Sabía que pasaría. Vuelve a concentrarse. En su objetivo.

—Sí —dice—, para una señora. —Su voz vuelve a ser demasiado brusca y añade una idea repentina que cree adecuada—: Es su cumpleaños.

Aliviada, la florista empieza su labor. Todo vuelve a su lugar, el cuerpo menudo se concentra. Baja los hombros, los dedos delgados cogen una tenaza, se inclina sobre los cubos y selecciona las flores una a una. Los dedos sujetan los tallos con tanta delicadeza... Parece que tiene un plan. Ya no duda, ni rastro de inseguridad. Pasea la mirada por los cubos con profesionalidad, segura de sí misma. Lirios blancos, anémonas azules, guisantes de olor y rosas. Poco a poco nace un grueso ramo de color pastel entre sus dedos. Empieza por el centro del ramo con un lirio, el núcleo que el resto rodeará, subiendo y bajando, meciéndose, pero sujetas, de manera que las flores se protegen y se apoyan entre sí; es un arte. Lo ve y lo entiende, se siente fascinado y se pierde en lo que se está creando delante de sus ojos, pero se estremece al pensar que las flores tienen un propósito horrendo. Se mueve inquieto, su corazón late con fuerza bajo la parka,

quiere tranquilizarlo, pero no es capaz, el corazón ya no le escucha. Bueno, bueno, piensa, pues que lata a lo bruto, tengo un cerebro que funciona como debe. Soy yo quien decide, soy yo quien le da al cuerpo instrucciones para que actúe. Aunque la sangre corra desbocada por mi cuerpo y me tiña la cara de rojo, soy yo quien decide. Respira profundamente una vez más; tanto, que ella lo oye y levanta la vista. Es consciente de que él está allí, de que algo pasa, pero no es capaz de interpretar su comportamiento. Instintivamente se aferra a su labor, que domina. Juntar flores. Charlo vuelve a respirar tranquilo. Cálmate, dice en su interior, no ha ocurrido nada, todavía no. Nadie tiene nada contra ti. Todavía puedes darte la vuelta, puedes echarte atrás y la vida seguirá su curso, seguirá hacia la muerte. Lanza miradas de soslayo al ramo, sus pensamientos se distancian de nuevo, solo está parcialmente presente. Es un cero, no es nada, por fin podrá liberarse con una explosión. En su mente cree saber bastante sobre cómo sucederá todo. Lo ha repasado una y otra vez. Controlará el momento, dirigirá todo lo que pueda suceder. No hay lugar para imprevistos, los descarta de prisa. Mira por la ventana, ve que sigue cayendo mucha aguanieve. Huellas, piensa, y se palpa los bolsillos. Quiere asegurarse de que lo lleva todo. Lo tiene, ha pensado en todo, lleva muchas semanas haciéndolo. En sus pensamientos se ha ejercitado, y algunas veces, en sueños, ha lanzado un grito de terror.

El ramo crece.

La campanilla de la puerta tintinea con frescura en el silencio, y él da un respingo. Entra una mujer, viste un abrigo verde con cuello de piel negra, tiene grandes copos de nieve en los hombros. Los quita con un guante de color beis y le mira con ojos muy maquillados. ¿No será observadora?, piensa Charlo. Una de esas viejas agudas que no se

pierden nada. Los detalles, alguna peculiaridad que después pueda repetir. Pero él no tiene ninguna peculiaridad, cree que no, se tranquiliza de nuevo. Ella se inclina sobre un cubo, saca una rosa, observa el tallo con los ojos entornados. Él aparta la cara de prisa. Este rostro que siente tan grande, tiene la sensación de que cuelga, que se mueve como un estandarte. Mira hacia el exterior, el aguanieve. Se ve con más claridad bajo las farolas, un engranaje compacto, blanco grisáceo que se mueve de lado en la oscuridad. Siente tristeza. Por el terrible destino que le ha sido asignado. No me merezco esto, piensa, si soy una persona de buen corazón. Pero la angustia le corroe el alma. Se está perdiendo. La chica sigue trabajando. ¿No va a terminar nunca?, piensa, el ramo es grande y va a ser caro. Piensa en el tiempo que pasa, que está allí dentro, expuesto, en precario. Puede resultar peligroso. A partir de ahora todo será peligroso. Está preparado para este miedo. Es físico, lo controlará si consigue hacer eso de la respiración.

—Ahora el ramo costaría doscientas cincuenta coronas —dice la florista.

Le mira de reojo y aparta la vista enseguida. Su actitud hace que siga sintiéndose insegura.

Él asiente y dice:

—Está bien. Tiene buena pinta —añade en un torpe intento de mostrar buena voluntad.

Ella le devuelve la sonrisa aliviada. A pesar de todo, hay algo positivo en él, piensa, y está contenta. Debería haber hablado, sonreído, piensa Charlo. Haber resultado encantador, puedo si quiero. Entonces me olvidaría entre tantos otros.

—¿Van a pasar mucho tiempo fuera del agua? —pregunta ella.

Su voz suena más fresca, más abierta.

Él se queda un rato pensativo. ¿Llegarán a meterlas en agua? No lo sabe. Son casi las ocho de la noche y sabe que la tienda cerrará en unos minutos. Todavía deberá esperar un rato más antes de entrar en acción. Hasta que el tráfico de las calles disminuya. Hasta que la gente se haya recogido y él pueda caminar entre las casas sin ser visto.

—Una hora o dos —dice observando cómo envuelve los tallos en papel mojado; después los rodea con celofán, que cruje como un mal presagio.

Charlo vuelve a girarse. Al hacerlo, ve que deposita el ramo en una bolsa con forma de cono. La bolsa lleva escrito en letras muy visibles, rojas y azules, «Floristería de Tina». Saca la cartera para pagar, le tiemblan un poco los dedos. La chica evita su mirada y se queda observando su cartera, marrón y gastada. Ve con ojos jóvenes y despiertos que la cremallera está rota, se ha abierto por las costuras, y el cuero está dañado. Ve la pequeña pegatina roja y blanca que indica que es donante de sangre. Paga, guarda la cartera y se permite una sonrisita. Ella le devuelve la sonrisa y él ve que le falta un pedacito de la paleta izquierda, que no se ha molestado en reparar. Eso hace que su sonrisa resulte bastante atractiva. Charlo mira de refilón a la mujer de más edad, que espera. La nieve se ha fundido sobre los hombros, las manchas húmedas brillan a la luz. Mira la hora, tiene prisa, de hecho se acerca al mostrador. Tiene la nariz afilada y roja, la cara larga y delgada. Profundas arrugas enmarcan su boca, sombras azuladas bajo los ojos. Sabe que siempre recordará esa cara. Por fin desaparece por la puerta. La puerta se cierra, la campanilla tintinea. El aire del exterior le produce una extraña sensación de frescor. Va por las calles con la bolsa. Es visible unos segundos bajo las farolas, la negrura lo

devora y vuelve a aparecer. La bolsa oscila colgada de su mano. Tanta consideración que tuvo con el ramo, tanta técnica y experiencia, todo para nada. Las flores solo son un billete de entrada. Será así como entre en la casa.

Hasta la misma cocina de Harriet Krohn.

Vive en la calle Fredbo, en Hamsund.

Son diecisiete kilómetros en coche. La casa de Harriet pertenece a una colonia protegida, construcciones de madera de mediados del siglo XIX, está en una calle muy tranquila. Bonitas casas de madera de poca altura y ventanales hermosamente ribeteados. La mayoría de los que viven allí son gente mayor, la mayoría tienen una buena situación económica. En verano, las fachadas están decoradas con jardineras rebosantes de geranios, berros y margaritas. La casa está a pocos minutos de la estación de tren; son doce casas en total, seis a cada lado de la calle. Harriet vive en el número 4. La casa es verde como el liquen de la montaña, los marcos y las vigas son amarillos. Charlo se aproxima a Hamsund. El aguanieve sigue cayendo con fuerza, se concentra intensamente para mantener el coche sobre la carretera, no va a caer en la cuneta, esta noche no. A su lado, sobre el asiento, hay un viejo revólver Husqvarna; no está cargado. Solo es para imponerme, piensa, seguro que estará dispuesta a colaborar, no se atreverá a no hacerlo, es vieja. También lleva un par de guantes de piel negros y una bolsa de tela para las cosas de valor que pueda encontrar. La lleva enrollada en el bolsillo. Conduce por la carretera E 134, siguiendo el río, que corre por su izquierda, negro y cruel. Sabe que el río está plagado de salmones, pero nunca le ha llamado la atención pescar. Al pensar en pescar recuerda su infancia. Recuerda a su padre, que siempre quería pescar, mientras él se aburría y la caña

se mecía indiferente sobre el agua. Pescar resultaba demasiado lento para él, demasiado aburrido. Nunca lo dijo en voz alta, no quería herir a su padre, no quería quejarse. Una vez fui un chico considerado, piensa. Y para qué pienso en mi padre, si ya se ha ido, está libre de toda carga. La gente fallece, como yo lo haré, y eso es bueno. Menos mal, concluye, fijándose con esmero en la carretera. La raya central apenas se ve, el aguanieve se posa como gachas grises sobre el asfalto, los limpiaparabrisas trabajan duro para apartar la nieve mojada. Pero el Honda no le traiciona, el Honda es insuperable y de confianza. Ha buscado de antemano un buen lugar para dejar el coche. Hará el último tramo a pie, solo son doscientos metros. En Hamsund hay un viejo hotel clausurado, en el patio se puede aparcar un coche sin que sea visible desde la calle. Sabe que el coche le puede delatar, que debe ocultarlo. Gira a la derecha y coge la comarcal 35; ve la iglesia de Hamsund a la luz de los focos, ve las tumbas. Pasa por delante de un concesionario Opel, un par de centros comerciales y se desliza despacio ante la estación de tren, que queda a su derecha. Es un edificio muy bello, parece una tarta de varios pisos con nata y dulces. Se le hace raro pensar en tartas, todo le parece extraño esta noche, está actuando en una película. Casi no hay tráfico. La gente se queda en casa. Ahí está el hotel, se llama Fredly. Un elegante edificio de madera blanca con hermosas cenefas y ventanas sin luz, ciegas. Gira hacia el patio y aparca, no hay más vehículos. Un cartel colgado en la pared constata que avisan a la grúa, pero sabe que nadie irá allí esta noche, todo el mundo se ha quedado en casa por la nevada. Oye algo. Una especie de chasquido y otra cosa que tintinea suavemente; se da la vuelta de golpe y mira por las ventanillas. ¿Viene alguien, a pesar de todo? ¿Alguien ha visto el coche? Se vuelve a poner nerviosísimo. No

estoy obligado a hacerlo, murmura en la oscuridad. No estoy del todo en mis cabales. ¿No podría alguien detenerme?, ¿no hay otra solución? Pero no viene nadie, y no hay otra salida. La voz de su interior es aguda, carece de fuerza. Rememora su vida, es miserable. Culpa, traición, debilidad. Mentiras y engaños. Promesas incumplidas. ¿Hay algo bueno, cualquier cosa? Inga Lill era buena. Julie es su posesión más preciada. Intenta respirar con tranquilidad. Le parece que lo tiene todo pensado, pero sabe que es fácil pasar algo por alto, un detalle que puede resultar decisivo y luego hacerle caer. Ese «hacerle caer» no le da tanto miedo, después de todo. Pertenece al futuro, todavía no ha llegado, casi no cree en él. Vive el ahora, hace lo que tiene que hacer y el tiempo se acaba. Eso será lo que diga si lo cogen. Tuve que hacerlo, no veía otra salida, mi vida estaba en juego. Apaga el motor. Se queda sentado en el coche, detrás del hotel clausurado, escuchando la oscuridad. Oye su propia respiración, rápida y afanosa. Mira el reloj, los números brillan verdes en la oscuridad del coche. Saca las flores de la bolsa y las deja en su regazo. El ramo pesa, pero por lo demás es neutro, envuelto en papel blanco. ¿Y si tiene visita?, piensa. Son muchas las cosas que pueden salir mal. Pero no cree que Harriet Krohn tenga muchas visitas. Se ha fijado en ella, la ha seguido, la ha escuchado en la cafetería con su mejor amiga. Es un ser anciano y solitario, seguro que dudará si abrir o no la puerta. Pero yo voy armado, piensa él, con estas flores irresistibles y un viejo revólver de la guerra; tendrá que hacer lo que le diga. Se pone los guantes y se baja del coche. Cierra. Se mete el arma en la cintura de los pantalones debajo de la parka. Vuelve a escuchar la oscuridad, no oye nada, solo sus botas que salpican aguanieve. Solo necesito entrar, piensa mientras camina en la noche, entrar en la casa va a ser lo más

complicado. La gente mayor tiene miedo de casi todo.

Harriet Krohn da vueltas por el salón.

Los delgados tobillos sostienen su modesto peso de cuarenta y nueve kilos, sus pantorrillas se doblan como ramas arqueadas. Las venas están pegadas a la piel y se dejan ver como ramificaciones nudosas a pesar de las medias. Este es su último día, su última hora sobre la tierra. Oye el tictac del reloj de pared. La calle está en silencio. Se sienta a la mesa del salón y come una rebanada de pan con paté. La ha decorado con remolacha cocida; es detallista con lo que come. La acompaña con una taza de té ligeramente azucarada. Nota el sabor fresco de la remolacha, se mezcla con el dulzor del té. Hace una pausa. Una semilla del pan se ha atascado entre dos muelas y la presión es endiablada. Intenta meter una uña entre las piezas para sacarla. No es posible, la uña es demasiado gruesa. Necesita un palillo, pero antes quiere comer, luego recogerá. En su casa nada se queda por ahí tirado, todo se recoge al momento. Mastica lentamente, a conciencia, porque es bueno para la digestión, y, al terminar, lleva la taza y el plato a la cocina. Echa las migas en el fregadero, llena la taza de agua y jabón líquido. Luego llena un cuenco de caramelos de regaliz Basset y lo pone sobre la mesa del salón. Más que nada porque hace bonito, le gustan los colores. Es demasiado pronto para irse a dormir. Solo son las diez; se aburre. De alguna manera tiene que pasar el tiempo, y en la televisión no hay nada que le interese. Nota que está insatisfecha. No hay nada de lo que alegrarse, nada que vaya a suceder que sea motivo de alegría. Solo la vejez y una debilidad cada vez mayor. Pronto cumplirá setenta y seis, pero se siente mucho mayor. Está bien abastecida de plata antigua y una buena cantidad de dinero, pero no tiene fuerzas para gastarlo, ni en sí misma ni en los demás. Decide

escribir una carta. Tiene un sobrino en Alemania con quien mantiene contacto. Escribir una carta es una tarea agradable, así hará que pase esta última hora. Siempre se acuesta a las once. En el salón tiene un buró antiguo con una tabla que se baja y le proporciona un pequeño y agradable lugar de trabajo. Mira por la ventana, ve el aguanieve compacta. En el salón se está calentito, tiene todos los radiadores a tope. A pesar de que es una mujer menuda, sus movimientos son pesados. Solo tenía trece años cuando le diagnosticaron artritis articular. Lleva toda la vida peleando para mantener la enfermedad a raya. Esta es una buena velada, los dolores pueden ser mucho peores de lo que son esta noche del 7 de noviembre. A veces pasa el día en la cama gimiendo. Maldice su suerte, tanto peor como la de otros. Su amargura la acalora, necesita expulsarla, dejarla sobre el papel. Enciende la lámpara que está junto al buró, calienta su mejilla izquierda. No ve al hombre que baja por la calle, ha encontrado una hoja en blanco. Coge las gafas y se las pone en la nariz, acerca el bolígrafo al papel. Este es un momento casi sagrado para Harriet Asta Krohn. El papel immaculado, todo lo que quiere contar. El bolígrafo no se está quieto en su mano que tiembla por el esfuerzo. Pero sabe por experiencia que en cuanto toque el papel se serenará. En ese momento recupera el control de sus músculos y puede escribir con una letra bastante aceptable, con delgados y bonitos trazos. Aun así, sabe que cuando se acerque el final empezará a temblar de nuevo, porque los dolores la dominarán. El reloj de pared hace tictac, el corazón de Harriet late. Todavía late, la sangre fluye por su magro cuerpo, tiene calor, no tiene hambre. Entonces vuelve a notar la semilla que presiona. Se olvidó de su intención de buscar un palillo, pero ahora lo deja. Ya me ocuparé de eso después, piensa.

Charlo está al pie de la escalera.

Nadie lo vio entrar por la cancela. Harriet no percibe su cercanía, aunque esté a unos metros. Siempre ha vivido sola, y gran parte de su vida la ha pasado en esta casa. Conoce cada ruido, cada chasquido de la vieja estructura de madera, las lilas que golpean las ventanas del salón cuando hace viento. A veces un ratón que corre por el suelo del desván. La casa es muy ascética. Las habitaciones son pequeñas y cálidas; los muebles, sencillos y elegidos con esmero; los colores y los estampados hacen juego. Hay pocos adornos, no desperdicia el dinero, no le van las baratijas.

Charlo sube la escalera. Harriet respira profundamente y apoya el bolígrafo sobre el papel, escribe: «Querido». Un brazalete de oro en su muñeca derecha tintinea sobre la tabla. La carta se va gestando despacio en la cabeza; en su interior oye su propia voz, tiene autoridad y fluye con facilidad, sin esfuerzo, pero la mano es mucho más lenta. En mitad de esta tranquilidad la importuna el timbre de la puerta. Una nota repentina y aguda en el silencio. Sorprendida, levanta la cabeza y escucha, mira instintivamente al reloj de la pared, como si pudiera decirle de quién se trata. Las diez y cinco. Es demasiado tarde para que sea un vendedor, demasiado tarde para su amiga Mosse, que vive al lado; nunca se presentaría en su puerta a las diez de la noche. Salvo que hubiera ocurrido algo totalmente excepcional. Será eso, piensa, ¿ahora va a pasar algo? Entonces Harriet cae en la cuenta de que, si fuera Mosse, antes habría recurrido al teléfono, porque es considerada y las dos son viejas. Pero suena el timbre de la puerta y se queda sentada en la silla con el bolígrafo en la mano, incapaz de reaccionar. Mira fijamente esa única palabra, «Querido». El cierre de seguridad al menos está echado, piensa

entonces. Ahora está en silencio, desconcertada. Pueden ser niños que estén jugando, que les encante el aguanieve y estén dando vueltas por las calles en busca de diversión. Levantarse de la silla, cruzar el salón hasta llegar a la entrada supone un esfuerzo para ella, no se levantará si no es imprescindible. Pero vuelven a llamar, dos veces. El que está esperando no quiere dar su brazo a torcer. Cae en la cuenta de que es una tontería no abrir, es una mujer adulta. Tal vez sean de la Asociación para la Salud de las Mujeres, tienen la manía de visitar a la gente. Se ha levantado fatigosamente, camina a pasos cortos e inseguros por el salón. Vuelve a notar la semilla que presiona entre dos muelas. Ya ha llegado a la entrada. Por el cristal de la puerta ve una silueta en el último escalón. Una sombra negra y compacta. Vuelve a dudar. ¿Quién vendrá tan tarde? No conoce a casi nadie. Primero hace girar la cerradura, luego abre la puerta con cuidado hasta donde se lo permite la cadena. Ve un hombre con una parka verde. Se mueve un poco para que pueda verlo por la abertura. ¿Le suena de algo? Busca, pero no da con él en el torbellino de caras que recorren su cabeza. Sostiene un paquete sobre el pecho. No entiende esto del paquete. Se lo queda mirando fijamente por la ranura mientras espera una explicación. Sin darse cuenta, pone un gesto antipático y muy desconfiado en el rostro enjuto.

— ¿Harriet Krohn? — pregunta el hombre.

La voz es amable y habla alto, como si estuviera alegre a causa de los copos de nieve blanca, el repentino ambiente navideño a primeros de noviembre.

— ¿Sí? — dice ella observando el paquete, lo poco que puede ver por la rendija de la puerta. Qué grande es, qué infinitamente blanco.

— Traigo una entrega de flores — dice él, y sonríe mucho.

Harriet se queda desconcertada. Falta un mes para su cumpleaños, y cuando llega la fecha no hay nadie que le mande flores.

—Debe... debe de ser un error —tartamudea, igual de insegura.

¿Alguna vez en su vida le han mandado flores a casa? No, que recuerde. Eso ya resulta sospechoso por sí solo. Pero las flores parecen susurrarle entre el papel blanco. Imagina, flores. ¿Será posible? ¿Ha olvidado algo? Rebusca en el día que termina, pero no da con nada.

El hombre espera paciente en la escalera, la nieve cae sobre sus hombros. Puede ver las manchas húmedas a la luz del farol que tiene encima de la cabeza.

—Yo no sé de quién serán —dice él—, pero alguien le ha mandado flores. Sé que es tarde —añade—, pero la ruta de reparto de hoy era larga y me quedé atascado ahí, en la nieve. Con el coche.

Pone los ojos en blanco con aire desesperado.

Harriet sigue dudando. Parece que algo en su mente intenta llamar su atención. Pero tiene que aceptarlas, por supuesto. Dentro habrá una tarjeta, una explicación. Para recibir las flores antes debe soltar la cadena. Lo hace, con dedos torpes, y abre una ranura mayor. El hombre espera educadamente en el último escalón. No hace ninguna intención de avanzar, está a la defensiva, casi resulta romántico, piensa Harriet, ahí parado con el ramo de flores en la nevada. Deja caer los hombros. Sonríe y mira ávida el paquete blanco.

—Pues qué agradable —logra decir.

Vuelve a haber algo que tira de ella, que la quiere detener. Mira al hombre con detenimiento, ve sus dientes en el rostro sonriente, brillan blancos a la luz de la farola. Ve que uno de ellos está dañado, pero de alguna extraña manera le queda bien.

—Sí, ¿verdad? —dice él, y saca algo del bolsillo. Una hoja doblada

—. Tengo que molestarla con una firma —le ruega—. Si es tan amable de firmar el recibí...

Le parece razonable que haya que firmar al recibir un paquete. Pero hay aguanieve y la escalera está mojada, por eso coge las flores, las aprieta contra la pechera de su vestido y retrocede hacia el recibidor.

—Lo haremos dentro —dice ella—. No puedo escribir si no tengo en qué apoyarme. Y tampoco puedo hacerlo sin las gafas.

Está bastante alterada. Le dedica una sonrisa; no le sale del corazón, pero le parece que debe ser amable con él cuando tiene que trabajar con ese tiempo tan desagradable mientras otros están en casa calentitos. Él responde a la sonrisa, y Harriet tiene una vez más la sensación de que algo quiere llamar su atención. Pero la angustia debe dejar paso a lo que está sucediendo. Nota el peso de las flores entre sus brazos, es un ramo grande. De pronto se siente importante. Ya era hora, piensa. He trabajado duro toda la vida, merezco que me hagan caso. ¿Podría ser uno de los hombres del centro de día donde a veces come con Mosse? ¿Alguien que vaya a la cafetería? ¿Alguien que la mira a escondidas, que sueña: Va a pasarme esto a mi edad? Los pensamientos hacen que se atuse el pelo. Le da la espalda y entra en la cocina; Charlo la sigue. Las botas dejan manchas mojadas sobre el linóleo. Tendré que secarlo cuando se vaya, piensa ella, puedo resbalar y romperme la cadera, y eso no va a pasar, bastante mal estoy ya con lo que tengo. Todo ha sido malo durante mucho tiempo, pero ahora ha ocurrido algo positivo, se siente extrañamente emocionada. Mira que tener las orejas ardiendo así, de repente... Va a coger las gafas; están en el salón, sobre el tablero del escritorio.

—Tiene que perdonarme —repite—, pero es que no veo nada sin

las gafas.

Charlo asiente, se ha quedado callado, su cara de repente está seria, petrificada, como si todo se secara en su interior. Mira alrededor en la cocina, deprisa, a escondidas, pero Harriet no puede verlo, va camino del salón. Charlo espera mientras el corazón late, parece tener varios corazones que compiten entre ellos por ver cuál late más deprisa. En el suelo, junto a la encimera, hay un cuenco. En el techo luce un globo de distintos colores. Hace un calor lastimoso en la cocina, sus mejillas están en llamas. Sabe lo que tiene que hacer, pero de pronto está confuso. Harriet arrastra los pies en busca de las gafas. Hace un gran esfuerzo, vuelve a subirse al raíl, es cuestión de concentrarse, seguir el plan que ha trazado. Harriet vuelve con las gafas. Lleva puesto un vestido verde de mala calidad, y el cabello lo tiene enredado, descuidado. No quiere mirarla demasiado, ni recordar su cara. Sí, es vieja, pero la mirada es aguda. Se da cuenta de que ya ha entrado, pronto tendrá que actuar. Por eso va deprisa al recibidor. Harriet lo ve salir y no entiende nada. Oye un ruido, un clic familiar, y comprende que está cerrando la puerta por dentro. Se queda mirando incrédula, ha perdido el habla, ya no siente la semilla, la boca le sabe a sangre. Ha cerrado la puerta y ha vuelto. La mira de lado, de soslayo. Ella piensa que es una mirada tan atormentada, tan rara, y se tambalea un poco, se apoya con fuerza sobre la mesa de la cocina porque cree que se va a desmayar. Le arde la cabeza, le zumban intensamente los oídos. Desconcertada, mira la hoja que va a firmar. Está en blanco. Harriet siente náuseas.

De pronto regurgita; el sabor del paté se mezcla con el de la remolacha y otra cosa, amarga. Siente pinchazos en las mejillas mientras empalidece. Por qué no dice nada, por qué se limita a

mirarla, sin aliento. Ella abre la boca para gritar, pero solo emite un quejido. Harriet está paralizada. No pregunta, hace como si nada, manotea buscando el ramo de flores. Si abre el ramo de flores, hará que pase el tiempo, las manos tendrán algo que hacer. Empieza a tirar del papel con gesto febril, no deja de sentir su mirada; si tan solo dijera algo, si se explicara... Pero solo mira, allí de pie, como una amenaza silenciosa. Necesita unas tijeras para cortar el cordel, sabe que están colgadas de un gancho en la encimera, unas tijeras de hojas afiladas. Está a varios pasos de la mesa en la que se apoya, pero hace un esfuerzo enorme y se dirige a la encimera. Cae en la cuenta de que las tijeras son un arma. Pero la idea de clavarlas en un cuerpo vivo es inconcebible. Las coge y vuelve a la mesa. Es 7 de noviembre y está nevando. No pasa nada, pronto habrá pasado. Tiene sed, la lengua seca le raspa la boca. Corta el cordel y empieza a sacar las flores. Es un ramo grande y denso, nunca ha visto uno igual, nunca le han regalado algo así. No controla las manos, no quieren obedecerla de ninguna manera, los dedos atacados por la artritis parecen garras retorcidas, la piel de los nudillos es tensa y brillante. Estas flores, piensa ella, no significan nada; quiere algo de la casa, ahora lo entiendo. Abrí la puerta porque fui codiciosa, este es el castigo. Empieza a tambalearse de nuevo. No siente nada de cintura para abajo, sus piernas parecen troncos. Abre un armario y saca un jarrón. Lo llena de agua y mete las flores, las empuja hacia la pared. La luz de la encimera ilumina las anémonas azules. Quiere rezarle a Dios, pero no es capaz de articular palabra, además ve más claro que nunca que no existe. Ningún dios, ni otras personas, solo la calle vacía ahí fuera y su propia respiración asustada de muerte. Solo el hombre callado que actúa de manera tan extraña. Le da la espalda y oye que saca una silla, como si quisiera

instalarse en su cocina. Se da la vuelta un poco y ve que se ha sentado. Ha escondido la cara entre los guantes negros, está desesperado por algo y ella no entiende por qué. Se queda indecisa mientras el corazón se agita. El ramo, extrañamente hermoso, rosa, azul y blanco, rebosa en el jarrón, está fuera de lugar sobre la encimera brillante, en una casa como la suya, tan llena de grises y marrones. Arruga el celofán, manosea el papel. Lo dobla y lo vuelve a doblar hasta hacer un paquete aplastado. Mientras las manos tengan una función, el corazón seguirá contrayéndose en nuevas sacudidas. Esto no está pasando, enseguida despertaré. Deja todo en el cubo de la basura del armario, no se atreve a cerrar la puerta de golpe, quiere hacerse invisible. Esto no es lo que yo creía, piensa, es solo un hombre muy desconcertado y enseguida me lo va a explicar. Pero él no explica nada. Se levanta de repente, recobra la consciencia, la mira con ojos brillantes y Harriet piensa: ahora se marchará. ¡Márchate ya!

Pero no se va. Abre la parka y manosea entre la ropa. La mano aparece de nuevo con un revólver. Ella no entiende esto del revólver. Ha perdido en parte el sentido, al ver el arma todo se oscurece, así que se da la vuelta, se desploma sobre la encimera y todo sale de su cuerpo, húmedo y cálido por sus muslos.

—¿Tiene plata? ¿Tiene joyas? Efectivo. ¡Deprisa!

La voz casi no se oye, se siente como un ridículo aficionado y maldice su voz rota. Está allí parado, chillando como un ratón, agitando el revólver. Harriet, desconcertada, niega con la cabeza, no quiere desprenderse de nada, no quiere moverse del sitio.

—Dinero —repite él—. ¿Tiene dinero?

No contesta, le da la espalda, finge que esto no está pasando. Charlo entra en el salón. Junto a la pared hay un aparador grande y

oscuro, abre los cajones, están llenos de cubiertos de plata antigua. Deja el arma y empieza a revolver en los cajones. Harriet se ha dado la vuelta, ve que está desordenando sus cosas, su herencia. No lo soporta. Algo crece en su interior, una intensa sensación de injusticia, porque es su plata, la aprecia y es muy valiosa. La ira reprime el miedo. Lo sigue al salón y le tira de los hombros, empieza a chillar con la voz quebrada, el enfado le da fuerzas desconocidas. Charlo se siente profundamente perturbado; afuera está todo tan silencioso..., alguien la podría oír. Odia sentirse perturbado; la vieja está colérica, la aparta de un empujón, pero ella no se rinde. Vuelve a lanzarse sobre él, tiene manchas rojas en la cara. Charlo pierde la cabeza, el sentido común. Tiene que parar esos gritos, es incapaz de actuar, no puede pensar con claridad mientras ella grite de esa manera; agarra el revólver por el cañón, lo levanta como un instrumento para golpear. Un impacto en la cara, nada más, y se encogerá en un rincón y callará. Para que él pueda hacer lo que ha venido a hacer. Harriet ve el brazo levantado, tropieza en dirección a la cocina, vuelve junto a la encimera y sigue gritando, un lamento quejoso y prolongado. Él corre tras ella y la golpea con fuerza con la culata. El primer golpe impacta en una vértebra del cuello, se quiebra con un chasquido seco y piensa: ¡Julie! ¡Ayúdame! Harriet se deja caer. Horrorizado, ve que se contrae de una manera repugnante, convulsiva. No soporta verla así tirada, de modo que vuelve a golpearla varias veces en la cabeza con toda la fuerza de la que es capaz. De repente sale un chorro de sangre del cráneo. Él da un paso atrás asustado y boquea para respirar, mira lo que hay tirado en el suelo, le parece que todavía se queja, las piernas no dejan de contraerse, así que la golpea otra vez, con más fuerza aún. Entonces le invade una repentina debilidad. La mano que sostiene el arma

desciende. Se seca la frente, mira la culata ensangrentada. Luego sacude la cabeza con fuerza para poder pensar. Sabe que ahora tiene que pensar, no puede rendirse. En su fuero interno sabía que esto iba a ocurrir. La gente no se desprende de sus posesiones sin batallar, ¿acaso no es ella tan codiciosa como él? Da la espalda a la persona que está tumbada en el suelo, deja el arma en la encimera y mete la mano en el bolsillo de la parka. Saca una bolsa de tela con dobladillo y cordón. Es la vieja bolsa para la ropa de gimnasia de Julie que cosió Inga Lill. Se acerca otra vez al aparador. Ahora que todo está en silencio trabaja deprisa, con determinación; mete cuchillos, tenedores y cucharas en la bolsa, es mucha plata, muy valiosa. Abre un armario, tira las cosas, busca dinero. Una vez ha vaciado el aparador, se da la vuelta y mira a su alrededor. Ve la carta empezada sobre el tablero, el cuenco de dulces. Por razones que no llega a entender, se acerca y observa los distintos sabores. Coge instintivamente el que le gusta, el de color marrón de caramelo y regaliz, y se lo mete en la boca. Luego va a la cocina. No mira a Harriet, solo es algo oscuro por el rabillo del ojo. Busca una puerta que pueda dar al dormitorio. Está detrás de la cocina, no es más que una pequeña alcoba. En la mesilla hay un joyero. Hurga con el guante e introduce el contenido en la bolsa: broches, anillos y cadenas. Y un reloj de bolsillo grande y pesado que seguro que es de oro. Arranca el cajón de la mesilla; está lleno de pastillas, monedas y horquillas del pelo. Abre un armario ropero y tira la ropa, se imagina que es allí donde guarda su dinero. Que le gusta tenerlo cerca cuando duerme. Encuentra un neceser rosa y tira de la cremallera para abrirlo. La alegría recorre su cuerpo porque allí está, el dinero, un fajo de un grosor abrumador. Se lo mete en el bolsillo de la parka, se siente tremendamente animado. Regresa a la cocina.

Harriet está tirada en el suelo como una res de matadero. El cuerpo es tan flaco, extrañamente retorcido. Ve el brazalete, de oro, pero no soporta tocarla. Se alegra de no verle la cara, porque ahora mismo su vida es fea, todo lo que ha sido, esto que ha hecho. Él mismo es feo, la lengua toca el trozo de paleta que le falta como un borde cortante, desagradable. Mete el revólver en el interior del abrigo, da unos pasos a un lado. No tiene cuidado con los pies y pone el tacón de una de las botas encima del charco de sangre, se escurre, está a punto de perder el equilibrio, bracea violentamente para mantenerse de pie. Se queda un rato parado para tranquilizar los latidos del corazón. Va a volver a estar entre la gente, tiene que concentrarse. Tranquilo, seguro y decidido. Sale al recibidor y gira la cerradura, abre la puerta un poco, escucha. En ese momento una sombra atraviesa la puerta, algo negro y silencioso, da un respingo. Tiene gato, reflexiona, ha estado esperando fuera y ahora quiere entrar al calor, a la luz. Vuelve a entrar para ver qué hace. El gato se detiene y ve el cuerpo roto. Maúlla prolongadamente varias veces. Luego va derecho al cuenco para beber. Se queda desconcertado contemplando al gato. Este levanta la cabeza y lo mira con ojos estrechos, amarillos. Le resulta extraño que el gato se comporte como si nada. Vuelve a salir, el gato lo sigue, no lo entiende. Sentado en la escalera, lo mira. Cierra la puerta, baja los peldaños, el gato está pegado a él como una sombra. Empieza a caminar hacia la valla. Ahora no va a venir nadie, piensa, no voy a encontrarme ni un alma. En caso contrario, solo verían una silueta oscura en la nevada. El gato lo sigue unos pocos metros, luego se detiene. Se apresura a salir a la calle.

Mira por encima del hombro constantemente, mientras arrastra los pies por la nieve mojada. Pero no se cruza con nadie, no hay un alma

que ande por la calle Fredbo esta noche. Ve el destello azul de las pantallas de los televisores en los salones, ve sombras oscuras tras los cristales. Todos están ocupados con lo suyo. Llega al hotel y desaparece en el patio, quita la nieve húmeda del parabrisas. Hay huellas por todas partes; estaban allí cuando llegó, ¿o no? Abre el coche. Tira la plata sobre el asiento trasero, el revólver ensangrentado al suelo. Tiene el hombro derecho debilitado, ha sufrido un tirón. Se masajea la zona dolorida; sentado en el coche, respira con dificultad, sabe que debería alejarse de Hamsund, pero no se mueve. El corazón trabaja a destajo, no se deja convencer, late intensamente y siente cómo el calor le llega a la cabeza. Intenta dejar pasar el oxígeno. Reclina la cabeza, abre mucho la boca. Aire en los pulmones, piensa, aire por todo el cuerpo. Solo tiene que lograr salir de Hamsund, si tan solo consigue llegar a casa todo irá bien. Mi casa, piensa desesperado, mi butaca, la cama. La almohada fría en la cara. Lo que es mi vida, igual que antes. ¿Será capaz?, ¿podrá vivir con lo hecho? Mira que montar ese número..., podría haberlo dejado hacer en paz y habría salvado el pellejo. En su fuero interno sabe que estaba predestinado a llegar allí. Lo ha sabido todo el tiempo, estaba allí como una sombra en su conciencia. Apoya la cabeza en el respaldo y hace memoria. En su vida siempre ha habido algo discordante. Esa sensación que tiene al contemplar a otras personas, siempre ha sentido que están más presentes en la tierra que él. Siempre ha sentido que estaba en el aire, fuera, diferente. Lo que acaba de suceder era inevitable. Es muy duro reconocerlo, se siente víctima de algo que no llega a comprender. Algo relacionado con el destino. Que la atrocidad lo ha estado esperando, lo ha atrapado como si fuera una ficha en un juego, planificado por Dios o el demonio, no lo sabe, tiembla. Saca el tabaco y se lía un cigarrillo,

le prende fuego e inhala profundamente. Luego mete una marcha del Honda y arranca. No va a sobrevivir a eso, reconoce de pronto, era demasiado menuda, frágil y quebradiza como el yeso. Enseguida pasará por delante de la estación de ferrocarril. Los pensamientos dan vueltas por su cabeza, pero el pulso se va ralentizando, porque no ve a nadie, y las luces son cálidas en las ventanas de Hamsund. Nieva suave, silenciosamente. La gente está ocupada en otras cosas y él se está alejando. De pronto percibe una sombra a su derecha, pero sigue la marcha sin inmutarse, con cuidado por la carretera escurridiza, tiene prioridad. De súbito, la sombra está vertiginosamente próxima. Al instante siguiente sufre un impacto tremendo, oye el sonido de metal contra metal, un duro estallido en el silencio. Se ve lanzado sobre el volante y nota un golpe en el pecho. Todo se detiene. El silencio resulta irreal. Mira parpadeante y desconcertado por el parabrisas, ve otro coche. Siente un terror helado. Cae en la cuenta del revólver en el suelo y lo que acaba de hacer, lo recuerda por primera vez. De pronto está muy despierto, ha caído de la vía que iba siguiendo directo a una jungla de maleza y pánico. Un chico joven lo mira fijamente desde el otro coche, una cara pálida de ojos asustados y grandes orejas de soplillo. Charlo pierde la compostura. Sin pensar, abre la puerta y pisa el aguanieve, se acerca al pequeño coche blanco y abre la puerta de un tirón. Su cuerpo se agita peligrosamente, no tiene control ninguno, revienta como un trol expuesto al sol. Todo lo que lleva encima sale despedido en un chorro salvaje y discordante. El chico intenta protegerse del chaparrón, de la corriente imparable de palabras, se agarra al volante, espera a que todo pase, pero no pasa, porque Charlo abre las compuertas y deja que se desborde su ira.

—Tengo impresos para el parte —susurra el chico, y estira el brazo

hacia la guantera, la mano delgada le tiembla.

Charlo entra en pánico ante la idea de hacer un parte. Papeles que tendría que rellenar, su firma estampada al pie. Así dejaría constancia de su presencia en Hamsund esta noche funesta, el 7 de noviembre. Sabe que no puede. Sigue apoyando todo su peso sobre el coche y gritando hacia el interior. Los insultos se vuelven más venenosos, brotan del interior como lava líquida. Se detiene para tomar aire. Creía haberse vaciado, pero hay más, como arcadas que surgen del fondo del vientre. Luego su voz se rompe y empieza a sollozar. Lloro por eso que ha dejado en el suelo, por Julie que no le quiere ver. Después se siente espantado por su reacción. Solo un loco se comportaría así, piensa aterrizado y cierra la portezuela de un golpe tremendo. Regresa rápidamente al Honda.

No puede ver las estrellas, solo una oscuridad nebulosa.

De la oscuridad cae la nieve silenciosa, es la última noche del planeta, nunca volverá la luz, no habrá sol la mañana siguiente. Porque así de horrible ha sido su acción reciente. Dobla la cerviz y se desespera. Para ser sincero consigo mismo, cree que sueña. Pronto despertará y gemirá aliviado porque ha sido una pesadilla. Enciende la luz del habitáculo, se mira. La parka está ensangrentada. El choque con el otro vehículo ha debido de ser producto de la mano de Dios desde el cielo, una intervención repentina para detener su huida y pedirle cuentas.

Hay luz en la ventana de su vecino Erlandson, y una sombra en la ventana. Son casi las once, le tiembla el brazo derecho. Se queda en el coche, fumando, no es capaz de liberarse. De vez en cuando oye unos gemidos afónicos que provienen de él mismo. Ha golpeado a Harriet Krohn hasta matarla, pero solo piensa en el choque con el coche

blanco. Un Toyota, eso cree, un Yaris. El golpe es imperdonable. Su reacción, insoportable. Solo un loco se comportaría así. Hace un esfuerzo enorme, agarra la bolsa de la plata y el revólver ensangrentado, sale del coche y lo cierra. Nota las rodillas débiles. Se agacha hacia el parachoques y estudia los daños. Una abolladura y restos de pintura blanca. Si solo fuera un mal sueño, si el parachoques estuviera liso y entero... Maldito tiempo, piensa, maldita vida patética que no soy capaz de manejar. Vuelve a tener ganas de llorar, deja escapar unos patéticos sollozos. Vuelve a mirar de reojo la casa de Erlandson, pero ahora no hay nadie en la ventana. Entra en el salón, cierra la puerta a su espalda de un portazo, deja caer el revólver y la bolsa al suelo. Se quita la parka a tirones y la deja caer al suelo, arrumbada. Se queda de pie, con los ojos cerrados, apoyado en la pared. Oye su respiración y se da cuenta de que está vivo, de que el mundo sigue girando. Aunque él haya caído hasta el fondo, hasta la sima de la existencia. Le laten las sienes, tiene pinchazos en las mejillas. Abre los ojos, mira los muebles, los objetos. Ahí está la foto de Inga Lill y Julie, no es capaz de sostener sus miradas. Se parte por la mitad, de pronto se tira del pelo, tira con tanta fuerza que le duele el cuero cabelludo, tanto que se le saltan las lágrimas. Relaja los hombros, hace un gran esfuerzo por tranquilizarse, se sienta en su butaca. El cómodo sillón rojo. Reclina la espalda. Oh, está tan tan cansado... Intenta obligarse a respirar rítmicamente, y funciona. Quedarse sentado, respirar, descansar. Pasada una eternidad, se levanta y camina por la habitación. Sabe que tendrá que enfrentarse a sí mismo en el espejo. Antes se mira el cuerpo, ve manchas de sangre en los bajos de los pantalones. Horrorizado, se arranca la ropa. Va al baño a ducharse, piensa que le ayudará, que tal vez vuelva a ser él

mismo. ¿Podrá volver a ser él mismo alguna vez? Tal vez acaba de cerrarse la puerta para dejarle excluido de todo, cree haber escuchado un estruendo. Está completamente desnudo bajo la luz fría. Y luego está el espejo. Puede que sea mejor asumirlo, ha matado. Se acerca con la cabeza gacha, vuelve a cerrar los ojos. Ya sé el aspecto que tengo, piensa, no hay motivo para montar un numerito. Los abre, se mira de frente. Los ojos le resultan extraños, la mirada perdida, le llega desde muy lejos. Meditabunda, un poco a la defensiva. ¿De verdad soy ese? ¿Es esta mi vida? Se apoya en el lavabo. En realidad esto es demasiado para mí, piensa, tengo que tranquilizarme ya, ¡tranquilízate, Charlo! Lo intenta de nuevo, levanta la cabeza y se mira con gesto decidido. Así está mejor, tiene un aspecto sereno. Pero algo pasa con esos ojos grises. El iris parece metálico. Se inclina hacia el espejo, observa las pupilas. Se pega al espejo, observa las pupilas. No son del todo redondas. Preocupado, frunce el ceño. ¿Es posible? ¿No son todas las pupilas redondas? Se pega al cristal. Tiene los bordes desdibujados, alargados, como ranuras ovaladas. Pero será que ese es mi aspecto, piensa. No lo había visto nunca antes, qué raro es, qué desagradable. Se sobresalta, tiene la piel de gallina. Se inclina una vez más. No, no son redondas, para nada. Le trastorna sobremanera, da la espalda al espejo. Se queda descolgado, el cuerpo invernal y veloso, desnudo. Vuelve a bloquearse, se queda paralizado, no puede moverse ni un milímetro. Intenta hablarse con dureza y poner el cuerpo en marcha. Abre el grifo y se mete debajo del chorro de agua. La mente se cierra por fin y el agua caliente fluye. Está muerta, piensa, por mi culpa. Pero no puede impedirlo, estaba histérica. Me atacó como un terrier rabioso, me asusté, tuve miedo, perdí los estribos. Pero yo no quería, no lo tenía previsto, nunca he tenido la sangre fría. Nunca. Quiere que

el agua le salpique, que fluya caliente y reparadora. Se queda mucho rato, descansa, la cabeza inclinada. Sale de la ducha, se pone un albornoz. Recoge la parka del suelo y saca el dinero del bolsillo. Su corazón se acelera, es mucho dinero, mucho más de lo que esperaba. Se sienta en la butaca con el fajo en el regazo. Empieza a contar. Es difícil porque le tiemblan las manos. Abre mucho los ojos. Los billetes secos y escurridizos entre sus dedos, montones de billetes de mil. Cuenta de diez en diez, los deja sobre la mesa. Doscientas veinte mil.

Corre hacia el teléfono. De pie, con el fajo de billetes en la mano, marca el número de Bjørnar Lind. Es tarde, pero no puede esperar. Aprieta el dinero con fuerza entre los dedos y escucha el tono de la llamada. Una vez, dos veces, suena una eternidad. Pero nadie responde. Está decepcionado como un niño, se ve obligado a colgar sin completar su misión. Deja el dinero en el cajón del escritorio. Va a la cocina, se prepara un café, aparta una silla de la mesa, se sienta y lo toma con azúcar. Está muerta y es culpa mía. Sigue allí tumbada, ya es de noche, nadie sabe lo que ha pasado. No es capaz de estarse quieto, hay muchas cosas que hacer. Intenta moverse despacio por la casa, es importante conservar la calma. Pero no tiene calma alguna, los pensamientos corren más deprisa que su cuerpo. Después se inclina sobre la pila y le da por frotar el revólver con un cepillo de las uñas. Un agua levemente sanguinolenta escapa por el sumidero. Va a buscar la alfombrilla de goma del coche y la friega a fondo. Para terminar, usa sosa cáustica, la echa directamente de la botella, supone que eliminará todas las huellas. Tiene que tirar la ropa, o tal vez quemarla en el horno. Da vueltas por la casa ordenando, esconde la bolsa con la plata en un lugar que considera seguro. Esconde la bolsa con la ropa ensangrentada en un trastero, junto con el revólver. Quiere

acostarse, pero tiene miedo de olvidarse de algo. Da vueltas de habitación en habitación, del salón a la cocina, de la cocina al baño, un ser desconcertado con ojos ardientes. Se habla con dureza, intenta tomar el control. Nadie vio el choque, nadie lo vio entrar en la casa ni marcharse de allí. Nadie salvo el gato de ojos amarillos. Por fin se va a la cama. Busca el dinero en el cajón del escritorio y lo deja sobre la mesilla de noche. Si se presentara alguien en mitad de la noche, solo tendría que mostrarle el fajo y salvar el pellejo. Pronto será un hombre sin deudas. Se consuela con esa idea, se tumba boca arriba y exhala en la oscuridad. Se queda tumbado observando el techo. Tiene miedo de hundirse en el sueño, miedo a quedarse despierto. Esto es lo que se siente, piensa, ya sé qué es lo que se siente. Puedo vivir con ello. Tengo que vivir con ello. Señor que estás en los cielos, va a ser duro. Se vuelve cara a la pared, se arropa bien con el edredón. Tengo que dormir ya, piensa, estoy tan cansado... Tiene que seguir su camino hacia otro día desempleado, hacia el resto de su vida. Escucha la oscuridad sin parar. Si alguien abre la puerta, si se oyen pasos bajo su ventana. Pero es la colisión la que le preocupa, y su reacción absurda. El golpe repentino y el latigazo de su cuerpo le persiguen toda la noche.

De pronto se ve violentamente lanzado a la orilla.

Siente el aire frío en el rostro, se despierta de golpe, no hay vuelta atrás. Es como caer desde una gran altura. Lo primero que recuerda es el choque. Le recorre como un alud al recordar su ira, se lamenta como si sintiera un dolor repentino. Todo vuelve a él, sin piedad, en fragmentos, a destellos, la cocina, el gato negro. Esas acciones, esas imágenes, se alinean frente a él, bodegones instantáneos, irreales. Está tumbado en la cama, perfectamente inmóvil, mientras los

pensamientos se suceden en su mente; quiere quedarse así, tumbado en la oscuridad para siempre, quiere borrar el día anterior. Mueve los dedos con cuidado, sus bonitos dedos intactos en los que lleva dos anillos de oro. Este día aún no ha comenzado, piensa, no empezará hasta que abra los ojos, puede encender y apagar el mundo. Es cuestión de organizar mis pensamientos, dejarles paso uno a uno, clasificarlos. Sabe que no puede. Tiene por delante una tempestad de pensamientos, una lluvia de flashes de imágenes feas. El vestido barato, verde, la cabeza rota. Por fin abre los ojos. La cortina deja pasar un poco de luz. Observa la bola de cristal de la lámpara del techo y sigue el cable con la mirada, va hasta la pared y luego baja hacia el enchufe a la altura del suelo. Ve un poco de telaraña en un rincón y algo oscuro que podría ser una araña. Soy Charles Olav Torp, piensa, qué raro despertarme en este cuerpo pesado; hay sonidos en el exterior, pero no saben nada, creen que este es un día cualquiera. Nadie ha notado este terremoto, pero pronto las ondas se extenderán e impactarán en toda la gente decente. En su interior ve una masa de gente que se da la vuelta en ese mismo instante y lo miran, le reprochan. Levanta la mano derecha dubitativo y se la pone delante de los ojos. Es peluda, las uñas son gruesas. La mano, piensa, y la hace girar, abre un poco los dedos, observa toda su mecánica, piensa en la fuerza que se desencadenó cuando recibió la orden del cerebro. Golpéala, ahora. ¡Golpea! Sin esa orden la mano se habría quedado colgando sin fuerza del final del brazo, seguiría siendo una mano buena, cariñosa. Pero ha estado en la cocina de Harriet y le ha dado la orden a la mano. No, se levantó sola, no recuerda haber formulado ese pensamiento, que fuera a pegarle. ¿Lo pensó? La mano despertó a la vida por sí misma e impactó sin que él lo deseara. ¿No está pesada y

sin fuerza? ¿Es la misma mano de siempre? ¿No es más grande que la izquierda? Levanta la izquierda para compararlas. Sí, porque es diestro. Es completamente normal. Mientras está así tumbado mirando la araña, el reloj sigue su camino. Siente que va con retraso y sabe que debe levantarse, ir un paso por delante. Levántate ya, todo ha pasado. ¿Puede que sea ahora cuando empiece? ¿Qué le espera en la ciudad? Un reguero constante de gente que lo verá por las calles. ¿Qué pasa con la dependienta de la panadería donde suele comprar el pan? ¿Lo mirará con otros ojos? Se levanta despacio y pone los pies en el suelo; es tan consciente de su brazo derecho, el que sostuvo el revólver, no es capaz de ignorarlo. ¿No pesa mucho más que el izquierdo? Frota los dedos entre sí, las yemas de los dedos tienen una sensibilidad nueva, improbable, le parece que puede sentir las pequeñas estrías, las que forman su huella. Se queda de pie con el pesado brazo colgando, un poco inclinado hacia delante, un poco lánguido. No, qué patético es esto, piensa, deja de hacer tonterías. Agarra el fajo de billetes de la mesilla de noche, cruza la habitación despacio, siente que el brazo cuelga como un garrote de su hombro, que hasta su manera de caminar ha cambiado, que va torcido y abierto de piernas como un mono. Les pasa algo a sus rodillas, no parecen estar bien. Se detiene bruscamente, nota un escalofrío. Puede oír los latidos del corazón como golpes coléricos. Se queda paralizado, toma aire. En el silencio escucha una nota que aumenta de intensidad, se tapa las orejas, teme que todo lo que está pasando dentro del cráneo haga que su cabeza reviente como una fruta demasiado madura. Le da por preguntarse si el cerebro puede sufrir un cortocircuito si tiene demasiado que procesar, como él ahora, el asesino. Porque ella está muerta, y él es culpable. Piensa en todos los impulsos eléctricos y se

imagina que en su interior saltan chispas. Sin querer, dobla las rodillas y está a punto de perder el equilibrio. En el último segundo alarga los brazos, se apoya en la pared. Se agarra con fuerza al fajo de billetes. Se vuelve hacia la cama de nuevo, se deja caer sobre la sábana. Manotea desesperado para coger el edredón. Dormir, tengo que dormir, piensa, tengo que apartarme de todo este horror. ¡Por qué se enfadaría tanto! No estaba preparado para que lo atacara, fue un ingenuo. El primer día es el peor, piensa, se pasará, se convertirá en costumbre. Oye su propia respiración, siente que es la de otro hombre, un hombre que está tumbado a su lado y jadea en su oído. La sensación es espeluznante, hay alguien más en la habitación, alguien que observa, escucha y sabe. Se acurruca junto a la pared. Se queda tumbado dando golpes con la cabeza, cae en la cuenta de que nadie lo ha visto, de que es un hombre insignificante, de que no ha dejado ninguna huella. ¿La ha dejado? En su interior brota el primer atisbo de esperanza, él será de los que se libran, no cogen a todo el mundo. Despacio, deja paso a la idea, teme perderla, se concentra profundamente, vuelve a abrir los ojos, observa el papel pintado. Lirios, rayas. Se lleva el dinero a la nariz, lo huele. Nunca el aroma del papel seco le ha hecho sentirse tan feliz. Se incorpora despacio, se sienta en el borde de la cama, aparta la cortina y mira al exterior. Necesita algo corriente en lo que descansar la vista, confirmar que ahí fuera la calle sigue siendo la de siempre. Por fin ha dejado de nevar, una hilera de coches está aparcada junto a la acera. Observa con detenimiento los vehículos aparcados, su rostro está tenso por el esfuerzo, un Mercedes, un Opel, un Ford. Será mejor que esté atento, piensa, a los coches, por si me buscan. ¿Por qué iban a buscarme? Nadie sabe que estuve en casa de Harriet. Vuelve a plantar los pies en el suelo, concentra toda su fuerza de voluntad en cruzar la

habitación. Solo hay unos pocos pasos hasta el baño, quiere refugiarse allí, bajo el agua caliente. Descongelar su cuerpo helado, volver a ser suave y ágil. Deja el dinero sobre la mesa de la cocina. Todo se paraliza de nuevo en su interior, se mira por encima del hombro, pero no hay nadie sentado en el salón, observándolo, es su respiración la que oye. Tira del calzoncillo, algo más torpe de lo habitual, está todo el tiempo a punto de perder el equilibrio. Relájate, piensa, métete en la ducha ya, Charlo. No hay ningún motivo para sentir pánico. Seguro que no la han encontrado todavía, la gente de la calle Fredbo vive su vida, van al trabajo como siempre, los que tienen uno al que acudir, los que no se lo han montado tan mal como yo.

Claro que la han encontrado, dice una voz en su interior.

No, es demasiado temprano, solo son las nueve.

Puede que alguien haya llamado temprano a la puerta. Probablemente ya se haya desatado la tormenta.

No me alteres, ya llegaremos a eso. Intento conservar la calma.

No mereces la calma. Nunca más volverás a sentir la calma en esta vida. Te molestará, te torturará cada minuto del día y, cuando llegue la hora de tu propia muerte, no te atreverás a dejarte ir, irás derecho al infierno.

Expulsa las voces. Se coloca frente al espejo, reacio y curioso a la vez. Puede que sus pupilas vuelvan a ser redondas, puede que fueran imaginaciones suyas. Se echa hacia delante y observa. No, le parece que siguen estando ovaladas. Abre los grifos y permanece un largo rato bajo el agua caliente. Ducharse, piensa, relajarse, olvidar. Se deja caer contra la pared, siente correr el agua. Tiene que quedar completamente limpio, tiene la sensación de que podría estar así hasta la noche, sacándoselo todo de encima. Todo lo pasado, todo lo que

está por venir. Se mira. Es el cuerpo de siempre, con barriga y muslos bastante robustos, la piel está pálida por la falta de sol. El torso vigoroso en el que se insinúan los pectorales. De pronto se tambalea con fuerza y tiene que apoyarse en la pared. Se reclina sobre los azulejos mojados, se lleva la mano al corazón. Le parece que se le nubla la vista. ¿Puede ser que estuviera allí, piensa, o es solo una fantasía perversa? El golpe se lo confirma. El estallido repentino y la sacudida del cuerpo. Tiene que dejarlo ir, liberarse y volver a la vía, no cuestionarse, ya es demasiado tarde, ha sucedido. Debe mirar hacia delante, no detenerse en todo lo que ha pasado. Se seca de espaldas al espejo. La toalla recorre su cuerpo ausente, su alma forcejea, como si diera patadas en el agua, teme ahogarse en su propia desesperación, en su propia angustia. Después busca ropa limpia. Se abotona la camisa con esmero, se aprieta el cinturón, vuelve a acercarse al espejo, se vigila, como si buscara grietas. Le parece que tiene la cara plana, inmóvil. ¿Se acordará de quién ha sido? ¿Se acordará de los gestos, podrá recuperarla cuando la necesite, para que la gente lo reconozca, la sonrisa, las carcajadas, cuando en alguna rara ocasión se ría?

Va al escritorio y marca el número de Bjørnar Lind. Levanta los pies sin moverse del sitio, impaciente, está desbordado por la buena nueva, que va a pagar su deuda. Pero nadie responde. Se muerde el labio, llama a la emisora local de radio en la que trabaja, por fin le contesta una mujer. No, está de viaje, estará fuera una temporada. Le da un número de móvil, cuelga y marca ansioso. El abonado no contesta. Muy frustrado, se dirige a la cocina. Saca el bote del café de la despensa, vierte agua en el depósito, aprieta el interruptor, se enciende una luz roja. Después bebe el café sentado junto a la ventana de la cocina, despacio. A la mitad se levanta a coger el azúcar. Le

molesta necesitar azúcar, no suele echarse. Pero no tiene importancia, piensa, como si alguien fuera a decir que parece que a Charlo le ocurre algo. ¿Está inquieto por alguna causa y por eso le pone azúcar al café? Mira de reojo la radio, quiere encenderla, pero lo aplaza. No sabe si se atreverá. ¿Qué términos emplearán? No, ya eso lo dejamos para luego, piensa. Puede que ni siquiera hayan encontrado a Harriet, no es frecuente que tenga visitas y es temprano. Mira a su alrededor en la cocina. Ha vivido muchos años en la casa, pero de alguna manera se siente como si estuviera de visita. Este es el primer día y tiene que familiarizarse de nuevo. Las cosas que lo rodean, los muebles, la lámpara del techo, las reconoce, pero ya no son suyas. Siente que le han cortado las amarras y va a la deriva por la habitación como un barco que ha naufragado. Nunca volveré a casa, piensa. Observa la calle con la mirada alerta. En ese mismo instante pasa un coche, grande y oscuro, parece un Audi. Lo sigue con la mirada, aprieta la taza de café entre las manos. Se pregunta por qué va tan despacio, como si buscara algo, tal vez a él; siente una presión repentina en el pecho. No pertenece a ningún vecino, conoce todos los vehículos de la calle. Erlandson conduce un Opel, y los Gram, al otro lado de la calle, un Mazda. El coche se detiene, su corazón se acelera. ¿Ya lo están buscando? Se enciende la luz del interior, un hombre pasa las páginas de algo, puede que sea un mapa, o un libro. Charlo lo observa con los ojos escocidos. Se pone de pie y sale al pasillo. Da con un anorak viejo. Se agacha para abrocharse las botas, lanza miradas desconfiadas a la puerta. Coge la bolsa de ropa ensangrentada en el trastero. Le lleva un buen rato centrarse. Va a salir al mundo exterior, tiene que dar con una actitud relajada, moverse con calma, por supuesto. Deslizarse, insignificante y gris, como siempre lo ha hecho. Entreaire la puerta.

No tiene fuerzas para encontrarse con ningún vecino, pero la calle está silenciosa. Avanza los pocos pasos que lo separan del coche, ve la abolladura en el parachoques delantero. Se le revuelven las tripas. Abre con manos temblorosas y tira la bolsa al interior. Ay, ¡cómo le molesta ese golpe! Sale marcha atrás y acelera. Desearía tener otro coche, un coche gris. Tiene la sensación de que el Honda emite una luz, un brillo rojo intenso, revelador.

¿No será que ha sobrevivido?

¿Que se ha arrastrado sobre los codos, hasta llegar al salón, para marcar el número de emergencias, el 113? ¿Que ya le ha denunciado, que le ha descrito hasta el más mínimo detalle? No, dice una voz en su interior, reúne migajas de sensatez. ¡No puede ser!

Conduce despacio por la calle Blom. Por su mente discurre una conversación imaginada con Lind, tal y como cree que será cuando por fin conteste al móvil.

Sí, hola, soy Charlo. ¡Cuánto tiempo!

Silencio al otro lado. Irritación, gruñidos y, probablemente, una sospecha incipiente.

¿Para qué cojones me llamas? Aquí ya no hay nada más que rascar, ¡no tienes vergüenza!

La voz familiar, malhumorada. La voz hostil, fría.

Tómatelo con calma, Bjørnar, será mejor para ti.

Más silencio, Lind espera, Charlo prolonga el momento, lo disfruta, puede que tenga el fajo de billetes en la mano y golpee la mesa con suavidad.

Pues al grano, que no tengo todo el día.

Aquí te esperan doscientas mil en billetes impecables. Solo tienes que venir a buscarlos. Puedes traer unas tijeras de podar rosas si no

me crees.

Lind calla. El silencio está cargado de escepticismo.

¿Y cómo las has conseguido?

Charlo piensa con detenimiento.

Fantasía, resistencia y valor.

Vuelve en sí y tiene cuidado con el tráfico que llega por su derecha. Pensar que estuvo a punto de desmayarse en el baño, nunca antes le había pasado. Un repentino titileo ante sus ojos, la sensación de desaparecer. Culpa. No, nada de pensar en la culpa, de pensar en cosas agradables. En Julie, que es joven y está sana. Nunca creyó que Inga Lill pudiera morir de cáncer, ella que siempre estaba tan despierta, tan vital. Le sigue resultando incomprensible. El día que les comunicaron el diagnóstico los dos parecían haber visto un fantasma. Hace demasiado calor en el coche, apaga la calefacción, observa fijamente la carretera nevada. No dejes que los pensamientos vuelen, contrólalos, mantén la calma, piensa intentando concentrarse. Le cuesta. Porque Harriet Krohn está muerta. Se araña la barbilla con las uñas, intenta pensar en el futuro. Segurísimo que está muerta, no puede delatarle. Ahí está la fábrica de cerveza. En la plaza, frente al edificio, hay apiladas cantidades impresionantes de cajas de cerveza, rojas y amarillas, formando torres. Parecen piezas de Lego sobredimensionadas. Quién fuera niño otra vez para poder jugar con la conciencia tranquila, protegido por los mayores. Se deja llevar por recuerdos de su infancia, rememora un día a la vuelta del colegio. Era invierno, hacía un frío cristalino, la nieve crujía bajo las botas. Vio algo en un montón de nieve, frente a su propia puerta. Un gato atropellado. El gato estaba casi dado la vuelta, los intestinos se desparramaban por la nieve. Se sintió casi entusiasmado, curioso.

Sabía que su madre podía verlo a él por la ventana, pero no pudo reprimirse. Empezó a revolver entre las tripas del gato con un palo. No se movió, podía hurgar todo lo que quisiera, el gato había hallado la paz. Solo tenía siete años, pero lo comprendió, el palo trabajaba frenético entre las vísceras, no era suficiente. Su madre apareció unos minutos más tarde, quería saber qué estaba haciendo. Por su reacción comprendió que lo que había hecho era imperdonable. Pero no le parecía que el gato diera asco. En realidad estaba profundamente fascinado. Piensa en ello ahora, se pregunta si tal vez es diferente, si otro niño, uno del todo normal, habría salido corriendo de allí asqueado. ¿Cómo se le ocurrió hurgar en el animal muerto? Le parece que todo tiene un significado, analiza hechos pasados intentando buscar un fallo. No, no se le ocurre nada, se siente completamente corriente. Aquí llega Charlo. Soy completamente corriente, pero he matado. Conduce por la autopista, cada vez hay más distancia entre las casas. Ese coche que llevo detrás, piensa y mira por el retrovisor, lleva ahí mucho rato, es un Renault, hay un hombre al volante, ¿me persigue? No es capaz de calmarse. Se siente expuesto en la dura luz invernal, tiene la sensación de que el coche hace más ruido de lo habitual. Piensa las cosas más extrañas, casi como si tuviera las mejillas incendiadas. Aun así es un alivio estar entre la gente, ser parte natural de la masa. Aquí, entre la muchedumbre, entre gente buena y mala, se siente anónimo. Empiezan a aparecer las granjas y los campos de manzanos. Le gusta el paisaje del este, los campos de cultivo y los bosques de abetos, las suaves colinas y los montes. Le gustan los manzanos podados con dureza, decorativos como caracteres japoneses sobre la nieve blanca. En mayo parecerán novias regordetas de blanco y rosa. Echa un vistazo al reloj, enciende la radio y escucha. Puede que

ya hayan encontrado a Harriet, que alguien haya entrado en la casa y que un grito haya atravesado el silencio de la cocina. Mira constantemente por el retrovisor. Ve sus pupilas negras y le parece que ya son como líneas, propias de una cabra. No, son imaginaciones, la fantasía le juega una mala pasada, es que está sometido a presión. No es de extrañar que vea caracteres japoneses en la nieve, no es de extrañar que escuche su voz en la cabeza.

«¿Eres consciente de lo que has hecho?»

Se aferra a la pequeña esfera del cambio de marchas, conduce inclinado hacia delante. Suena la fanfarria familiar que anuncia que ha llegado la hora de las noticias, por eso se aparta de la carretera y para el vehículo. Han detenido a unos insurgentes chechenos en la frontera con Rusia, en Israel uno se ha inmolado con una bomba, ha llegado la vacuna de la gripe. Nada sobre el asesinato de Harriet Krohn. Golpea el volante con la mano y regresa a la carretera; está decepcionado, casi desesperado. Quiere pasar el trago, el follón, los exabruptos. En teoría puede quedarse allí tirada durante días. No encontrarán nada, piensa, no he dejado huellas. Fui rápido y bastante decidido, a pesar de que estaba desesperado. Piensa en toda la gente que andará por su casa, gente experimentada y eficiente con una técnica ilimitada. ¿Qué partículas puede haber arrastrado consigo? ¿Se le puede haber caído un cabello?, ¿verán la huella en la sangre y el dibujo de la suela? Intenta respirar tranquilo. Como tiene hambre, empieza a mirar a su alrededor en busca de un quiosco o una gasolinera donde comprarse algo de comer. Transcurridos cinco minutos, se detiene junto a una gasolinera Shell. Se queda un rato sentado en el coche, casi no se atreve a entrar. Se atusa el cabello con los dedos, mira de soslayo por el parabrisas, no ve a nadie. Pero al final del edificio descubre un gran

contenedor verde. Es para desechos. Se agacha y coge la bolsa con la ropa ensangrentada. Luego aprieta los dientes y se baja del coche, camina hacia el contenedor con toda la tranquilidad de la que es capaz, tiene tapa, eso le viene bien. Mira por encima del hombro, remueve un poco para dejarla cubierta, deja caer la tapa. Entonces entra en la tienda. Se dirige despacio hacia el mostrador y echa el ojo a unas enormes salchichas de cebolla que se doran sobre una parrilla eléctrica. Pide una con beicon y vierte por encima una gruesa capa de mostaza. El dependiente, un hombre joven, lo observa mientras come. Se aleja, se detiene frente al expositor de revistas, lee todos los titulares. La piel churruscada estalla entre sus dientes, las especias le queman la lengua. Se bebe media botella de Coca-Cola, se despide y vuelve a salir. La comida le sienta bien. Poco a poco se tranquiliza. Sigue su camino, atento a los carteles y al tráfico por el retrovisor. Lleva detrás un Escorpio, es verde. Podría ser un coche camuflado de la policía. No cree que sea el caso, solo se plantea la posibilidad de que estén por todas partes, buscándolo, de que no se rindan. Media hora más tarde gira a la izquierda, junto al Centro Ecuéstre Møller. Circula por un camino forestal estrecho y lleno de baches, mete la segunda, intenta conducir con suavidad para preservar el Honda. Enseguida ve los cercados. Varios caballos pastan la hierba húmeda, medio congelada. Hay algunas manchas de nieve dispersas, el clima sigue siendo suave para estar a mediados de noviembre, el aire está limpio, agradable. Ve el club y los establos, edificios bajos pintados de rojo, coches aparcados y remolques. El lugar es muy pintoresco, está en una hondonada del paisaje, como piezas de construcción en un platillo, rodeado de suaves colinas y bosques. Se desliza hacia un hueco para aparcar. Necesita quedarse un rato en el coche. Todavía es temprano,

solo un par de jovencitas llegan sujetando las riendas de un caballo cada una para montar en los campos. Juntas saldrán lanzadas por la nieve gritando de entusiasmo. Vuelve a pensar en Julie, piensa en ella con añoranza y esperanza, sueña con todo lo que podría ocurrir. Las chicas no se dignan a mirarlo. Aun así se queda en el coche. Observa los traseros de los caballos y sus colas oscilantes, enseguida dejan de verse. Titubeante, baja del coche y se queda un rato mirando a su alrededor, a la vista de todo el mundo en su anorak azul. Pero nadie se acerca a preguntarle nada. Camina hacia el primer establo. Abre la pesada puerta, se queda escuchando los sonidos del interior del edificio. Aspira el fuerte olor de los animales. Oye el ruido sordo de las bestias masticando, el movimiento repetitivo de las encías, el olor rancio de la paja seca, del cuero y la bosta. A su derecha hay colgado un corcho, lo lee y sonríe. «Dejad vuestras cosas recogidas, maldita sea. Todo el mundo debe barrer frente a su box. No dejes la silla en el pasillo. ¡Mantén la puerta cerrada o se congelará el agua!»

Todo le resulta tan familiar, tan querido. Empieza a caminar por el pasillo de la cuadra con cierta devoción. En el interior de este edificio se encuentra a salvo. Esta es una estancia propia en la que nadie lo puede alcanzar. Está saturado de sentimientos, olores, y la calma corre por su cuerpo con efecto inmediato. Los grandes animales no perciben su presencia, rumian impertérritos, dan largos tirones al heno, profundamente concentrados en la comida. Unos gorriones dan vueltas a la altura del techo, de vez en cuando aterrizan en el pasillo, encuentran granos sueltos de los que se apropian con tenaz ahínco. Son diez caballos en total, los observa con detenimiento uno a uno. Dos ponis que le interesan poco, un poni es y seguirá siendo un poni y nunca será un caballo. Ve un percherón noruego bastante pasado de

peso y un tordo que no le gusta demasiado, algo le pasa a su complexión y, además, está flaco. Pero estudia a los otros seis con notable interés. Sube y baja por el pasillo del establo. Lee los letreros de las puertas. Konstantin, nacido en el 92, propietaria Grete Valen. Superman, nacido en el 96, propietaria Line Grov. Uno de los caballos llama la atención por su imponente altura. Y por su color. Es un alazán. Charlo se detiene de golpe, se queda con la boca abierta. El alazán es su favorito. El alazán es el caballo con el que sueña, un color profundo, cobrizo, que brilla a la luz de la ventana. Un hermoso lucero en forma de flecha en la frente. La cola espesa, densa, y la grupa poderosa. Los ojos negros y brillantes lo contemplan con calma estoica. Charlo alarga la mano y le deja olisquear, el belfo tiene el tacto de un terciopelo denso, de calidad. Se inclina y sopla sobre sus orificios nasales, quiere dejar su propio olor. El caballo siente curiosidad, inclina las orejas hacia delante en señal de aprobación y la cola se mueve de un lado a otro. Es un caballo grande de verdad. Calcula que pesará unos seiscientos kilos, de patas poderosas y grupa enérgica. Seguro que se trata de un caballo de doma. Presenta la musculatura de un equino que ha hecho mucho trabajo de suelo. Tiene aspecto de estar recién herrado y bien cuidado; los cascos, aceitados y brillantes. Se queda así parado junto a la puerta del box, perdido del todo en sus ensoñaciones. No hay ningún cartel en la puerta. Pero seguro que el caballo tiene que ser propiedad de alguien. Sus pensamientos se ven interrumpidos por la puerta que se cierra de golpe, los pasos de alguien. Da un respingo. Se prepara para mantener una conversación. Mira hacia el pasillo y descubre a una adolescente. Lo mira con timidez, de soslayo, toma nota de que es un desconocido y se pone con su tarea. Él saluda y está atento, tal vez venga

precisamente a por el alazán. No es el caso, viene a buscar al percherón. Le pasa un ronzal por la cabeza y tira de él hacia el pasillo, lo engancha, desaparece y vuelve al instante con una silla. Charlo sabe lo que pesa una silla de montar, pero ella la lleva sobre un brazo como si nada, la cabezada en el otro. Estas chicas tienen músculos, han pasado años sobre el caballo, han limpiado toneladas de mierda de caballo del establo y la han tirado por la trampilla con la azada. Bosta húmeda, pesada, chicas resistentes, fibrosas.

—Bonito percherón —dice, aunque no lo piense.

Está demasiado cebado, pero por lo demás resulta agradable, de color champán, con una hermosa crin blanca y negra. Claro que aprecia al percherón, pero no para montarlo. Es preciso en la doma, pero le falta elegancia; es que los percherones tienen las patas tan cortas..., piensa mirándola. Pone la silla sobre el lomo del caballo, aprieta la cincha con una fuerza impresionante y empieza a limpiarle los cascos. Su culito se eleva respingón, tenso bajo los ceñidos pantalones de montar; él observa su cuerpo redondeado y la poderosa musculatura de los muslos. Ese es el aspecto que deben tener, piensa, tensas y a punto de estallar como ciruelas sin madurar. Pero siempre que ve a una joven la compara con Julie. Nunca ve a nadie como ella. Julie de barbilla firme y la cascada de cabello rojo. La mirada verde y decidida de Julie.

—¿Cómo se llama? —pregunta Charlo, y se acerca unos pasos a ella, es un hombre amable.

A pesar de que acaba de matar, a pesar de que acaba de machacar a una anciana, recupera la voz, la amabilidad. Puede hablar con la gente, charlar. Le causa una especie de raro alborozo ser capaz de seguir relacionándose como si nada hubiera ocurrido. En ese instante

se cuela un gato, seguido de un cachorro de rottweiler, encuentra unos restos de los cascos y los mastica voraz.

— Champis — dice ella, y sonríe tímida. Vaya, piensa él saboreando el nombre, le va muy bien.

—  Sabes algo del alazán? — Echa una mirada al gran caballo, que asoma la cabeza por el establo mendigando comida.

Ella levanta el flequillo del animal para apartarlo del cabezal, lo coloca con mucho arte.

— Es de M ller — dice, y va en busca de una escoba.

Barre el serrín y la bosta de caballo del pasillo. Abre la trampilla del suelo y la echa con habilidad.

—  M ller? — dice Charlo interrogante.

— El dueño de la hípica.

Charlo asiente.

— Solo estoy echando un vistazo — dice a modo de disculpa—. Tiene una pinta estupenda, solo era eso.

— Sí — dice ella, y ahora lo mira con curiosidad—. Es precioso, pero bastante exigente.

—  Lo has montado?

Se acerca a ella. Disfruta de la conversación.

— Muy poco. — Deja la escoba en su sitio—. Es una maquinaria pesada y necesita mucha espuela. Pero sabe mucho.

 l asiente con un movimiento de cabeza y vuelve hacia el alazán, le pasa la mano por el morro.

—  Edad?  La sabes?

— Diez — dice ella—. Un capón.

Se pone un casco. Para acabar, se coloca un chaleco reflectante.

— Pero  aqu  tienen caballos en venta? — quiere saber.

Ella se encoge de hombros.

—A veces —responde—. Pero para eso tiene que hablar con Møller. Está dando de comer a los caballos en la cuadra de abajo.

Charlo da las gracias y sale, baja una cuesta empinada, da la vuelta a la esquina y entra en la cuadra de abajo. Aquí también hay diez animales. Varios son pequeños y gruesos ponis de Shetland, no los tiene en mucha estima. Son monos pero impredecibles y cabezones como mulas, piensa. Aun así, están bien para las niñas más pequeñas. Al fondo hay un par de ejemplares hermosos, un palomino y un pinto al que tal vez le falte algo de alzada. En ese momento aparece un hombre en la puerta y lo ve. Algo en su manera de moverse hace sospechar a Charlo de que es el dueño. Es bajo y robusto, con un flequillo oscuro y rebelde sobre la frente. De mirada paciente, sigue con su labor sin detenerse, transmite calma. Está en su casa, entre los animales.

—¿Llevas esto?

Charlo gira el cuerpo, se siente torpe.

—Así es.

Echa una breve mirada a Charlo, pero no interrumpe su tarea. Los animales son más importantes y se trata de mantener las rutinas de alimentación. Trabaja a buen ritmo, sistemáticamente. Solo con mirarle Charlo se siente más tranquilo. El hombre coge de un tirón un cubo de zinc de una estantería, luego se da la vuelta y le tiende la mano.

—Møller —dice, y asiente.

—Torp —dice él, y le aprieta la mano—. ¿Tenéis caballos en venta? Intenta adoptar un tono despreocupado.

Møller lo observa con más detenimiento. Sus ojos son oscuros y

profundos, pero su mirada es firme. Lleva puesta una chaqueta impermeable verde y botas de cuero alto con cordones.

—A veces. —Su flequillo oscuro oscila sobre la frente—. ¿Ha venido por eso?

No deja de trabajar mientras habla. Charlo se mete las manos en los bolsillos, quiere ocultar una timidez casi infantil, pero por fin se recupera.

—He venido sobre todo a echar un vistazo. Pero lo estoy considerando. Dentro de un tiempo. Solo quería hacerme una idea del precio que tendré que estimar.

Møller mete el cubo de zinc en un saco de pellets y se acerca al establo más cercano. Su chaqueta cruje cuando se mueve, las botas impactan sobre el cemento. Echa una medida de un litro de pienso en el comedero y el poni obeso se tira de cabeza.

—He vendido caballos por veinte mil —dice—, y los he vendido por ciento cincuenta mil. Depende de lo que quiera.

Charlo contempla a Møller mientras los alimenta. Parece agradable ser quien se acerque a los animales con la comida.

—Digamos que me podría permitir una cosa intermedia — comenta—. Pero primero tendré que vender una cosa, puede que me lleve algo de tiempo. Y necesito uno que ya esté un poco enseñado. No puedo con un caballo joven que le quede todo por aprender.

—Entiendo —dice mientras escarba en el cubo de los pellets.

—Y preferiría que no fuera una yegua.

—¿Alguna mala experiencia? —pregunta Møller. No está muy receptivo, su voz resulta algo cortante, pero no antipática; está tomándole la medida a Charlo.

—Creo que apostaría por un capón —dice—. ¿Qué hay del alazán

de la cuadra de arriba? ¿Me dicen que es suyo?

Møller le dedica una mirada.

—Lo monta mi hija.

Charlo se desamina unos instantes.

—¿Le interesa ese? —pregunta Møller sorprendido—. Es enorme, no hay mucha gente que se atreva con él.

Charlo se encoge de hombros, a la defensiva, e intenta controlar su entusiasmo.

—Bueno, es grande, impresiona. Pero no tengo ni idea de cómo es. Y además será caro. Buena planta. Muy musculado.

—Uno ochenta de alto —dice Møller.

Deja el cubo en el suelo y se seca la frente con la manga de la chaqueta. Sus botas están impregnadas de serrín y mierda de caballo; una barba fuerte y negra dibuja sombras oscuras sobre su mandíbula.

—Si me hicieran una oferta, la consideraría —dice, y mira a Charlo con más detenimiento. No quiere vender a cualquiera—. Es demasiado caballo para la chavalita, solo tiene trece años. Todavía no le hemos buscado otro, más que nada para que no tenga que estar parado.

Charlo siente una punzada de esperanza en el estómago.

—¿Podríamos ir a echar un vistazo? —propone Møller.

Charlo se sorprende. Acepta y le da las gracias, y se queda contemplando al hombre mientras acaba de dar de comer a los animales. Lleva el cubo y la carretilla a su sitio en un rincón y se abrocha la chaqueta. Luego sale del establo con paso ligero, Charlo se apresura a seguirle. Dos chiquillas se acercan al paso montadas en sendos ponis, llegan dos coches con transporte de caballos, el centro de equitación empieza a ser un hervidero de vida. Entran en la

caballeriza de arriba.

—Lo sacaré al pasillo —dice Møller—. Así lo verá mejor.

Charlo asiente agradecido, nota un temblor en su interior ante todo lo que está pasando. Que de verdad esté aquí dentro admirando un hermoso caballo. Que el hombre le escuche y le tome en serio. Møller saca al caballo y lo deja sujeto.

—Este ejemplar es bastante pesado de montar —admite mientras le pasa la mano por el cuello—. Pero, a cambio, sabe mucho. Está bien enseñado, hace doma y salta un metro treinta. Siempre ha estado sano. Y tiene buen carácter. Es decidido pero nunca hace tonterías. Buen galope, tranquilo. Necesita mucho precalentamiento, es grande. Pero si le dedican el tiempo que necesita, solo hay que meter la marcha y andará durante horas.

Charlo escucha respetuoso, cree cada palabra que Møller le dice.

—¿Cómo se llama?

—Call me Crazy.

—¿No ha dicho que tiene buen carácter?

—Sí, desde luego. —Møller le pasa la mano por el morro—. Supongo que le pondrían el nombre antes de castrarlo. —Ríe entre dientes.

—¿Raza? —pregunta Charlo.

—Holsteiner. Buen pedigrí. Un caballo fiable.

—Empieza a sonar caro.

—No se venderá por menos de cincuenta mil. Eso se lo puedo asegurar.

—¿Cincuenta?

Charlo se muerde el labio, piensa en la deuda contraída, en la plata, intenta calcular mentalmente. Se puede regatear con los

propietarios de caballos, hasta ahí llega. Al menos hasta bajar a cuarenta y cinco. Eso cree, eso espera. El caballo es espléndido, uno de esos al que todo el mundo se quedará mirando.

— ¿Puedo ensillarlo para que lo pruebe?

Charlo niega enérgico con la cabeza.

— No era mi intención, llevo años sin montar. Pero ¿le molestaría si vengo de vez en cuando a verlo? ¿Podría hacerle unas fotos?

Møller asiente.

— Sí, venga cuando quiera. Las caballerizas están abiertas al público. Haré que la niña lo monte en la pista para que pueda ver sus movimientos. Si le interesa. Quiere uno más pequeño y ligero, creo que le parecerá bien.

Charlo hace un gesto con la cabeza de agradecimiento.

— Y, aparte de eso, ¿cuánto cobran por la manutención? Por si quisiera tenerlo aquí.

Møller se pasa la mano por debajo de la nariz.

— Tres mil ochocientas. Por ese precio limpiamos todos los días de entre semana. Los dejamos en el potrero y en algunos casos podemos montarlos.

— Supongo que ese es el precio — dice Charlo mientras vuelve a hacer febriles cálculos mentales, pero ya no es capaz de manejar las cifras sin un papel delante.

Pone las manos sobre los flancos del caballo y siente su musculatura rocosa. Pasa una mano por las patas, son largas y fuertes. Estudia los ligamentos, parecen estar bien. Busca las costillas. Las puede sentir, pero no ver, sabe que es así como debe ser.

— Diez años, ¿verdad?

Møller asiente.

—Soy de la opinión de que diez años es la mejor edad. Bien adulto, ha dejado atrás la pubertad, le falta mucho para hacerse viejo. ¿Satisfecho?

—Sí, gracias —dice Charlo.

Se siente entusiasmado. Aquí está él, con un desconocido y un hermoso alazán, y es capaz de hablar sin que le tiemble la voz. Aquí está, con su anorak viejo y desagradables pupilas alargadas en las que nadie se fija.

—Entonces voy a pensármelo un poco y volveré —dice mirando cómo Møller conduce al caballo de regreso a su box. Luego vuelve a taparlo con su manta y cierra los pasadores.

Charlo sale de la cuadra. Se siente levemente intoxicado. Se sienta en el coche y se mira de nuevo en el espejo, vigila su propio rostro. Cada vez que se ve detecta esa mirada alerta. Un hombre le devuelve su mirada fija, un hombre con el que tendrá que familiarizarse. Llevará tiempo, piensa, el tiempo lo arregla todo, tú conduce, tranquilízate. Sube despacio el camino forestal y enseguida llega a la carretera nacional. Se detiene en un centro comercial para comprar comida. Echa un vistazo rápido al reloj de pulsera, pone el dedo sobre el interruptor de la radio. Espera. Pasan un par de minutos. Ahí está la sintonía, son las noticias. Su corazón vuelve a acelerarse, porque está ocurriendo, ahora la locutora habla del asesinato de Hamsund. Algunas palabras se abren camino, se prenden en su memoria. Extremadamente brutal. Anciana y sola. Probablemente abrió la puerta. En la casa faltan objetos de valor.

Charlo apoya la frente en el volante, escucha con todo el cuerpo en tensión. Extremadamente brutal. ¿Fue así? Él no lo ve. Golpeó hasta que se quedó quieta y eso llevó su tiempo. Una vecina halló a la

mujer. La policía ha encontrado pistas. Piden a la gente que estuviera cerca de Hamsund en la tarde y la noche de ayer que informen de si han detectado tráfico sospechoso cerca de la calle Fredbo.

Las palabras llegan de muy lejos, no se reconoce en ellas, no reconoce el delito, ahora se ha convertido en un caso. Tan frío como otros casos, desprovisto de dramatismo. Qué extraño, piensa, es que no me atañe. Bueno, si dejo que me afecte..., pero no voy a dejar que me afecte, no me queda más remedio que reprimirlo. Estuve en esa habitación unos pocos minutos, ahora estoy en otra estancia, cierro la puerta y echo la llave, nunca volveré.

Pasa a hablar de política. Tan solo han sido unos pocos segundos, y al instante siguiente ha quedado desplazado a un lado por otras noticias. Apaga la radio y medita. La policía tiene pistas. ¿De qué puede tratarse? Tráfico sospechoso, piensa después. ¿Podrían considerarse su colisión y su comportamiento descontrolado como tráfico sospechoso? Por supuesto. Un hombre adulto que pierde la cabeza de esa manera por un golpe en la chapa. Harriet Krohn. Ya encontrada, la casa llena de fotografías y técnicos. Registro minucioso, pinceles minúsculos, productos químicos. Hace un gran esfuerzo para controlarse, se baja del coche y lo cierra. Camina con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos.

El centro comercial consiste en cuatro o cinco tiendas. Está a punto de entrar en la tienda de alimentación cuando ve algo. Una máquina tragaperras. Una Twinrunner de luces titilantes. Se detiene y se la queda observando. Instintivamente se mete las manos en los bolsillos en busca de monedas. Siente un calambre en el brazo, ve el brillo de la máquina, los colores, tiene unas ganas enormes. Una moneda de veinte coronas aguarda en el bolsillo. La aprieta con fuerza. No, dice

algo en su interior. Ya pasó, se acabó. Pero en sus oídos resuena el familiar tintineo de las monedas al caer, se siente afortunado, es su día. ¡No! Da la espalda a la tragaperras y entra en la tienda, camina a zancadas entre las estanterías. Call me Crazy, piensa, un ejemplar soberbio.

Vuelve a marcar el número de Bjørnar Lind. Sigue sin contestar. Observa frustrado el fajo de billetes que parece quemar el fondo del cajón. Quiere deshacerse de él, liberarse de la amenaza. Por la noche se instala delante del televisor para ver el telediario. Los minutos anteriores está alterado y nervioso, da vueltas por el salón, esperando, pronto estallará la bomba. Cree que el asesinato será la noticia que abra el informativo, que la anciana irá por delante de todas las guerras del mundo, y está en lo cierto. Se inclina, observa con los ojos muy abiertos. Ahí está su casa, la calle. Ve a los técnicos que pululan por allí con sus capuchas blancas. Piensa en la maquinaria que se pone en marcha con un crujido ante sus ojos. Entrevistan a un policía, se fija en el nombre que figura en la parte inferior izquierda de la pantalla, comisario Sejer. Ve la mirada incisiva, escucha la voz profunda y decidida, sobre su hombro el escudo del león coronado que sujeta un hacha. Charlo se tapa la cara con las manos, se da cuenta de que está meciéndose adelante y atrás. Sabe que se le pasará. No deja de resultar sorprendente que enseguida empiecen a hablar de otras cosas, que su delito ya tenga que dejar paso al conflicto de Oriente Medio. De alguna extraña manera se siente ninguneado. Le costó tanto valor, tanto miedo y desesperación... Se acuerda de que tiene algo que hacer. Baja al sótano y busca un martillo robusto, luego bucea en un cajón de la cómoda en el que guarda calcetines. Saca calcetines del cajón y los mete por la cabeza del martillo, no para hasta que lo

convierte en una dura pelota de felpa, duro y blando al mismo tiempo. Se acerca a la ventana y mira al exterior con él en la mano. No se ve a nadie por la calle, se desliza por la puerta, se acerca al Honda con el martillo, se tumba debajo del coche. Nota que se le huela la espalda. Pasa la mano por la aleta abollada, no soporta esa fea cicatriz, ese recordatorio. Intenta golpear el metal pero no llega bien. Le echa más energía, pega y pega. Si pudiera quitar esa abolladura..., es peligrosa, reveladora. Descansa de vez en cuando, con los ojos cerrados y la espalda pegada a la gravilla; tiene frío y se ha mojado, pero sigue golpeando todo lo que puede. Es un trabajo duro, un trabajo inútil, no llega, no consigue imprimir velocidad al martillo. Tiene ganas de dejarse llevar, de quedarse tumbado sobre el suelo húmedo hasta que alguien lo encuentre y se lo lleve de allí en volandas. Se desploma y tiene que descansar otra vez, le cuesta creer que esté allí tumbado golpeando por pura desesperación. Pasa la mano, nota que lo ha enderezado un poco. Se empuja para echar un vistazo. Está casi igual de mal. Ve las rayas blancas que ha dejado el otro vehículo y piensa que es posible identificar y localizar la pintura del coche. Entra corriendo a coger una navaja, sale lanzado y empieza a raspar. Pasa la hoja del cuchillo sobre el metal, se oye un ruido agudo, malsonante, llega al material mate del fondo. Después puede pasar un papel de lija y comprar un bote de pintura para coche, entonces la abolladura será menos visible. Colisionar no es un crimen, piensa, y agradece tener algo que hacer, un objetivo, para que el tiempo pase. Sigue hasta quedarse sin fuerzas. El metal rallado parece brillar, pero se rinde por ahora y vuelve a entrar en casa; se sienta para descansar. En la casa hay un vacío desconocido. Una especie de eco en la habitación que no había notado antes, como si faltaran muebles.

Quiere que pase el tiempo, que llegue la noche. En ese momento la gente se retira, nadie pensará en él, nadie lo buscará. Oye el tictac del reloj de pared y su corazón que late incansable. La bomba ha estallado. Todo el mundo sabe lo de Harriet, ¿por qué está todo tan silencioso? ¿Están susurrando por los rincones sin que él se dé cuenta? Se muerde una uña, apático, intenta notar cómo se siente. Una mala costumbre de antaño se abre paso y lo mantiene ocupado largo rato. Se hurga el diente descascarillado.

Está en la cocina con una mano sobre la cara. Siente el puente de la nariz y los labios resecaos, la mandíbula poderosa que tan bien conoce, o solía conocer. Abre un pequeño resquicio entre los dedos y otea a través de él, deja paso a la habitación en minúsculos fragmentos, las paredes, los muebles. Ve sus pies. Nota que el pecho se hincha, tan consciente de la masa palpitante que es su cuerpo, ahora putrefacto, repleto de culpa, en la mano derecha, en la cabeza, en el corazón. No, el corazón no, no lo deseaba, no había soñado con llegar a esto. Ningún ser humano lo hace, se limitan a caer en la perdición. Respira inmóvil, sujeta su cara como si fuera tan solo una máscara que se caerá si deja de sostenerla. Debajo solo hay carne cruda, las cuencas de los ojos vacías y negras. Nota que el pecho vuelve a hincharse. Recibo oxígeno aunque no lo merezca, piensa, mi corazón trabaja a pesar de todo, no falla a pesar de que he cometido este horror. Tiene intención de obligarse a cambiar de postura. Quiere salir a coger el periódico, pero en ese momento ve a Erlandson, su vecino; viene del coche con su aire característico, fresco, decidido. Charlo no quiere hablar con nadie, ahora no, se siente desnudo. No es capaz de adoptar una expresión normal, de hacer cosas que nunca le habían costado un esfuerzo. Y se da cuenta de que, a partir de este momento, tendrá que

aprenderlo todo de nuevo, las tareas diarias, los encuentros con la gente, a ser el de siempre. Pero ya no es el mismo. Su siguiente propósito es prepararse unos sándwiches, pero se queda enfrentándose con sus pensamientos, encerrado en una casilla. Siente una tremenda necesidad de soltarse, de estallar para hacerse más sitio. Aquí estoy, en la luz de los focos, piensa, estoy al rojo vivo, como una lámpara, me arden las mejillas. Soy Charlo, el asesino. Estoy en mi propia cocina, apoyado en la encimera, puedo estar así hasta la noche. La apatía me protege de todo lo malo, mientras esté así, helado, ningún sentimiento me alcanza. Todo parece insuperable, la próxima hora, el día de mañana, el resto de mi vida. Aquí ando liado con mis cosas, no, no ando, estoy petrificado aquí, junto a la encimera, con una mano sobre mi rostro, no tengo fuerzas para moverla al frente. Imagino que la luz me quemará como un ácido. Se me pasará enseguida, viene y va, lo sé, tengo que vivir con esto. Intenta viajar con la mente, ir a otro lugar, pero requiere un esfuerzo. Mi madre me trajo al mundo en 1963, piensa, y se agarra a las imágenes. Fui un bebé regordete, un niño bueno, un chico considerado y después un joven agradable, la gente solía decir que era un tipo de una pieza. Antes de empezar con el juego, antes de pedir prestado dinero que nunca devolvía. Conocí a Inga Lill, tuvimos a Julie. Pero ahora Inga Lill ya no está, y yo no puedo solo. Al pensar en Inga Lill se le hace un nudo en el estómago, se seca una lágrima de la mejilla, enfadado. Desesperado, presiona la mano sobre la cara, quiere obligarla a volver a su lugar, volver a ser la de siempre, la que reconoce, poder mirar de frente al mundo otra vez. Aprieta los dientes, siente la barba gruesa, rasposa bajo los dedos. Busca por la habitación con la mirada y se detiene sobre un antiguo dibujo infantil de Julie. Madre, padre y niña,

muy juntos bajo un sol enorme. Ya no es así, piensa, yo lo estropeé y ella no me perdona. Recuerda la primera vez que la vio, un bebé sano de cincuenta centímetros. Cuando cumplió un año e Inga Lill empezó a darle papilla, engordó muchísimo y parecía una pequeña rosquilla rosa. Con año y medio empezó a andar y parecía más frágil. A los cinco empezó a montar a caballo y su gran esfuerzo pronto empezó a notarse en sus pequeños músculos durísimos, sobre todo en los antebrazos y los muslos, tenía los bíceps de un muchacho. Aprieta los puños. Si la policía no me persigue, piensa, yo mismo me perseguiré hasta condenarme. Desconcertado, mira por la ventana, desea que el mundo parezca nuevo, que el 7 de noviembre nunca haya existido. Sigue buscando con la mirada. Junto a la pared hay un antiguo arcón mariner. Lo heredó de sus padres. A lo largo de los años lo han pintado tantas veces que un número desconocido de colores se esconden bajo el verde oscuro que tiene ahora. El arcón sirve de asiento, es un mueble de hechuras bastas, no resulta muy elegante, pero es muy amplio y sólido. De niño se sentaba encima con los pies colgando. Ahora el arcón está lleno de calzado y otras cosas. Cepillos y trapos, grasa y betún. Y la bolsa de la plata de Harriet. Charlo se queda observando el arcón. Se obliga a levantarse del banco, cruza la estancia, levanta la tapa, hurga con las manos entre el calzado y los cepillos, levanta la bolsa. Una bolsa de cuadros verdes y blancos con las iniciales J. T. bordadas en rojo. Pesa más de lo que recordaba. Esparce el contenido por la mesa de la cocina, cuchillos, tenedores y cucharas. Jarrita de leche y azucarero, candelabros y jarrones. Como está guardada en una bolsa que no deja pasar el aire, todo brilla como si fuera nuevo. Puede que Harriet lo haya coleccionado como inversión. Tal vez lo haya heredado de su madre, de otros. Saca un

cuchillo del plástico y lo acerca a la luz. Comprueba el sello. El cuchillo tiene una raya en el mango. No conoce el diseño, pero parece caro y antiguo. Probablemente sea muy valioso. El perista, piensa, el punto débil, ¿me atreveré? Sin el intermediario la plata no vale nada. No deja de ser un hombre que tiene un negocio, están obligados a confiar el uno en el otro. Debe llamar, lleva el número en la cartera, pero lo va dejando pasar. Quiere que todo se asiente, tranquilizarse. No, ya nunca habrá calma, tendrá que pasar el resto de su vida en esta tormenta, y ya no le quedan estayes. Es como si a cada instante fuera a despegar y a salir volando como una bolsa de papel vacía. Sus dedos empiezan a temblar. En su interior vuelve a producirse un alud cuando mira atrás y recuerda. Se inclina sobre la mesa, inspira profundamente varias veces. Lo que se ha llevado de su joyero no parece tener valor; hay un collar, probablemente falso, dos anillos, una pulsera de plata y un broche viejo y espantoso. Un camafeo. Pero el reloj es de oro. Lo levanta, lo sopesa en la mano. El reloj pesa como el plomo. Por lo menos cincuenta mil, piensa, puede que setenta u ochenta. Pasa un largo rato contemplando su botín. Cuenta tenedores y cuchillos y cucharas, intenta calcular mentalmente. Después mete las joyas y la plata en la bolsa y vuelve a introducirla en el arcón. Se acerca a la encimera y saca una hogaza de la panera, empieza a cortar, se concentra en esa tarea concreta, en su necesidad de comida. El pan bien sujeto con la mano izquierda, el cuchillo con la derecha. Tiene que centrarse en esto, piensa, actuar, hacer las cosas cotidianas. Hacer lo que hacen los vivos. Haber matado, eso hace que me sienta diferente. La gente no puede verlo, lo sé, y tampoco puedo contarle. Tengo que soportarlo, y no parece que pese. Es más como una marca, una muesca. Se imagina que esa muesca está en su corazón y que,

cuando muera y le abran, se inclinarán sobre su cuerpo y verán esa marca tan fea. El corazón al descubierto. Desfigurado. ¡Vaya!, pensarán. Con que así están las cosas... ¡Es culpable! Sus manos vuelven a temblar, el cuchillo cesa su movimiento en el pan. Permanece un rato así, paralizado en esa postura. Por fin su interior queda en calma y corta un trozo de queso Jarlsberg que coloca sobre las rebanadas. Va al salón para comer, tiene la sensación de que su cuerpo se comporta de una manera extraña, que no se coordina, está inconexo de una manera que le resulta desagradable. Reconoce el sentimiento que tenía de adolescente cuando crecía demasiado deprisa. Las articulaciones parecen estar debilitadas, los pensamientos vagan. Como si se hubiera cortado la correa de transmisión entre el cuerpo y el alma. Sí, piensa, el contacto se ha interrumpido, el alma vaga solitaria en una habitación oscura de voces susurrantes y el corazón tiene una muesca. Con gran esfuerzo va al salón, se sienta en la butaca buena, aprieta las rodillas. Coloca el plato sobre los muslos. Hince los dientes en la corteza, que está seca y dura. Oye el tráfico del exterior; es un alivio, le da miedo el silencio absoluto, en él crecen muchas cosas. Desde ahora pensará en el resto de la gente como algo muy distante de él. No le tortura la mala conciencia, ni un arrepentimiento doloroso, sino un intenso sentimiento de soledad.

Vuelve a llamar a Bjørnar Lind y le contesta al cuarto tono. Este es su gran momento, el que ha esperado, con el que ha soñado.

—Hola, soy Charlo. ¡Cuánto tiempo!

Silencio, lo que tenía previsto. Y luego un sonido irritado, susurrante.

—Ya veo que no te privas de nada. El grifo está cerrado, Charlo, no te daré ni cinco céntimos.

Charlo se sienta en la silla del escritorio y apoya el codo sobre la mesa. Tira despacio del cajón, toca los billetes con las puntas de los dedos. El fino papel cruje.

— ¿En qué parte del mundo estás?

Su voz es baja y serena, no tiene prisa alguna, quiere prolongarlo y disfrutarlo.

— Ahora estoy en casa — responde Lind—. He estado en Suecia informando de las carreras de caballos. ¿En qué lío te has metido esta vez?

— Nada. No me haces falta para nada.

Se repite el bufido al otro lado de la línea telefónica.

— Entonces ¿para qué llamas?

La voz de Lind es dura, cortante; Charlo tiene la cabeza despejada como el cristal.

— Aquí hay algo esperándote. Solo quería avisarte. Puedes venir a buscarlo cuando quieras.

— ¿Recoger qué? — pregunta Lind. Su voz está llena de interrogantes, pero empieza a elevarse, esperanzada.

— Doscientas mil — responde Charlo—. Hermosamente enfajadas. Se hace una larga pausa.

— Ni de coña — dice Lind incrédulo.

— Corta ese tonito arrogante — replica Charlo, y se enfada—. Y ocúpate de que la gente se mantenga alejada. Llevo meses sin dormir por las noches, joder. ¿Vienes o no?

Lind habla en un tono más animado:

— ¿Cómo te lo has montado, Charlo?

— No te metas en eso.

— ¿Te has pasado de la raya?

—No te preocupes por mí. ¡Vente para acá ahora mismo para acabar con esta tortura!

Cuelga de golpe. Se crece, está en la cima del mundo. Empaqueta los billetes en un sobre grande, empieza la espera. Mira por la ventana y ve que el sol está a punto de abrirse camino entre las nubes. Aprieta el sobre en la mano. No han pasado más de quince minutos cuando ve el Chrysler de Lind deslizarse por la calle. Se queda sentado tranquilamente esperando a que suene el timbre. El momento es indescriptible. El sonido resuena por toda la casa. Se levanta despacio y se toma su tiempo para acercarse a la puerta y abrirla poco a poco.

Lind es alto y desgarbado, lo mira con las manos metidas en los bolsillos.

—Vaya, Charlo, ¿hay acción?

Charlo se cruza de brazos. Mira hacia el cielo con los ojos entornados.

—Vaya, si se está despejando —dice, y asiente con la cabeza.

Lind ve el sobre.

—¿Hay algo que deba saber?

—Ni una mierda —dice Charlo sereno—. Coge el dinero y cuidado con lo que vas diciendo por ahí, eso es todo lo que te pido.

—¿Qué tal si me dieras las gracias por el préstamo?

—Sí, muchas gracias. —Le tiende el sobre y hace una reverencia exagerada, como un colegial—. Ocúpate de que la gente sepa que he pagado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya lo sabes. Me han llegado rumores.

Lind abre el sobre y empieza a contar, el dinero está colocado en montones de diez.

—Vaya, esto pinta bien.

Una sonrisilla satisfecha se abre paso por su cara.

—Por supuesto. Soy un hombre honorable. Y para mí se ha acabado todo lo que sea jugar.

Lind sonrío sin ganas.

—No lo creeré hasta que lo vea. Pero me alegro por ti, si es que lo has superado.

Saluda brevemente con la cabeza y regresa hacia el coche. Charlo se queda de pie, siguiéndolo con la mirada. En ese momento asoma el sol del todo, ahora el coche se desliza hacia la calle, y todo está iluminado, dorado. En su cabeza reina un silencio absoluto. Entra, abre una ventana, es casi etéreo, flota por las habitaciones. En el cajón quedan veinte mil, eso le llegará para pagar algunas deudas pequeñas. ¿Puede ser que oiga cantar a los pajarillos por la ventana abierta? Igual ahora en noviembre no, pero alguien silba allí fuera, con chispa.

Al volver al Honda le parece que el parachoques abollado grita. Conduce hasta una tienda de complementos de automóvil y se dirige a la sección de pinturas para coches. Intenta dar con el tono de rojo del suyo, pero duda. Tiene el bote en la mano, lo agita, oye la bolita para moverla dando vueltas en el interior. ¿Qué será mejor?, se pregunta, ¿una que sea demasiado clara o demasiado oscura? ¿Qué tono de rojo necesita en realidad? De color ciruela, escarlata, no está seguro, duda. Se decide por el color claro. Junto al mostrador ve los periódicos y coge dos. En la portada del diario *Dagbladet* hay una foto de un gran ramo de flores; le parece una portada extraña. Algo suena en su cabeza, algo conocido. Horrorizado, levanta el periódico.

«¿Has preparado tú este ramo?»

Nota que su cara se paraliza. No puede creer lo que está viendo.

Busca frenético el dinero en la cartera, agarra los periódicos y la lata, y sale lanzado al coche. Cierra de un portazo. El corazón está desbocado, ya le siguen el rastro. No, no puede ser. Pero las flores, ¿qué significan? Lee febril:

Observe detenidamente este ramo. Fue encontrado en la casa de la fallecida Harriet Krohn en Hamsund. Las flores han sido atadas por alguien que conoce la profesión. Cuando la policía llegó a la casa, el ramo estaba recién cortado. Parten de la hipótesis de que ha sido preparado en una de las floristerías de la ciudad y tienen la esperanza de que quien haya elaborado este ramo en particular lo reconozca y, tal vez, también a su comprador. La policía no quiere dar más detalles sobre por qué están interesados en estas flores. El ramo está formado por lirios blancos, anémonas azules, flores de guisante y rosas. Si cree reconocerlo, póngase en contacto con la policía inmediatamente.

Deja caer el periódico. Mira horrorizado por la ventanilla. No sabía que tuvieran tanta imaginación, piensa desesperado; un ramo de flores en la encimera de la cocina, ¿por qué le dan tanta importancia? Recuerda a la chica joven de la tienda y una corriente incómoda recorre su cuerpo porque, por alguna razón, está convencido de que ella se acordará de él. No. Esto no puede estar pasando, no será capaz de dar una descripción detallada, pero si tengo un aspecto muy corriente, piensa, completamente anónimo. La sangre se le agolpa en la cabeza y cuando un coche pasa a su lado, se deja caer al suelo como si buscara algo. Tal vez sea mejor que me quede en casa, piensa, hasta que esto haya pasado. Mete una marcha y arranca. El bote de pintura en espray rueda de un lado a otro sobre la alfombrilla, el cerebro trabaja a presión. Recupera la imagen de la chica de las flores para ver

cuánto recuerda. Se concentra, cierra los ojos. Delante de él se eleva en toda su juvenil belleza, las trenzas rubias y el jersey rojo. Las manos, los ojos. Los anillos en los dedos, su dulzura al hablar. Aparca delante de la casa y entra. Se sienta a la mesa de la cocina y descansa la barbilla sobre las manos.

¿Por qué iba a acordarse de mí?

Porque estabas nervioso. Porque tenías una luz propia en la mirada.

No es más que una chorrada. Puede que estuviera callado, poco comunicativo, pero por lo demás fue bastante anónimo.

Todo el mundo cuenta con algún rasgo característico. Ella tiene la mente despierta, es joven y aguda, nada le ha pasado desapercibido. Y por supuesto que reconocerá el ramo, es una artista.

Pero era el final del día. Seguro que estaba cansada.

No intentes engañarte. Solo es cuestión de tiempo que aparezcan en la puerta, Charlo. Cuando se trata de asesinato, nunca se dan por vencidos.

Se frota los ojos con fuerza y piensa en Julie. Quizá ahora mismo esté haciendo los deberes. La puede ver con claridad, su cabello rojo alborotado en cascada sobre su espalda, el rostro en profunda concentración sobre los libros. ¿Qué coche es ese que aparece por ahí? Un Volvo gris, lo ha visto antes. No, solo son imaginaciones suyas, además es verde. No lo conocen. No saben dónde vive ni qué ha hecho. Se inclina sobre la mesa. Escucha el silencio. Se oye un suave zumbido. Por la noche apaga todas las luces, la gente creerá que está de viaje. Estoy solo, piensa, pero no tengo deudas. La oscuridad lo protege y lo tranquiliza, solo está el reflejo azulado del televisor.

La intranquilidad está siempre presente.

Esta ansiedad, este permanente zumbido en su cabeza le molesta. No deja de volver sobre su infancia. Las imágenes son luminosas y livianas, allí está a gusto, poco a poco se tranquiliza, recuerda a su madre, sus cuidados y la risa profunda, cálida. Y a su padre de anchos hombros. ¿Cómo se convirtió en alguien tan débil?, se pregunta, pero en ese mismo instante recuerda su atrocidad, que ha matado. Todas las fuerzas que ha gastado, cuánto valor tuvo que reunir para llamar a la puerta de Harriet. Que fuera capaz de levantarse así, con las rodillas clavadas en el suelo, y ejercer tanta violencia. Él, que nunca le ha puesto la mano encima a nadie. Recuerda el rostro delgado, deformado por la ira y el espanto. Y su propio terror le impulsó a través de la serie de duros golpes. El pánico le hizo caer por el precipicio y le dio fuerzas. No, quiere volver a la infancia, la infancia se ha convertido en un refugio. El día, el momento es insufrible, solo piensa en su delito, en el encontronazo. Todo se agolpa, está atascado en la maleza. Cada vez que come, los alimentos le crecen en la boca. Se mira las manos a escondidas. ¿No se han oscurecido? ¿Sus manos siempre han estado tan rojas? Las cierra, las vuelve a abrir, piensa en toda la mecánica que va de la cabeza a la mano. Millones de impulsos que hacen que las manos se abran y se cierren, que las piernas caminen. ¿Y qué pasa con el corazón?, piensa, ¿el corazón no desempeña función alguna? No, la maldad está alojada en la cabeza. Pone las manos sobre la cabeza y aprieta. Aquí dentro, piensa, y hunde la barbilla en el pecho, aquí dentro ha crecido sin que yo lo supiera. Desde el principio he sido débil, y la debilidad puede ser genética. Pero madre es fuerte, recapacita, y padre era un hombre honorado y muy trabajador. De pie junto a la ventana, observa a todas esas personas inocentes. Sus corazones están limpios. Se aparta y opta

por ir a la cocina. Se ha convertido en uno de esos que se acurrucan en los rincones. He arrebatado una vida, piensa. Lo que queda de la mía debo pasarla entre sombras, solo. Pago un alto precio. ¿Alguna vez podré mirar a la gente a los ojos? Hace un gran esfuerzo por controlarse. Queda una cosa importante por hacer. Busca la cartera y saca una tarjetita con un número de teléfono. Un perista que no hará preguntas. No es más que un intermediario a quien no volverá a ver. Todo o nada. Estamos en el mismo negocio, piensa, el perista y yo, no hay alternativa. Marca el número de espaldas a la puerta.

Van a encontrarse junto a las vías del tren, al final del aparcamiento de larga duración. El corazón de Charlo golpea con fuerza. Saca la plata y la mete en una bolsa de deporte. Las joyas se quedan en la bolsa de gimnasia de Julie en el fondo del arcón, valen poco y nadie querrá moverlas. Vuelve a detenerse frente al espejo, contempla su rostro que ahora se verá obligado a mostrar. Tiene la impresión de que la nariz sobresale, de que le arden las orejas. Le produce una profunda aversión tener que salir así, pero no tiene otro remedio. Obliga a su rostro a quedarse en calma, porque los músculos se empeñan en contraerse alrededor de los ojos y de la boca de una manera desagradable, que lo deja al descubierto. Mete la bolsa de deporte dentro del coche y arranca. Mira por el retrovisor todo el tiempo, se ha convertido en una costumbre. Cruza el puente. Al llegar a las vías del tren gira a la izquierda, estudia los vehículos estacionados y al final del todo ve a un hombre apoyado en un BMW. Sigue el Honda de Charlo con la vista, se acerca a él cuando aparca. Charlo casi no se atreve a mirarlo. Sentado en el coche, cabizbajo, espera a que el otro tome la iniciativa. Y lo hace. Da unos golpecitos en la ventanilla, mira hacia el interior. Es sorprendentemente joven, poco

más que un chaval, pero le sobra experiencia. Un tipo deslavazado de movimientos perezosos y largo flequillo rubio. No hace ninguna pregunta, evitan mirarse, van a hacer negocios. Toma asiento en el Honda de Charlo. La plata impresiona, el reloj de oro también. Charlo contiene la respiración mientras el otro revisa las marcas; ha traído una lupa, es minucioso. Saca una calculadora de bolsillo y hace cuentas. Charlo espera paciente. No quiere insistir, presionar por el precio, solo quiere pasar este trago.

—El reloj está grabado —dice mirando a Charlo dudoso.

—Pero lo fundís, ¿no?

El joven sopesa el reloj en la mano y entorna un poco los ojos, es evidente que se siente tentado. Luego lo hace desaparecer en el bolsillo y Charlo respira aliviado.

—Solo soy un intermediario —dice Charlo, e intenta sonreír.

El chico muestra una sonrisa llena de dientes amarillentos.

—Eso decís todos.

Charlo vuelve a bajar la cabeza, se siente un poco iluso. El perista sigue revisando la plata. Tiene todo el tiempo del mundo y no parece en absoluto nervioso.

—Creo que es antigua —comenta Charlo—. Puede que ese diseño ya no se fabrique. ¿Tú qué crees? Lo digo porque influye en el precio, ¿verdad?

Sigue sin recibir respuesta. El hombre sostiene un tenedor, observa el dibujo. Charlo mira por encima del hombro, pero hay poca gente, todo está tranquilo. El chico vuelve a sumergirse en la bolsa de deporte, trabaja sin inmutarse. Es el turno de los candelabros.

—Estos solo llevan un baño de plata —dice—. Tendrás que llevártelos de vuelta.

—¿Un baño? Preferiría no hacerlo. Quiero decir que tú tienes más contactos que yo. ¿No podrías deshacerte de ellos?

El otro se encoge de hombros, sigue pulsando las teclas de la calculadora con dedos ágiles. Charlo baja la vista hacia sus propios dedos, los entrelaza con fuerza. Pasa una pequeña eternidad. El perista cuenta, sopesa, estudia, tiene una mirada aguda, calculadora.

Por fin se ha decidido. Estudia la pantalla, capta la mirada de Charlo y reviste la voz de autoridad cuando dice:

—Cuarenta mil por todo.

Charlo se queda con la boca abierta.

—¿Cuarenta? —balbucea—. Pero seguro que solo el reloj vale setenta. Puede que incluso ochenta.

—En una tienda, sí. Pero no estamos en una tienda.

—No, no. Lo entiendo.

—Yo tengo que llevarme algo, claro, supongo que lo sabes. Además, me arriesgo, y eso también hay que descontarlo de tu parte.

—Por supuesto.

Charlo asiente como un autómata. Esperaba que fueran cincuenta o sesenta, pero no se atreve a presionar. El chico lleva el dinero en el bolsillo interior, empieza a contar.

—Te incluyo la bolsa de deporte en el lote —le dice Charlo.

Intenta sonreír otra vez, pero no es correspondido. Se siente tenso, necesita aligerar el ambiente. Deshacerse de la plata es un alivio, solo quiere su dinero. Se lo da. Lo recuenta y asiente para indicar que está conforme.

El perista abre la puerta, pone un pie en el suelo y le lanza una mirada inquisidora.

—Nos necesitamos el uno al otro, así que mantén la boca cerrada.

Charlo dice que sí con la cabeza sin apartar los ojos. El chico se mete en su coche, hace rugir el motor y se aleja. El rojo de los faros traseros desaparece. Charlo introduce el dinero en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, allí los billetes están pegados a su corazón. Por fin podrá actuar.

El alazán lo recibirá con sus enormes ojos negros y las orejas echadas hacia delante. Puede que se alegre y relinche bajito. El alazán bajará su gran cabeza y lamerá los dedos salados, le tirará un poco de la chaqueta. Pone rumbo al centro de equitación y reduce la velocidad al aproximarse al potrero. Aparca y corretea hacia la cuadra, gira para entrar por la puerta. Va hasta el último box y se detiene de golpe. Está vacío.

Se queda mirando, exhausto. ¿Se le ha adelantado alguien? No, no puede ser, ¡el alazán le pertenece! En ese mismo instante oye cerrarse la puerta de la cuadra y poco después llega Møller. Las botas de montar impactan sobre el cemento.

—La chavala está en el picadero —dice—. Así que tiene la oportunidad de ver lo que saber hacer.

Charlo respira aliviado. Møller se detiene frente a él, abierto de piernas, masculino en su chaqueta verde.

—¿Sigue interesado?

—Desde luego —dice Charlo asintiendo—. Pero ¿qué hay de su hija? ¿Ella qué opina?

—Dice que le parece bien. —Separa las piernas aún más y observa a Charlo con detenimiento—. Si puede llegar a cuarenta mil, tenemos un trato.

Charlo lo mira con los ojos muy abiertos, los pensamientos se agolpan en su cabeza. Cuarenta mil. Tiene suficiente. El corazón late

con fuerza. Asiente con una amplia sonrisa.

—Iré a echar un vistazo.

—Sí, hágalo —dice Møller—. No le importa que la miren, está acostumbrada, y es buena.

Ah, pero no tan buena, piensa Charlo. Vuelve a abrir la pesada puerta de la cuadra y camina a grandes pasos hacia el picadero. La puerta es ancha y no está cerrada. Entra despacio y al instante ve al alazán. Su corazón da un salto. Sobre el caballo está montada una adolescente, se la ve favorecida con unos pantalones de montar blancos y un jersey negro de cuello vuelto. Le echa una mirada rápida y vuelve a concentrarse en el caballo. Charlo coge una silla. Ella monta hasta llegar casi a la pared, de donde cuelga un equipo de música, puede ver cómo busca un CD. Quiere exhibirse. El caballo espera paciente. Encuentra lo que quería, se estira y consigue meter un CD, vuelve a agarrar las riendas. Al segundo siguiente la música se deja oír en la gran estancia. Al principio no la reconoce, el inicio le es desconocido, pero entonces se añade la batería y un coro de voces solemnes. Es la música de Vangelis, «The Conquest of Paradise». No se puede poner pegas a la potencia de la música, llena todo el espacio, calcula que tendrá unos dos mil metros cuadrados de superficie. Siente cómo la música le llega al esternón, lo anestesia, lo llena, hace que se desplome. Tiene los ojos brillantes y la piel de gallina. La chica pone al caballo al paso. Charlo absorbe su imagen mientras el pulso le palpita en la sien. Monta con las riendas cortas y tensas, dando escuetas instrucciones. Cincuenta kilos de niña manejando seiscientos kilos de caballo. Lo hace con un toque insignificante de la fusta sobre el trasero del caballo, moviendo el peso del cuerpo de un lado al otro de manera casi imperceptible, o adelante y atrás, breves tirones de las

riendas. El caballo se lo sabe casi todo. Da pasos cortos, trota sin moverse del sitio, hace piruetas y *versades* y *chansemets* . Los cambios de galope son indescriptibles. Trota por el lateral, cambia a un galope corto, pasa de pronto a pleno galope, echa muchísima espuma alrededor del bocado. El serrín vuela alrededor de sus cascos brillantes, al poco tiempo está húmedo de sudor y brilla como cobre pulido. Sí, eres buena, piensa de la chica. Llevas las riendas con ligereza, tienes buen contacto, pero no montas todo el caballo, no consigues incorporar su parte trasera. De pronto se dirige hacia él. Su mirada no deja traslucir temor alguno.

—¿Usted es quien va a comprar a Crazy?

Bajo el casco negro su cara es redonda y bonita. Botas de cuero con espuelas largas y elegantes guantes de piel negra.

—¿Acaso no te hace gracia? A venderlo, me refiero.

La mira nervioso. ¿Por qué iba a querer deshacerse de este ejemplar maravilloso? Lo invade la angustia y la observa desde abajo. Ella se encoge de hombros con indiferencia. El caballo baja la cabeza, se mordisquea las patas.

—Mientras que me den otro, me da igual —dice con sencillez—. Ya he cambiado varias veces de caballo. Me gustaría tener un árabe, son más ligeros.

Ella lo observa mientras habla, le mira las piernas y las manos, le mira a los ojos unos instantes, con curiosidad. Es una de esas chicas rápidas, valientes, probablemente una jinete audaz.

—¿Va a hacer doma? —le pregunta. No parezco un jinete, piensa él, no es extraño que pregunte. Antes de que tenga tiempo de responder, ella añade—: ¿O tal vez va a saltar? Salta bien. Un metro treinta. Es de riendas muy altas. Salta muy lejos; si le pones un

obstáculo, lo pasa en un solo giro.

—No —dice Charlo por fin, mientras no deja de mirar al caballo—. Mi esqueleto debe de estar seco como el sarmiento, será mejor que me quede pegado al suelo.

Ella desata la hebilla del casco de montar.

—Nunca se compraría un coche sin probarlo antes —dice ella para provocarlo.

Él sonríe con timidez, niega con la cabeza, un poco molesto. Hace mucho que no monta, pero al mismo tiempo se siente un poco tentado.

—No voy precisamente vestido para la ocasión —se defiende.

Se ve infinitamente torpe comparado con esta jovencita, él, un hombre mayor, falto de elegancia, con tripa y cabello escaso. Vestido con un anorak viejo y voluminoso.

La chica se deja caer del caballo decidida y le ofrece las riendas. Charlo se deshace del anorak. Duda un instante. ¿En qué se está metiendo? ¿Adónde le llevará esto? Puede que de cabeza al serrín. Fractura de cervicales. O de costillas.

—¿Necesita una fusta? —pregunta inocente.

Charlo niega con la cabeza.

—Lo llevaré a un trote tranquilo, con eso bastará.

—Ha calentado bien —dice ella—. Irá bien. Gira mejor hacia la izquierda —añade—, por si le interesa saberlo.

Su mirada es insistente. La situación le gusta, quiere jugar.

Charlo traga saliva. Pone el pie en el estribo, recoge las riendas con la mano izquierda y agarra la silla con la derecha. En su interior cuenta hasta tres, luego coge impulso con fuerza y se sube.

—Me da miedo que se lleve un susto —dice Charlo—. Seguro que

peso el doble que tú.

—Eso no es nada para Crazy. —Sonríe—. Venga, ¡quiero verle!

Se divierte como la cría que es. Él pone el caballo al paso, intenta enderezar la espalda, intenta relajarse. Sus movimientos son amplios, se desliza, el cuerpo caliente del caballo entre los muslos. Da una vuelta al paso, se inclina un poco hacia delante y aprieta los talones. El caballo pasa inmediatamente a un bonito trote ligero. Entra en calor, le arden las mejillas. Da tres vueltas al trote y se detiene frente a la chica.

—Y ahora dé un par de vueltas al galope —insiste.

Juega a ser instructora, la voz investida de autoridad.

Charlo duda. Acaricia el cuello del caballo, siente las gruesas venas bajo la piel, se siente muy grande sentado allí. Es como estar en el lugar adecuado, tener por fin el control. El caballo hará lo que le pida, es su señor, lo nota. Pero ¿galopar?

—Solo tiene que hacerle entrar en una vuelta, hará un bonito círculo y tiene un galope muy tranquilo. ¡Venga!

Da media vuelta al paso y lo pone al trote. No ha olvidado sus antiguas artes, es capaz de montar con una cierta elegancia. Pero tiene dudas acerca del galope. No quiere acabar en el suelo, ya no es joven, ni flexible como la niña que está allí abajo. Lo sigue con interés. Pero si ya vivo peligrosamente, piensa, se deja caer con fuerza sobre la silla, aprieta el talón del zapato derecho en el flanco del caballo, una vez, después otra, de pronto el caballo cambia el ritmo y pasa a moverse en grandes oleadas. Estoy galopando, piensa con júbilo, y nada tiene importancia, cuando se está montado en un caballo el resto del mundo desaparece. La niña empieza a aplaudir, Charlo está sudando copiosamente, se concentra profundamente, se deja llevar, mientras la crin vuela, los cascos golpean la superficie con un ritmo regular. Se

siente como el viento, una ola que rompe, es una alegría incomparable ser uno con el caballo, vueltas y más vueltas en grandes círculos. Y de repente se siente decaer, agotado. Reduce al trote y después al paso. Se detiene, acaricia la cabeza del caballo.

—Bonito —dice, y se seca el sudor de la frente.

Ella asiente orgullosa. Charlo se deja caer por el flanco del animal y toca el suelo con suavidad.

—Pero ¿puedes renunciar a él? ¿Estás segura?

Ella sonríe con superioridad.

—No me apetece pasarme años montando el mismo caballo, me gusta cambiar. Así que ¿lo va a comprar?

—Sí. Acabo de hablar con tu padre, estamos de acuerdo. ¿Puedo preguntarte algo?

Ella asiente.

—¿Puedo sacarle un par de fotos? ¿Te importa sujetarlo?

Ella se acerca y agarra las riendas. Charlo busca la cámara en el bolsillo, se la acerca a los ojos y los enfoca.

El caballo ha levantado la cabeza como si quisiera posar. El más hermoso del mundo, piensa Charlo, y aprieta el disparador.

—¡Papá!

Julie le aprieta la mano, tiene la palma caliente y sudada.

—¿Puedo montar ese caballo? ¿Puedo montarlo ahora? ¿Ahora mismo? ¿Me ayudarás?

Tira de su mano una y otra vez, se lo suplica con sus ojos verdes, se enfurruña. Está a punto de estallar como un petardo. Han ido a la cuadra por primera vez, se ha fijado en un poni blanco. Él sonríe y le devuelve el apretón, mira por el pasillo en busca de algún adulto.

—Puede ser —dice él—, pero tendré que preguntárselo a alguien.

No podemos cogerlo, así sin más, porque tendrá un dueño.

—¿Y de quién es? ¿Puedes preguntarlo ya? ¿Puedo montarlo ahora?

Tiembla de ganas, no deja de pasar la mano por el cuello del poni. Tiene un brillo especial en la mirada, como si hubiera encontrado oro. Él observa al obeso poni de Shetland y baja la mirada hacia Julie, que tiene cinco años, lleva puesto un mono de plumas y gruesas botas. Ha tirado las manoplas al suelo. Es suya, es lo máspreciado que tiene. Cumplir todos sus deseos es lo que da sentido a su vida. Le pide que espere, baja por el pasillo de la cuadra hacia el centro ecuestre donde una profesora trabaja con un grupo de niños. Van dando botes mientras montan en animales grandes y pequeños, todos con las caras ardiendo, todos profundamente concentrados.

—El poni de Shetland blanco —dice suplicándole con la mirada—, ¿podemos ensillarlo y hacer una prueba? He venido con mi niña y está descontrolada.

La instructora, que lleva puesto un traje térmico azul y una gorra gruesa con orejeras, aparta la mirada de los niños y lo mira.

—¿Ha montado alguna vez?

—No —dice Charlo—. Pero yo sí. Nos apañaremos solos, no necesitamos ayuda.

La instructora le da la espalda de pronto y pega un grito en el gran vestíbulo:

—¡Venga chicas! ¡Haced un giro interior, no montéis tan pegadas!

Charlo espera, mira hacia el establo, la vuelve a observar. Piensa en Julie, que espera impaciente en el box. No soporta la idea de decepcionarla.

—Cinco minutos nada más —suplica—, puedo ensillar y

ocuparme de todo. Tal vez pueda apuntarse aquí. ¿Podría? Tiene cinco años. ¿Cuánto cuesta la hora?

Ella vuelve a sonreír, lo observa.

—Ciento cincuenta la hora. Una vez a la semana. Su silla está colgada en la sala de los pertrechos, en el gancho en el que pone Snowball.

Le da las gracias y sale corriendo. Julie está abrazada al cuello del poni.

—Ven —le dice—. Nos han dado permiso. Vamos a buscar su silla. Pero tenemos que quedarnos en la parte interior del picadero, porque hay clase, hay muchos montando y no podemos estorbar.

Ella pega saltos y da palmas.

—Y tienes que hacer lo que yo te diga —la instruye.

Ella asiente. Lo sigue hasta la sala de los aparejos y mira cómo él descuelga la silla, tiene las mejillas coloradas de la emoción. Él le mira las botas, comprueba que tenga los tacones en condiciones, y sí, los tiene. Lleva la silla en brazos y saca al poni al pasillo, Julie observa al poni. No deja de acariciarlo, le tira de la cola, es incapaz de dejarlo. A él le cuesta un poco ponerle el ronzal, pero se va acordando de cómo era, consigue ponérselo y tensa las riendas. Mira las piernas de Julie y acorta los estribos. De algunos de los ganchos cuelgan cascos de montar, encuentra uno que le sirva y se lo pone en la cabeza.

—Vamos —le dice—, cuidado con los pies, pesa.

—Quiero llevarlo yo —dice Julie—. Está revolucionada, con una intensidad hasta ahora desconocida.

—No —replica Charlo—, papá tiene que ayudarte la primera vez, no sabemos si es bueno. No todos los ponis son buenos —dice, y la mira muy serio.

Entonces ella lo mira enfadada. Claro que el poni es bueno, el poni hará lo que ella le pida, está segura. Ha adquirido un aire tozudo, una especie de determinación, como si alguien le hubiera dado a un interruptor. Lo ve y lo entiende. Él también ha sido niño. Ha pasado tiempo en los establos y sabe lo que es una obsesión.

Llegan al picadero. Charlo hace entrar al poni, encuentra un lugar apartado del resto y levanta a Julie. Ella agarra las riendas, le brillan los ojos.

—Así —dice él—, mete los pies en los estribos. Échate bien atrás y levanta la barbilla. Bien.

Tira de las bridas y el poni empieza a caminar inmediatamente con pasos breves y oscilantes. Julie se agarra con fuerza a las riendas, su cuerpo comienza a mecerse. Está muda, la mirada perdida, ya no es consciente de la presencia de Charlo, es como si se encontrara en otro lugar. El poni camina con la cabeza gacha, hacen un círculo pequeño, dan vueltas y más vueltas en el interior del picadero. Julie mira orgullosa a su alrededor para comprobar que los demás pueden verla, lo bien que lo hace. De vez en cuando junta las riendas en una mano para darle al poni unas palmaditas en el cuello. Charlo siente una profunda satisfacción por haberle dado esta felicidad. No está preparado para lo que va a pasar. Caminan así durante veinte minutos, ha empezado a echar vistazos al reloj, sabe que Inga Lill los espera con la cena preparada.

—Vamos, Julie, tenemos que dejarlo. Ha sido divertido, ¿verdad?

Ella no responde, no asiente, aprieta los labios. Mira decidida al frente.

—Una vuelta más —dice agarrándose.

Él da una vuelta más. Quiere ser especialmente generoso y da una

vuelta más.

—Bien —dice otra vez—. Ya vale, es muy tarde.

Ella aprieta los puños, no suelta las riendas.

—A casa no —dice concentrada, tiene un brillo casi fanático en la mirada—. Montar más. Unas vueltas más. Muchas.

Charlo sonríe para sí. Pero tiene que ser adulto, tiene que escucharle, no pueden estar allí hasta que se haga de noche.

—Julie —dice él—, podemos volver otro día. Tal vez puedas empezar a dar clases con el resto. ¿A que eso estaría bien? Pero ahora tenemos que irnos a casa a cenar.

—No tengo hambre —dice la niña con decisión—, montar más.

Él intenta cogerla con cuidado, con cariño, pero ella se revuelve, lo aparta con una mano. De repente clava los talones en el costado del poni y se echa a trotar a buen ritmo. Charlo corretea a su lado.

—Tranquila, Julie —farfulla—, no podemos seguir hasta la noche. Si te parece divertido, podemos venir más veces, pero ahora no tenemos más remedio que marcharnos.

Ella vuelve a apretar, y dice por encima de su cabeza:

—No está nada cansado, quiere andar más. ¡Sé que quiere andar más!

Charlo no sabe qué hacer. Es tan tozuda... Lo ha dejado fuera, se ha fusionado con el animal redondo y blanco que da vueltas en círculo con infinita paciencia.

—Puede que mamá esté preocupada por nosotros —prueba a decir, e intenta captar su mirada, pero ella no se deja atrapar.

—Voy a montar unas vueltas más —dice ella con una autoridad que no creía posible.

Se aferra al poni, ha tomado posesión de él. Él vuelve a caminar en

círculos. Piensa en lo que ha puesto en marcha.

—Mañana —dice y la mira, ya suplicante—. Podemos volver mañana. Voy a hablar con la profesora de equitación, tal vez puedas dar una clase con él. Una vez a la semana. Es caro, pero hablaré con mamá.

Ella no le oye, da palmaditas al poni, su cuerpo oscila, ve que tiene buen equilibrio, que se siente cómoda. Entonces se para de golpe y frena al poni, adopta un tono severo.

—Ahora vamos a irnos, Julie, ya es suficiente.

No le resulta natural ponerse duro, y ella lo nota, sabe que no lo dice en serio, sigue avanzando sobre el poni. Es impenetrable como un muro. Ha entregado su corazón a Snowball, es su primer gran amor, las normas y las reglas ya no valen. Charlo se atusa el cabello y suspira. De repente se le ocurre una idea.

—Puedes montar hasta las caballerizas —dice—, así tendrás una vueltecita al aire libre.

A regañadientes, la niña deja que la lleve, pero su cara tiene un gesto grave, la idea de dejar el poni es demasiado para ella. La conduce al exterior, los cascos golpean el asfalto, Julie endereza la espalda, la mirada herida. El momento dorado ha pasado, casi no puede soportarlo.

—La vida seguirá mañana —dice él—. Mientras tanto, tenemos que dormir un poco. Lo haces muy bien, tienes un talento natural, voy a decírselo a mamá, y dirá que sí. ¿Verdad? ¿Te alegras?

Han llegado a la puerta de las caballerizas. Julie no está contenta, su labio inferior asoma y empieza a temblar.

—Vamos —dice él—. Déjate caer, yo te cogeré.

Pero ella no se desliza. Se queda sentada agarrando las riendas con

desesperación. Él se estira y la agarra por la cintura, empieza a tirar de ella. Julie se agarra a la crin y no se suelta, Charlo tira con más fuerza. El poni empieza a impacientarse.

—Julie —le pide con voz débil—. Ahora pórtate como una niña mayor y no hagas tonterías, no puedo más.

Por fin ella se deja levantar, tiene el cuerpo tieso y rebelde como un palo, pero sigue sujetando las riendas.

—Puedes llevarle de las riendas adentro —dice Charlo, y ella lleva al poni obeso por el pasillo de la cuadra hasta el box.

—Ahora necesita que lo cuidemos un poco —explica Charlo—, porque ha trabajado duro. Primero tenemos que quitarle las correas y luego buscaremos un cepillo. Debemos limpiarle los cascos y darle unas palmaditas.

Julie va corriendo al cuarto de los aparejos y regresa con un cepillo; empieza a cepillarlo como si le fuera la vida en ello, tiene el cabello húmedo de sudor. Charlo deja todo en su sitio, lava el bocado con agua caliente; le invade una sensación extraña, se encuentra al principio de algo grande, algo que no podrá controlar. En un rincón ve una bolsa de pan seco, coge un trozo y se lo da a Julie. Le enseña cómo tiene que sujetarlo. El poni se lo traga a una velocidad de récord. Ella se queda junto a la puerta del box, no deja de acariciar al belfo blanco. No consigue que se vaya con él. Se agarra a la reja y se resiste.

Así fue como empezó.

Su pasión por los caballos se parecía a la que él tenía por el juego. Un ansia ardiente en el cuerpo que no remitía. Desde entonces sus pensamientos se centraban en este objetivo único, aplacar la ansiedad. Vio cómo prendía en ella esa llama que nunca quiere apagarse. Piensa en ello mientras cruza la calle Blom para comprar la prensa. Pasa por

delante de la clínica veterinaria y la pastelería, ve a una mujer que se aproxima en sentido contrario. Le echa una mirada rápida y nota la distancia que los separa. Esta barrera, piensa, entre yo y todo el resto de la gente. La sensación de estar en otro país, con otro idioma, la sensación de vivir bajo premisas completamente distintas a las de los demás. Es duro.

Entra en la tienda y coge los periódicos del expositor, compra tres, paga. Se los mete debajo del brazo y regresa. Y es mientras camina así, a buen ritmo calle abajo, cuando le ocurre algo a una de sus piernas. Da un golpe como si tuviera una contractura, luego cede bajo su peso, la rodilla izquierda se queda sin fuerza y se desploma hacia delante indefenso, cae al suelo. Se da con la barbilla primero, la arrastra por el asfalto, la piel se quema, le escuece. Los periódicos salen volando hacia todas partes. Se queda un rato dando manotazos; desconcertado, mira hacia atrás, por si se ha tropezado con algo, pero no ve nada. Quiere levantarse pero se siente inseguro. No sabe si la rodilla responderá. Está totalmente desconcertado, ve que se acerca gente por la calle y se siente como un idiota. Tal vez piensen que está borracho. Por fin se levanta como puede. Se apoya en la rodilla izquierda a modo de prueba, no está seguro de que funcione. Se agacha para coger los periódicos. Un hombre se acerca y quiere ayudarlo, Charlo se limpia las mangas de la chaqueta y lo rechaza con un gesto. Junta los periódicos, se han mojado. La barbilla le escuece y arde. Se mira asombrado, no entiende qué ha podido pasar. Siente que la articulación de la rodilla está débil, pero ahora lo sostiene, aunque por poco. Inseguro, sigue su camino. Derrumbarse así, como un anciano. Fue como si le hubiera dado un rayo. ¿Estará enfermo? No, no le pasa nada, siempre ha tenido buena salud. De niño sufrió muchos catarros

y últimamente ha pensado que tal vez necesite gafas, porque le falla la vista, viene y va. Pero por lo demás tiene una salud excelente, siempre lo ha dado por descontado. Aprieta los periódicos bajo el brazo. La caída le importuna, una angustia incipiente, la aparta, entra en casa y se sienta en una silla. Se queda así un largo rato, sorprendido, buscando una explicación. Puede que pisara un montículo de hielo. Pero sabe que no hace tanto frío, solo hay aguanieve. ¿Puede haber sido una cáscara de plátano? No, le falló, la rodilla perdió la fuerza sin previo aviso. Reprime el suceso. No puede ser que le dedique tanto tiempo. Como si la gente no se cayera de vez en cuando, se tropezaran, se escurrieran, fueran descuidados al caminar; no es muy dramático. Pero la barbilla le escuece endemoniadamente. Abre el primer periódico. A primera vista no detecta nada del caso Hamsund. Desea que se haga un silencio total, que llegue el día en que ya no se hable de ello y todo el mundo lo haya olvidado. Abre el segundo periódico. Pasa las páginas despacio. Hay muchas noticias de deportes, no le interesan. De pronto ve una foto. Reconoce al hombre de inmediato, es el que está a cargo del caso Hamsund. Charlo lee la noticia:

En relación con el asesinato de Harriet Krohn en Hamsund el 7 de noviembre, la policía tiene interés en ponerse en contacto con un hombre que se vio involucrado en un accidente de tráfico. El accidente ocurrió sobre las diez y media de la noche, a unos pocos minutos de la vivienda de la víctima. El comisario Konrad Sejer le ha explicado a este periódico que el hombre, por motivos que se desconocen, se negó a cumplimentar un parte. Sejer aclara que solo buscan al hombre en calidad de testigo.

Suelta el periódico, horrorizado. Se pasa la mano por la barbilla

dolorida. El choque, piensa, me alcanza. Lo que ha temido más que nada está pasando. El Toyota, el ataque de ira, les ha llamado la atención. Están buscando su coche. Puede que ya hayan dado con él, tal vez lo estén observando mientras esperan a que llegue el momento oportuno. Una mano delante de la boca, los ojos grandes, muy abiertos. Mira por la ventana un momento, lo invade un pánico incipiente. Como si no supieran qué hacer para dar con él, como si no fueran expertos y vieran los detalles, por supuesto que los ha infravalorado brutalmente, ahora solo es cuestión de tiempo. Se pone una mano sobre el corazón porque late con mucha fuerza. No, solo están probando, comprobándolo todo. Y solo lo buscan en calidad de testigo. Pero no puede presentarse. Claro que eso también resulta sospechoso. Se queda así sentado, desesperado. Y luego está lo de la rodilla. Vuelve a invadirlo una sensación incómoda, va al baño y se quita los pantalones a tirones. La rodilla tiene un aspecto normal. La compara con la derecha. Solo me he despistado, piensa, se me enredaron las piernas y por eso me caí de cabeza sobre el asfalto, no hay por qué preocuparse. Pero sabe que no es cierto, porque una voz protesta en su interior, da la lata sobre la debilidad de las articulaciones. No quiere oírla. Se sube los pantalones, se acerca al espejo. La rozadura no tiene importancia. Ni siquiera se toma la molestia de ponerse una tirita. Vuelve para leer el tercer periódico. En él también hay una foto de Sejer, tomada en ángulo, desde un costado, un hombre de rasgos marcados que lleva el cabello canoso corto. La misma historia sobre el incidente de Hamsund. «Sencillamente estamos haciendo un registro de todo el tráfico de la zona —precisa Sejer—, por eso nos gustaría ponernos en contacto con el hombre que en la tarde noche del día 7 de noviembre colisionó con un Toyota

Yaris en el cruce que está junto al ferrocarril. Puesto que estaba en la zona en la que se produjo el asesinato, puede que haya hecho observaciones importantes para nosotros.»

«¿Se sabe qué clase de vehículo conducía ese hombre?», pregunta el periodista. La pregunta está resaltada.

«Tenemos razones para creer que podría tratarse de un Honda Accord de color rojo.»

Charlo se acerca a la ventana y observa la calle. ¿Qué pasa con su vecino Erlandson? Él también lee la prensa. Puede que haya visto la abolladura del guardabarros. Es una posibilidad. Erlandson es muy curioso, sí, le da por estar en la ventana, mirando. Por unos instantes lo desborda la angustia. Están tras la pista de un Honda rojo. Las piernas ya no lo sostienen. ¿No hay un Volvo gris aparcado allí abajo? Cree reconocerlo. Nada de todo esto que le acontece habría ocurrido si hubiera podido conservar a Inga Lill.

¿Qué aspecto tengo en realidad? ¿Tengo algún rasgo distintivo? Cabello ralo y parka verde, el joven del Toyota no se acordará de más, porque monté un número terrible, no pudo retener más detalles. Al menos la matrícula no. Puede que una parte. Buscarán y descartarán. Vendrán a casa y harán preguntas, yo me pondré nervioso. La mirada errante, me contradigo. No lo haré, tengo autocontrol. Es cuestión de concentrarse. Aprieta los puños y vuelve a abrirlos, se apoya en la ventana. Algunos se libran. ¡Tendrás que callar!

Inga Lill está junto a la placa friendo pescado, huele bien. Charlo ayuda a Julie a quitarse la ropa. Son varias capas y dentro del todo encuentra una niña frágil y calentita, de brazos y piernas delgados. Se suelta y entra en la cocina en tromba, está rebosante de todo lo ocurrido.

—¿Dónde habéis estado todo este tiempo? —pregunta Inga Lill secándose el sudor de la frente. Hace calor en la cocina, está ardiendo.

—He montado en poni —responde Julie. Pega saltos en medio de la cocina, el cabello rojo encrespado.

—¿Has montado en un poni? —dice Inga Lill horrorizada.
Charlo va corriendo.

—Sí, hemos ido al centro ecuestre y la han dejado probar —dice—. Unas pocas vueltas, nada más.

—¿Unas pocas vueltas? ¿Sabes la hora que es?

—Me van a dar clases —dice Julie—, papá ha dicho que sí.

La niña se deja caer en la silla y apoya los codos sobre la mesa. Inga Lill los quita empujándolos. Luego saca los trozos de pescado de la sartén y los pone en una fuente.

—Tendremos que hablar de eso —dice—, costará mucho dinero.

Charlo se acerca a ella, echa una mirada a Julie y le guiña un ojo.

—No hay mucho que discutir —dice—, créeme.

Le dedica una mirada cargada de significado, mueve la barbilla en dirección a la cabeza pelirroja de Julie y pone los ojos en blanco, para explicar lo que acaba de presenciar. Pero Inga Lill no ha sido testigo, tensa los hombros y no pone de su parte. Deja la fuente sobre la mesa y escurre las patatas.

—Hay muchos accidentes —murmura bajito para que Julie no lo oiga.

—Tú le das permiso para que monte en bicicleta por la calle —dice él—, eso es mucho peor.

—Pero lleva casco —replica Inga Lill.

—A caballo también —dice él al instante.

Se miran. Julie se engancha a los ojos de su madre.

—Voy a montar —dice con decisión, y mira fijamente a la mesa, está lista con el tenedor en la mano y quiere comer.

—Lávate las manos —dice Charlo—, has estado en el establo. Vamos, iremos al cuarto de baño.

La ayuda a regular la temperatura del agua y están muy juntos enjabonándose las manos, sus miradas se encuentran en el espejo.

—Quiero ir mañana también —dice cabezota, y se frota las manos hasta salpicar espuma.

Charlo se las seca con una toalla.

—Julie —comienza—, hay clase una vez a la semana. No puedo pagar más.

—Puedo cepillarlo —dice ella con decisión, y le quita la toalla—. Puedo estar allí y darle palmaditas, peinarle la cola, y eso. Puedo darle pan y zanahorias.

Vuelven junto a Inga Lill, que los espera sentada a la mesa.

—Pero es que hace falta mucho equipamiento para montar —comenta preocupada—. Botas, casco, chaleco de seguridad y cosas así.

Charlo protesta:

—Te prestan todo lo que necesites, y puede montar con las botas que tiene, los tacones son buenos. También le prestarán el casco. Puede que tengamos que comprar una fusta, cuestan treinta coronas. Sí, y un par de guantes buenos. Eso es todo.

Inga Lill calla y empieza a comer. Julie la vigila con la mirada, echa vistazos a Charlo, le parece que van demasiado despacio. Pero Charlo trabaja a largo plazo, conoce a Inga Lill, sabe que necesita tiempo.

—Julie no va a sufrir a consecuencia de tu ansiedad —dice, y mastica—. Imagínate que quisiera dedicarse al esquí alpino. Ahí se producen muchas lesiones. O que quisiera jugar al balonmano, ahí les

dan muchos golpes. O que llegara un día diciendo que quiere empezar a hacer submarinismo.

Inga Lill lo mira de soslayo.

—Entonces, vale. Si solo quiere montar en círculo y no va a saltar... Si no monta entre el tráfico y solo está bajo techo y monta cuando haya un instructor presente, puede que no sea tan peligroso.

Charlo se muerde el labio.

—Claro que tiene que poder saltar, ahí es donde está la diversión. Pero empiezan con un tronco sobre el suelo. Aprenden desde cero.

—Yo no quiero ir —dice ella—. No quiero verlo, no tengo los nervios para eso.

Charlo sonrío.

—Pero yo sí —dice él—. Inga Lill, has tenido una hija valiente, es dura de pelar. Tienes que dejar que sea como es. Nunca bailará ballet. —Se ríe al decirlo—. Por cierto que el ballet es la profesión más dura que se puede elegir, es una permanente superación del dolor. Dios, estoy contento de que no quieras bailar ballet, Julie.

Él ríe. Ella ríe entre dientes con la cabeza baja, encima del pescado; disfruta cuando su padre le organiza las cosas.

—Pero tenemos que apuntarla al club hípico. Es obligatorio, ya sabes, es por algo del seguro. Esas cosas. —Inga Lill suspira profundamente.

—Deberías alegrarte —dice Charlo—, tienes una hija que quiere hacer algo. Ya ves lo que hacen las otras chicas cuando se van haciendo mayores. Dando vueltas por la gasolinera al anocheecer mirando a los chicos. Es mejor que esté en el establo, haciendo algo en condiciones.

Por fin ella se esfuerza por sonreír y lo consigue, se rinde. Julie se

mete un montón de comida en la boca, ya está preparando su nuevo futuro como amazona.

—Tendrás que limpiar la caca de los caballos —dice Charlo serio—. Es un trabajo muy pesado.

Ella asiente con entusiasmo, está deseando limpiar la caca, está deseando que llegue el resto de su vida, que empieza ahora.

Él le dedica a Inga Lill una sonrisa de agradecimiento. Parece cansada. Ya estaba enferma, pero ninguno de ellos lo sabía.

Son las horas que pasan en el centro ecuestre las que hacen que esté tan unido a Julie. Están juntos en todo, en las alegrías y los esfuerzos, en las lágrimas y la risa. Salen por las tardes, haga el tiempo que haga, el calor del verano y las tormentas otoñales, invierno y frío intenso. Cuando más frío hace apenas pueden doblar las riendas. Pero Julie conserva el calor. Tres vueltas al picadero y se quita la chaqueta. Crece, empieza a saltar, los obstáculos son cada vez más altos. El corazón de Charlo quiere estallarle en el pecho cada vez que vuela por encima de uno, es una mezcla de triunfo y miedo. Sesenta centímetros, cien, un metro veinte. Adiós al poni Snowball y hola a un caballo grande, un alazán que se llama Mefisto. Ahora es una cosa tremendamente seria, la pasión nunca muere. Llena sus días y sus noches. Los ojos verdes permanentemente fijos en los suyos, insistentes:

—Quiero mi propio caballo.

—No nos lo podemos permitir, Julie.

—Entonces ahorraré yo —dice ella—, buscaré un trabajo.

Él asiente dándole ánimos. Le parece bien que tenga sueños y sabe que tiene fuerza de voluntad.

—Y a lo mejor me dan dinero cuando me confirme, puedo usarlo.

—Bueno —dice él—, intentaremos conseguirlo.

Le agarra la chaqueta, lo sujeta con fuerza.

—¿Me lo prometes, papá?

La mira y asiente.

—Sí, es una promesa.

El recuerdo le da escalofríos. Ahorró veinte mil, y él se los jugó a sus espaldas. Surge otro recuerdo. Está en la tienda con Julie, Inga Lill le ha encargado que compre comida. Al salir se detiene junto a una máquina tragaperras, busca en el bolsillo y encuentra una moneda de diez, la mete en la máquina. Julie lo observa con escepticismo, ve los símbolos que giran en las ventanitas, unas monedas resuenan en el depósito. La gente se gira y los mira, oyen el ruido.

—¿Es divertido, no? —dice él sonriendo.

Mete otra moneda de diez. La máquina vuelve a girar con todo su mecanismo. Charlo está ilusionado como un niño. Más monedas resuenan en el depósito.

—A mamá no le hace mucha gracia eso —dice Julie dudando—. Siempre tienes que pararte cuando ves una de esas.

—La recaudación es para una buena causa —replica él, y mete otra moneda—. Además, a veces gano.

—¿Podemos irnos ya a casa? Tengo hambre.

—Enseguida acabo. Me quedan unas monedas.

Ella suspira con desesperación, se lleva las manos a las caderas. Es la más maravillosa del mundo, pero anda que no se pone de mala leche. Se juega todas las monedas que había ganado, se encoge de hombros y sale con ella. Eso es lo que recuerda ahora. Que le da la espalda a la tragaperras y se marcha, pero a la vez nota que tira de él, como si llevara un cable atado a la espalda. Quiere volver, quiere estar

allí, bañado en su luz y jugar hasta la noche; es una pasión, una ansiedad. Junto a la máquina el mundo se hace pequeño, se estrecha hasta convertirse en un túnel, solo están él y las monedas, los sonidos, la luz. Se olvida de que Inga Lill está enferma y, cuando sale el dinero, algo recorre su cuerpo como una marea.

Ha prometido a Julie que la llevará al hipódromo de Øvrevoll.

—La pista de carreras más hermosa de Europa —comenta, y la mira emocionado.

Inga Lill escucha con gesto adusto.

—No puedes jugar allí, ¿vale? —dice con decisión, y Charlo ríe con ganas.

Claro que no va a jugar, van a disfrutar de verlo, de los preciosos caballos y mirar a la gente, nada más. Beber un refresco al sol, pasarlo bien. Porque cree que lo tiene controlado.

Las máquinas tragaperras fueron el primer aumento leve de la temperatura que luego se convertiría en una fiebre que lo quemaba día y noche. Le hacía feliz, lo desesperaba. Se alegra de que Inga Lill se haya librado de lo que ocurre ahora, que muriera cuando él todavía era un hombre honrado. ¿Alguna vez ha sido honrado? ¿Puede que haya tenido las raíces podridas todo el tiempo y ahora se marchite? ¿Es por eso por lo que tiene las rodillas débiles? Vuelve a estar allí, en la cocina de Harriet, ve su espalda al lado de la encimera de la cocina, unos mechones de pelo gris junto a las orejas, y él golpea con toda la fuerza de la que es capaz, el sonido atronando sus oídos. Desconcertado, se apresura hacia la ventana, se queda allí mirando fijamente al exterior agarrado al alféizar. Vuelve a tener esa sensación de debilidad. Le dura solo unos segundos, de nuevo se siente fuerte. Se aleja de la ventana, toma asiento frente al escritorio, saca la guía

telefónica. Abre por las páginas amarillas y busca un veterinario.

Es una mujer menuda, con cierto aire de muchacho, flequillo denso y pecas en la nariz. Vaqueros gastados y chubasquero anudado a la cintura. Mueve mucho la cabeza cuando habla, entusiasta y motivada por lo que hace, el cabello ondulante sobre las orejas. Llega al volante de una ranchera, saca un pesado maletín y la precede al entrar en la cuadra. Charlo la sigue. En la tapa del maletín lee: «*A horse is the lady's best friend*» .

—Veamos —dice, y observa al alazán—, sí que es un tipo aparente.

Charlo asiente orgulloso, Møller está completamente de acuerdo. Cruzado de brazos, los sigue con mirada de halcón. Está bien preparado, responde del caballo, pero ahora le toca pronunciarse a la ciencia y él tiene que aceptarlo. Le pone un bocado a Crazy y lo saca al pasillo. Los cascos producen un eco vacío al impactar sobre el cemento. El caballo va a ser revisado. El caballo va a ser testado, doblado y vacunado. Ella comprueba todas las articulaciones, todos los músculos. Comprueba la simetría, los ojos, las orejas y la boca. Raspa los dientes. Mira las articulaciones y encuentra una inflamación, Møller dice que la tiene de nacimiento, que no es patológica. Lo lleva al exterior y lo hace correr por la nieve, luego instruye a Møller para que acelere, dice que tiene el trote limpio. Pide la cartilla de vacunación, Møller la lleva en el bolsillo. Le da al caballo una purga contra las lombrices, fuerza su gran boca, inyecta la masa amarillenta, la cierra y sujeta. Pregunta por los hábitos de alimentación, lesiones y enfermedades. Pide ver el pedigrí. Es estupendo. Call me Crazy descende de Pericles y Adora Z. Nacido y criado en una caballeriza de Holanda, después fue enviado a Dinamarca y trasladado a Noruega en barco en 2001. Es tranquilo en

el tráfico, está acostumbrado a participar en concursos y obediente como un niño. Ella acaba con una gran sonrisa, le da unas buenas palmadas en el cuello.

— ¿Cuánto le piden? —le susurra a Charlo.

— Cuarenta mil.

Su sonrisa se hace aún más amplia. Tiene un gran hueco entre las paletas delanteras.

— Es una ganga.

Charlo lleva el dinero en el bolsillo interior. Dinero manchado de sangre, piensa un instante, pero nadie lo sabe. Nadie lo sabe, nadie le ha visto, la noche del 7 de noviembre era oscura y la gente estaba en casa. Le paga a la veterinaria setecientas coronas, le da las gracias por su ayuda y sigue a Møller a la oficina que está encima de las cuadras. Está en penumbra, acogedora, con el techo inclinado y un olor característico a caballo y madera impregnada. Van a firmar un contrato, es un momento solemne, Charlo está emocionado como un niño. Se sienta en una silla libre, ve que Møller coge un montón de documentos. Ha tenido dos propietarios anteriores; se lo pasa todo a Charlo, que empieza a leer. Saca el dinero de la cartera, pide a Møller que lo cuente, y lo hace, cuenta al tiempo que Charlo lee. Mientras observa a su alrededor en la oficina acogedora, los trofeos y los lazos y las fotos de los caballos, le asalta un pensamiento. Mira a escondidas a Møller, que está redactando el contrato de la venta. ¿Se atreverá? No puede pasar nada malo, solo que le digan que no.

— ¿No habrá por casualidad algún trabajo por aquí? —pregunta, y se arrepiente al instante porque Møller lo mira sorprendido. De repente Charlo se siente como un mendigo.

— Bueno... —dice, pensándose la respuesta—, he llevado este sitio

muchos años con muy poca ayuda. Así que lo que se dice un trabajo...
—Hace una pausa—. No estoy muy seguro, un trabajo a jornada completa seguro que no.

—Pero ¿tal vez media jornada? —dice Charlo. Sonríe, quiere conservar el tono ligero.

—Bueno, la verdad es que a veces me hubiera gustado tener un hombre para todo —confiesa Møller—, veinte caballos producen mucha bosta que limpiar. Y bastante trabajo de mantenimiento del ring y cosas así. ¿Es un manitas?

Charlo lo confirma con entusiasmo.

—Tengo carnet de conducir tipo B2 —añade—. Por si sirviera para algo. Hace tiempo que estoy en el paro. Los días se hacen largos, ya sabe.

Møller asiente, comprende. Empuja el contrato hacia Charlo.

—Puede que podamos arreglarnos —dice—. Deje que lo piense un poco. Sí, si le van bien unas cosillas, al menos para empezar. Tome —dice—, tendrá que rellenar el resto. El nuevo propietario del caballo y su firma.

Charlo agarra el bolígrafo y firma. Sobre la línea de puntos escribe «Julie Torp».

Sentado con una cerveza en la mano observa el contrato. Está frente a él, sobre la mesa, un trozo de papel dorado. Le tiemblan los dedos cuando lo coge para leerlo. Casi no puede creer que sea verdad, que por fin pueda compensar su error. Mientras bebe, sueña despierto, ve hermosas imágenes de Julie encima del caballo. A la vez la inseguridad lo atenaza. Teme que le dé con la puerta en las narices, que lo rechace antes de que pueda hablarle. El precio ha sido muy alto, pero todo cuesta y, en ocasiones, se paga con sangre. Medita

sobre su propio corazón, todavía ve la grieta, pero ahora está cubierta de cicatrices grises. Todo el mundo tiene cicatrices, piensa, por dentro y por fuera. Se reclina en la butaca, no enciende ni la radio ni la televisión porque ahora tolera el silencio, se extiende por la habitación y le calma. Pero no deja de ser frágil, se concentra en estarse completamente quieto, respirar regular y profundamente. Vuelve a imaginar a Julie, se ve arrastrado de nuevo por sus pensamientos. Ella pone un pie en el estribo y se eleva sobre Mefisto. Él le sujeta la chaqueta, siempre tiene calor, y la profesora de equitación se acerca, le tiende algo.

—Sus cuatro últimas clases están sin pagar —dice, y le entrega un giro postal.

Él se lleva la mano a la frente, dice: vaya, se me ha debido de pasar. Julie lo observa, ve lo que ocurre, aleja el caballo de él y desaparece. Él saca la cartera, está vacía. Lo que mejor recuerda es la vergüenza, porque esto se repite constantemente, porque el dinero sale de la cartera en una corriente continua y entra en las máquinas tragaperras, es como si sangrara dinero. Charlo aparta esas imágenes, quiere ver otra cosa, algo bueno.

Pero lo que acude a su mente es el entierro de Inga Lill. El órgano, voces susurrantes y Julie que le aprieta la mano hasta que siente que se la va a romper. ¿Cómo vamos a salir adelante?, piensa, porque Inga Lill siempre ha sido el contrapeso de su existencia. Ahora ha desaparecido, es como si se elevara y perdiera el último resto de contacto con la tierra.

Vuelve al presente y mira al vacío. Está en ruta, se ha buscado un trabajo, quiere extenuarse. Quiere dedicar todo su esfuerzo, todos los años que le queden, a cumplir condena. A su manera. Clava la mirada

en la calle. Hay coches aparcados junto a la acera, los estudia con detenimiento, tiene la obsesión de que ese Volvo gris va tras él. El Volvo no está a la vista y todos los coches están vacíos. Siempre miraré a mi alrededor, vigilante, piensa, al menos hasta que el delito haya prescrito. Eso no será hasta dentro de veinticinco años, puede que para entonces ya haya muerto. Pero estaría bien experimentar ese día. Piensa que la prescripción casi cuenta como una absolución. Bien, lo que hiciste aquella vez en Hamsund fue terrible, pero ya no vamos a torturarte más, otros asuntos importantes reclaman nuestra atención. Así imagina que será. Mira el reloj y se pregunta si Julie se habrá ido a la cama. Puede que esté tumbada, pasando las páginas de un libro. No sabe nada de todo lo que está a punto de ocurrir.

Al día siguiente cuenta las horas, los minutos, los segundos.

Son las once, es la hora del recreo y Julie se está comiendo el sándwich; cree que es un día corriente, que tiene clase de inglés, matemáticas y gimnasia. No sabe que por fin he actuado, piensa él, por ella, por nosotros. No sabe por lo que he pasado por ella y por nuestro futuro. Va de una habitación a otra y espera, no para de fumar, está un poco nervioso, impaciente. Fuera hace un sol pálido, y cuando por fin va al coche, pisa hojarasca helada; cruje cortando el silencio. Todo está iluminado, definido y frío. Empieza a reconocerse. Después de haberse sentido extraño frente al espejo durante mucho tiempo, está más relajado. Ha tardado, pero el tiempo viene en su auxilio en forma de esperanza incipiente, puede que se libre. Algunos se libran. En eso piensa mientras conduce camino de Julie. Se siente como un adolescente enamorado, ahora va a declararse. Ella vive en una casa de la calle Oscar donde varios estudiantes tienen habitación. Comparten la cocina y el baño, y a Julie le han concedido una beca

para que lo pueda pagar. Aparca junto a la acera y se queda un rato esperando en el coche. Echa un vistazo a su ventana, hay una luz cálida. ¿Se atreverá a entrar? Julie es tan fuerte, tan decidida... Tan amargada por todo lo que ha sido. Se baja del coche y lo cierra. Cuenta los escalones. Oye música suave en el interior, pero ninguna voz. Se queda así, con los brazos colgando, allí de pie con el corazón herido, vestido con unos pantalones de pana viejos y una gruesa camisa de franela a cuadros. Por fin le da a su mano derecha instrucciones de llamar a la puerta. La música baja de volumen al instante. Ella aparece en la puerta entreabierta. Los ojos verdes se oscurecen sorprendidos, luego se entornan y le da la espalda de golpe. Pero no se marcha, se queda así, callada, con los hombros afilados.

—Julie —suplica él—, ¿puedo entrar? Tengo algo importante que enseñarte.

A la vez está pensando que está muy delgada. Menos mal que Inga Lill no puede verla.

No hay ni rastro de curiosidad en su postura. No puede verle la cara, tiene la mirada clavada en la nuca pelirroja.

—Algo importante —repite, y da un paso al frente.

Abre los brazos con torpeza. También se siente abrumado, hace mucho que no está tan cerca, podría estirar la mano y tocarla. No lo hace, se limita a esperar.

—¿Qué pasa? —dice ella por fin, la voz cortante.

Charlo contiene la respiración. Sabe que debe pasar por una humillación, está preparado para la posibilidad de que le grite a la cara amargos reproches. Ella se mueve por la habitación, él la sigue cauteloso. Mira a su alrededor y ve una cama, un escritorio y un televisor. Fotos en las paredes, de Snowball y de Mefisto, varias de

Johnny Depp. Una lámpara de pie con pantalla rosa da una luz cálida, romántica. Por el suelo hay tiradas algunas prendas de ropa; ella empieza a recogerlas de manera casi mecánica, con la mirada pedregosa. Se queda parado mirándola, ve su espalda reacia. Aprieta la mandíbula, iracunda. Pero, a pesar de todo, nota la unión entre ellos, sigue estando allí, por eso vibra. Quiere preguntar si puede sentarse, no sabe por dónde empezar. Pero imagina que enseguida, en cuanto haya dicho lo que ha venido a decir, sus ojos brillarán como antes, como los recuerda, verdes y luminosos.

—Hace mucho que no nos vemos —le dice a su espalda.

Ella sigue recogiendo sin orden alguno, cambia las cosas de lugar, tiene las manos ocupadas. Se siente un poco desesperado, se acerca a su cama y se sienta. Está en su terreno, debe moverse con cautela. A la vez se siente fuerte. Viene con buenas intenciones, viene a saldar su deuda, a compensar su traición. Ella se acerca al escritorio, se sienta y lo observa. Luego esconde la cara entre las manos. La habitación queda en absoluto silencio. Charlo es incapaz de hablar, es ella quien ha decidido ese silencio y su duración. Él se deja torturar mientras espera una señal, una palabra, una mirada. Para que pueda seguir su camino. Pero no recibe ninguna señal. Se acuerda de que es un hombre decidido, se arma de valor y habla:

—No has querido verme, y yo lo he respetado. No tengo nada que ofrecerte, solo una vida miserable.

Ella sigue callada.

—Pero ahora todo es diferente —dice mirándola con insistencia—. Llevo otra vida. Por fin he dejado el juego.

Ella aparta las manos y lo mira.

—Eso ya lo has dicho otras veces.

Habla sin entonación alguna. Pero entonces, de repente:

—¿Qué te has hecho en la barbilla?

Se pone un dedo sobre la barbilla. Se encoge de hombros avergonzado.

—Bueno —dice con voz despreocupada—, solo fue un accidente. No es más que un rasguño.

Ella se levanta y da unos pasos, se acerca. Su mirada es tan directa que le escuece.

—¿Qué haces aquí?

Él intenta sonreír, está ansioso, quiere explicárselo.

—¿Has estado de borrachera? —pregunta ella—. ¿Es así como te has hecho ese rasponazo?

Él niega enfático con la cabeza.

—No debes preocuparte por mí —dice, y la mira, siente que el corazón se expande, está tan hermosa allí parada, con sus ojos verdes...—. Ya no me emborracho, esas cosas se han acabado.

Ella no le cree, lo mira de soslayo, los ojos siguen entornados.

—Oye —prosigue—, cuéntame cómo te va. ¿Los estudios bien?

Ella echa un vistazo por la ventana, hacia los techos de la ciudad. Lleva la barbilla adelantada, la ha visto así muchas veces. Son tantas las cosas que bullen en su interior... La boca es como la de Inga Lill, ancha y generosa, los hombros estrechos, el cuello largo. Que es suya, que deberían estar juntos.

—¿Después de todo lo que ha pasado te presentas aquí para preguntarme eso? ¿Que cómo me va en el colegio?

Algo se contrae en su interior. No le gusta el tono que emplea.

—Perdona mi torpeza —dice él—. No soy muy hábil. Pero la verdad es que vengo para algo, no traigo las manos vacías.

Ella no puede evitar mirarle las manos.

—Sí, me va bien. Estoy pensando en estudiar Veterinaria.

Su voz es a la vez obstinada y orgullosa. A Charlo se le encienden las mejillas. Esa es mi hija, la veterinaria, piensa. Me ha correspondido esta niña sabia y hermosa, que tal vez me acepte de nuevo. ¡Tiene que aceptarme!

—Pero —dice él sintiendo que el secreto se abre paso— ¿qué haces en tu tiempo libre? ¿Te queda tiempo para hacer algo que no sean los deberes?

Ella pone morritos, se arranca pellejos de las uñas, las lleva cortas, sin pintar.

—Bueno —dice ella por fin, con desgana—, leo bastante. A veces voy al cine, con los amigos, somos una pandilla grande.

Él se inclina hacia delante, la quiere atrapar, quiere ver cómo sus pupilas se agrandan y ennegrecen cuando se lo cuente todo.

—Así que tienes algo de tiempo libre.

Ella no entiende adónde quiere ir a parar. Lo mide con la mirada y se pone a la defensiva.

—Bueno —dice ella insegura—, supongo que sí.

La voz ya no es despectiva, pero tampoco suave como cuando está contenta y muy cerca de él.

—¿Cómo vas de fuerzas? ¿También tienes?

Ella no le sigue, pero se ha enganchado a la conversación. Tiene la boca entreabierta.

—Te has quedado muy delgada —comenta él—. Antes eras mucho más fuerte.

Ella se mira.

—Es porque ya no monto —contesta ella.

—Pero la masa muscular... la recuperarías enseguida si volvieras a empezar. ¿Verdad?

Rebusca en el bolsillo de la chaqueta temblando de emoción. Nota la foto entre los dedos.

—Porque este es un tipo fuerte —dice mostrándole la foto.

Ella se queda un rato mirando desconcertada. Luego da los últimos pasos hasta él. Coge la foto, la observa y mueve la cabeza. No entiende de qué va ni qué le está diciendo.

—¿Quién es esa chica? —pregunta mirando a la hija de Møller.

—Es la anterior propietaria —responde él—, pero ha vendido el caballo. De hecho, se vendió ayer. Tras pasar un concienzudo examen veterinario.

Toma carrerilla y deja caer la bomba:

—También conozco a la nueva propietaria. Se llama Julie Torp.

Ella vuelve a mirar la foto, no lo entiende. Su cara sigue estando mortalmente seria.

—Estás de broma —dice con voz débil, pero él puede ver un incipiente brillo en los ojos. Ella sigue resistiéndose. Lo conoce muy bien.

—No estoy de broma —dice Charlo, y le muestra la palma de la mano derecha para que vea que está limpia. Luego se acuerda de que no está limpia, para nada, y la deja caer—. Pero entiendo muy bien que necesites una prueba —añade, y se lleva la mano al bolsillo interior, encuentra el contrato y se lo ofrece.

Ella coge la hoja, lee con los ojos muy abiertos. Lo lee varias veces, vuelve a mirar la foto. Tiene las dos cosas. Su voz casi no se oye cuando dice:

—¿Call me Crazy? ¿Lo has comprado de verdad?

Charlo se ríe y dice:

—Sí, lo he comprado de verdad. Está pagado. Está en el centro de equitación Møller. Es un holsteiner —añade— de seiscientos kilos. Te puedo prometer que va a darte trabajo.

Ella se deja caer sobre la silla del escritorio, se inclina encima de la mesa. Aprieta la foto entre los dedos, vuelve a sacudir la cabeza. Se queda así arrumbada un buen rato. Aún no se atreve a dejar paso a la alegría, no se atreve, duda.

—Pero ¿cómo lo has conseguido? —pregunta mirándole incrédula.

Charlo endereza la espalda y vuelve a tomar carrerilla, luego le cuenta la historia, cuidadosamente inventada y muy creíble, que ha preparado.

—El caso es que la abuela tiene mucha plata heredada de su familia —dice—, y me la ha entregado como adelanto por mi herencia. Ya sabes, la gente mayor empieza a poner orden en sus cosas cuando se acerca el final. Y tampoco podía disfrutar de ella en la residencia. Dios sabe que debería haberla guardado para ti y las generaciones venideras. Pero tú vives ahora, y quería compensar mi falta. Así que la vendí a buen precio. He pagado mi deuda, se han acabado todas las tonterías, y también tengo un trabajo, unas labores menores en el centro ecuestre.

—¿Plata de la familia?

—Una cubertería antigua, valiosa —dice él—, el diseño ya no se fabrica, y no fue difícil venderla. Pero, oye, no se lo menciones a la abuela cuando vayas a verla, ya sabes, está bastante ida, y no quiero arriesgarme a que ya se esté arrepintiéndome y exija que se la devuelva.

Ella asiente, mira la foto otra vez.

—Pero si tú debías doscientas mil. ¿Tanto te han dado por la plata?

—Sí, también había un reloj de oro. Candelabros, cosas así. Por lo que me llegaba justo.

—¿Call me Crazy?

—Es buenísimo, no dejes que el nombre te asuste.

Ella aprieta la foto. Sigue extrañada, lo mira de reojo todo el rato, quiere comprobar que dice la verdad.

—Julie —sigue él—, no te imaginas lo espectacular que es, en la foto no se aprecia bien el color, ¿sabes?, la hice en el picadero y no había luz suficiente.

Algo se difumina, la sospecha y la duda.

—¿Lo has montado? —pregunta ella de pronto.

Charlo hace memoria.

—Muy poco. —Sonríe al recordarlo.

—¿Lo pusiste al galope?

—Sí, le di unas vueltas —responde él—, pero no me atreví a poner un obstáculo.

—Cobarde —le provoca ella.

Se levanta de la silla y se aproxima a él, toma asiento a su lado en la cama. Allí están sentados los dos, muy pegados. Charlo nota el olor a jabón de su cabello, tiene ganas de achucharla con fuerza, pero no lo hace.

—¿Cuándo podemos ir a verlo? —pregunta ella.

—Cuando termines de hacer los deberes.

—¿Lees mis cartas?

—Sí.

Está sentado en la cama con las manos entrelazadas en el regazo; mira mientras ella revuelve en los armarios, le ha entrado una prisa tremenda y él reconoce su entusiasmo, que no ha visto en mucho

tiempo. Busca unos pantalones de montar.

—Ya sabes, el de cuadraditos —dice—. ¿Lo recuerdas?

A él le parece una delicia, una fiesta estar allí sentado mirándola. Varias cosas salen volando del armario. Jerséis, camisas, ropa interior. Al final encuentra los pantalones. Se quita los vaqueros de cualquier manera y se los pone. Ella dice: puede que me estén un poco grandes, pero no tengo otros. Y él dice: te volverán a quedar bien, espera y verás. Te he comprado un monstruo, ¿te has dado cuenta? Ella se ríe de él, se mete de cabeza en otro armario en busca de las botas de montar.

—Tienen la piel gastada y seca, hay que ponerles grasa, lo haré más tarde.

Se las pone. Se queda de pie con los pantalones de cuadros con remaches de cuero en el trasero y baja la vista para observar las botas largas.

—Hace mucho tiempo que no me ponía esto —dice, y lo mira.

Charlo está mudo de admiración. Ahora sí reconoce a su Julie. Ya no está solo, tiene familia, como el resto de la gente. Ella está frente a él, lista. Salen juntos.

—Papá —dice ella—. Has abollado el coche.

Charlo clava la vista en el asfalto unos instantes, piensa en todas las cosas con las que debe tener cuidado.

—Sí —dice él—, fue un idiota que no respetó un ceda el paso.

—Has intentado arreglarlo —constata ella—, es la peor reparación que he visto en mi vida. ¿Por qué no lo has llevado al taller? Si el otro tiene la culpa, ¿no tiene que pagar él?

Charlo se acomoda en el asiento delantero, medita.

—Me valoraron los daños y me pagaron el dinero —miente—. Me

lo gasté en otra cosa, algo más importante.

Ella se mete en el coche y acepta su respuesta, busca una goma en el bolsillo y se recoge el cabello en la nuca. Puede ver su respiración cálida en el interior oscuro. Ya la tengo, piensa, ahora es cuestión de no perderla, no debo cometer errores.

—Oye —dice Julie de pronto—. ¿Sabes lo que me gustaría hacer, antes de que vayamos a las cuadras?

Él cambia de marcha y conduce por la calle mientras espera a saber cuál es su deseo, que por supuesto cumplirá, a eso es a lo que se va a dedicar a partir de ahora. Esa es su misión para todo el resto de la vida.

—Me gustaría ir a donde mamá.

Él asiente y está completamente de acuerdo.

—Eso haremos —dice con decisión—, iremos ahora mismo. ¿Hace mucho que has estado allí?

—No me resulta fácil —dice ella en voz baja.

No, piensa Charlo, no resulta satisfactorio visitar a los muertos; siempre tiene una sensación de impotencia cuando está junto a su lápida, una sensación de sobrar. Pero ahora son dos.

Gira frente a la iglesia. Caminan entre las tumbas, están callados, entre ellos se ha colado una cierta timidez. Ya han llegado, se detienen, están en silencio con la cabeza baja. Leen el nombre cada uno por su cuenta, «Inga Lill Torp». No hay mucho que hacer junto a una tumba a primeros de diciembre. Charlo ve que el brezo se ha congelado, el morado ha pasado a ser marrón.

—Al menos la piedra es bonita —dice Julie, y él asiente, cree que hizo una buena elección.

—La próxima vez traeremos una vela —comenta él.

Permanecen un rato pensativos, luego se quitan de encima tanta seriedad y vuelven al coche.

— ¿Estás emocionada?

Ella asiente y se sopla las manos, se pellizca el brazo de broma. Charlo no puede evitar volver a reírse. Es una risa intensa que sale de muy adentro, se siente ligeramente intoxicado. Gira el volante y se incorpora a la autopista. Todavía se tratan con cierta reserva, y Charlo piensa: no importa, se nos pasará, necesitamos tiempo.

— Deberíamos haber traído una bolsa de zanahorias — dice ella.

Él asiente.

— Hay una tienda no muy lejos de los establos, podemos parar allí. Claro que tenemos que llevarle zanahorias.

Compran zanahorias y dos Coca-Colas. Charlo tiene la vieja costumbre de leer las portadas de los periódicos mientras está en la caja, pero han olvidado a Harriet Krohn. Se imagina que su expediente está enterrado en un cajón, porque hay muchos otros asesinatos, otras muchas cosas de las que ocuparse antes que de una anciana de Hamsund. Sabe que no es verdad. El sistema seguirá avanzando, sabe que probablemente trabajan en silencio. Vuelve a apartar esos pensamientos. Recorren el último trecho hasta llegar a la cuadra, aparcan y salen al aire frío. Julie se ha quedado callada.

— Sí — dice Charlo—. Ya estamos aquí. Tenemos que entrar al calor.

Deja que el corazón le lata en la garganta y le pasa el brazo por los hombros. Abre la pesada puerta. Un gato negro se escabulle en ese mismo momento y Charlo da un respingo. El gato le hace recordar. Durante un segundo salvaje se imagina que se trata del mismo gato, que lo sigue. Se quita de encima ese malestar y señala el final del

pasillo de la cuadra.

—El último box de la izquierda.

Julie se acerca a la reja. Charlo la contempla de soslayo. Se le eriza el cabello de la nuca.

Acaba de llegar al mundo.

Está temblando sobre la tripa de Inga Lill, desnuda y encogida como una rana rosa. En la cabeza tiene lanilla como si fuera un trozo de franela. Nunca voy a olvidar este instante, piensa Charlo. Impregna cada célula de su cuerpo, se abre paso por todas partes. Este instante también es así. Julie está de pie junto a Crazy, agarra la gran cabeza pesada y le acaricia con cuidado el belfo. El caballo se deja acariciar, con los ojos medio cerrados, parece tener sueño. Luego lo toca por todas partes, palpa sus orejas, la crin. Le pasa la mano por las patas, observa sus cascos robustos. Se vuelve a levantar y mira al animal a los ojos. Su voz suena suave:

—¿Quieres correr un poco, chico?

Charlo retrocede en el tiempo, hasta la primera vez que montó a Snowball y no había manera de bajarla. Ahora se lo recuerda y ella sonrío mucho. La ayuda a ensillar y van juntos al picadero. Charlo coloca una manta sobre el trasero del caballo. Ella se eleva, pone el caballo al paso y se dirige al lateral.

—Hasta luego, papá —dice ella—. ¡Nos vemos en un par de horas!

Charlo está tan emocionado que se queda mirándola sin respirar. Su pecho estalla de alegría. Esto ha sido obra suya. Para esto se ha sacrificado. Mueve la cabeza entregado, mira a su alrededor buscando una silla. Encuentra una, se lía un cigarrillo. Lo enciende, inhala con avaricia. Sigue a Julie con la mirada. Sus pensamientos vuelven a dispersarse. Es una putada que ya estén tras el rastro de un Honda

rojo, puede que no tenga que darle importancia, pero de todas maneras es inquietante. Se cruza de piernas y tiene escalofríos, hace bastante frío en el picadero y no lleva mucha ropa. Resulta sospechoso que le fallara la rodilla. No es fácil tranquilizarse, no es fácil concentrarse en lo que está ocurriendo ante sus ojos. Ser feliz ahora, estar satisfecho, si ya ha alcanzado la meta. El caballo va a paso tranquilo, con el cuello bajo y las riendas flojas. Así quiero pasar un montón de años, mirando a Julie y a Crazy. No le pido nada más a la vida. Si tan solo pudieran dejarme en paz... ¿No me lo he merecido? He llegado muy lejos y sacrificado mucho. Tiene un poco de frío, mueve los pies en círculo pero ve que Julie viene montando hacia él. Le quita la manta al caballo y se la da.

—Toma, pobre anciano congelado —dice riéndose.

Está tan arriba, brilla como una lámpara, su cabello tiene exactamente el mismo color que el caballo, son una pareja. Charlo se envuelve en la manta, Julie pone a Crazy al trote. Sí, piensa, es mi hija. Monta su propio caballo. Sí, vale que es enorme, pero está bien armado, por así decirlo. Lo que más le interesa es la doma, de hecho es bastante buena, cuento con que destacará, ahora que tiene su propio caballo. Pero también salta, un metro veinte, bastante impresionante para tener dieciséis años. Es un holsteiner. Siempre he tenido debilidad por el alazán. Puedo decir sin dudar que estos dos se harán valer.

Møller llega andando al ring. Se detiene a un lado, entierra las manos en los bolsillos mientras hace un gesto de reconocimiento a Charlo.

—Vaya —dice—, hacen buena pareja. ¿Va todo bien?

Charlo asiente.

—Creo que han encontrado el tono. Oiga, esto ha ido deprisa. El caballo la obedece, de eso no hay duda. Los cambios de ritmo son impresionantes. De verdad, muy precisos, teniendo en cuenta el tamaño, el chico también tiene las patas largas. El aspecto que dan es muy prometedor.

Hace una pausa.

—¿Está listo para ponerme a trabajar?

—Pues en realidad sí —dice Møller dando una patada decidida al serrín—. Ahora que de repente tengo a un hombre a mi disposición, hay bastantes cosas por hacer. He comprado unos comederos nuevos que hay que colgar y hay que aislar mejor las ventanas de la cuadra. El agua tiende a congelarse en invierno, hemos tenido que traerla en cubos. Para el verano me gustaría impregnar parte de la madera, entre otras cosas la cerca del picadero de fuera, y las cuadras. Puede que también los garajes, están secos, sobre todo hacia el oeste.

Charlo asiente con entusiasmo.

—Pues empecemos —dice Møller—, y veremos cuántas horas salen. Es difícil decir algo del sueldo ahora, pero estoy seguro de que nos pondremos de acuerdo.

Se queda un poco más contemplando a Julie, ahora da marcha atrás con gran elegancia, el caballo retrocede con corrección, con las patas estiradas y la cabeza baja.

—Impresionante —comenta Møller, y sacude la cabeza.

Charlo enseguida siente el calor de la manta. Julie monta dos horas, hasta que tiene el flequillo mojado y el caballo desprende vapor.

Es por la mañana, se levanta temprano.

La mesa de la cocina se ha convertido en su observatorio, come sentado junto a la ventana, sigue con la mirada los coches que pasan. Ve un Ford y poco después un escarabajo. Espolvorea dos cucharadas de azúcar en el café y se extraña de esta nueva costumbre a estas alturas de su vida, pero le sienta bien. Pasa un taxi, está libre. El pan no es del día, deja las cortezas, están duras y le cortan las encías. Es imposible comprar pan para una sola persona, piensa. Inga Lill lo hacía siempre tan bien, cortaba todo el pan en rebanadas y las empaquetaba de una en una en la lata. Metía la lata en el congelador, luego las descongelaba en la tostadora y siempre tenían rebanadas tiernas. Inga Lill, querida. No es fácil. Pero ahora las cosas van mejor, estoy en otra fase. Haré lo correcto. A partir de ahora, lo prometo. Quiero que Julie esté orgullosa. Quiero que me muestre a los demás y diga: este es mi padre. ¿A que es un tío estupendo?

Recoge los restos de su modesta comida. Luego se coloca frente al espejo con las piernas bien abiertas. Baja los hombros, echa la barbilla hacia delante, ve que ha perdido tres o cuatro kilos, la cara tiene los rasgos más marcados, le favorece. De su padre ha heredado la mandíbula ancha y una nariz larga y recta. La camisa es azul y gris, los colores combinan bien con sus ojos. Cada cosa a su tiempo, piensa, vivir minuto a minuto. Hacer todas esas pequeñas cosas que hace la gente honrada. Los detalles son los que conforman la vida. Prepararse un buen desayuno, elegir qué poner en el pan, lo que más le gusta es el queso gouda con mermelada de naranja. Ducharse y afeitarse, encontrar ropa limpia, pasar un peine por sus cabellos ralos. Salir al mundo del resto de la gente y arreglar las cosas. Se pone el anorak de plumas y se dirige al coche. Evita mirar la abolladura porque siempre

que la ve lo invade una profunda desesperación. Baja por la calle Blom, después va por el puente y el lado este. Aparca frente a la oficina de la seguridad social. Esta parte de la ciudad es un caos urbanístico en el que hermosas construcciones de madera antiguas compiten con nuevos edificios de oficinas, no hay ningún plan, ningún sistema. Pero este es su lado de la ciudad, aquí pasó su infancia. Tiene cariño a las construcciones inconexas. Echa veinte coronas en el parquímetro, entra y coge número. El número cincuenta y ocho. El cuarenta y nueve está junto al mostrador recibiendo asesoramiento. Echa un vistazo a la congregación que ha llegado antes que él. Se nota a primera vista, estos hombres están desocupados. Cobran un subsidio. Han perdido la dignidad, no hay esperanza en sus miradas. Leen folletos sin interés y evitan mirarse. Esto se va a acabar, piensa Charlo, no quiero ser uno de ellos, quiero participar en la sociedad, soy un hombre joven de manos fuertes y algo de sensatez en la mollera. Hacer las cosas bien se ha convertido en su prioridad. Encuentra una silla libre, endereza la espalda. Piensa: aquí estoy yo sentado, Charles Olav Torp, investido de mi propio delito, cubierto de pies a cabeza del delito terrible. Qué raro que no lo vean, que no huelan, que no brille. ¿Puede compensar el crimen haciendo el bien el resto de su vida? ¿No ante la justicia, sino en la gran, eterna cuenta final? Si es que existe algo así. De vez en cuando intuye el rastro de algo más grande, como sintió en la cocina de Harriet, que otro se hacía con el control. Que asumía un papel que le había sido asignado. Espera media hora. Le llega el turno a un hombre alto y deslavazado. Nunca ha matado a nadie, piensa Charlo, hay algo natural en la manera en que se apoya en el mostrador, una espontaneidad que él ha perdido. Igual que puede leerse la culpa en la cara de la gente, la

inocencia se deja ver como una especie de ligereza. Arruga el número del turno entre los dedos y piensa en Harriet Krohn. Al instante surge una imagen. Sigue tumbada en el suelo con la cara metida en un charco de sangre. A pesar de que el sentido común le dice que por supuesto que se la han llevado. Alguien se ha ocupado de que tenga una tumba, piensa. Sus herederos. Una idea cobra forma en su cabeza. Por fin se enciende el número cincuenta y ocho en el monitor que hay sobre el mostrador. Se acerca y se inclina. La mujer es de su edad, con el pelo corto, delgada, barbilla pequeña y afilada. Las gafas son del estilo de moda, sin montura y con cristales muy pequeños. Tras los cristales ve un par de ojos color turquesa. Lo miran sin involucrarse.

—Solo he venido a dejar las cosas un poco ordenadas —dice Charlo; su voz suena fuerte y firme; si los otros oyen lo que dice, mejor, él es un ejemplo a seguir—. El caso es que percibo el paro. Desde hace dos años.

Ella espera que él continúe. Ve que las pupilas son completamente redondas, y la vida no se ha portado bien con ella. Tiene el iris manchado. Él cree en esas cosas. Que el dolor y la desesperación se dibujan en los ojos. Solo los niños tienen los ojos completamente nítidos, sin impurezas ni puntitos.

—Pero ahora tengo trabajo, en un centro de equitación. Hago de hombre para todo. No es gran cosa, al menos no para empezar, tendré que demostrarles lo que valgo y hacerme imprescindible, así puede que me vayan dando más. Al menos ese es el plan. ¿Tú qué crees? —dice, y le sonrío.

—Sí —responde ella—, parece una buena estrategia.

Corresponde a su sonrisa un instante. Le pregunta el nombre y el número de identificación personal. Ella es de las que necesitan

precalentamiento, no hay duda. Algunas personas no se manifiestan si no se las seduce un poquitito, y a él se le da bien. O solía dársele bien. Apoya los codos en el mostrador, descansa la barbilla sobre las manos, se asegura de tener contacto visual.

—Pero solo es un trabajillo. No me da para vivir. Supongo que me lo descontaréis del subsidio, pero no puedo saber cuánto voy a ganar. Todavía. Porque acabo de empezar. O, mejor dicho, en realidad empiezo hoy.

—Entonces lo iremos viendo —dice ella, y busca en la pantalla del ordenador.

No es fácil esconderse de las autoridades, aprieta una tecla y tiene todos sus datos personales. Nacido en 1963, dirección calle Blom, 20.

—¿Tienes la más mínima idea del sueldo?

—Puede que se trate de media jornada. Pero no hemos hablado de la tarifa por hora.

Ella sigue tecleando, mira a través de las gafas con los ojos entornados.

—Tienes que avisar a la seguridad social. Deberás traernos tus nóminas, no veo otra solución —dice ella, y lo mira.

—¿Puedo mandarlas por correo?

—No hay problema.

Ella hace las anotaciones oportunas. Charlo espera paciente.

—Es que me parecía que debía avisar —añade él—, no me gustaría tener problemas después. Con las autoridades. Por hacer trampas y ser deshonesto.

—Estoy completamente de acuerdo. Esa clase de cosas las descubrimos en cualquier caso. Hay bastante gente que lo intenta.

—¿Cómo se atreven? —dice tranquilo, y sostiene su mirada

turquesa.

Luego recorre la oficina con la espalda muy erguida y sale.

Ahora que ha hecho el recado más apremiante, da una vuelta con el coche. Al principio sin un destino prefijado, por las calles de la ciudad. Observa a la gente, los edificios, quiere que pase el tiempo. Para que sea por la tarde, para que pueda ir a buscar a Julie. Ve el brillo de la ciudad, le gustan todas las luces, los reflejos en el río, los faros que salen a su encuentro, blancos, amarillos o azulados. Publicidad de los chocolates Freia, un reloj en una pared, son las nueve y media. Acaba en la calle Elv y la sigue hasta el túnel, hasta la carretera nacional 134. Sigue por esa carretera sin pensar. Por fin se da cuenta. Va camino de Hamsund. El río discurre a su izquierda, negro, frío y rebelde; su fuerza incansable lo desconcierta. Va lanzado al frente, rugiendo imparable, como su propia vida se aproxima al momento que más teme. El inevitable momento de la verdad. Hay muchas cosas que temer. La gente joven tiene la mente muy ágil, ven y oyen bien, no se les escapa nada, ningún detalle. Como la chica de la floristería, delgada y estilosa con el jersey rojo, no puede olvidarla, y quizá ella tampoco pueda olvidarlo a él. Su silencio, su actitud negativa, su gastada parka verde. Aparta esos pensamientos, mira hacia el cielo. Es un bonito día. Por fin va por buen camino, se está portando decentemente, nadie tendrá nada que reprocharle, ni un asesinato ni un fraude a la seguridad social. Va hasta la iglesia de Hamsund. El cementerio está silencioso y desierto, cubierto de un favorecedor manto de nieve, con una belleza propia, distante. Aparca, se queda un rato mirando alrededor, se llena los pulmones de aire fresco. El sol da una luz blanquecina y hace que todo brille como diamantes microscópicos. Empieza a pasear despacio entre las

tumbas. Puede que solo tenga una de esas cruces de madera, piensa, porque lleva tiempo elegir la piedra, lleva tiempo terminarla, hay que tallar, pulir y grabar. Mira por encima del hombro todo el rato, pero no ve a nadie, es demasiado temprano. Pasa mucho tiempo dando vueltas, buscando. De vez en cuando se detiene y admira la iglesia blanca, es de la Edad Media y hace poco que la han restaurado, puede que sea la más hermosa de la provincia. Busca sistemáticamente, se fija en todos los nombres, piensa en tantos destinos... De vez en cuando da con una persona joven, se detiene sorprendido, le produce melancolía pensar en esa vida tan breve. Cuatro años, trece. Le hace pensar en Julie, en cómo sería perderla, pero no tiene imaginación suficiente. Julie está tan sana y tan viva..., nada puede sucederle. Lleva media hora caminando cuando, de repente, se encuentra junto a su tumba. Harriet Asta Krohn, aquí está, justo delante de sus pies. Cae en la cuenta de que debería haber traído unas flores, hubiera resultado un acto de decoro, otro punto más en su contabilidad. Pero no pensé tanto, solo tuve en cuenta la nueva imagen que podré llevar conmigo. Una anciana en un hermoso ataúd con las manos entrelazadas sobre el pecho. Y no esa horrible imagen de la cocina que me ha torturado durante semanas, el cuerpo retorcido, maltratado, el vulgar vestido verde. Intenta notar qué siente ante la idea de que su vida terminara de aquella manera, de que esto sea obra suya. No consigue relacionar los hechos del todo, las imágenes que pasan por delante de sus ojos, la culata del revólver penetrando el cráneo, ella derrumbándose y convirtiéndose en esta cruz de madera. ¿De verdad es cierto? Se queda así un largo rato, clavado frente a la sepultura, repasándolo todo. Intenta armar una defensa que se sostenga. Te interpusiste en mi camino, me asustaste mucho con tus alaridos, tampoco resististe gran

cosa, eras un pellejo viejo. Magra como un junco. Luego estuve en estado de shock. Debes saber que esto me ha marcado para toda la vida, no es algo que pueda olvidar. Pero se da el caso de que tengo una hija y debo ocuparme de ella el resto de mi vida. Y por eso no puedo quedarme enganchado a esta tragedia. No dejaré que me destruya, ya estoy bastante mal. La relación que tengo con Julie todavía es frágil, nos queda mucho camino por recorrer. Por eso, si de mí dependiera, reprimiría el recuerdo de tu existencia a partir de ahora. Ya veo que aquí está todo en orden, está decente, y seguro que pronto tendrás una bonita lápida. Harriet Asta Krohn. Un nombre elegante, suena muy bien. He calculado tu edad, tienes casi setenta y seis. Es una edad considerable, no creo que yo llegue a ser tan viejo. Puede que sea un consuelo menor, pero has alcanzado la edad media de vida.

Inclina la cabeza y se siente satisfecho, se queda así con las manos entrelazadas y disfruta de la sensación de calma que por fin lo invade. Ya puede dar por cerrada esta desgracia, seguir adelante. Por fin continuará su camino. Entonces nota un sonido a su espalda, una especie de crujido.

—Es horrible, ¿verdad?

Da un respingo al oír la voz, se da la vuelta y mira de frente a una mujer. Abre la boca sorprendido. Está en el sendero, detrás de él, con una bolsa en la mano. Abrigo marrón, botines negros y un gorrito de ganchillo que parece el protector viejo de una tetera. Bajo la gorra asoman unos mechones níveos.

Murmura algo confuso, incomprensible.

—Si no los cogen, nunca tendré paz. Vivo en la casa de al lado, en la calle Fredbo número seis. ¿Es un pariente o algo así?

Se acerca.

—No recuerdo haberle visto en el entierro. Pero no es extraño, ese día estaba muy alterada.

Ahora calla y lo mira detenidamente. Charlo se ha quedado mudo. Su primer impulso es huir del lugar, pero algo lo retiene. Tiene que conservar la cabeza fría, la escucha mientras aprieta los puños en los bolsillos.

—Mosse Maier —dice ella, y le tiende una mano marrón enguantada.

Él la coge en un acto reflejo y la aprieta con cuidado.

—Fui yo quien la encontró. Sí, vi que había luz en su casa a las tres de la madrugada y eso me asustó. Me acerqué y miré por la ventana. En un primer momento quise llamar a la puerta para preguntarle si estaba todo bien, pero no fui capaz. Luego he pensado que fue una cobardía. Pero soy vieja y vivo sola, no tuve valor suficiente.

Charlo asiente y escucha porque las palabras que no dejan de brotar lo retienen.

—Pero entonces me levanté, a las siete, y las luces seguían encendidas. Eso también era extraño, porque Harriet nunca se levantaba antes de las nueve. Tenía artritis, ¿sabe? Muchos dolores y molestias. Hice tiempo, pero al final me acerqué. La puerta estaba abierta y entonces la encontré en la cocina. Y una cosa le voy a decir: nunca olvidaré esa visión. No es que la hubieran golpeado, es que la habían machacado.

La bolsa vuelve a crujir un poco, supone que lleva una flor dentro.

—No la conocía —la interrumpe él, y se vuelve hacia la tumba—. Solo pasaba por aquí.

—Ah, si es así... Creí que era su sobrino, tiene un sobrino que vive

en el extranjero. Hablaba mucho de él. Pero es horrible, ¿verdad?

Él asiente de nuevo, busca una pausa en la que pueda marcharse con sigilo, pero ella no ha terminado, lo retiene, es menuda pero con una mirada azul e intensa.

—Lo peor es el miedo que te entra.

Da los últimos pasos hasta la sepultura y revuelve en la bolsa. Su mano asoma con una pequeña corona verde.

—Todo se marchita enseguida. Ya no duermo bien por las noches. Por alguna razón me hace bien venir aquí. Me tranquiliza. Al menos ahora está en paz.

Se agacha con cierta dificultad, deja la corona ante la cruz.

—La policía ha sido un gran apoyo. Me llaman para preguntar cómo me va. Vienen a verme de vez en cuando. Y de una cosa estoy segura: en este caso no van a darse por vencidos. Los culpables serán detenidos.

—¿Fueron varios? —pregunta mirándola con insistencia.

—No, no sé nada de eso. Pero, por el estado en el que quedó su casa, no me extrañaría. Lo raro es que parece que fue ella quien abrió la puerta. Harriet usa la cadena de seguridad, es muy cuidadosa con eso. Pero supongo que le contarían una buena historia, el caso es que los dejó entrar en casa. Me gustaría saber cómo pudo pasar algo así. Si algo he aprendido de todo esto es que no puedes fiarte de nadie.

Él asiente de nuevo, da un par de pasos, quiere acabar y marcharse de allí.

—Bueno, perdone que le haya molestado con esto. Pero, como le dije, creí que era un pariente.

—Solo pasaba por aquí —repite él—, pero me acuerdo del caso, por supuesto que sí. Salió en toda la prensa. Es un lugar precioso, por

cierto. Esta iglesia, el cementerio. Uno de los más bonitos que he visto.

Habla y habla, no lo puede evitar, tiene las mejillas completamente enrojecidas. Se peina con los dedos, tartamudea algo sobre el tiempo, dice que es muy agradable pasear por el cementerio.

—Bueno —dice ella—, es aquí donde acabaremos. Es como llegar a casa. Pero a veces la vida resulta demasiado difícil de entender. Que puedan ocurrir cosas como esta.

—Todo tiene una explicación —dice Charlo bajando los ojos hacia la corona verde.

Ella niega con la cabeza blanca.

—Esto no. Es pura locura.

Lo invade una necesidad incontrolable de explicárselo. Que no está loco, en absoluto, que es tan humano como ella. Le presiona, le zumba la cabeza. Pero la mirada de ella se ha vuelto inquisitiva, como si ahora lo viera con claridad. Sus ojos azules son bien agudos, resulta evidente que está extrañada. El encuentro le molesta de la misma manera que la colisión. Le dedica un breve saludo con la cabeza y desaparece con toda la prisa de la que es capaz, se dirige al coche a zancadas. Se queda sentado, compungido. Le irrita profundamente que lo encontrara allí, en la tumba.

¡Ahí está!

Ahí llega Julie corriendo; la contempla unos instantes, su cabello rojo destaca entre la multitud de jóvenes. Su cuerpo tiene un nuevo impulso, un entusiasmo que hacía mucho que no veía. Tira la mochila sobre el asiento trasero y salta dentro, los amortiguadores se quejan un poco. Tiene calor, le falta el resuello. Por fin se relaja, se concentra en Julie. Todavía se siente inseguro en su nuevo papel, por fin puede volver a ser papá. ¿De verdad que quiere estar con él? Ella se abrocha

el cinturón, lo mira de soslayo. Su voz es rápida y alegre.

—¿Te has acordado de las zanahorias para Crazy?

Él sonríe y dice: sí, me he acordado de las zanahorias.

Charlo mete una marcha. Aquí estamos, piensa, mi hija y yo, somos amigos. Esto es lo que siempre he deseado. Llegué a extremos dramáticos, pero estoy donde quería estar. Vuelve a corregirse. Él no quería llegar hasta aquí, solo deseaba estar con Julie. ¿La tengo ya?, se pregunta, ¿se quedará conmigo para siempre?

—¿En qué piensas? —pregunta Julie.

Charlo medita. Le gustaría ser sincero. Construir una buena relación sin engaños ni trampas.

—Estoy pensando en cosas que me dan miedo —dice él—. En qué es lo que más miedo me da ahora mismo.

—¿Y qué es? —quiere saber ella.

Su sonrisa espera agazapada, no hay una sola nube en su firmamento, no quiere que las cosas se pongan serias.

Charlo deja escapar una respuesta:

—Mi salud.

—¿Cómo? —Lo mira sorprendida—. Pero si tú siempre estás sano.

—Sí —dice él deprisa—, pero fumo. Ya sabes, los fumadores no vivimos tanto como los demás.

Se detiene para dejar pasar un vehículo que llega por la derecha.

—Cada cigarrillo me daña —añade con dramatismo.

Ella vuelve a soltar una risa cantarina que llena todo el coche. Coge una goma y se recoge el cabello en la nuca. Él observa el cuello esbelto, la manera grácil en la que mueve la cabeza, la hermosa curva del puente de la nariz. Es su propia sangre, tiene derecho a esto, ¿no es verdad? Estaba dispuesto a matar por ello. No, no es que estuviera

dispuesto, es que no encontró ninguna otra manera. ¿Y qué pasa con la vieja del cementerio?, ¿qué estará pensando ahora? ¿Qué demonios pasa con mis rodillas? No, no quiere pensar en ello, ya hay suficientes cosas que le preocupan, que lo persiguen. Los pensamientos dan vueltas mientras las manos descansan sobre el volante, el corazón bombea sangre. Le ha dado la vuelta a su propio destino, de la atrocidad cometida piensa que es un acto de valor y de cobardía a la vez. Tuvo la voluntad de llegar muy lejos por otra persona, ya no soportaba ser una víctima.

—Ocurre que veo borroso —admite.

—¿Ah, sí? —Ella lo observa de perfil y él sostiene su mirada.

—¿Ves algo en ellos? A veces tengo la sensación de que están raros.

Se detiene ante un semáforo en rojo y la mira a los ojos. Ella observa.

—¿Cómo que raros?

—No sé, pasa algo con mis pupilas. Están raras.

Ella se inclina un poco al frente y lo estudia con detenimiento. Luego se echa a reír entre dientes.

—Déjate de tonterías. Son completamente normales.

Parpadea varias veces aliviado.

—Es bueno ser libre —dice él al tiempo que mete una marcha otra vez.

Ella vuelve la cabeza y lo observa.

—¿Qué quieres decir ahora. ¿Libre?

—Ya no debo dinero, no juego. El otro día pasé por delante de una tragaperras Twinrunner con las monedas a salvo en el bolsillo.

—¿Fue duro? —pregunta ella bromista.

—Sí —responde él serio—. Tú no entiendes de esas cosas, fue duro, me costó mucho. Pero después me sentí bien. Fue una victoria sobre mí mismo.

—Vamos por el buen camino —constata ella, y mira de nuevo a la carretera con sus ojos verdes llenos de luz.

Él asiente. Le apetece un cigarrillo, pero no quiere que ella tenga que soportar el olor y se reprime.

—¿Y tú? —pregunta él y la mira—. ¿Qué es lo que más miedo te da?

Ella mueve la cabeza descorazonada.

—Me parece una pregunta tonta, teniendo en cuenta las circunstancias. Tengo miedo de perder a Crazy. Quiero que sigamos como ahora para siempre.

Charlo asiente y está de acuerdo.

—Entonces eso será lo que haremos —dice satisfecho.

Ya se ha recuperado, porque con Julie sentada a su lado se siente protegido, y es incapaz de imaginar que algo doloroso pueda venir a estropearlo, porque esto que comparten es bonito. Yo soy una persona compasiva, piensa, y lo que está surgiendo entre nosotros es puro. Pero su delito es inconcebible, un paso en falso.

—¿Qué vas a hacer mientras monto? —pregunta Julie.

—Voy a colgar comederos —responde—. Son azules. Eso me molesta mucho.

Ella se ríe de él.

—¿Por qué?

—Pues porque las caballerizas son rojas, y las puertas de los boxes, marrones. Los comederos deberían ser negros. O tal vez verdes. Es una cuestión de estética. Møller no llega a tanto; tiene idea de caballos,

pero no de colores.

—Seguro que ha comprado los que se puede permitir —dice Julie marisabidilla—. Apuesto a que los azules eran los más baratos.

Charlo suspira profundamente.

—Sí, el dinero manda. De eso sé mucho.

Se forma un silencio entre ellos y Charlo no es capaz de llenarlo. Se concentra en conducir, escucha la respiración de Julie a su lado, nota el olor del jabón suave que llena todo el coche. Le basta con estar sentado a su lado, es bueno ser dos contra el resto del mundo. Pero siempre tiene que pensar antes de hablar. Considerar si es seguro. Intenta recordar los tiempos en los que podía hablar a cara descubierta, deprisa, sin pensar, decir todo lo que se le ocurriera. Los tiempos anteriores al juego, cuando todo era sencillo entre Inga Lill y él. Intenta imaginar un interrogatorio. Ha visto montones de películas en la televisión. Cree que será capaz de hacerlo por la sencilla razón de que no le queda más remedio y no perderá lo que por fin ha ganado. Esto que ha costado sangre. A la vez imagina la justicia como una trituradora que muele incansable, que tarde o temprano lo alcanzarán. Pero será más tarde, piensa, ahora estoy aquí con Julie, está callada a mi lado, está deseando empezar a trabajar. Le he dado lo que deseaba. Eso era todo lo que quería hacer.

—¿Cómo viviste tú la peor época? —pregunta, y la mira de soslayo—. Me refiero al juego.

Ella lo piensa, baja la cabeza.

—Bueno —dice—, me daba vergüenza. Que siempre estuvieras ahí colgado, delante de las tragaperras. A la vista de todo el mundo. Un hombre adulto jugando así, totalmente obsesionado. No lo entendía. Mis compañeros de clase también lo veían, te veían allí de pie echando

dinero día tras día. A menudo mamá me mandaba a buscarte. Porque nunca volvías del supermercado. Y cuando por fin volvías, no traías lo que te había pedido. Siempre te habías jugado la mayor parte del dinero.

Él calla, lo asimila. La vergüenza le duele.

—Pero lo peor —continúa ella— fue la época del hipódromo de Øvrevoll. La gente con la que empezaste a relacionarte allí. Y mis ahorros. Que de pronto hubieran desaparecido.

Charlo se aclara la garganta.

—¿Puedo decir una auténtica tontería? —le suplica.

Ella no contesta, se limita a esperar.

—Mi honesta intención al coger ese dinero era duplicarlo. Ese día me sentía afortunado, no hay manera de explicarlo. La certeza de que el premio estaba ganado, que me estaba esperando. A veces es así. Cuando perdí, casi no fui capaz de entenderlo. Julie —dice con fervor—, es una enfermedad.

Ella vuelve a asentir, quiere dejar atrás tanta seriedad, lo mira y sonríe prudente.

—¿Y si recaes?

Él mueve la cabeza con decisión.

—Eso no va a ocurrir. Estoy seguro.

—Pero ¿cómo puedes estar tan seguro? —dice ella, y quiere más seguridad, que se lo vuelva a confirmar.

—Estoy en otro lugar —responde—. Ya no miro atrás.

Su gran temor es que los caballos tengan un ataque de ansiedad cuando ponga en marcha la taladradora. Mira inseguro a su alrededor, a los grandes animales, piensa en toda esa masa de huesos y músculos y todo lo que podría pasar. Las piernas delgadas y

frágiles.

—No tiene más que empezar —dice Møller—. A veces se ponen a dos patas, bajan la cabeza y la lían. Pero no puedo vaciar las caballerizas, Torp, tendremos que aguantar lo que venga.

El corazón le late en la garganta. Ha hecho una señal en el lugar en el que tiene que colgar el comedero, ya ha quitado el viejo. No menciona el color. La cuadra está en silencio, oye su respiración y el latido del corazón. Acciona la taladradora. No hace mucho ruido hasta que la acerca a la pared, entonces retumba por todo el edificio. Los caballos oyen con las orejas levantadas. No pasa nada. Se detiene, hace una pausa, mira por el pasillo. Møller, con las piernas bien plantadas en el suelo, le indica con un gesto que continúe.

—Están tranquilos porque estoy aquí —explica—, puedo quedarme hasta que termine. Cuando Julie haya acabado de montar puedes limpiar el serrín del pabellón, ya toca. El tractor está aparcado junto al trastero, tiene las llaves puestas.

Charlo sigue con su labor, cuelga los cuatro comederos. Tal y como había imaginado, el intenso color azul interfiere con el resto. Le irrita, en verde habrían quedado fenomenal. Luego decide limpiar el box por Julie, quiere serle útil. Coge una carretilla y una horca, es de plástico y tiene algunos dientes rotos, pero se esfuerza y lo consigue. La mierda pesa, deja caer el serrín entre los dientes, trabaja hasta tener calor, llena la carretilla, la vacía por la trampilla. Baja a buscar serrín limpio, se permite coger dos cargas. El box queda seco y bonito. Va a ver el tractor, es un John Deer. Se monta y gira la llave, se siente como un chaval viviendo una aventura. Entra en el picadero para observar a Julie. Toma prestada la manta amarilla y se sienta en una silla. Quiere quedarse así para siempre, observando a esos dos que trabajan. Inga

Lill, piensa, ya está todo bien. Nos hemos reencontrado, a partir de ahora estaremos siempre juntos. Ve que Julie está practicando el paso atrás. Lo hace una y otra vez. Se deja caer sobre la parte trasera de la silla, tira un poco de las riendas, un ligero toque con las espuelas en los flancos del caballo. Nunca se cansa de mirar.

¿Que si quiere cenar con él?

Acepta con una sonrisa. Cubre a Crazy, le da las zanahorias, le besa el belfo. Luego se queda parada frente al box, casi es incapaz de apartarse.

—Vamos —le dice Charlo—. Mañana seguirá aquí.

Lo sigue hasta el coche y paran en el supermercado donde Charlo compra una lasaña congelada. Luego se dirigen a la calle Blom y Charlo piensa: no soporto volver a quedarme solo. Mientras Julie esté conmigo me olvidaré de todo lo demás. Las cosas malas. Yo también me merezco tener a alguien, digo yo. Algo de justicia tiene que haber en la vida, y yo me las apaño mal solo.

Se sacuden la nieve en el felpudo. Julie se quita las botas de montar, Charlo empieza a preparar la comida. No está acostumbrado a tener a Julie en casa. Ordena un poco el salón, observa las fotos de las paredes, se coloca junto a la ventana y mira al exterior.

—¿Por qué te quedaste sin trabajo? —le pregunta de pronto.

Charlo suelta lo que tiene entre manos.

—Creí que mamá te lo había contado —dice en voz baja.

—No, solía protegerte, a pesar de todo. Para que lo sepas.

Vuelve a sentir el corazón latiendo con furia bajo la camisa. No le queda más alternativa que tirarse de cabeza. Su mirada es inquisitiva, casi es adulta, piensa, y tiene derecho a saber.

—Cometí un desfalco —dice por fin—. Una cantidad pequeña,

pero lo descubrieron.

Julie no parece sorprendida, solo está muy seria.

—Pero tuve suerte —prosigue Charlo, y empieza a cortar el pan—. No llegaron a denunciarme, pero tuve que irme ese mismo día. Fue humillante —añade—, pero a la vez ya casi no me quedaba orgullo. Fue peor para mamá. Creí que iba a costarle la vida.

—Y lo hizo —dice Julie con brusquedad. Lo mira intensamente.

Charlo deja caer el cuchillo y traga saliva.

—Mamá murió de leucemia —dice—, no pudieron hacer nada por ella.

—Perdona. —Mira al suelo, se ha cruzado de brazos.

—No tengo mucho de lo que sentirme orgulloso —dice Charlo, y saca dos platos de la alacena—. Pero estoy orgulloso de ti. Tienes derecho a preguntar y a insistir. Te contestaré lo mejor que pueda.

Abre el horno para ver cómo va la lasaña. Se ha dorado por encima.

—Tú eres lo único de lo que respondo en mi vida. Que yo, que soy un ser miserable, haya podido tener una hija como tú...

Ella vuelve a sonreír con timidez, y él dice: ahora, échame una mano. Puedes poner la mesa. La comida estará lista enseguida.

Comen lasaña ardiendo en silencio. Julie la acompaña con Coca-Cola, Charlo con agua. Va a llevar a Julie a casa y no conduce con alcohol en la sangre. Ya no comete delitos de ninguna clase. No lo hará mientras viva. Esa decisión le hace sentirse bien, es una especie de penitencia. Luego friegan los platos juntos. De pie el uno al lado del otro. Charlo disfruta del silencio. Coge chocolate de la despensa, lo parte en trocitos y lo pone en un cuenco. Se sientan cada uno en una butaca y ven caer la nieve. Julie coge el periódico, empieza a ojearlo.

Charlo se percata de que habrá leído sobre el crimen de Hamsund. Habrá especulado al respecto. Una curiosidad repentina lo invade. ¿Qué cara pondrá si lo menciona? Como por casualidad, un comentario de pasada. ¿Has oído hablar de ese asesinato en Hamsund? Aprieta los dientes. ¡Debes callar!, oye en su interior. El homicidio es una presión que lleva dentro, esa presión sube por el pecho y llega hasta la boca donde está la lengua, dispuesta a pronunciar palabras. Julie sigue pasando las páginas. Charlo la mira, se parece mucho a Inga Lill, pero los rasgos son más suaves. A pesar de eso, es incisiva, como su madre, tiene la necesidad de llegar al fondo de las cosas. De repente levanta la vista hacia él.

—¿Has leído este artículo? —pregunta Julie, y le enseña el periódico—. El policía que está al frente del caso Hamsund no tiene ni un solo caso de asesinato sin resolver en toda su carrera. Y es mayor de cincuenta. ¿Y sabes cómo se llama? Sejer, como un triunfo.^[1] Tiene gracia, ¿verdad?

Charlo se queda blanco como el papel. No ha visto ese artículo, para nada, y no entiende cómo se le ha podido pasar.

—¿Y bien? —dice él con curiosidad.

Ella vuelve a observar el texto y él se alegra de que no pueda verle la cara, porque se le ha quedado rígida, como si fuera de cartón piedra.

—No —dice ella—, pues que tiene gracia. Si los que lo han hecho leen el periódico... imagínate qué pánico. Ni un caso sin resolver.

Charlo se desploma en su butaca, busca algo que decir, pero se le acumulan en la boca. De repente ella lo mira. Coge un trozo de chocolate y lo muerde con dientes afilados.

—Pareces cansado —le toma el pelo—. No estás acostumbrado a

trabajar duro, papá.

Charlo se pasa la mano por la cara, fatigado. Sí, está agotado. Tiene que estar alerta todo el rato, sopesar cada palabra. Se aferra a esas migajas de cariño, que se haya dado cuenta de que está cansado. Sí, está cansado, se siente mucho mayor de lo que es, algo así como andar sobre una capa de hielo muy fina, casi no se atreve a pisar, a hacer un movimiento brusco, a levantar la voz, por temor a que alguien se fije en él, que lo vea en mitad de la multitud. Ni un caso sin resolver. Resulta inquietante. Julie deja el periódico.

—Tengo que ir a casa a hacer los deberes —dice.

Él asiente, mira de reojo el periódico, quiere prepararse para coger el coche. Ella desaparece en el recibidor y vuelve con las botas de montar.

—Sueles tener mucho betún y cosas de esas en la cocina. Voy a dar un repaso a las botas antes de irnos, así ya está hecho. ¿Está en el arcón, como siempre?

Se da cuenta de que está asintiendo y la oye en la cocina, oye cómo levanta la tapa del arcón. Se levanta con dificultad del sillón, todo su cuerpo está viscoso por el pánico, porque acaba de recordar algo, pero no es capaz de meterle prisa al cuerpo. Por fin entra en la cocina. Julie lo mira extrañada.

—¿Tienes mi vieja bolsa para la ropa de gimnasia? ¿Qué guardas dentro?

Él no responde, intenta pensar con claridad, pero su cerebro está nublado. Abre la bolsa y mira en su interior.

—¿Joyas? —dice sorprendida.

Él asiente con vehemencia mientras sigue buscando respuestas, algún tipo de explicación, pero no emite palabra alguna, solo este

corazón que golpea, la sensación de irrealidad, como en una película. Julie las saca todas una a una, la pulsera, los broches y el collar de Harriet. Los deja sobre la mesa. Vuelve a mirarlo, insegura, como si de pronto intuyera algo que oscurece su rostro. Charlo tuerce la boca en una sonrisa forzada mientras el pánico le retumba por la cabeza.

—Sí, son herencia de la abuela —dice sintiendo cómo mueve pesadamente la cabeza arriba y abajo.

—Pero si la abuela no está muerta... —dice Julie.

Coge el broche de mayor tamaño, el camafeo. Le da vueltas a la luz.

—No, no. Pero me las dio. Me dio la plata vieja que vendí, como ya te conté. Y estas joyas.

—Pero nunca las había visto antes —dice ella dudando.

Charlo maldice la fisiología humana que tiñe sus mejillas de rojo.

—Son cosas que nunca se ha puesto —explica acelerado—, por eso nunca las habías visto. Por eso me las dio. Como adelanto de la herencia. No valen nada —añade deprisa.

—¿Por qué las tienes en el arcón? —pregunta ella—. ¿En mi bolsa de deporte?

Él mueve la cabeza desconcertado, no encuentra explicación alguna. Cree oír el sonido del hielo que se resquebraja, que lo ha pisoteado con fuerza. Siente que tiene que reparar el daño hecho, pero no sabe cómo.

—Ya sabes —dice probando a reírse de sí mismo con cierta ironía—, siempre he sido un desastre. —Tiene la sensación de que su risa retumba por la habitación.

Ella asiente y le da la razón. Pero algo le molesta, lo ve con toda claridad. No sabe cómo enfrentarlo, pero sabe que tiene que

adelantarse, hacer que lo olvide.

—Mira —dice tirándose de cabeza al arcón. Su mano emerge con una caja—. Esto les irá bien a tus botas, voy a buscar un trapo.

Julie se sienta en el suelo con sus botas. Sigue callada. Las joyas están encima de la mesa, a plena luz del día. Charlo no consigue reunir la fuerza necesaria para tocarlas. Quiere hablar hasta hacer desaparecer ese momento, mientras rebusca en el armario para dar con algo que pueda servir de trapo. Encuentra un calzoncillo viejo agujereado y lo corta en dos. Le da una de las dos piezas de algodón. Ella la coge con gesto inseguro.

—Hace mucho que no voy a la residencia —comenta—. Tengo un poco de mala conciencia. Tal vez debería ir a visitarla.

—No menciones lo de las joyas —dice él rápidamente—, solo la desconcertarás.

—¿Y eso?

Mete el trapo en la grasa para las botas.

—Ya sabes, olvida lo que ha dicho o ha hecho de un momento para el siguiente.

Ella sigue callada. Pule las botas hasta dejarlas brillantes. Tiene el ceño fruncido en un gesto preocupado. Charlo intenta bromear y reír sin mucho éxito. Pero ella le escucha y le sigue. Todo tiene que ir bien, no debe haber preocupaciones, ni sospechas ni traición.

Interpreta los deseos y las necesidades de Julie antes de que tenga tiempo de articularlos. Va siempre un segundo por delante, alerta, preparado. Ella monta y él ve el momento exacto en que empieza a tener demasiado calor, y corre a cogerle la chaqueta antes de que ella tenga ocasión de llamarlo. Nota que Crazy está cansado y desganado, va corriendo a darle una fusta y ella consigue que vuelva a responder.

Sabe cuándo tiene sed y le da algo de beber. Está sentado al fondo del pabellón con la manta amarilla sobre las piernas, como una vieja esposa fiel. Pero antes ha acabado con su tarea. Repara, atornilla y pinta, cambia ventanas rotas, mete el heno en la cuadra, se lleva la bosta de los caballos. Echa de comer, comprueba los bebederos y la luz, cambia bombillas, pone trampas para los ratones. Barre el pasillo de las caballerizas y quita la nieve delante del pabellón. Echa gravilla, un amplio sendero desde las caballerizas hacia abajo, para que los caballos no se escurran y se rompan las patas. Todos los días sin falta espera en el coche, delante del colegio, a las tres. Julie va, haga el tiempo que haga, Julie se pone a trabajar para conseguir que Crazy domine los ejercicios más complicados. Conseguir que el cuerpo enorme responda al menor de sus gestos. Charlo le pone los obstáculos, contiene la respiración cuando el caballo galopa hacia su objetivo, impulsa todo su cuerpo, quiere ayudarlos a pasar por encima. El aterrizaje es tremendo, Julie se aferra con las pantorrillas, una y otra vez pasa por encima. Disfruta de estos días, no mira atrás. Lo invade una profunda alegría por tener unos días de felicidad.

Es enero y hace frío. Julie monta enfundada en un mono, Crazy no llega a calentar el cuerpo voluminoso, está rígido y terco. Julie está cansada. Charlo intenta apaciguarla.

—Mételo en el box —dice—, hoy podemos conformarnos con limpiar y te tomas el día libre. No pasa nada porque te cojas un solo día.

Ella niega impetuosa con la cabeza.

—Ni hablar. Los caballos tienen que moverse —afirma decidida—, tienen que moverse a diario.

Él la alaba, la anima, la consuela si se queja. Paga por todos sus

pecados. Y ella se aferra a él como lo hacía de pequeña. Mi hija, piensa, la bella pelirroja, mi hija la veterinaria.

Es uno de esos días helados de enero cuando vuelve a sucederle algo extraño. Algo incomprensible que le asusta. Está ayudando a Julie a sacar la bosta del box. Empuña la horca, siente los músculos de los brazos. Ya que está, limpia también el box de al lado. Y el siguiente. Lo hace con tanta energía que el serrín vuela. La carretilla se llena y pesa como el plomo con tanto estiércol. Se seca el sudor de la frente, nota la camisa fría en la espalda. Se acerca y abre la trampa. Vuelve para coger la carretilla, ase las agarraderas y la desliza por el pasillo. En ese momento le falla una pierna y cae hacia delante con fuerza, la cara hundida en la bosta fría. La carretilla vuelca y el contenido se le desparrama por la cabeza. Desconcertado, mueve piernas y brazos, siente el olor penetrante de la porquería, se frota la cara confuso. Tiene excrementos por todas partes, en los ojos y en la boca, porquería por la espalda. Intenta desesperadamente incorporarse. Entonces oye la risa de Julie. Nunca ha oído una risa como esta, se desliza alegre y cantarina sobre su cabeza, piensa en lo cómico que debe de resultar, tumbado en el suelo con la carretilla encima. Julie se ríe, no puede parar. Él está mudo. Intenta levantarse, desesperado, intenta levantar la carretilla, Julie no puede ayudarlo, se aferra a la escoba mientras la risa retumba por el establo. Por fin se queda callada. Solo deja escapar unos débiles hipidos. Lo deja porque él no dice nada, se esfuerza por ponerse de pie. Se acerca, agarra la carretilla con las dos manos y consigue levantarla.

—Vamos, papá —dice ella.

Aún quedan trazas de risa en su voz, pero hay algo más, una leve preocupación. Porque él no se ríe.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta ella mientras se seca las lágrimas de la risa.

Charlo ha conseguido ponerse de pie, se mira, evita su mirada.

—No... —dice inseguro—. Me falló una pierna. Resulta raro.

Ella vuelve a soltar un hipido, se acerca a él, empieza a sacudirle la chaqueta, lo consuela, cariñosa.

—Tengo que usar la escoba —dice—. Lo tienes pegado a la ropa, debes ir a casa a ducharte. ¡Madre mía, papá, vaya pinta llevas! ¿Por qué te has tropezado? ¿El suelo estaba resbaladizo?

No dice nada. El olor de la porquería le asalta la nariz. Vuelve a tener la sensación de que se le nubla la vista, pero no lo menciona. Julie le pasa la escoba por la espalda con cuidado, se seca las últimas lágrimas de las mejillas.

—¿Cómo que te ha fallado? —pregunta, ahora con tono de preocupación.

—No... —dice él—, no estoy muy seguro. Supongo que estaba distraído, ya sabes que soy un desastre.

En su interior sabe que no es cierto. Vuelve a tener la misma sensación de debilidad en las articulaciones, parecen resistirse al principio y luego se queda sin fuerzas. La preocupación anida en su pecho, una inquietud creciente por si le pasa algo. Le resulta extraño, nunca está enfermo. No puede recordar haber estado enfermo ni una sola vez desde que era niño. La varicela y cosas así. Pero ahora no, de adulto no. Sale de las caballerizas, se quita la chaqueta a tirones y la sacude con toda la fuerza de la que es capaz, pero no sirve de nada. Mientras está allí fuera en el frío y la oscuridad, mientras observa su cuerpo, la angustia llega reptando. Algo está a punto de alcanzarlo. Un castigo, porque su pecado es muy grande. No

se libraría. Pasa frío bajo las estrellas. Esto era demasiado bonito para durar, piensa, esto que Julie y yo hemos descubierto. Por favor, Dios, ¡no me lo arrebatas! Luego sacude la cabeza desconcertado. Exhala y se tranquiliza. Vuelve a sentirse completamente normal, siente que nunca ha ocurrido. No, si él está hecho un roble. Es que la carretilla era muy pesada, puede que llevara un poco más de peso en el lado derecho, así no hay quien la dirija, seguro que fue eso. Puede que pisara una placa de hielo en el pasillo de la caballeriza, hace un frío que pela, las causas pueden ser muchas. Tiene que volver a entrar, pero no sabe qué decir. El incidente se ha hecho difícil de manejar. Julie está cepillando al caballo. Él mueve la cabeza desanimado.

—Me estoy haciendo viejo —dice acercándose al lavamanos.

Abre el grifo y se salpica la cara con agua helada.

Ella protesta y sigue cepillando. Las pasadas son largas y lentas, Crazy brilla rojizo a la luz, mastica la paja impertérrito.

—¿Te ha pasado más veces? —pregunta ella de pronto, y lo mira con insistencia.

No tiene ganas de contestar. Pero ahora están unidos, no van a tener secretos, solo los imprescindibles.

—Sí —reconoce él—. Un par de veces. Pero no le he dado importancia, será una mala costumbre, nada más, que no miro por dónde voy.

Ella deja el cepillo, coge la manta y la extiende por el lomo del caballo.

—Creo que deberías ir al médico —dice.

Medita su sugerencia. Él no va nunca al médico, nunca está enfermo. ¿Qué diría? A veces tropiezo y me caigo. Eso le pasa a todo el mundo. Pero luego está la vista nublada. ¿Estarán relacionadas las

dos cosas? ¿Pasarán otras cosas en su cuerpo sin que lo sepa? Vuelve a mirarse. Le resulta inconcebible que el cuerpo no le obedezca. La sensación le indigna, el despecho arde en sus mejillas.

—Sí —dice—, llamaré mañana. —Y asiente con la cabeza para resaltar que lo dice en serio.

Cierran la puerta del box y se dirigen a la salida, apagan la luz del techo. Julie abre la puerta y Charlo siente el aire helado abrirse paso por todas partes. Tiene la sensación de que le llega hasta el corazón. Son tantas las cosas que pueden pasarle al ser humano... En su interior anida la idea de que no quiere saber. Quiere vivir la vida ahora, no dejar que interfieran nimiedades. No por ello deja de llamar al médico al día siguiente y pedir cita.

El doctor Graff le toma la tensión y confirma que es excelente. Charlo está sentado en el extremo de la silla, sin más ropa que una camiseta de tirantes. Se siente horriblemente desnudo. Él, un hombre hecho y derecho, ha ido al médico solo porque se enreda con sus propios pies; es patético. El médico trabaja concentrado en el teclado, escribe todo en la historia. Si fuma y cuánto. Si duerme bien, si come bien. Si es alérgico a algo, si hay enfermedades hereditarias en la familia, cosas así. Charlo contesta con sinceridad, cumplidor.

—¿Así que no está seguro de si se tropezó con algo o si le falló la rodilla?

—Puede que hubiera algo de hielo —responde Charlo, porque eso es lo que espera que haya ocurrido—. Y también se me nubla la vista. Puede que necesite gafas, estoy en esa edad.

—Vamos a hacer unos análisis de sangre —dice el médico. Su voz suena neutra y tranquilizadora—. Para poder ir descartando cosas.

Charlo asiente y agarra la camisa. Se pregunta qué será lo que el

médico tiene en mente, qué quiere descartar, pero no se atreve a preguntar. Le ponen una hoja en la mano y le indican que espere frente al laboratorio. Al mismo tiempo le dan otra cita.

Una enfermera le saca sangre. Sigue el fino flujo rojo con la mirada, y se pregunta qué dirá la sangre. De qué tiene poco o demasiado. Quiere salir, ir a las caballerizas. Quiere fingir que esto no está pasando. Luego se ríe de sí mismo. El cuerpo no es un organismo perfecto, a veces falla, le pasa a todo el mundo. Cuando la enfermera termina, después de servirse codiciosa, se pone de pie. Se estira y se baja la manga, se yergue ancho de hombros, mete la tripa. Demuestra que tiene un físico excelente. A ella no parece interesarle gran cosa.

¿Estará contaminado por su delito? En la cabeza mantiene una especie de orden, intenta dejarlo atrás, pero ¿tal vez se filtra en su organismo y lo debilita? ¿Arrepentimiento, culpa y pánico convertidos en una sustancia paralizante que perfora articulaciones, músculos y nervios? Intenta reírse de esas elucubraciones. Si resulta que está aquejado de algo, eso habrá estado allí desde el principio, en los genes. Imagina que todo está codificado y el tiempo lo desencadena todo, todas las enfermedades, todas las catástrofes. ¿También el crimen estaba en los genes? ¿Nació predispuesto o solo fueron las circunstancias las que lo convirtieron en un asesino? Le fastidia no obtener respuesta. Necesita procesar su culpa, depositarla en el exterior. Ni en su madre ni en su padre, piensa, tampoco en Inga Lill o Julie. Ni en su carácter, porque él no es agresivo. Nunca se altera. O casi nunca. No se vuelve loco cuando bebe. En el colegio sacó unas notas aceptables e hizo las gamberradas propias de un chaval. Es un hombre honrado. No aparca en prohibido ni evita pagar impuestos. Informa a la oficina de la seguridad social cada vez que Møller le

paga. Se ocupa de Julie con indulgencia, paternal y sacrificado. Pero se le fue la pinza esa vez, en casa de Harriet Krohn. No debería haberla atacado, tendría que haber conservado la calma y dejado que cumpliera su misión en paz. Así habría salvado la vida, piensa, estaría allí, vestida con el feo traje verde, chupeteando un bombón.

Los días pasan despacio mientras espera los resultados del análisis de sangre.

Hace la cuenta atrás mirando el calendario, alterna entre la esperanza y la preocupación. Quiere que pase ese día, quiere seguir adelante, no debe haber ningún problema. Julie tiene que ser feliz, y él estará a su servicio mientras ella le necesite. Llega el día, húmedo y pesado; ha jugado con la idea de que si brillaba el sol sería buena señal. No hay sol, sino un fuerte viento que barre las calles y pone su escaso cabello de punta. Tiene hora a las tres, y Julie dice: entonces te acompaño. Puedo salir un poco antes del colegio y vamos juntos al médico. Charlo se emociona e intranquiliza a la vez, porque si le dan malas noticias, no va a ser capaz de ocultarlas. Ella debe escapar de la angustia. Pero si él está muy sano. No puede creer que le haya tocado. Luego recapacita. Claro que le puede pasar algo, le pasa a todo el mundo, solo es cuestión de tiempo. ¿Será ahora, piensa, habrá llegado mi hora? ¿No corta el aire más de lo normal, una corriente helada que avisa de un peligro?

Están juntos en la sala de espera. De pronto Julie le coge de la mano.

— ¿Estás nervioso? —le susurra.

Él ríe y dice que no. No, querida, solo se trata de un control rutinario. Estoy pasándome de dramático y me da un poco de vergüenza.

—Entonces ¿te encuentras perfectamente?

Él se mira, lleva botas de cordones marrones. Tiene los pies bien plantados en el suelo y los tiene cien por cien controlados.

—Sí —afirma con decisión—. Y he sido un pusilánime. Ir al médico solo porque me he tropezado con la carretilla... Me pregunto qué estará pensando, Julie. ¿Tú te has tropezado con la carretilla alguna vez?

Ella sonrío y asiente.

—Sí. O, mejor dicho, fue peor que eso. Tenía la carretilla hasta arriba y abrí la trampilla. La levanté para vaciar la bosta y se fue toda entera dentro, ahí se atascó. Esas carretillas pesan un huevo. La sacamos entre tres con mucho esfuerzo.

—Sí —dice Charlo—. Y no por eso fuiste al médico a hacerte unos análisis. No, debe de ser que me estoy haciendo viejo —concluye con una sonrisa quejumbrosa—. Viejo y aprensivo. Mira, es mi turno. Gracias por todo —dice riéndose, y se levanta de la silla.

El doctor Graff lo espera en la puerta, larguirucho, moreno y delgado. Le tiende una mano seca y blanca. Es la misma ceremonia de la otra vez. Se dan la mano y entran en la consulta. El médico cierra la puerta. Le indica una silla vacía, toma asiento detrás del escritorio. Charlo lo observa pero su cara no dice nada, es un máscara neutra y ecuánime. Primero entra en la base de datos y busca los de Charlo. Ahí, piensa, ahí están las respuestas. En cuestión de segundos caerá la sentencia. Leucemia, piensa. Diabetes.

—Bien —dice el médico por fin, y sostiene la mirada de Charlo—. ¿Qué tal ha estado desde la vez anterior?

—Me encuentro en perfecta forma —responde Charlo—. Así que si tengo algo, no puede ser grave. No, no he notado nada. He estado

bien de la vista. Y de las piernas —añade. Se queda callado, espera.

El médico mira los resultados de los análisis de sangre, se rasca un poco la barbilla.

—¿Los síntomas que me describió la última vez no se han repetido? ¿Es así?

Charlo asiente entusiasmado. Quiere reunirse con Julie, dejar todo esto atrás.

—Seguramente he tenido mala suerte —dice—. No sé manejar bien las piernas, soy torpe. Con eso de que es invierno, hay aguanieve en la calle. Mis botas son resbaladizas, voy a hacerme con otro calzado. Siento haber dado la lata, pero por unos instantes tuve miedo. Nunca se sabe, pero me encuentro bien.

El médico escucha y asiente.

—Bien, el caso es —dice leyendo de la pantalla— que le hicimos una serie de pruebas. Y no hemos encontrado valores alterados. Pero quedemos en esto: si le ocurre otra vez vuelva, porque en ese caso tendremos que mirarlo con más detalle. ¿Se siente en buena forma?

—Completamente —dice Charlo feliz.

—¿Y la vista? ¿Ha notado algo?

—Solo unas minucias, seguramente necesito gafas.

—Sí, podría ser buena idea consultar con un óptico. ¿Ha habido cataratas en su familia?

—Sí, las normales. Pero ¿no soy un poco joven para eso?

—Puede ser —dice el médico—. Pero tal y como están las cosas, ahora no veo motivos para poner en marcha un montón de pruebas. Démonos un margen. No dude en volver si se siente inseguro. En ese caso debe llamar.

Charlo salta de la silla y se pone la camisa. Nunca se ha sentido

mejor.

Las cosas van bien.

Pero es frágil. Camina sobre una delgada capa. Hace equilibrios durante el día, se mira por encima del hombro, da un respingo cuando suena el teléfono. Pero no viene nadie, nadie pregunta por él, no hay ningún coche desconocido aparcado en la calle.

Están en las postrimerías del invierno. Todo es más luminoso, más ligero, más templado. La nieve se funde en las cunetas y las laderas, charcos de hielo derretido brillan al sol, el agua murmura tenue y primaveral. Grandes formaciones de nubes algodonosas se agolpan en el cielo azul, un estruendo blanco y mudo. Julie y Crazy trabajan duro, con decisión. Han llegado a conocerse bien, el caballo no los ha sorprendido con ninguna mala costumbre. Pero no le gusta el viento. Con él los árboles y las matas se mueven escalofriantes, siniestros aullidos emergen tras las esquinas de las casas. Alguna que otra bolsa de plástico se cuele lanzada entre sus cascos, entonces da un tirón y se levanta sobre las patas traseras, agitando con rabia las patas delanteras. Julie se aferra a él. Se aferra a su cuello como una lapa. Por lo demás, es un gran gigante bondadoso de color cobrizo.

Charlo prepara la pista exterior. Conduce el tractor despacio, en círculos, y rastrilla la arena hasta dejarla bien igualada, como una alfombra. Se siente a gusto en el tractor, para él es casi como un juguete, no le parece que esté trabajando. Se siente en casa sobre la gran máquina verde. En el centro ecuestre de Møller siempre hay algo que hacer. Pinta las vallas de blanco, recoge basura para luego quemarla en el horno exterior. Pone cuerdas nuevas alrededor del potrero, quita las piedras más grandes y alguna que otra herradura herrumbrosa. Recoge las botellas de refresco que dejan las chicas,

dobla la ropa tirada en el pabellón y la mete en una caja en la sala de las monturas.

Julie monta al sol con una camiseta de manga corta nada más. El cabello húmedo bajo el casco, las mejillas sonrosadas. Charlo corre de un lado a otro, le da de beber, intenta hacer de entrenador. Está al fondo de la pista, apoyado en la valla. Brilla a plena luz, bañado por el sol y el agua que corre.

—Las riendas un poco más cortas —grita—, sé clara, ve siempre un poco por delante. No olvides la parte de atrás, tiene que utilizar las cuatro patas. Lleva la cabeza demasiado baja, intenta acercarla. Así. Va bien. ¿Quieres probar con un obstáculo?

Da unos pasos hacia el interior de la pista.

—¿Quieres probar con uno treinta?

Ella hace que el caballo dé una vuelta. El animal va bien recogido, las cuatro patas en armonía; parecen un gran organismo, coordinados como un animal mitológico.

—Sí. Qué narices, me voy a arriesgar.

Charlo se acerca al obstáculo que está en mitad de la pista. Sube la barra, da unos pasos atrás y siente una conmoción, está muy alto. Echa una mirada a Crazy, ve las patas largas, los músculos, la fuerza. Seguramente volará por encima. Pero solo si Julie está segura, decidida, solo si confía en ella. El equilibrio debe ser perfecto, el aterrizaje suave, después del salto debe virar a la derecha hasta el obstáculo siguiente, que solo tiene un metro, y eso no es nada para Crazy. ¿Serán capaces? ¿Es seguro? Quiere ir más lejos, y para eso tiene que ponerse a prueba. Tiene que exigirle a Crazy que haga todo lo que le pida, tiene que atreverse. Charlo vuelve, se retuerce para quitarse la chaqueta y la cuelga de la valla. Espera con los nervios a

flor de piel. No es capaz de tener la boca cerrada, empieza a gritar.

—No te tenses, lo notará al instante. Mira el obstáculo, ve con él, ¡pero no lo dejes ir!

Julie lo pone a galope corto. Gira y encuentra la senda, está recogida en la silla, observa intensamente el obstáculo. Charlo ve su mirada decidida. Va a pasar por encima del obstáculo con su cuerpo y el caballo, un equipo de seiscientos cincuenta kilos, y lo va a hacer con estilo y elegancia. Charlo contrae los músculos del estómago, se prepara, tiembla. Nunca ha saltado tanta altura. Pero Crazy sí, piensa, oye los cascos atronando el suelo, ve el polvo que se levanta en grandes cantidades alrededor de sus patas, la espuma amarillenta que rodea el belfo. Se aproxima y reduce los pasos, cuenta, mide la distancia y ahí cogen impulso. Cogen un impulso tremendo y Charlo jadea porque vuelan por encima en un salto enorme, el caballo dobla los cascos e impacta en la arena con las patas delanteras, Julie se inclina sobre el cuello del caballo. Ahí tocan el suelo. Lo dirige hacia la derecha, la curva resulta demasiado cerrada, se queda algo rezagada pero se recupera. Reduce al trote, encara el obstáculo con gesto casi indiferente. Charlo echa a correr. Los faldones de la camisa revoloteando a su alrededor.

—¡Perfecto! —grita acercándose a ella.

Julie respira profundamente, acaricia el cuello del caballo.

—Para nada —dice, pero su gesto es radiante—. Tuve un poco de miedo y él lo notó, pero hizo lo que le pedía.

—¡Maldita sea, Julie! —berrea él—. ¡Tenía que haberte visto mamá!
¡Un metro treinta!

Ella vuelve al paso. Tiene la cara rojo amapola de lo orgullosa que está.

—Voy a trabajar un poco de suelo para terminar —le dice coqueta por encima del hombro.

Charlo vuelve a la valla. Se reclina, cierra los ojos. Se queda así mucho rato. Nota el calor del sol en la nuca, el olor de la hierba y los animales, la brea que se ablanda con el calor. Nota el viento suave que le acaricia la cara. Está completamente inmóvil, su cuerpo seguro, sólido, en perfecto estado, no tiene duda. Sus pensamientos siguen senderos que conducen al pasado, salen corriendo sin esperarlo, como caballos por una cancela abierta, pero la cierra y mira hacia el futuro. A todo lo bueno que está por venir. Vuelve a abrir los ojos y observa a Julie, que está practicando piruetas. Le parece milagroso lo que es capaz de hacer con ese animal tan grande.

En medio de tanta luz acogedora aparece una sombra. La ve con el rabillo del ojo derecho, una sombra lenta y gris. No le interesa, mira al frente, ve al caballo pisando sobre un punto increíblemente estrecho. Cuesta imaginar que pueda recoger todos sus kilos en un espacio tan pequeño. La sombra se acerca, se impone a su campo de visión, mira de soslayo y ve que es un coche. Es un Volvo, de color gris. Le resulta familiar. Va muy despacio, baja por el camino con aire indeciso. Sigue al coche hasta que se detiene y en su interior no pasa nada, se limita a observar, no piensa en nada, solo quiere tener controlado lo que ocurre a su alrededor. No se baja nadie. Por eso se vuelve y mira de nuevo a Julie, ella retrocede y luego avanza otra vez, practica los cambios. Es como si el caballo se meciera a través de la pista, derecha, izquierda, derecha, izquierda, un grácil ballet. La puerta de un coche se cierra de golpe. Charlo tiene el instinto de girarse para ver quién se acerca, pero no lo hace, opta por dejar el resto del mundo fuera. Seguro que solo es un padre que viene a recoger a una de las chicas, o

no, no sabe quién es, se planta en el suelo con las piernas abiertas, disfruta de la visión de lo que está sucediendo en la pista. Pasado un rato, oye pisadas. La gravilla cruje un poco. Ya siente el primer pinchazo, la angustia de que algo va a ocurrir, algo que puede resultar peligroso para él. No es así, piensa entonces, no ocurriría de esta manera. Vendrán a casa, aparecerán de pronto en la escalera, probablemente serán dos, así lo ha imaginado. Lo ha soñado por las noches. Es un hombre, habrá venido a ver los caballos, nada más, mucha gente lo hace. Ahí está, una sombra a su derecha, sorprendentemente alto. No quiere volver la cabeza, apoya todo su peso sobre la valla y cruza los brazos. ¿Qué le importa a él si hay gente curiosa que se pasa por allí para mirar? Él está centrado en Julie, toda su atención es para ella. Ahí apoyado, intuye que el hombre lleva un perro, oye gañidos. Se siente aliviado. Un paseante con perro, hay muchos por las cuadras. Charlo mira de soslayo, ve al perro. Tiene un aspecto muy raro, un ser pequeño de color gris plomo lleno de arrugas y pliegues. Patas cortas, almohadillas gruesas. Los ojos hundidos, las orejas gruesas y pequeñas, tal vez sea un cachorro. Se ha sentado junto a su amo, mientras espera que le indiquen qué hacer. Aunque mira a Julie, nota que los ojos del hombre se han posado sobre él. Pero sigue mirando al frente, mientras cuenta las veces que respira, sin saber por qué, tres, cuatro, cinco, seis.

— ¿Charles Olav Torp?

La voz es muy grave. Asiente a modo de respuesta, por instinto. Hay muchísimo barro, vendrían bien unos días de viento, para que se seque, piensa, hay mucha gravilla en la entrada que ha ido echando durante el invierno, debería barrerla. Hay tanto trabajo pendiente que casi se ha hecho imprescindible para Møller, se ha esforzado para que

fuera así. No consigue controlar sus pensamientos, van en todas las direcciones. Ve que el hombre le tiende la mano, en verdad es muy alto, puede que casi dos metros, ancho de hombros y bien vestido con cazadora de cuero y pantalones negros.

—Sejer —dice—. De la policía.

Charlo tiene las costuras demasiado tensas. Ahora revientan puntada a puntada. No tiene que ocurrir así, entre la gente. No debe pasar ante los ojos de Julie. Mete las manos en los bolsillos. Nota que tiene la cara rígida.

—¿Sí? —dice afónico porque la voz ya le ha fallado y el paisaje que lo rodea se retira a toda prisa y parece lejano.

Retrocede bruscamente en el tiempo y todo lo que ha pasado en los últimos meses solo ha sido la intuición de un futuro que al fin no tendrá. Sejer se mantiene en silencio. Charlo hace un esfuerzo. Tiene que salir de esa parálisis y comportarse como una persona normal.

—¿Qué ocurre? —pregunta intentando sonreír. Tiene que sacar la lengua para humedecerse los labios.

Piensa que los manzanos de Møller necesitan una poda, las ramas apuntan en todas las direcciones, seguramente no se ha hecho en los últimos dos o tres años, y tampoco se han esforzado mucho en segar la hierba. En definitiva, hay muchas cosas de las que ocuparse; si quisiera, podría dar vueltas por esta propiedad todo el día. En su cabeza se ha iniciado un tictac, pequeñas y agudas puntadas.

—Le agradecería mucho que me acompañara a la comisaría para charlar con usted.

Charlo inspira. Su cabeza sube y baja indefensa sin que sea su intención. No se le ocurre negarse, tiene que parecer inocente. Tiene que colaborar, ser amable, cumplir con su deber como ciudadano.

—¿Por qué? —pregunta con voz débil. Maldice su propia voz aguda.

Sejer calla. Piensa.

—Estamos investigando un caso complicado —responde—, y una serie de circunstancias nos han conducido hasta usted. Solo tiene estatus de testigo, es pura rutina.

Esto último lo dice en un tono tranquilizador. Charlo se da cuenta de que tiene la boca abierta, pero no consigue cerrarla. No le llega aire suficiente, se nota los ojos secos, le parece que tiene las pestañas pegadas, le hace pestañear como un idiota. Asiente y escucha sus palabras, pone una mano sobre la valla. Necesita agarrarse a algo.

—Debo llevar a la niña a casa —explica, y señala la pista con un movimiento de cabeza—. Pero no tengo problema en pasarme, mañana, por ejemplo.

Intenta dar autoridad a sus palabras, ser servicial y a la vez mantener el control, decidir sobre sí mismo. Pero no decide sobre sí mismo, está completamente desmembrado, se deshace como el agua sucia bajo los pies.

El rostro de Sejer sigue inmóvil. Charlo ve el corte vertical de la mandíbula, la barbilla ancha y decidida. Ve el perfil de la nariz como un canto afilado. Los ojos son oscuros e inquisitivos.

—Serán un par de minutos —dice con tranquilidad—. Le traeré de vuelta, por supuesto.

Suena como una orden. La voz no deja lugar a protestas, protestar sería admitir; para ser capaz de afrontar esto tendrá que seguirlo y estar a su disposición. Charlo vuelve a asentir, se siente como una marioneta.

—Podríamos hacerlo en el coche, ¿no? —propone, y mueve la

cabeza en dirección al Volvo gris y su propio Honda abollado. Se arrepiente en el mismo instante.

Entonces Sejer sonríe paciente. Tiene los rasgos muy marcados, el cabello gris casi rapado. Es diez años mayor que Charlo. Su ropa, la cazadora de calidad y los pantalones negros con raya están fuera de lugar en ese entorno, donde todo el mundo se pasea en pantalones de montar y botas altas manchadas de barro.

—Lo siento, pero hay procedimientos que debemos seguir —dice, y lo mira.

Charlo cede al instante mientras maldice su falta de tranquilidad. Está preparado. Creía estar preparado. Echa un último vistazo a Julie, que no ve lo que está pasando.

—Bueno —dice Charlo intentando sonar generoso—, supongo que puedo disponer de un par de minutos.

Se encoge de hombros, indefenso, tiene un nudo cada vez mayor en la garganta. ¿No hay nadie que pueda salvarle?, ¿nadie que vea lo que está ocurriendo? Sejer empieza a caminar hacia el Volvo con pasos largos y firmes. Charlo lo sigue. Tiene que esforzarse para controlar las piernas, parecen descoyuntadas y extrañas. Los pies son una cosa que cuelga del final de las pantorrillas.

Todo lo que diga puede, y probablemente sea, utilizado contra mí, piensa. Cada movimiento involuntario de la cara, los temblores de la boca, los ojos inquietos, me dejarán en evidencia. Esa luz tan peculiar en la mirada que da testimonio de mi culpa infinita. No, por Dios, no ve la culpa, ahora solo importan las palabras, lo que diga de verdad. Diré no, no es correcto, no lo recuerdo, hace mucho, y los días se mezclan unos con otros idénticos como gotas de agua. Ocúpate de mantener el control. Ocúpate de recordar todo lo que digas, te pedirá

que repitas cosas, puede que sin fin. Ahora debes ser amable, estar tranquilo. No debes perder la serenidad.

En voz alta dice:

—Mancharé su despacho de bosta de caballo.

Se mira las botas y se encoge de hombros avergonzado. Sejer ha abierto la puerta. Charlo mira hacia el interior de la amplia habitación.

—Oh, en mi despacho ha habido de todo —dice Sejer con una repentina sonrisa cargada de encanto.

Hace que Charlo se relaje. Solo vamos a hablar un poco, piensa, saldré de esta, tengo que ser fuerte. Seguro, firme y decidido.

Entra y se queda de pie. El despacho es luminoso y amplio, lleno de pequeños objetos privados, fotos en las paredes, figuritas. Plantas verdes en las ventanas con aspecto de estar bien cuidadas. Un escritorio y una gran ventana con vistas al río. Un archivo verde y una nevera, puede que contenga bebidas frías. Un ordenador. Montones de papeles y libros en un estante.

—Siéntate, Torp —dice Sejer abriendo la mano.

Se acerca a la nevera y saca una botella de agua con gas Farris. Charlo lo observa con disimulo. Sejer se mueve con calma, no hay nada que indique que tiene prisa. Ahora es dueño del tiempo y el espacio. Charlo está alerta. Esto no es un interrogatorio, piensa, solo es una charla. El perro se ha tumbado junto a la pared, parece como si alguien hubiera tirado al suelo una cazadora de piel gris con botones negros. Sejer le da un vaso, quita el tapón de la botella y le sirve. Intenta sentarse erguido, se arma de valor, está profundamente concentrado. Nada debe alcanzarle, nada debe impactarle. ¿Qué pensará Julie? Debería haberla avisado. No, solo se pondría nerviosa, y debe proteger a Julie. Julie nunca será parte de esto, vivirá toda la

vida en la feliz ignorancia. Sejer ha ocupado su lugar. Se quita la cazadora de piel y la cuelga con cuidado del respaldo de la silla. Sobre la mesa hay un vade de plástico. Es un mapamundi, y Charlo busca instintivamente dónde está Noruega, que está coloreada de rosa. Quisiera estar muy lejos de allí. Por eso viaja descendiendo por Europa con la mirada y llega a Italia. De Italia se dirige al puerto costero del Pireo. Sigue hasta llegar a las islas griegas. Nadie habla. Tal vez debería charlar sin parar, como hace la gente inocente, sin pensar, de la mar y de los peces. Pero no es capaz de romper el silencio. Si empieza a hablar puede perder el control, las palabras saldrán por ellas mismas y puede acabar por caer en una trampa. Si es uno de esos que ponen trampas. Claro que lo es, su trabajo es precisamente ese, ha aprendido una serie de técnicas. Charlo espera mientras le zumba la cabeza. Sejer lo mira serio, ojea unos documentos. Ahora solo están ellos dos y los segundos que pasan. Charlo cruza la pierna, pero la vuelve a bajar. Se oye un leve zumbido en el silencio, que poco a poco va subiendo de intensidad, se pregunta si tal vez es el sonido de la sangre que chorrea por su cabeza.

—Tiene derecho a saber por qué está aquí, por supuesto — empieza Sejer. Le da vueltas a un bolígrafo—. Le agradezco mucho su disponibilidad.

Otra vez esa voz grave, un tono agradable a los oídos que quita hierro a sus palabras. Charlo duda. Tal vez debería haberse negado. Puede que sea eso, ¿habrá caído en la primera trampa? No, porque él es inocente, claro que quiere estar a su disposición. No sabe qué es lo más inteligente. ¿Debería estar indignado, un poco alterado porque hayan ido a buscarlo de esa manera, cuando en realidad estaba ocupado con otras cosas? Es un hombre que tiene un empleo,

obligaciones.

—Por supuesto —dice retorciéndose en la silla—. Me lo tiene que explicar. Ya sabe, tengo que recoger a la niña, no falta mucho para que acabe.

Sejer echa un vistazo a su reloj de pulsera.

—Lo entiendo. Por eso vamos a empezar. Primero, solo por una cuestión de procedimiento: ¿su nombre es Charles Olav Torp, nacido el 2 de abril de 1963?

—Sí.

—Dirección: calle Blom, 20.

—Así es.

Sejer consulta sus papeles.

—¿Y tiene una hija, Julie Torp, nacida el 27 de mayo de 1988?

Charlo se espanta. No le gusta que mencione a Julie, no va a verse mezclada en esto, cueste lo que cueste.

—Correcto —dice en voz alta. Sus ojos ya se mueven inquietos, busca un punto fijo y elige el perro pegado a la pared. Está dormido.

—Y ella vive en la residencia de la calle Oscar número dos. ¿Es alumna del instituto de enseñanza secundaria de Allsaker?

—Sí.

Sejer toma nota, levanta la vista.

—¿Lleva algún tipo de identificación? Tan solo es una cuestión formal.

Charlo duda, no lo entiende. A pesar de todo, busca la cartera y la pone encima de la mesa. La gastada cartera marrón, casi le da vergüenza que esté en tan mal estado. La cremallera rota, el cuero en malas condiciones. La pegatina de donante de sangre amarilleada por el tiempo, ya no dona sangre porque han dejado de pagar. Saca el

carnet de conducir y lo empuja hacia el otro lado de la mesa. Sejer lo mira con atención, luego mira la cartera. Charlo se siente incómodo. Su ropa lleva prendido el olor a establo y se extiende por la habitación. Le devuelve el carnet de conducir, se meta la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Vamos a retroceder al mes de noviembre.

Sejer deja el bolígrafo. Junta las manos sobre la mesa.

—Sé que no es fácil recordar qué se ha hecho y dónde se ha estado en todo momento. Sé que no es fácil recordar las horas. Olvidar es humano. Pero tengo motivos para creer que hay algunas cosas que recordará. Por eso está aquí. Creo que puede ayudarnos con relación a un caso complicado. ¿Lo entiende?

—Sí.

El comisario hace una pausa.

—Tenemos serias razones para creer que usted, precisamente el 7 de noviembre, estuvo involucrado en un accidente de tráfico, en concreto en Hamsund.

Charlo se muerde el labio como si intentara recordar. Cierra los ojos con fuerza y termina asintiendo despacio.

—Sí —dice reflexivo—. Tuve un incidente con el coche en algún momento del otoño pasado —continúa—, pero no recuerdo la fecha. Sí, fue en Hamsund. Sí, es correcto. Fue un asunto irritante.

Asiente de nuevo moviendo la cabeza. Mira a Sejer a los ojos, le cuesta algo de esfuerzo. Espera por Dios que sus pupilas tengan un aspecto normal.

—Esa colisión me interesa —dice Sejer—. Por eso quisiera que la repasáramos punto por punto.

Charlo mueve la cabeza sin entender.

—No hay mucho que decir al respecto.

Nota que le sudan las axilas.

—Fue un chaval que no respetó el ceda el paso. Conducía un Toyota pequeño. Yo circulaba por una vía en la que tenía preferencia —explica—. Me dio en la aleta delantera derecha.

Sejer se reclina. Estira su largo cuerpo, parece relajado y cómodo. Charlo no puede evitar preguntar:

—¿Cómo ha sabido que yo estaba involucrado?

Sejer sigue callado, se limita a mirarlo con ojos grises. Ignora la pregunta. Charlo empieza a tener la sensación de que ya ha perdido el control. Aquí dentro no tiene autoridad alguna, solo es un miserable infeliz, y el hombre del otro lado de la mesa es superior a él en todos los sentidos.

—Ese cruce —dice Sejer—, vamos a estudiarlo con detenimiento.

Se levanta y rebusca en una estantería con papeles; vuelve con un plano. Charlo ve que representa un cruce y que han hecho varias marcas de rotulador.

—¿Reconoce el cruce?

Le acerca el plano. Charlo mira las carreteras, las flechas y el cruce.

—Bueno, más o menos —responde. No quiere volver allí, algo protesta en su interior ante la idea.

—Ahí está la estación de ferrocarril —dice Sejer señalando—. ¿Puede enseñarme de dónde venía?

—Es difícil recordarlo después de tanto tiempo.

—Lo entiendo —asiente; es comprensivo y paciente—. Pero para nosotros es importante que lo intente.

Es como chocar contra una pared. Ya está atrapado aquí dentro. Está obligado a contestar. ¿Puede solicitar un abogado? No, eso es

ridículo, no está acusado de nada, tiene estatus de testigo.

—Pues da la impresión de que venía de este lado —dice, y lo señala.

No se atreve a mentir al respecto. La verdad, piensa, siempre que sea posible.

Sejer mira el plano.

—La calle Fredbo —dice con claridad, y levanta la vista—. ¿Venía de la calle Fredbo?

Charlo asiente. Lo invade el pánico, todo va tan deprisa que ya se ha situado a sí mismo junto a la casa de Harriet.

—Sí —afirma dócil. No sostiene la mirada de Sejer, pero observa el plano con fingido interés.

—¿Y el otro coche?

—Era un Toyota —dice Charlo—. Creo que un Yaris. Venía de aquí.

Señala. Ve que la calle se llama Holt. Sejer asiente satisfecho.

—¿Pudo suceder el 7 de noviembre?

Charlo se inclina sobre la mesa, intenta ir por delante. Vuelve a mirar al perro que descansa junto a la pared. No se mueve. De hecho parece un peluche que un niño haya dejado tirado.

—Pues pudo ser en noviembre —confirma—. Pero no lo recuerdo con tanta exactitud. Entonces estaba en el paro —añade; habla como un torrente, no lo puede evitar—. Y los días se confundían, no era capaz de diferenciar uno del siguiente, por eso me hago un lío con las fechas. Ahora me han dado algo de trabajo en el centro ecuestre —explica—, no es un puesto de jornada completa, pero ayuda. Poder ser útil, usar el cuerpo, esas cosas. Sí, he dado aviso a la oficina de la seguridad social, y me lo descuentan del subsidio según voy teniendo

ingresos. Soy un hombre honesto —termina, y mira al comisario con gesto obstinado.

Tras estas palabras Sejer enmudece. Charlo siente que tiene las mejillas congestionadas. Se controla, debe contestar a las preguntas, nada más, no largar de esa manera. Pero siente la presión en su interior, defenderse, que no quería, que no era su intención, es que se vio atrapado por la situación y el miedo. Por su propia necesidad desesperada.

—Pero ¿pudo ser el siete? —repite Sejer.

Charlo se encoge de hombros.

—Pudo ser, sí —dice, y se pone vehemente por primera vez—. Supongo que será el chaval del Toyota quien os ha conducido hasta mí. No sé si anotó mi matrícula u otras cosas, pero si él dice que fue el siete, ¡pues sería el siete!

Se arrepiente al instante de su exabrupto.

—Fue el siete —dice Sejer con voz queda.

Vuelve a anotar algo en la hoja. Luego entrelaza las manos sobre la mesa. Charlo se queda helado. No ve el momento de que esto termine. Es ahora cuando empieza, piensa. La pesadilla. Me han encontrado entre la multitud, es incapaz de entender cómo lo han conseguido.

—Sí, anotó parte de su matrícula. ¿Tiene idea de por qué?

Charlo enmudece. Vuelve a mirar al perro, le gusta descansar la vista sobre el animal dormido.

—No —dice, y se encoge de hombros.

Sejer se inclina sobre la mesa y, de repente, está muy cerca.

—¿Se lo tomó bastante mal, el choque?

Su voz denota cierta simpatía. Charlo se acaricia la barbilla.

—Sí, me lo tomé mal. Supongo que les han contado todo lo que

pasó. Perdí los nervios. Me pareció que conducía como un idiota y me alteré bastante, sí. Imagino que le habría pasado a cualquiera en esas circunstancias. Pero ¿qué es lo que ha dicho? ¿Se sintió amenazado? No lo amenacé en ningún momento, pero perdí los nervios por completo. Mi vida no era fácil entonces —reconoce con un toque de pena por sí mismo—, supongo que tuve poca paciencia. Es humano, no es ningún delito.

La palabra escapa de su boca. Se reclina, quiere reconducir la conversación, pero no se deja.

—Su vida no era fácil —dice Sejer—. ¿Podría decirme algo más al respecto?

—No veo qué tiene que ver mi vida con esto —replica al instante—. Dice que soy un testigo y luego insiste sobre el choque ese. ¿Qué es lo que quiere?

Sejer vuelve a coger el bolígrafo. Lo sostiene entre los dedos.

—Entiendo que no vea qué importancia pueda tener. Pero la tiene.

Charlo duda. No se atreve a discutir. Si lo hace, probablemente hable de más; lo mejor será colaborar. Concluye que lo mejor es decir la verdad.

—Creo que ya lo he dicho —insiste—. Estaba en el paro. No tenía adónde ir. Poco dinero. Cosas así. Es terrible estar en el paro, pierdes toda valía. El respeto por ti mismo, la dignidad, evitas a la gente, no soportas contestar preguntas. Los días se convierten en un infierno, no duermes por las noches y te quedas en la cama por las mañanas. Es una pesadez prepararte algo de comer. Tienes la sensación de haberte bajado en marcha, de que te quedas mirando a los que todavía siguen allí. Como un testigo que ve pasar la vida.

—¿Ahora está mejor? ¿Es así?

Charlo asiente en silencio. Aprieta los labios.

Sejer bebe de su vaso de agua con gas.

—Empecemos por el principio —dice—. Viene conduciendo desde la calle Fredbo. —Levanta la mirada hacia Charlo—. Se aproxima al cruce. El 7 de noviembre hace mal tiempo, todo estaba escurridizo. Había aguanieve.

—Así es.

—¿A qué hora de la noche ocurrió?

—No, pues serían como las diez. O puede que las diez y media, no estoy seguro.

—¿Vio venir al coche?

—Sí. Pero estaba absorto en mis propios pensamientos, estaba seguro de que vería la señal de ceda el paso, y frenó, claro, pero el coche siguió escurriéndose hacia delante sobre el maldito hielo. Toyota Yaris, ya sabe, con las ruedas sin clavos. No debería estar permitido llevar coches como ese en invierno. No deberían estar permitidos en ningún momento. Una lata de sardinas con ruedas.

—Entonces —continúa Sejer—. El impacto. ¿Qué hizo?

—Me quedé un rato sentado al volante. Desconcertado. Veía su coche de frente, era un chico, parecía asustado.

—Siga.

—Abrí la puerta y me bajé. Abrí su puerta de un tirón y empecé a gritar. Fue una chiquillada, pero no fui capaz de reprimirme.

—¿Cómo reaccionó el chico?

—Supongo que habrán hablado con él de eso —responde Charlo, y quiere echarse atrás. Quiere irse a casa. No sabe si lo está haciendo muy bien. Bueno, lo hace muy bien, cuenta la verdad, eso es fácil. De momento es fácil.

—Sí, pero necesito que me cuente cómo lo vivió usted, ¿entiende?

Charlo parece despertarse. Está metido de lleno, el agua helada le llega por la cintura.

—Pero ¿por qué insiste sobre esa colisión? —pregunta mirando a Sejer.

El comisario lo observa.

—No tenemos por qué explicar nuestros motivos para hacer las preguntas que hacemos —dice—. Lo que nos interesa es que se encontraba en Hamsund en un momento decisivo para el caso que estoy investigando.

—¿Y qué caso es ese? —pregunta Charlo conteniendo la respiración mientras espera la respuesta.

—Un caso de asesinato —dice Sejer tranquilo. Capta la mirada de Charlo.

—Así que creen que he podido ver algo. ¿Es así?

—Sí.

Charlo se pone firme. Mira a Sejer de frente.

—En ese caso, debo decepcionarle. No estuve muy observador esa noche, y no recuerdo ni vehículos ni personas. Solo recuerdo el golpe con ese chico joven. Luego me fui a casa. Sí, intenté alisar esa mierda con un martillo. La abolladura, quiero decir. Puse un poco de pintura nueva, esas cosas.

Sejer sostiene su mirada.

—Esto me lo va a tener que explicar, de verdad. El Toyota era el culpable. Podría haber llevado el coche a arreglar al taller a costa de él. Pero no quiso hacer un parte. ¿Por qué, Torp?

A Charlo le falta oxígeno, siente pellizcos en las mejillas.

—Ya he intentado explicar que me encontraba mal aquella noche

—replica, y oye en su voz que está empezando a sentirse irritado.

—Hablemos un poco de eso —dice Sejer—. Estaba desconcertado. ¿Por qué?

Charlo bebe agua con gas. Intenta ordenar las ideas.

—Tenía bastantes frentes abiertos —reconoce, porque ahora ve la situación con mucha claridad. Huyó del lugar de los hechos y tiene que explicarlo de una manera razonable y creíble—. Ya he mencionado que estaba desempleado. También tenía deudas que no podía pagar. Era adicto al juego y eso destruía toda mi existencia. Mi hija no me quería ver. Estaba arrinconado. Y esa colisión en el cruce fue la gota que colmó el vaso. Estallé, tal cual, y resulta que es bastante humano.

—Desde luego —dice Sejer—. De modo que tenía deudas, ¿no?

—Había pedido bastante dinero prestado a mis amigos y eso. Jugaba en Bjerke y en Øvrevoll. Y en las máquinas tragaperras. Siempre me han interesado los caballos. La deuda se fue incrementando hasta ser bastante importante. Me molestaba muchísimo. La gente me perseguía, nada era seguro.

—Bien. Dice que tenía deudas de juego. Pero ¿ya no las tiene? ¿Las saldó?

Charlo está desconcertado.

—Sí, gané un dinero —se le escapa.

—Vaya. ¿Tuvo suerte?

—La gente no se haría adicta al juego si nunca ganara —dice Charlo apresurado.

—Por supuesto que no —dice Sejer sonriente.

Se pone de pie y se acerca a la ventana. El perro arrugado se levanta y va tras él, se coloca a su lado. Se queda un rato así, mirando.

Para Charlo es un descanso. Se mueve un poco en la silla, mira el reloj con gesto nervioso, piensa en Julie. No entiende por qué Sejer está así, mirando por la ventana.

—Tengo una pequeña pregunta —dice—. ¿Qué tenía que hacer en la calle Fredbo?

Charlo mueve la cabeza con fuerza.

—No, no tenía nada en especial que hacer. Solo pasé por allí.

—¿De dónde venía?

Sejer se ha dado la vuelta, apoyado en la pared.

Charlo piensa bajo presión.

—Pues venía de Kongsberg.

—Vale. Venía de Kongsberg. ¿Y qué le llevó a Kongsberg?

Charlo está desconcertado. Se da cuenta de que no se ha preparado para esto, no ha dedicado tiempo a recrear aquella noche. Soy un maldito aficionado, piensa desesperado.

—Solo di vueltas con el coche —dice por fin—. Era una de esas noches en las que estaba fuera de mí. Conduje sin destino ni motivo. Estuve en varios sitios.

—¿A qué hora salió de la casa de la calle Blom?

—Bueno, serían las seis de la tarde. Pero, sinceramente...

—¿Y a qué hora regresó?

Charlo cae en la cuenta de que su vecino Erlandson lo vio por la ventana. Pueden haber hablado con él. Se siente inseguro. De todas formas dice la verdad:

—Serían las once o así.

—Entonces —dice Sejer, y se acerca a la mesa— ¿estuvo dando vueltas con el coche sin destino ni motivo desde las seis de la tarde hasta las once?

—Supongo que sí.

—Es mucho tiempo, mucha gasolina. ¿Se lo podía permitir?

—Sí.

Se hunde un poco en la silla. Se da cuenta de lo ridícula que resulta su explicación.

—Caminé un rato por la ciudad —añade.

—¿Con el tiempo tan desapacible que hacía?

Sejer sonríe. Su sonrisa es amplia y siempre llega por sorpresa.

—Era un mal día —afirma Charlo de una vez, es la maldita verdad. El peor día de su vida.

—¿Conoce la zona de Hamsund? —quiere saber Sejer.

—Para nada.

—Hay una iglesia muy hermosa. Debería ir a verla alguna vez si tiene oportunidad.

Charlo pestañea horrorizado.

—Sí, la he visto a lo lejos —dice—, he debido de pasar con el coche.

Entonces se acuerda de la mujer que se encontró. ¿Le han estado vigilando todo el tiempo, han seguido cada uno de sus movimientos? ¿El Volvo gris detrás de él por las calles sin que se haya dado cuenta? Enlaza las manos en el regazo. Vuelve a echar un vistazo a su reloj de pulsera. Sejer se cruza de brazos, parece incansable. Charlo se encierra en sí mismo. ¿Cómo ha manejado la situación? Lo ha hecho bastante bien, no ha confesado nada más allá de su propia miseria.

—Intentemos reconstruir aquella noche —dice Sejer, y apoya los codos en la mesa.

—No, no tiene sentido. Y tampoco lo recuerdo muy bien. Di vueltas con el coche, eso ya lo he explicado. Desde mi casa hasta el centro. Luego di unas cuantas vueltas mirando escaparates, todo lo

que no me podía permitir comprar —añade con amargura—. Entonces me mojé bastante por el aguanieve que caía. Me metí en el coche y fui hacia Kongsberg. Allí también pasé bastante tiempo dando vueltas. Mirando a la gente, cosas así.

Sejer asiente.

—Bien. Condujo desde la calle Blom hasta el centro. ¿Más o menos cuánto tiempo estuvo dando vueltas por la ciudad?

—Puede que una hora o dos.

—¿Puede ser un poco más preciso?

—Cerca de dos horas.

—Entonces hemos llegado a las ocho —afirma Sejer—. Luego condujo hasta Kongsberg. Eso le llevaría unos cuarenta y cinco minutos. ¿Tal vez una hora a causa del mal tiempo?

—Sí.

—Entonces son las nueve. ¿Cuánto tiempo estuvo dando vueltas por Kongsberg?

—No, pues una hora más o menos —dice Charlo calculando febrilmente de cabeza.

—Bien, entonces son las diez. Luego pone rumbo a casa y llega sobre las once. Bueno, está bien, entonces hemos aclarado eso. Pero pasó por Hamsund. ¿Y dedicó algo de tiempo a echar la bronca a ese chico?

—Sí.

—¿Y no hubo testigos del accidente?

—No —dice Charlo con sinceridad.

Sejer vuelve a hacer una pausa. Es larga. Charlo aprieta los labios, se prepara para un ataque, no es capaz de respirar bien. Esta calma, piensa, me ataca los nervios. Sejer es como un glaciar, tiene algo de

contundente y helado.

—En su recorrido por la calle Fredbo —dice de pronto—, ¿le llamó la atención algo en especial?

Charlo niega con la cabeza.

—¿Se encontró con otros coches?

—No que yo recuerde.

—¿Y alguien a pie?

—Creo que no.

—¿Vio, por ejemplo, algún coche aparcado junto a la acera?

—No. Es demasiado estrecho.

—¿Pasó por delante del viejo hotel?

—¿Un hotel? No lo sé.

—Fredly. Está clausurado. ¿No lo conoce?

—No conozco Hamsund. Eso ya lo he explicado.

Sejer aparta los documentos.

—Bien, lo vamos a dejar —dice—. Solo una cosa para terminar.

¿Lee los periódicos?

—Sí, claro.

—¿Qué periódicos?

—Bueno, puede variar un poco. *Dagbladet* y *VG*. A veces *Aftenposten*, a veces el periódico local.

—¿A diario?

—Sí.

—Pero ¿no ha visto nuestro aviso?

—¿Qué aviso? —dice Charlo, e intenta recordar desesperadamente.

—Salimos en todos los medios, también por radio y televisión, buscando a la persona que estuvo involucrada en la colisión de

Hamsund.

—¿Sí?

—¿No se puso en contacto con nosotros?

—Se me debió de pasar. Es imposible enterarse de todo.

Sejer asiente.

—¿Y qué pasa con el caso en sí? —pregunta—. ¿Leyó sobre él?

—¿El caso?

—El asesinato de Hamsund, el que investigo. El asesinato de Harriet Krohn.

—Sí, claro. He leído sobre él. Sí, fue muy feo.

Levanta los ojos y mira a Sejer, se esfuerza para seguir firme. Sejer se dirige al perro.

—Frank Robert. Ven. Vamos a llevar a este hombre de vuelta.

El perro Frank se acerca arrastrando las patas. Charlo se levanta desconcertado de la silla.

—Siento no haber resultado de más ayuda.

Sejer le dedica una mirada aguda.

—Puede que tenga una nueva oportunidad —dice—. Apenas acabamos de empezar.

Julie está sentada junto a la puerta del box masticando una zanahoria. Se levanta, se sacude el serrín del trasero, lo mira con ojos exigentes.

—Por todos los diablos, ¿dónde te habías metido?

Charlo se encoge de hombros con desánimo. Echa un vistazo al reloj.

—No —dice con gesto irritado—, ha sido una tontería. Ese tipo era de la policía. Tenía que ver con ese accidente de tráfico del que te hablé hace mucho, ese en el que me vi involucrado. En Hamsund.

Había algún lío con el seguro.

Julie lo mira interrogante.

—¿Lío con el seguro? —No lo entiende, no está satisfecha con la respuesta y sigue sin dejarlo escapar a su mirada.

Charlo suspira profundamente.

—Sí, es demasiado lioso para explicarlo. —Mueve los brazos molesto—. Pero ya se ha solucionado. Ya sabes, la burocracia —dice poniendo los ojos en blanco—. No hay límite para los problemas que están dispuestos a crearle a un pobre hombre. Pero parece que había algunas casillas sin rellenar, solo he tenido que contestar a unas preguntas, sobre cómo ocurrió.

—Pero ¿la policía? —repite interrogante—. ¿Ellos qué tienen que ver con el seguro?

—Parece que sí que tienen que ver. Yo no entiendo de esas cosas.

Julie le da la espalda, entra en el box de Crazy y le palmea en el cuello varias veces. Hay un rastro de duda en sus ojos. Charlo intenta eliminarlo.

—Oye, vamos a comprarnos una pizza —propone—. Se hará rápido en el microondas, ¿estás tan hambrienta como yo?

Ella asiente, cierra la puerta del box, agarra la mochila y baja por el pasillo con paso decidido. No sabe si creerle, no es capaz de interpretar su gesto, se ha cerrado, tiene sospechas. Él la sigue. La puerta se cierra pesada a sus espaldas, la madera lanza un largo gemido.

—Pero esa colisión ocurrió hace mucho —dice ella una vez se han montado en el coche—. ¿Por qué dan la lata con eso ahora?

Charlo gira para incorporarse a la autopista, fuerza el motor y cambia de marcha.

—La burocracia va despacio —explica—. Aunque ya sabes que a mí me da igual, me pagaron lo que me correspondía. Solo son formalidades, Dios sabe con qué estarán dando la lata. Pero no tiene sentido discutir con ellos, así que les di lo que querían.

Ella asiente. Vuelve a quedarse en silencio. Pregunta si quiere pizza con *pepperoni*. Ella dice que sí. Espera en el coche mientras él hace la compra. Está alterado. Da vueltas entre los estantes de la tienda y se siente irritable. Julie sospecha, siempre alerta, no confía en él, no del todo, no como él quisiera que lo hiciera. Porque ahora se puede confiar en él, vive una nueva vida. Si tan solo pudieran dejarlo en paz... Para qué hurgar en el pasado, no puede devolverle la vida a Harriet. Pone una pizza y dos Coca-Colas en la cinta, paga y sale. El coche tiene el motor encendido. Julie se ha echado el cabello rojo sobre el hombro, se lo trenza con dedos ágiles, lo sujeta con una goma.

—Podría comerme un caballo —dice Charlo.

Entonces ella lo mira fingiendo sentirse herida y los dos se echan a reír. Por fin ríen, y él se relaja y piensa: eso ha ido bien. Me manejé bien, no saben, fue solo un tiro a ciegas. Las cosas hay que demostrarlas más allá de cualquier duda razonable, y aquí hay muchas jodidas dudas. Pero están más callados de lo habitual mientras conduce. Tal vez esté cansada, piensa, es un trabajo duro entrenar un caballo, y además están los deberes. No, es otra cosa. Es un silencio opresor, se imagina que ella está imaginándose algo, pero no se atreve a preguntar. Tarde o temprano saldrá. Si tiene preguntas, él las contestará.

Luego comen en la cocina de Charlo. Julie está sentada en el arcón verde, masticando, Charlo levanta el vaso de Coca-Cola y quiere brindar.

—Por tu nueva marca —dice—, un metro treinta. Felicidades, Julie, eres una fiera.

Ella también levanta el vaso y se miran a los ojos mientras beben. Julie coge un trozo de pizza, muerde, mastica. Su mirada se vuelve distante. Charlo piensa: no hablamos con la facilidad de siempre. ¿Qué es lo que hay entre nosotros?, ¿por qué me siento tan tenso? Los ojos verdes de Julie parecen tan oscuros, tan angustiados. Es como si se guardara algo. Charlo deja el trozo de pizza en el plato, se inclina sobre la mesa, capta su mirada. El ataque es la mejor defensa, piensa.

—Y bien —dice sonriendo—. Estás muy pensativa hoy. Cuéntaselo todo a papá, anda.

Ella levanta la vista. Mueve la cabeza despacio.

—Estás muy callada —insiste él—. ¿Tienes muchas cosas en la cabeza?

Ella asiente, aparta el plato. Se apoya en la pared. Tiene los hombros huesudos, el cuello blanco muy delgado; él puede verle las venas, los delgados hilos verdes y azules.

—Cuéntaselo a papá, anda —repite.

Ella lo mira de soslayo, aprieta los labios.

—Estoy pensando en la abuela —dice por fin.

Baja la vista al decirlo y mueve la cabeza. El corazón de Charlo se salta un latido.

—¿En la abuela?

La mira sorprendido, intenta no perder el hilo. Se pasa la lengua alrededor de la boca, tiene los labios resecos.

—Ayer fui a ver a la abuela.

No deja de mirarlo de reojo, como si quisiera estudiar su reacción.

—Seguro que se alegró de verte —dice enseguida cogiendo otra

porción de pizza que en realidad no le apetece—. Quiero decir que, aunque pierde mucho la memoria, seguro que aprecia tener visita.

Julie apoya los codos encima de la mesa. Lo mira directamente a los ojos.

—La abuela solo está desconcertada a ratos —dice ahora—. Hay veces que está perfectamente y entonces se acuerda de todo.

—¿Ah, sí? —dice Charlo. Muerde la pizza, mastica con cuidado.

—Le pregunté por sus viejas joyas —dice Julie—. Pero nunca te ha dado unas joyas. Nunca ha tenido un camafeo. Tampoco plata antigua.

Charlo consigue sonreír. Mueve la cabeza con desánimo.

—Siento decirte esto, pero ha perdido la cabeza, Julie. —Se inclina sin saber de dónde saca las fuerzas—. Hay algo que te tiene preocupada. Di lo que sea.

De repente ella tiene un gesto atormentado.

—No, es que me pongo muy nerviosa. Encuentro joyas viejas en tu arcón y no sé de dónde han salido. Y hoy te ha ido a buscar la policía. No sé qué pensar.

Charlo la mira horrorizado.

—Pero, por favor —exclama—, no irás a decirme que estás preocupada por mí.

Ella no contesta. Se limita a observarlo.

—Ya te he explicado de qué se trataba, Julie. ¡Mírame! —Aparta el plato y hace acopio de todo su poder de convicción—. ¿Se puede saber qué es lo que te tiene preocupada?

Ella se retuerce un poco, está incómoda.

—Me da miedo que te hayas metido en algún lío.

Charlo despliega una gran sonrisa.

—Bueno. En ese caso, voy a tranquilizarte. Escúchame bien. Esto es importante y tienes que creerlo. Por primera vez en mi vida lo tengo todo controlado. Por primera vez en mucho tiempo estoy haciendo las cosas bien.

Agarra el vaso y bebe Coca-Cola a grandes tragos.

—He dejado atrás las malas costumbres. Trabajo duro para Møller, cuido de ti y me va bien. Lo último que desearía en el mundo sería que te preocuparas por mí. Porque estoy tan bien, con tantas ganas... Y los dioses saben que he desperdiciado la mitad de mi vida con miserias y malas amistades. He dejado eso atrás. Soy el hombre más honrado del mundo. No defraudo impuestos, no bebo, no pego. Pero entiendo que te cueste creerlo, porque estás acostumbrada a los malos tiempos. La costumbre adquirida te hace buscar el engaño. Pero ya no hay ningún engaño, lo he dejado. ¿Lo entiendes?

Ella levanta la cabeza y lo mira, sonrío avergonzada.

—Perdón —dice bajito—. Creo que todo esto es demasiado para mí. Que aparezcas de pronto con todos los problemas solucionados de un día para otro. Has pagado tus deudas y me has comprado un caballo. Casi es demasiado bueno para ser cierto.

Charlo sujeta el vaso con las dos manos y pone un gesto compasivo. Miente hasta desbordarse, las mentiras se filtran por su espalda como una sustancia espesa, y no le cuesta esfuerzo alguno. Da gracias a Dios por su capacidad de fingimiento, la gente está obligada a fingir, si no sería imposible sobrevivir, y él lo hace bien, no tiene más remedio. Ella vuelve a relajarse, suspira profundamente, mueve la cabeza rojiza.

—La abuela es muy vieja —dice él en voz baja—. Ha perdido la perspectiva por completo.

—Lo sé —dice Julie.

—Cree que todavía tengo veintidós años. Todavía cree que mamá está viva.

—Sí.

—La gente mayor tiene mucho miedo —le explica—. Y el miedo causa desconcierto.

—Pero de vez en cuando la cabeza le funciona a la perfección.

—Durante unos breves instantes. Pero no te dejes engañar. ¿Te reconoció nada más verte?

—No hasta que hablé.

—Bueno. Así es. No confunde las voces. ¿He conseguido tranquilizarte? Hija mía, contéstame.

Ella sonríe con valentía, parece avergonzada.

—Es solo porque tengo miedo —dice—. Tengo miedo de perder lo que por fin he conseguido.

Él la mira intensamente.

—¡Eso no pasará jamás!

Al decirlo, aprieta los puños en el regazo. Se siente como un toro que va lanzado hacia el precipicio. Va hacia delante, se niega a mirar hacia los lados, que dure lo que tenga que durar. Se quedan un rato largo dando vueltas cada uno a su vaso.

Ella se tranquiliza poco a poco con sus afirmaciones. Vuelve a apoyarse en él, confiada, y a concentrarse en el momento. En todo el trabajo que hay que hacer. Acepta el apoyo, la ayuda y el consuelo, empieza a creer que será duradero.

Porque el tiempo pasa y no ocurre nada. Charlo no vuelve a tener noticias de la policía. Pero mira constantemente por encima del hombro, revisa los periódicos para ver si se ha puesto algo en marcha.

La vida vuelve a calmarse poco a poco. Sabe lo que tiene que hacer cada hora, los días pasan deprisa. Se encuentra cada vez en mejor forma. Trajina, levanta y traslada, la sangre recorre su cuerpo, siempre tiene calor y fuerza. Come bien y duerme bien. No sueña por las noches o no es capaz de recordar los sueños, se despierta desconcertado por no dejar de tener un día más a su disposición. Tenerlo ante él para hacer lo que quiera, para seguir siendo un hombre libre. Se apaña más o menos bien con el dinero, no tiene hábitos caros, compra algo de comida y, de vez en cuando, un paquete de tabaco, ha dejado de beber. Así va a ser siempre, piensa, Julie y yo juntos. Trabajo duro y orden. Por fin se ha hecho la luz, por fin ha llegado su turno.

En marzo, Julie participa en la primera competición con Crazy. Sale en la categoría B Intermedia y queda segunda. Charlo está en la tribuna con lágrimas en los ojos. Está tan orgulloso que el pecho le quiere estallar. Monta con chaqueta negra y camisa blanca, con un pequeño sombrero de copa negro y guantes blancos. Ha trenzado la crin de Crazy y le ha echado un espray especial, ninguno de los otros caballos brilla como él. Es aquí adonde teníamos que llegar, piensa Charlo. Nos lo hemos ganado. Pero de vez en cuando se irrita porque su agudeza visual viene y va. Todo se nubla lentamente o puede que vea doble. Entonces tiene que pestañear unas cuantas veces y recupera la visión poco a poco. Bueno, piensa, puede que haya llegado el momento de ponerme gafas. Todo dios lleva gafas, hasta los niños pequeños, ¿por qué iba yo a ser la excepción? El tiempo exige lo que es suyo y poco a poco me voy debilitando. No le da miedo, solo le molesta un poco. Por fin se decide a pedir hora en una óptica. Se presenta a la hora acordada, se sienta en la silla y sigue las

instrucciones que recibe. La optometrista es una mujer joven, está sentada en una banqueta con ruedas y se acerca hasta casi tocar su regazo. Está abrumadoramente próxima, tanto que nota el olor de su piel. Lee la pizarra. Pero hoy su visión está bien, lo ve todo con claridad meridiana. Está molesto y aliviado a partes iguales.

—Viene y va —explica.

—Bueno —dice ella deslizándose hacia atrás—. Con frecuencia la vista puede variar de día en día, incluso de hora en hora. Es completamente normal. Pero tal y como está ahora no veo que necesite gafas.

La mira y coge carrerilla.

—Pero, por lo demás, ¿mis ojos tienen un aspecto normal?

Ella duda.

—¿Que si tienen un aspecto normal? Sí, yo diría que sí. ¿Está descontento con ellos?

Sus palabras le hacen sonreír, no lo entiende. Él le quita importancia con unas risas, mueve la cabeza. Se marcha y se siente aliviado. Seguramente serán los nervios, piensa, me ha dado por estar pendiente de mi cuerpo de una manera diferente.

Esa noche está sentado junto a la mesa de la cocina dando vueltas distraído a un molinillo de café. Está pendiente todo el tiempo del tráfico de la calle, por si viniera alguien. Un impulso le hace desenroscar la tapa del molinillo y dejar caer los granos por la mesa, secos y marrones como las cacas de un ratón, ruedan hacia todos los lados. Los reúne en un montón. Medita sobre su vida, sobre cómo ha actuado. Si estos granos de pimienta representaran sus actos, los malos y los buenos. Si tuviera una balanza sobre la mesa, ¿podría equilibrarla? Recuerda los años con Inga Lill, el tiempo en que tuvo

control. El tiempo en el que la pudo mantener, cuando todavía tenía trabajo. ¿Esos años no valen unos granos de pimienta? Cuenta diez granos, los coloca en un imaginario lado de la balanza, a la izquierda, representando las cosas buenas. Luego está el desfalco en el concesionario de coches. No fue una cantidad importante, pero lo obliga a poner diez granos a la derecha, por sus malas acciones. Hace una pausa y medita. La gran traición a Julie, haberse jugado todo su dinero, es insoportable, y seguramente pese diez granos. La báscula ya se inclina a un lado. Pero entonces recuerda que acaba de comprarle un caballo. Satisfecho, pone diez granos a la izquierda. Así está mejor. Aunque queda lo peor de todo. El asesinato, ¿cuánto pesa? ¿Treinta serán suficientes? ¿Cuarenta?

Empieza a contar granos. Quiere ser honesto en lo que se refiere a su propio delito. Por eso coge cuarenta granos y los pone a la derecha. Se queda un largo rato mirando fijamente los dos montones. ¿Existe alguna posibilidad de arreglarlo, de vivir con ello? Sí, el tiempo todo lo entierra. Le queda mucho por vivir. Puede que cuarenta años, tal vez más. Si se porta bien todos y cada uno de los días que le quedan, ¿no podría poner cuarenta granos a la derecha y pagar su deuda? Al instante empieza a contar granos otra vez. No se puede juzgar la vida de un hombre hasta que no la ha vivido hasta el final. Empuja los granos hacia la izquierda y se reclina satisfecho. El tiempo trabajará a su favor y sus pupilas están en perfecto estado.

Esa noche duerme bien. Acurrucado en la cama como un niño, con las manos bajo la mejilla. Cae en un duermevela ligero e inestable y sueña con Julie y Crazy. Montan por la orilla de una playa, el agua se arremolina entre las patas del caballo, su cuerpo enorme brilla al sol, el hermoso cabello de Julie es como un estandarte rojo al viento. Son

rápidos, elegantes e invencibles, van camino de una aventura. Se despierta y tiene la cabeza completamente despejada. Se queda un rato mirando al techo, vuelve a seguir el camino del cable con los ojos, desde el globo de la lámpara bajando hasta el enchufe de la pared. Echa el edredón a un lado, pone los pies en el suelo, se levanta. Lo que sucede le pilla por sorpresa. Las dos piernas ceden bajo su peso y cae hacia delante con todos sus kilos, se golpea la cabeza contra la mesilla de noche con una fuerza tremenda y se queda tirado. Siente una punzada dolorosa y, un segundo después, el suelo frío contra la mejilla. Se queda un rato dando manotazos como un ciego mientras le estallan las sienas. No puede creer que esté pasando, si esto ya lo ha dejado atrás, no le pasa nada, se lo ha dicho el médico, lo ha dicho la sangre. La sangre está limpia como el agua de un manantial, los valores son totalmente normales. Se esfuerza por levantarse, pero las piernas no lo sostienen. Esto es más de lo que puede soportar. Una ira enorme crece en su interior y se incorpora torpemente con una mezcla de enfado y llanto, vuelve a sentarse en la cama, clava el puño en el colchón, maldice en voz baja, con insistencia. Se mira las rodillas aplastadas. ¿Qué coño pasa con ellas?, piensa. Se queda así sentado mucho rato. Dobla las piernas, encoge los dedos de los pies. Los dedos también, funcionan bien, están muy sensibles, nunca antes había tenido tanta sensibilidad. Vuelve a tener la vista nublada, solo ve los contornos desdibujados de los muebles y los objetos del dormitorio. Pestañea una y otra vez, no sirve de nada. Se queda así, colgado, sin saber qué hacer. Angustiado, con los pies plantados sobre el suelo frío. ¡Ayúdame, Julie, me estoy marchitando! Pero ella no está allí, es un hombre solitario al borde de la cama, y está indefenso. Por fin consigue levantarse, las piernas a duras penas lo sujetan; cruza el

cuarto titubeante, ya no se fía de su cuerpo. Son las siete y media de la mañana, nadie descolgará el teléfono en el ambulatorio si llama ahora, tiene que esperar. Busca un viejo albornoz. Se sienta junto a la ventana y escucha el tictac del reloj de pared. Pasa un Opel y poco después un BMW. No deja de frotarse las manos en los muslos, quiere devolverles la fuerza, convertirlas en sus piernas, las que siempre ha tenido, las que funcionan como deben. La angustia se pasea por su espalda, se muerde el labio con fuerza, la boca le sabe a sangre. Tengo que llamar al médico, piensa, necesito que me ayuden con esto. ¿Qué es lo que arde sin llama en su cuerpo? Dobla los dedos otra vez, la motricidad fina está perfecta y casi vuelve a ver con normalidad. ¿Podría ser que es descuidado, que no se concentra? ¿Se levantó demasiado deprisa, estaba mareado? No es el caso porque pierde todas las fuerzas, ocurre de pronto, como un ataque por la espalda. Se deja caer de bruces sobre la mesa. Piensa por un momento en un virus. Puede ser, ha oído hablar mucho de eso, historias de personas que se despiertan inválidas y a la semana siguiente ya pueden andar de nuevo. Probablemente no sea nada malo y el médico lo aclare. Un virus. Algo microscópico que lo deja fuera de juego, seguro que no es peligroso. A las ocho llama al centro de salud, pero no contestan. Eso quiere decir que no abren hasta las nueve. Esa hora se le va a hacer larga. Da vueltas para ocupar el tiempo, come una rebanada de pan, la come despacio, acompañada de café. La calle atrae constantemente su mirada en busca de coches desconocidos. A las nueve y cinco llama al ambulatorio por segunda vez. Explica de manera breve y concisa lo ocurrido. Se hace un silencio, como si estuvieran leyendo algo. Espera. Vuelve. Le dicen que vaya enseguida.

Sentado en la sala de espera, se extraña de que lo dejaran ir al

momento. Como si de verdad estuviera metido en un lío y no hubiera un segundo que perder. ¿Qué es lo que han apuntado en sus papeles que los hace tan accesibles? ¿Qué han pensado? Él piensa en cáncer de huesos. Piensa en que algo ha atacado sus articulaciones, tal vez una infección, un tumor. Mira al resto de los que esperan, pero no puede sostener sus miradas, siente una profunda inquietud. Agarra una revista, pero no es capaz de concentrarse en la familia real. El médico aparece en la puerta, dice el nombre de Charlo. Pasa por delante de toda la cola. Observa intensamente la cara del médico, pero es tan inexpresiva como siempre, la misma sonrisa, tranquila, la voz agradable. Charlo se sienta en una silla, en el extremo.

—Bien —dice el médico con aire serio—. ¿Los síntomas han vuelto?

—Sí —responde Charlo. Mira la pantalla del ordenador, pero no puede leer lo que pone—. Esta mañana me he levantado de la cama y me he desplomado. Para ser sincero, esto ha empezado a ponerme de muy mal humor.

Se siente amargado, perseguido. Pero el enemigo es invisible, es como boxear contra el aire y se siente un poco agotado.

El médico lee en la pantalla y asiente.

—He llegado a la conclusión de que debería ingresarle para hacerle un estudio.

Charlo se queda con la boca abierta.

—¿Ingresarme?

—En la sección de neurología del Hospital Central —prosigue el médico con voz firme—. Solo serán unos días. No todas las enfermedades se pueden diagnosticar con análisis de sangre, así que tendrá que pasar unas cuantas pruebas. Lo principal es que podremos

descartar cosas.

—Pero... ¿en el ho-hospital? —tartamudea Charlo.

Vuelve a sentirse muy intranquilo, tiene mil preguntas que hacer. Nunca ha estado ingresado en un hospital, nunca le ha pasado nada, nunca se ha lesionado.

—Necesitamos un abanico más amplio de expertos —explica el médico—. Y no debe preocuparse sin motivo.

—Pero tengo una hija —dice Charlo angustiado—, y debo recogerla en el colegio. Va a hípica, tenemos un caballo —explica con entusiasmo—, necesita cuidados a diario. Y yo trabajo allí haciendo un poco de todo. Hago falta cada día.

El médico asiente sereno.

—Por supuesto, le daré un parte de baja. Como le he dicho, serán un par de días. Creo que deberíamos averiguar qué pasa, ¿no está de acuerdo?

Charlo asiente desconsolado.

—Sí, claro. Pero ¿qué más me puede decir?, ¿sospecha algo? Quiero decir que si lo reconoce.

El médico calla unos segundos. Aparta la vista de la pantalla y lo mira.

—No estaría bien por mi parte especular —dice—. Se lo dejo a los especialistas. Estará en las mejores manos.

—Pero ¿neurología? —deja escapar Charlo—. ¿Por qué precisamente allí?

—No es seguro que sea algo neurológico —dice enseguida—. Pero por algún lado tenemos que empezar. Intente tomárselo con calma. Seguro que todo se arreglará.

Charlo espera mientras el médico escribe un volante para el

especialista. Se queda mirándose las manos y, de vez en cuando, deja que su mirada vuele por la consulta. Ve una lámina que representa el cuerpo humano, que recoge todas las articulaciones, los músculos y los tendones. Menuda maquinaria, piensa, es un milagro que funcione tan bien como lo hace, año tras año. No es de extrañar que de vez en cuando haya alguna obstrucción del sistema. No tiene por qué ser grave. Pero la idea de ingresar en un hospital se le hace imposible. Se siente pequeño. Piensa en Inga Lill, en todo lo que tuvo que pasar. El médico acaba. Pregunta si Charlo tiene dolores, si necesita algo. Él niega con la cabeza. Se dan la mano. El médico le desea suerte. Charlo sale a rastras de la consulta, se detiene en la calle para respirar el aire fresco. Todo le parece irreal. Camina y se siente sanísimo. Todos los músculos hacen su trabajo, el esqueleto está a la altura. A las tres recoge a Julie en la puerta del colegio.

Se percibe angustia en sus ojos.

—¿Neurológico?

A ella también le asusta esa palabra. «Medicina interna» habría sido mejor, piensa Charlo, menos alarmante.

—¿Puedes ir a las cuadras en autobús? —pregunta—. Solo serán un par de días, te prometo que luego volveré a ocupar mi lugar.

Ella asiente, lo mira seria.

—No debes preocuparte por mí —dice tranquila—, sabré llegar.

Él conduce, los pensamientos zumban en su cabeza. Precisamente ahora, piensa, cuando todo estaba tan bien. Ahora que había orden, alegría y trabajo, llega esta sombra amenazadora y lo oscurece todo. Intenta quitarse la idea de encima, las manos agarran el volante con fuerza, vuelve a tener la sensación de estar en perfecto estado de salud.

—Tu ausencia se va a notar —dice Julie—, aunque solo se trate de un par de días. Møller está muy mal acostumbrado, si es que se lo haces todo. Habla muy bien de ti, ¿lo sabes?

Charlo asiente satisfecho.

—¿Sabes qué? —dice—, me encanta esa sensación de ser imprescindible. Se me había olvidado el gusto que daba.

Y no dicen nada más. El paisaje se desliza por delante de la ventanilla; Charlo ve que los manzanos florecen en rosa y blanco, que la hierba está de un verde rabioso entre manchas de nieve húmeda. ¿Puede ser que vayan a arrebatarse todo esto? No suele pensar en la muerte. Ahora percibe que todo se ve con mucha claridad, el sol muy alto, el cielo de un azul intenso. El ronroneo del motor, la respiración de Julie. Se siente completamente vivo. Sí, me va a ser arrebatado, piensa de pronto, porque todos los seres humanos mueren. Pero no va a ocurrir ahora. Me merezco unos años buenos junto a Julie. La mira de soslayo. Somos nosotros contra el mundo, piensa, somos fuertes. Saldremos adelante.

Una semana después está delante del hospital con una pequeña bolsa de viaje en la mano. Dentro lleva un pijama, un cepillo de dientes y unas zapatillas. Una bolsa de aseo, algo de ropa interior y un libro. Tiene un poco de frío. Está desconcertado, como si se encontrara en la frontera de un país remoto, un país del que desconoce las costumbres y el idioma. Ve la silueta de una silla de ruedas al otro lado de la puerta. La gente hormiguea dentro y fuera del edificio. Entra por la amplia puerta, pregunta hasta llegar a la sección de neurología. Le repele incluso decir la palabra en alto. Está llena de misterios y horror. La mujer del mostrador le da indicaciones y se dirige al ascensor. ¿Tendrá que soportar dolores o humillaciones? La

falta de experiencia hace que se sienta incómodo. Por fin la encuentra y se sienta en una silla cómoda. Primero tiene que responder a una serie interminable de preguntas. Se las hace una enfermera talluda. No, nunca ha estado ingresado en un hospital. No, no tiene alergia a nada y no toma ninguna medicación. No tiene noticia de que haya enfermedades hereditarias en su familia. La enfermera se toma su tiempo, quiere saber una barbaridad de cosas. Contesta lo mejor que puede, piensa las respuestas, dice la verdad. Le indica cuál es su cama. Es una habitación para dos. Las dos camas están vacías. Deja la bolsa de viaje y se acerca a la ventana, está en la planta once y puede ver toda la ciudad. Se da la vuelta y mira otra vez la cama. ¿Pretenden que se acueste? Si acaba de levantarse. Se sienta en una silla junto a la ventana y se queda allí contemplando las vistas, son grandiosas. De vez en cuando echa un vistazo a la habitación, es grande, tiene muchos aparatos encima de las camas, cosas de las que no entiende. Al final acaba acercándose a la cama, se quita la ropa, se pone el pijama. Se mete debajo del edredón pulcramente doblado. Se le hace raro estar allí tumbado, si no está enfermo, ahora no hay nada que le moleste. Solo los pensamientos. Los deja volar, no tiene fuerzas para resistirse. Una hora más tarde viene a buscarle una enfermera. La sigue, medio vestido. Hace mucho que no le enseña su cuerpo a nadie y ya no es un hombre joven. Le invade un profundo pudor. Siente que todo en él es desalentador, la cabeza sin pelo, la barriga colgando. La enfermera es joven y hermosa. No hay nada que decir de su manera de actuar, es amable. Pero nota muy bien que solo es uno más entre muchos. No siente interés alguno por él o por su destino, no de verdad, cumple con sus obligaciones, es segura, de confianza, amable. Termina por encerrarse en sí mismo, solo quiere que el tiempo pase,

para poder darlo por superado y volver a casa con Julie. Su vida frágil y libre. No explican nada mientras trabajan, solo dicen: así, con esto terminamos, ha acabado, Torp. Puede volver a la habitación. Y vuelve a la habitación, vuelve a tumbarse en la cama. Ve que hay un hombre mayor durmiendo en la cama de al lado. Coge el libro y empieza a leer, nota que tiene hambre. Ahora estarán en la consulta viendo los resultados, piensa. Arrugan las cejas y mueven la cabeza arriba y abajo y están de acuerdo. No sabe en qué se han puesto de acuerdo. No es capaz de concentrarse en el libro, por eso lo aparta. Se queda tumbado mirando por la ventana, observando las formas de las nubes.

Le dedican tres días. Lo llevan de consulta en consulta, se tumba en la camilla para ellos. Cierra los ojos y contiene la respiración. Sigue las instrucciones, colabora. Contesta honradamente a todo. Se entrega a ellos, es como caer, no sabe lo que vendrá después. Qué clase de desgracia le espera. La sensación de desamparo es abrumadora. Hablan entre ellos y no entiende las palabras. Todas las máquinas le dan mucho miedo, pero nada duele. No hasta que le hacen una punción lumbar. Por puro terror se concentra con fuerza en hacer lo que le piden. Respira despacio, inhala y exhala; enseguida habrá acabado, todo va bien, Torp.

Ya ha pasado todo. Espera tumbado en la cama, se siente expuesto. Más tarde recordaré este instante. El médico aparece en la puerta, seguido de una enfermera. Lleva un montón de papeles. Charlo se sienta en la cama, en su cabeza hay un leve estruendo. Por fin se va a ir a casa. Le han revisado el cuerpo de todas las maneras posibles. Julie lo espera, van a salir a comer. Todo va a ser como antes. Tiene esa esperanza, el sudor baja por su espalda.

—Torp — dice el médico—. Hablemos un poco.

Se acerca a la cama y aparta una silla. Charlo no sabe si es buena señal que se acomode así. Puede que solo esté aprovechando ese rato para descansar las piernas, tal vez lo que tiene que decirle lleve mucho tiempo. O se sienta para recalcar que lo que dice es serio, porque la seriedad se ha instalado en la habitación. Charlo mira un momento el montón de papeles, ese es su futuro, es la sentencia. La enfermera se queda al pie de la cama. Charlo levanta la cabecera y recoloca la almohada. El corazón late con fuerza bajo el pijama.

—Hemos hecho una serie de pruebas y, basándonos en ellas, podemos afirmar algunas cosas sobre lo que le pasa.

—¿Sí?

Asiente serio, entrelaza las manos, sentado en la cama como un viejo.

—Algunas enfermedades se diagnostican sobre todo por los síntomas. En otras palabras, no siempre encontramos alteraciones físicas.

Charlo asiente. Vuelve a oír el estruendo, ahora con más fuerza.

—En su caso, hemos encontrado pocas alteraciones, pero junto con otras observaciones y su propia experiencia de los síntomas, estamos bastante seguros de saber de qué se trata. Quiero decir que se dan los criterios necesarios para hacer un diagnóstico seguro.

Charlo está tan nervioso que tiene la boca abierta. Ve que el médico coge carrerilla, se le contrae un músculo junto a la boca.

—Deje que lo diga así. Tiene una enfermedad del sistema nervioso central. Es crónica. Intentaré explicárselo de manera que lo comprenda porque se trata de temas complicados.

Charlo asiente y espera.

—Hablamos de la vaina tendinosa que rodea los nervios. Ya sabe,

los nervios están envueltos en algo que puede compararse con una especie de material aislante. O un forro, si lo prefiere. Y ese forro a veces puede verse atacado por algo que llamamos una esclerosis. Con el tiempo, la esclerosis destruirá ese forro y aparecerán pequeños agujeros en el tejido. Poco a poco ese tejido se endurecerá, como si tuviera cicatrices. Esto podemos verlo con rayos X. En su caso, las vainas tendinosas están algo deshilachadas. Eso a su vez hace que los impulsos se retrasen. Los impulsos que hacen que los brazos y las piernas se muevan de la manera y con la velocidad a la que está acostumbrado.

— ¿Sí?

Charlo absorbe la información, intenta seguirla, pero se siente mustio. No ve con claridad. Está mareado.

— También encontramos indicios en el líquido espinal que refuerzan esta teoría. Además, ha explicado que ha sufrido varios ataques clínicos, y la localización de estos apoya la teoría. De niño se acatarraba con frecuencia. Y también ha tenido algunos problemas con la vista, ¿es correcto?

— Sí.

Tiene que esforzarse para formar esa pequeña palabra. Se siente petrificado dentro de la cama.

— En las pruebas neurológicas hemos detectado una reducción de la sensibilidad en varias partes del cuerpo. De momento en un grado menor, pero de nuevo coincide con nuestro diagnóstico de la enfermedad. También hay indicios de ralentización. Por desgracia, no podemos hacer nada por el tejido que ya está afectado. No puede restituirse. Pero podemos acortar esos ataques con ayuda de medicamentos. Si llegamos a ese punto. Depende de la evolución.

—¿Evolución?

Charlo tiene la boca seca. No entiende de qué está hablando el médico, ni adónde quiere ir a parar.

—Esta enfermedad tiene un comportamiento muy variable. Nadie puede vaticinar con qué fuerza le atacará. Algunos no resultan demasiado afectados. De hecho solo un tercio o, digamos, una cuarta parte tienen problemas graves. El pronóstico no tiene por qué ser tan malo. Solo podemos tener la esperanza de que le afecte en un grado insignificante, y a veces es así.

—Pero ¿qué pasará si empeoro? ¿Me voy a caer a todas horas?

—Como ya he dicho, no quiero hacer pronósticos —dice el médico—. Necesitamos tiempo, tenemos que ver cómo evoluciona.

—Pero ¿puedo quedarme inválido? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Eso sería solo en el peor de los casos posibles, no es seguro que le ocurra a usted.

—Pero... ¿puede ocurrir?

—En el peor de los casos, sí. Pero hay bastantes probabilidades de que se libre.

Charlo se pasa las manos por la cabeza sin pelo.

—Bueno, ¿y esto tiene un nombre? ¿De qué clase de enfermedad estamos hablando?

El médico baja la vista y mira sus papeles.

—La enfermedad toma su nombre de lo que le está pasando a usted. Se forma una esclerosis en el tejido que rodea los nervios.

—¿Sí?

El médico lo mira serio.

—Esclerosis múltiple.

Charlo se deja caer sobre la almohada. Los ojos vagan por la habitación, tiene la sensación de que se mueve. No, piensa, se equivocan. Pero si la gente con esclerosis múltiple se queda inválida, acaban en una silla de ruedas... Ni siquiera viven mucho. Tengo que irme a casa, piensa, Julie y yo vamos a salir a comer, no puedo estar aquí tumbado escuchando estas tonterías.

—Tal vez quiera llamar a alguien —dice el médico en voz baja. Señala el teléfono con un movimiento de cabeza. Da la impresión de que quiere salir de la habitación. No tiene nada más que decir.

—¿Esclerosis múltiple? —susurra Charlo—. ¿Están completamente seguros?

El médico mira un instante a la enfermera.

—Sí, estamos razonablemente seguros. Los síntomas que tiene son típicos de esta enfermedad. Intente mantener la calma. Puede que le queden muchos años buenos, eso no lo sabemos todavía.

Sí, eso es lo que siempre ha creído. Muchos años buenos con Julie y Crazy. Tiene la boca tan seca... Quiere levantarse de la cama. Quiere estar de pie y demostrarse a sí mismo y a esos dos que van vestidos de blanco que está sano. De momento está sano, las piernas lo aguantan. Sus dedos empiezan a temblar sin control. Desesperado, los junta bajo el edredón.

—Tal y como están las cosas ahora, puede irse a casa sin más. Y debe mantenerse en contacto con su médico de cabecera. Él le explicará con más detenimiento lo relativo a los medicamentos y cosas así, cuando llegue el momento en que los necesite.

Charlo asiente indefenso. Esto es una pesadilla y seguro que despertará enseguida. Se van, sin más, y se queda solo allí tumbado. Siente la habitación grande y fría, tira del edredón, quiere esconderse

del mundo. Esto no está pasando, piensa. ¿Por qué tienen que sucederme catástrofes todo el tiempo? Está tan consternado que tiene náuseas. Aparta el edredón de golpe, baja de la cama y se acerca al espejo. Se observa, el rostro ancho, los ojos grises. La angustia los ha aclarado. Se queda así colgado un rato, con las manos apoyadas en el lavabo. Se acerca de nuevo a la cama, guarda sus escasas pertenencias, se viste. Una enfermera aparece con unos papeles, pregunta si necesita un taxi. Él dice que no con un débil movimiento de cabeza. No, tiene su propio coche, no necesita ayuda de ninguna clase. Cierra los puños. Nota que está a punto de echarse a llorar, le atenaza la garganta, arde tras sus párpados. A pesar de todo, ella se queda mirándolo con ojos clementes. Para que pueda dar salida a su desesperación si quiere. Apoyar la cabeza en su uniforme y sollozar como un niño. No lo hace, le da la espalda y levanta los hombros. La oye salir y cerrar la puerta. Se viste. Se pone el anorak, mira a su alrededor. Luego sale a paso ligero.

Llega a casa y se deja caer en una silla.

La bolsa de deporte resuena contra el suelo. No tiene ánimos para deshacerla, se quedará allí con el pijama y las zapatillas dentro en memoria de este día espantoso. Esclerosis múltiple. La palabra es como un enorme insecto pegajoso en la boca, tiene arcadas repentinas y secas. Tiene lágrimas en los ojos. Está encogido en la butaca, desesperado, mientras recuerda las palabras del médico. Las malditas vainas se corroen, es más de lo que puede soportar. Imagina los nervios como una red de cables viejos, deshechos, que ya no transportan la electricidad. Desde ahora se volverá más lento y débil. Desde ahora experimentará que las piernas no le obedecen, el cerebro mandará señales que nunca llegarán a su destino. Ordena a sus

piernas que den pataditas. Lo hacen sin problema, ni siquiera es lento. Tómatelo con calma, no grites. El pronóstico no es tan malo, por supuesto que él será uno de los que lo llevan bien, está seguro. Se levanta y da unas vueltas por la habitación. Se habla en tono severo. Ahora son dos las voces que pelean en su interior.

¿Por qué vas tú a salir mejor parado que otros?, ¿te crees invulnerable?

¿No he soportado ya bastante en mi vida miserable? Es una injusticia sangrante, no merezco esto.

Te olvidas de algo importante. Piensa en lo que has hecho. Piénsalo.

Y ahora recibo mi castigo, ¿es así como debo interpretarlo?

Tienes que pagar de una manera u otra. Hablamos de unas cuentas que no cuadran.

No hago nada por Harriet Krohn estando atado a una silla de ruedas.

No digas eso. Un día morirás y para entonces tu deuda debe estar saldada.

No debo nada, ¡solo he tenido mala suerte, joder!

Un impulso le lleva hasta la librería. Coge un tomo de la enciclopedia, el número ocho. Abre por la letra «M» y empieza a buscar. «Múltiplo», «personalidad múltiple» y ahí está, «esclerosis múltiple». Barre la página con la mirada. *Sclerosis multiplex*, del griego *scleros*, «duro», y del latín *multiplex*, «múltiple». Una enfermedad nerviosa crónica cuyas causas siguen siendo desconocidas, a pesar de haber sido muy investigada. El estudio del cerebro y la médula de los pacientes fallecidos a causa de la esclerosis múltiple muestra una disminución de la sustancia medular que rodea las terminaciones

nerviosas. Asimismo, se produce un aumento de tejidos en el cerebro y la médula. Esto produce modificaciones similares a cicatrices más duras que el tejido normal del sistema nervioso central, de ahí el nombre de la enfermedad. Las modificaciones suelen estar repartidas por el cerebro y la médula, y es a esto a lo que se refiere la denominación «múltiple». Se han presentado numerosas hipótesis sobre el origen de la enfermedad, pero, hasta la fecha, ninguna de ellas ha sido demostrada. Una infección, sobre todo de origen vírico, un envenenamiento o la falta de determinados nutrientes en la dieta, alergias, son algunas de las causas que se han barajado. Las dos hipótesis más probables son: que la enfermedad se debe a una infección vírica con un período de incubación muy largo y que pasen años antes de que provoque síntomas, además de que su desarrollo sea muy lento. La otra hipótesis es que la enfermedad está relacionada con el sistema autoinmune, es decir, que el organismo reacciona atacando a sus propios tejidos.

Bueno. ¿Se da alergia a sí mismo? Niega con la cabeza y sigue leyendo.

Los síntomas se manifiestan con rigidez muscular y falta de control de los movimientos, sobre todo de las piernas. También es frecuente la pérdida de agudeza visual y ver doble. Las contracciones musculares y movimientos incontrolados pueden llegar a ser muy molestos. De momento no existe ningún tratamiento que pueda curar la enfermedad. Los tratamientos hormonales, sobre todo con ACTH y fórmulas similares, parecen acortar los períodos críticos de la enfermedad. Existen asociaciones de enfermos de esclerosis múltiple en todo el mundo, también en Noruega.

Cierra el libro de golpe.

No, él no se va a apuntar a ninguna asociación, no admite la situación, no quiere saber nada de otros con el mismo padecimiento, no quiere hablar con ellos. Se acerca a la ventana, se queda de pie tapándose la boca con la mano. Apoya la frente sobre el cristal frío. Está ocurriendo ahora, en su cuerpo, las vainas tendinosas se están corroyendo y él no puede evitarlo. Sucede mientras está allí respirando sobre la mano, y será así mientras viva. Dios mío, es ahora cuando tiene que pagar. Mira un instante al cielo, es del mismo jodido color azul. Sobre la retina aparecen imágenes espantosas. Él sentado en una silla con las rodillas tapadas por una manta. Un contenedor de orina medio escondido bajo la manta, pies blancos y fofos, fuera de control. El cuerpo y la cara deformados por la cortisona, un desagradable olor a enfermedad, a cuerpo que se marchita. Ser testigo del resto del mundo. Observar cómo viven los demás, hacen la compra, trabajan. O, peor todavía, se queda confinado en la cama. Una mañana se despierta y es incapaz de levantarse. Tiene que ingresar en un sanatorio y se marchita en un rincón con un grupo de vejesterios, resecos, pálidos, personas con la mirada distante, cristalizada. Bebe un zumo rojizo con una pajita y no le dejan fumar. No es capaz de arrancarse de la ventana, de esa postura. Tiene la boca rasposa, seca. Vibra como un timbal, alguien lo ha golpeado con fuerza, le zumban los oídos. Ahí llega su vecino Erlandson, que ahora levanta la mano y lo saluda. No es capaz de mover la mano para devolverle el saludo. Es incapaz de tomar una decisión, el paso siguiente se le hace imposible. Tranquilo. Ve a la ducha. Tienes que dejar entrar el aire en los pulmones, Charlo, queda mucho tiempo. Tal vez.

Entra en el baño. Se queda un largo rato bajo el chorro de agua y

enjabona el cuerpo enfermo. Se mira los muslos, los brazos, las manos y los pies. Todo parece diferente. ¿Guarda el cuerpo más secretos? ¿Hay más cosas ardiendo sin desprender humo que pronto surgirán para hacerle caer? Inga Lill, tú no lo sabes, pero voy a pasar por un infierno. ¿Por qué a ti y a mí? ¿Qué será de Julie? ¿Qué miserias lleva en los genes? ¿Somos una familia maldita? ¿De qué sirve llevar una vida honesta si todo está decidido desde el principio y no se puede combatir? ¿De qué sirve matarse a trabajar para Møller, cuando puede que acabe en una silla de ruedas? Sale de la ducha y nota el diagnóstico como si de pronto hubiera engordado muchísimo. Le pesa especialmente sobre los hombros y el pecho. El diagnóstico se fija en él como algo pegajoso, algo que no puede lavarse, los minutos que pasa en la ducha no le dejan ninguna sensación de limpieza. Se seca con fuerza con la toalla, sus movimientos se tornan bruscos, pero la ira que empieza a acumularse en su interior no encuentra salida. Se limita a respirar con fuerza en la habitación cargada de vapor.

Tiene que llamar a Julie. Antes deberá prepararse, no puede contarle la verdad, tiene que evitarla y presentarle algo que pueda considerar inofensivo. Algo que se le pasará, que no se hereda ni contagia. Se acerca al teléfono y marca el número. Su voz hace que se le salten las lágrimas y durante unos instantes quiere soltarlo todo. Que lo consuele, que lo cuide y lo compadezca. Lo necesita tanto... Pero se controla, consigue volver a la senda y fortalecerse.

—Sí —dice—, ya ha pasado, ya estoy en casa, afortunadamente. ¿Que qué me han dicho? No, no hay mucho que contar. Solo es una especie de virus que afecta a algunos nervios. Seguramente se me pasará solo, y si no, me darán medicinas.

»No, ya no estoy de baja, estoy listo para volver a trabajar, no me

han puesto limitaciones de ningún tipo. Solo tengo que seguir con lo mío. No, no saben cómo surge, dicen que es un misterio, pero la gente lo lleva bien durante años, no hay nada por lo que preocuparse. Podría ser peor. Ya sabes que estoy bien, no dejaré que me afecte.

— ¿Me vienes a buscar? —pregunta ella.

— Sí, te recogeré. ¿Adónde quieres que vayamos a comer? ¿Vamos a la cocina de Hanna?

— Pero sale muy caro.

— Me da igual —dice con valentía.

Ella ríe, él se relaja un poco. Tal vez pueda controlar la enfermedad a base de fuerza de voluntad. Ha oído hablar de casos así, cree que todo es posible. Parapetarse, obligar a que el proceso se invierta. Hacerse inmune.

— Estaré allí en media hora —dice por el auricular—, solo voy a buscar una camisa.

Cuelga y va al baño. Se abrocha la camisa frente al espejo. Escoge unos pantalones grises y estudia el resultado. Pues tiene buen aspecto. No parece un hombre enfermo, y tampoco tiene por qué comportarse como tal. Pero, aun así. Decadencia, dolores, desamparo. Entrar y salir del hospital. ¿Qué clase de vida le espera? Necesitar ayuda para todo. Un cuerpo que se debilita progresivamente y al final no sirve para nada. El resto de su vida recibiendo un subsidio. Da vueltas por la casa, se pelea con un maremágnum de pensamientos y da un respingo cuando suena el timbre de la puerta.

Sejer está en el último peldaño.

Lleva una favorecedora camisa azul claro, recién planchada, elegante, con aire de superioridad.

— Torp. Cuánto tiempo.

Su mirada gris es incisiva. Charlo retrocede hacia el recibidor, la rebeldía le hincha el pecho. ¡Pero es que no pueden dejarle en paz! Tiene tantos frentes abiertos, es un hombre enfermo, tiene una cita con Julie. Le dedica a Sejer una mirada envenenada.

—¿Qué pasa?

Separa bien las piernas tapando la puerta, la mirada pétrea. Hoy no está a su disposición, de ninguna de las maneras. Ya tiene la cabeza llena de catástrofes, de posibles salidas a lo que le ha acontecido. Toma aire y se envalentona.

—Estoy ocupado.

Sejer no le deja apartar la mirada.

—Tendrá que acompañarnos a la comisaría, Torp.

Mira un momento hacia la calle. Charlo vuelve a acercarse a la puerta. Ahora ve el coche patrulla. Un hombre uniformado espera al volante.

—No —dice resentido—, van a tener que disculparme, ¡no me viene bien!

Sejer sonríe taciturno.

—No, pero a nosotros sí nos conviene.

Sigue allí de pie igual de firme, fuerte, investido de autoridad. Charlo mueve la cabeza con rabia, vuelve a retroceder unos pasos.

—El caso es que hace una hora que he salido del hospital —dice con vehemencia—. He tenido que ocuparme de muchas cosas y además he quedado. En realidad voy mal de tiempo —dice, y mira abiertamente el reloj.

Está hirviendo, tiembla. Teme perder el control y ponerse a gritar.

—Sabemos que ha estado en el hospital, Torp. Si venimos en un mal momento no puedo más que lamentarlo —dice Sejer—, pero esta

vez no tiene alternativa. Va a venir con nosotros a la comisaría para un interrogatorio. Ahora.

Un interrogatorio, no una conversación. Charlo se cruza de brazos y lo mira con amargura. Recuerda que debe parecer inocente. Esto no está pasando, piensa, solo es uno de mis sueños, me resulta familiar.

—Pero tendrá que haber alguna manera de hacerlo otro día —dice, y agita la mano irritable—. Mi hija me está esperando, vamos a salir a comer, tengo que irme ya.

Sejer se acerca un paso.

—Llame a su hija ahora mismo y cancele la cita.

La voz suena grave y autoritaria.

—¿Cuánto tiempo llevará? Puedo llamar y aplazarlo una hora o dos. ¿Será suficiente?

—No, va a llamar y a cancelar la cita, y luego vendrá con nosotros.

A Charlo le falta el aire. Esta persecución le irrita tanto que el sudor le corre por la frente. Se da la vuelta bruscamente y va al salón, levanta el auricular y marca el número de Julie. Aprieta el cable arrugado entre los dedos.

—Hola, soy papá otra vez. Me voy a retrasar. Ha surgido algo de lo que tengo que ocuparme antes. Sí, te lo explicaré, tú espérame y llegaré en un rato. No, no tienes por qué preocuparte, solo es una tontería sin importancia, pero no puede esperar. Si quieres, te puedo llamar cuando esté listo para salir. Ahora tengo que irme, me están esperando. No, no son amigos míos, solo es un asuntillo de hace mucho que tengo que solucionar. Ahora mismo. Te llamo en cuanto esté listo. Que te vaya bien mientras tanto.

Cuelga y se queda cavilando. Le parece que lo ve todo desde fuera, le resulta irreal. Pero sabe que no es un sueño. Está ocurriendo en este

mismo momento, han venido a buscarlo.

Sube al asiento trasero del coche patrulla.

Piensa en lo que le ha acontecido. El sistema nervioso central le fallará poco a poco. Todo lo que hay al otro lado de la ventanilla parece lejano, es un turista en su propia calle, en su propia vida. Lleva años viviendo en esta calle, ahora lo ve todo por primera vez, las casas de madera marrón y escasa altura, los setos recortados con esmero, algunos arbustos de flores junto a las paredes, pronto florecerán y decorarán toda la calle. Un agente joven de cabello rizado conduce el vehículo. Charlo capta su mirada en el retrovisor y aparta los ojos amargado. No quiere regalarles nada, ni un pensamiento, ni una palabra. No saben de qué pasta está hecho, lo entero que puede resultar. Baja la cabeza y se concentra en la cremallera de la chaqueta. Encoge los dedos de los pies, parecen estar muy ágiles. Joder, menudos dedos tiene en los pies, obedecen hasta la más leve de sus indicaciones. El médico se ha equivocado. Sejer está disparando a ciegas. Seguramente ahora se lo jugará todo y perderá. No voy a rajarme, piensa, solo tengo que mantener la cabeza fría, no dejarme llevar. El agente conduce despacio, es un Ford Mondeo. El recorrido hasta la comisaría dura una eternidad. Le persigue la sensación de ver la ciudad por primera vez, en un repentino ataque de clarividencia. Allí está el Cash & Carry, allí está la Floristería de Tina. Allí está colgada de la pared la modelo que solo lleva ropa interior de encaje, con su bella sonrisa de siempre. Allí la iglesia en un alto sobre la ciudad, y la estación de bomberos con sus espléndidas torres. Ve los juzgados destacando a la derecha. Sejer le abre la puerta y Charlo planta los pies. Se incorpora a la luz del sol, llena los pulmones de aire. Se siente un poco entumecido, no debe dejar que lo invada, tiene

que contraer cada uno de los músculos del cuerpo y estar alerta. Ir por delante. Será como jugar al ajedrez, piensa, y hubo un tiempo en que lo hacía muy bien. Se queda un rato absorbiéndolo, el sol que se refleja en las ventanas, un hermoso árbol con las ramas desnudas, la gente que pasea por la calle. Esto es lo que quieren quitarle. Pero les va a costar, joder, piensa mientras entra por la puerta. La recepción está en penumbra. El edificio lo envuelve.

La irritación y los nervios hacen efecto, frenan su cuerpo. Lo obliga a que sus movimientos sean bruscos e irascibles, no puede evitarlo, a pesar de que preferiría ser lento, superior, ágil. Quiere entrar en el despacho con aire indolente, sentarse con lentitud exquisita, estar seguro, confiado y sobrado. Pero no hay una versión segura de él. Aparta la silla de la mesa de un tirón, araña el suelo irascible. Se saca la enfermedad de la cabeza, planta los pies con firmeza en el suelo, se concentra en su inocencia. La que va a transmitirles durante el interrogatorio, algo a lo que siente que tiene derecho, porque él no quería, solo ocurrió, y tiene que conseguir que el hombre canoso lo entienda. Ve al perro Frank. Estaba tumbado junto a la pared, ahora llega arrastrando sus grandes almohadillas y quiere saludar. Charlo no puede resistir la tentación de agacharse y acariciar al perro arrugado. Los dedos se pierden entre el pelaje, tiene un tacto extraño, de papel de lija. Mira los ojos negros. Durante un instante le parece que reflejan un espíritu humilde, al siguiente no ve nada. Solo brillan, como botones. Sejer se mueve por el despacho, Charlo lo ve con el rabillo del ojo, parece decidido, cómodo. Coge unos papeles de un estante, echa un vistazo rápido al reloj, por fin se acomoda en la silla. Todo lo hace con movimientos indolentes, una lentitud que irrita a Charlo.

—Me parece que me debe una buena explicación —dice con dureza.

Intenta sonar decidido, pero no le sale. Sejer levanta la vista hacia él. Sus ojos tienen una seriedad mortal, luego se suavizan.

—Sí —dice clavando los codos sobre la mesa—. Hay varias cosas que necesito aclarar. Ya sabe cómo es esto, trabajamos despacio, somos metódicos. La investigación lleva tiempo. De vez en cuando tenemos que molestar a la gente preguntándoles por lo que han estado haciendo. Lamento que sienta que le molestamos, pero es una labor muy importante.

Mira a Charlo por encima de la mesa.

—Empecemos. Volvamos sobre ese día, el 7 de noviembre. Desde el principio.

Charlo sostiene su mirada.

—Ya he dicho lo que tenía que decir de ese día, y usted ha tomado nota. He dicho mucho más de lo que estaba obligado a decir, no me da la gana de seguir cediendo, tendrá que hacerme preguntas concretas. ¡Contestaré lo mejor que pueda!

El exabrupto se queda colgando en el aire. Sejer asiente con seriedad.

—En ese caso, le pido simplemente que repita lo que ya ha contado.

—Pero ¿por qué da tanto la lata con el 7 de noviembre?

—Se trata del asesinato de Harriet Krohn. Estamos creando un registro de todo el tráfico, para nosotros es importante. Todos los pequeños movimientos en ese distrito.

—¿Y?

Sejer consulta los documentos.

—Deje que le proponga algo. Hablemos de esa excursión a Kongsberg, Torp. Me interesa.

—No tiene nada de interesante.

—Al contrario. Según su declaración, fue a Kongsberg. Estuvo dando vueltas por la ciudad durante una hora. Hábleme de esa hora.

Charlo mueve la cabeza inseguro.

—¿Está de broma?

—Yo nunca bromeo. Aquí todo va muy en serio, Torp, para que quede claro.

Charlo mueve la cabeza desanimado. Agarra los brazos de la silla.

—No hay mucho que decir de esa hora. Estuve mirando escaparates. Tenía los pies helados como témpanos.

—¿Qué vio en esos escaparates?

Charlo vuelve a negar con la cabeza.

—Me parece una tontería que me pregunte eso. No me extraña que necesiten mucho tiempo para resolver un asesinato.

—¿Podría mencionar algo, Torp?

—¿Mencionar lo que vi? ¿En los escaparates? ¿De qué serviría eso? Se cruza de brazos, echa la barbilla hacia delante.

—Necesito saber lo que hizo durante esa hora. Esos sesenta minutos en Kongsberg. Luego comentaremos la razón. ¿Qué vio en los escaparates?

Charlo se pregunta si está de broma. No parece que sea el caso.

—Supongo que sobre todo ropa y demás, pero la verdad...

—Ropa, bien, tomo nota. ¿Qué más vio?

—No, bueno, algo de equipamiento deportivo. No me acuerdo muy bien, no me interesaba mucho, solo estuve dando vueltas.

Sejer asiente.

—Estuvo dando vueltas durante sesenta minutos. Miró escaparates, pero sin mucho interés. Y tenía los pies fríos. En ese caso, ¿por qué estuvo una hora dando vueltas?

—No tenía otra cosa que hacer. Un hombre tiene derecho a dar vueltas por la ciudad sin que por eso le revisen hasta el alma.

—¿Dónde aparcó el Honda?

Se encoge de hombros indefenso.

—En la estación de tren —dice deprisa. Se le escapa.

Ni siquiera conoce Kongsberg, solo ha estado por allí un par de veces. Se da cuenta de que va a tener que inventarse una ciudad entera a base de mentiras. Mentir sobre calles que no conoce, pensamientos que no ha tenido, gente que no ha visto.

—¿Fue de la estación de ferrocarril al centro a pie?

—Así es.

—¿Había mucha gente?

—No, es que hacía muy mal tiempo.

—¿Entró en algún sitio? ¿Alguna cafetería?

—No.

—¿Por qué quiso ir a Kongsberg?

—Solo fue una ocurrencia. Ya he explicado que en esa época estaba un poco desconcertado, daba vueltas con el coche para hacer pasar los días, hay mucho tiempo de sobra cuando se está en el paro. No puedo estar todo el día sentado delante de la tele, y me gusta conducir. Estar en movimiento. Joder, a ratos ha sido muy duro.

Habla muy tenso, aprieta los dientes. La enfermedad lo amenaza desde la barrera, mueve los pies debajo de la mesa, intenta concentrarse.

—¿Fue por toda la ciudad o solo por las calles del centro?

—Estuve la mayor parte del tiempo en el centro.

—Kongsberg es una ciudad pequeña. Tuvo que pasar por las mismas calles muchas veces, ¿no?

—Puede ser, no me acuerdo.

—¿Así que esa hora que pasó en Kongsberg resulta algo borrosa?

—En realidad sí.

—¿Estaba desconcentrado porque no se encontraba bien?

—Probablemente.

—¿Echó gasolina por el camino?

—No, llevaba el depósito lleno.

—¿Habló con alguien, quien fuera, aquella tarde?

—No, no me encontré con ningún conocido. No me pasa casi nunca, la mayor parte del tiempo estoy solo.

—Así que toda esa tarde, desde que salió de la calle Blom hasta las seis, hasta que volvió a casa a las once, no intercambió una sola palabra con nadie. A excepción del joven con el que chocó, ¿no?

—Así es.

Sejer consulta los papeles otra vez.

—¿Se considera una persona de naturaleza irascible?

—¿Usted no iba a registrar el tráfico?

—Sí, y usted forma parte de él. Deje que repita la pregunta. ¿Se enfada con facilidad, Torp?

—De ninguna manera. En realidad soy bastante equilibrado. Pregúnteselo a Julie.

—Pero esa tarde sucedió. Dice que es excepcional. ¿Por qué ocurrió precisamente el 7 de noviembre a las diez y media?

—Ya lo he explicado.

—Quiero escucharlo una vez más.

—Ya he dicho que estaba trastornado. Por muchas causas diferentes.

—Menciónelas de nuevo.

Charlo apoya la cabeza entre las manos.

—He explicado que tenía deudas. Que la gente iba detrás de mí. Dormía mal por las noches, no llegaba a fin de mes.

—Pero ahora esa deuda está saldada, ¿verdad?

Charlo se muerde el labio.

—Sí.

—¿Cómo lo consiguió, Torp?

—Como ya dije. Gané un dinero.

Sejer asiente despacio.

—¿En qué clase de apuesta?

Charlo se rebana los sesos.

—A la Loto —se le escapa. Se arrepiente al instante. No piensa con la rapidez suficiente. Tiempo enlentecido, me golpea, me está afectando e irá a peor.

—Bueno, ¿tuvo suerte?

—Pues sí, a veces he tenido suerte. Pero no ha sido la norma. Dios sabe que me he llevado mi ración de miserias.

—¿Y salió corriendo a pagar la deuda, consiguió un trabajo en el centro ecuestre y se reconcilió con su hija?

—Sí, ahora las cosas van mucho mejor.

Se humedece los labios, intenta ordenar las palabras, ganar perspectiva. No está muy seguro de adónde le llevará esto.

—¿Cuánto ganó, Torp?

—Se trata de una cifra importante.

—¿Cuánto ganó es un secreto?

Charlo se queda helado. Intenta aferrarse, pero siente que se hunde en el desconcierto.

—Solo puedo decir que no veo qué sentido tienen todas estas preguntas. Lo que pueda ganar a la Loto es asunto mío.

—Está bien, Torp —dice Sejer tajante—. Esos datos podemos obtenerlos por nuestra cuenta, es el menor de nuestros problemas.

Siente una punzada.

—Éramos una peña —añade—, y compartimos un premio grande. Sejer se reclina cómodamente.

—¿Y puede ser que no recuerde el nombre del que selló el boleto?

—No, me lancé a participar a través de un amigo, fue una corazonada.

—Pero eso está muy bien. Supongo que sabrá el nombre de su amigo.

—No me dedico a chivarme de mis amigos. Solo servirá para que empiecen a darle la lata con preguntas.

—Ay, pero si es algo completamente inocente, Torp. Un premio de la Loto. Una fecha, un nombre y una cifra es todo lo que necesitamos. Seguro que se presenta si se lo pedimos educadamente.

—No. Vayamos al grano de una vez. ¿De qué trata esto? Mi hija Julie me espera, hemos quedado.

—Se trata del 7 de noviembre, ya se lo he explicado. Se trata de un asesinato, y necesito un autor.

—Sí, lo mencionó la última vez que estuve aquí. Pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—Se encontraba en la calle Fredbo a una hora muy interesante.

—No, no estaba. Solo pasaba por allí. Me llevó unos segundos.

—Para pasar por Hamsund tienes que desviarte de la carretera

nacional. ¿Por qué quería pasar por Hamsund?

— Por nada en especial. Ya he dicho la verdad: me gusta conducir.

— ¿También cuando las condiciones de la carretera son deplorables?

— No me importa cómo esté el firme.

— ¿Iba bien abrigado?

— Pues resulta que sí.

— ¿Qué llevaba puesto?

— No me acuerdo, tengo varios chaquetones.

— ¿Puede que fuera una parka verde?

— Podría ser. No me moleste con preguntas de las que ya tiene la respuesta.

— ¿Así que tiene una?

— La he tenido.

— ¿Se ha deshecho de ella? ¿Por qué, Torp?

— Porque estaba vieja y gastada.

— ¿Qué hizo con ella?

— La tiré a un contenedor de basura. Se habían abierto las costuras. Los bolsillos estaban rotos y le faltaban varios botones.

Sejer vuelve a tomar nota, Charlo intenta leer, pero no puede. Tampoco es que vea muy bien, se le está nublando la vista. Parpadea desconcertado, pero no sirve de nada. Mira el reloj, su desesperación crece al pensar en Julie que lo está esperando. No lo está haciendo muy bien. Es fácil mentirle a Julie. Aquí parece imposible. Cansado, se frota la cara. Se queda así, con los ojos escondidos detrás de las manos. No puede ser legal mandar a la cárcel a gente enferma, piensa. Instintivamente se lleva la mano al bolsillo trasero donde lleva el tabaco.

— ¿Puedo fumar aquí?

Sejer asiente.

— Por supuesto. Voy a buscar un cenicero. ¿Tiene sed, Torp?

— Sí.

Va a por una botella de agua con gas. Charlo intenta liar un cigarrillo, le tiemblan ligeramente los dedos.

— ¿Se siente amenazado, Torp? — pregunta Sejer sereno.

— ¿Amenazado? ¿Por usted? No. Pero no me gusta el derrotero que está tomando esta conversación.

— Entonces iremos a otro lado. Tenemos mucho donde escoger, una noche entera, eso son varias horas. Quedémonos aquí en la ciudad.

Sirve agua con gas y vuelve a sentarse.

— Antes de ir a Kongsberg estuvo dando vueltas por esta ciudad. Durante casi dos horas. Según su primera declaración. Hábleme de esas dos horas.

Charlo consigue encender el cigarrillo e inhala con avidez.

— Sí, claro, si es que le gustan las cosas repetidas. Di vueltas mirando escaparates. Vi ropa interior, zapatos y muebles. Observé gente, carteles publicitarios, mujeres y coches. Los barcos del río. Vi uno de sus coches, estaban de patrulla. Vi perros y palomas.

— ¿Durante dos horas?

— Sí. Y estuve un rato en el puerto.

— ¿Qué hizo en el puerto?

Charlo lo mira desde el otro lado de la mesa.

— Consideré la posibilidad de tirarme.

— ¿Tirarse al río? ¿Ahogarse?

— Sí, así es. Quiere la verdad, ¿no? Esa es la verdad.

—Así que no solo es que tuviera un mal día, ¿se encontraba al borde del suicidio?

—Puede decirse así, sí.

—De modo que en la tarde del 7 de noviembre no solo se encontraba mal. ¿Se encontraba emocionalmente inestable?

—Si quiere decirlo así, por mí bien. Inestable. Sí, tal cual. Era como si me estuvieran pasando por una máquina de las que retuercen la ropa para secarla.

Charlo se acerca al cenicero y echa la ceniza del cigarrillo.

Bebe la mitad del agua con gas y se seca la boca.

—No me extraña que le alterara tanto el choque — dice Sejer.

—No, monté en cólera. Estaba muy tenso. Hay un límite para lo que uno es capaz de aguantar en una sola noche.

—Ese joven, ¿se asustó?

—Temblaba como una hoja. Tenía las orejas ardiendo y estaba muy pálido. Me arrepiento de haberme portado tan mal.

—Volviendo a su largo paseo. ¿Entró en algún sitio?

—No.

—¿Con el mal tiempo que hacía no cayó en la tentación de entrar donde fuera para calentarse?

—No, estuve al aire libre.

—¿Se mojó?

—Bueno, bastante húmedo, sí, de eso no hay duda. Las botas dejaban pasar el agua.

—A pesar de eso, ¿condujo hasta Kongsberg para seguir dando vueltas por la calle? ¿Mientras el aguanieve le caía sobre los hombros?

—Sí. Aunque parezca mentira.

—¿Así que le parece mentira?

—Cuando pienso en ello ahora o, mejor dicho, al tener que explicarlo, suena bastante patético.

—¿Se sentía patético?

—También. Esa noche pasé por muchos estados de ánimo, me parece. Todos los que una persona puede tener.

—Entonces, aunque no se fijara mucho en lo que veía en los escaparates, ¿su cabeza iba a mil?

—Sí. Estaba al límite, buscando una solución.

—¿Una solución a sus problemas económicos?

—Sí. Consideré la posibilidad de atracar un banco.

Mira desafiante a Sejer.

—¿Y cuál fue el motivo por el que no llevó a la práctica esos pensamientos?

—No soy un delincuente —dice con voz firme, y clava los ojos en el comisario.

—Ese asesinato de Hamsund —prosigue Sejer—, el que estamos investigando. ¿Qué piensa al respecto?

Charlo pone las manos sobre la mesa, las entrelaza y hace girar los pulgares.

—No es que haya pensado mucho en ello. Pero impresiona, claro. Era anciana, estaba sola y enferma. No es que la edad quiera decir nada, un asesinato es un asesinato, quiero decir desde un punto de vista legal. Pero por alguna razón la gente se horroriza cuando se trata de una persona de edad avanzada. Bueno, están más indefensos que una persona más joven, será por eso que nos parece mal. Pero no sabemos nada de lo que pasó realmente en esa cocina.

Sejer levanta la vista.

—¿Ocurrió en la cocina, Torp?

Charlo inhala.

—Lo dijeron en los periódicos. Allí fue donde la encontraron, lo sabe todo el mundo.

—Siento tener que decepcionarle. Eso nunca se ha publicado.

—Pues lo dirían por la radio. ¡Sé que lo he oído!

Sejer evita responder. Durante un buen rato toma notas en sus papeles y Charlo empieza a sudar por las sienes. No puede permitirse meteduras de pata como esa. ¡Piensa!, dice una voz en su interior. ¡Piensa antes de contestar!

—¿En qué piensa cuando dice «lo que pasó realmente»?

—Los detalles. Los antecedentes. Qué provocó su muerte.

—Por eso estamos buscando al autor del delito. Y si no lo encontramos, tampoco podrá dar una explicación y defenderse.

—En eso tiene razón —dice Charlo—. La cuestión es si considera que merece la pena. Siempre cabe la posibilidad de que no le crean. De que no entiendan. Ya sabe.

—Veo que no tiene una idea muy favorable de nuestro sistema judicial.

—La verdad es que no.

—Pero no tiene antecedentes. ¿No ha estado en contacto con la policía antes?

—No, pero leo la prensa. Y si el responsable de verdad creyera que le beneficiaría confesar, ya se habría presentado.

—¿Y qué pasa con usted? —dice Sejer—. ¿Cree que una confesión podría beneficiar al asesino?

—Eso depende de la situación vital en la que se encuentre. Qué clase de hombre sea. Si tiene familia, gente a su alrededor que le importe, le separarían de ellos. Por mucho tiempo.

—La mayor parte de los que están cumpliendo condena reciben visitas. Correo postal y electrónico. Llamadas telefónicas.

—Vaya, suena muy acogedor.

—No, acogedor no, pero soportable.

En el momento en que se relaja nota la proximidad de la enfermedad en el cuerpo. Tiene un efecto paralizante inmediato. Intenta concentrarse en el asesinato que él ha cometido, pero no lo hizo ni a propósito ni con premeditación ni maldad. Le cuesta entender que siga allí sentado, que no salga corriendo, frustrado. Está enganchado a esta conversación, a este duelo. Se lía otro cigarrillo y bebe agua con gas. Se desabrocha un botón de la camisa. El perro duerme pegado a la pared.

—¿Y de dónde es usted, Torp? ¿Pasó su infancia en esta ciudad?

—Sí, nací en la zona este. Nunca he vivido en otro lugar. Me crie muy cerca de la iglesia metodista. Solíamos andar por la orilla del río. Conozco esta ciudad como la palma de mi mano. Bonita ciudad —añade—. Puede que no muy bien proyectada, algo desordenada. Pero hay que pasarlo por alto. ¿Alguna vez ha estado en la estación de tren por la noche mirando hacia la fábrica de cerveza? El brillo, todos los ojos del puente. Es grandioso.

Sejer asiente. Charlo observa las paredes, las fotos.

—¿Tiene una mujer joven y guapa?

Sejer sigue su mirada.

—Es mi hija, Ingrid, y mi nieto, Matteus.

—Es de piel oscura. ¿Adoptado?

—De Somalia.

Charlo estudia las fotos con detenimiento.

—Hay una guerra civil, ¿verdad?

—Sí, hay muchos huérfanos. ¿Y usted? Tiene una hija.

—Sí. Pronto cumplirá diecisiete. Una jovencita muy aguda. Me lleva firme.

—Así que le hace falta. ¿Necesita que alguien le mantenga firme? Charlo asiente apesadumbrado.

—Es que antes era adicto al juego. Tiene miedo de que vuelva a las andadas. No lo ha tenido nada fácil, fui motivo de mucha vergüenza para mi familia.

—Pero eso no volverá a pasar, ¿verdad?

—No, de eso estoy seguro. Puedo sentir muy dentro de mí que eso se ha terminado.

—¿Un premio de la loto y, abracadabra, todo vuelve a ir bien?

—Hacía tiempo que tenía decidido reducir la marcha, por decirlo de algún modo. No podía seguir así, tenía los nervios destrozados. En el ambiente había rumores de que iban a mandar un matón a por mí. Imposible dormir por las noches, tranquilizarme. Si le digo la verdad, mi vida era un infierno.

Charlo llama al perro. Se acerca despacio y se sienta junto a él.

—¿Cuánto rato tengo que seguir aquí sentado? El tiempo pasa. Julie me espera.

—No tenemos por qué darnos prisa, Torp. Nos tomaremos el tiempo que haga falta. No me conviene que esté aquí sintiéndose nervioso o avasallado.

Charlo suelta a Frank. El perro se queda un rato mirándolo, decepcionado, y regresa a su sitio junto a la pared.

—Sigamos avanzando —dice Sejer—. Creo que ha llegado el momento de ver qué era lo que quería hacer en Hamsund, qué le llevó a ir allí.

Charlo se endereza sobre la silla.

— Como ya he dicho antes, no tenía nada que hacer allí. Me desvié de la carretera principal siguiendo un impulso. Recuerdo haber visto la iglesia iluminada y giré sin pensarlo. Solo quería alargar el tiempo para poder irme a casa y meterme debajo del edredón. De eso se trata, de hacer que los días pasen.

— ¿Qué hora era cuando se desvió hacia Hamsund?

— Eran casi las diez y media.

— Bien. ¿Y luego dio unas cuantas vueltas con el coche?

— Sí, pasé por delante de la estación de tren y entré por esa calle.

— ¿En la calle Fredbo?

— Sí. Solo pasé por allí, observé las casas, antiguas, bonitas, son realmente espectaculares, he oído decir que deberían estar protegidas. Así que fui hasta el final de la calle y me di la vuelta.

— ¿Qué le llevó a aparcar el coche y bajarse?

— No lo hice.

Sejer se inclina sobre sus papeles.

— Aparqué detrás del viejo hotel clausurado. ¿Con su Honda Accord rojo?

— No que yo recuerde.

— No, hay otra persona que lo recuerda, que se fijó.

— Debe de tratarse de otro vehículo. No, yo no me bajé del coche, de eso estoy completamente seguro.

— ¿No iba a visitar a nadie?

— No conozco un alma en Hamsund.

— Y entonces, después de esa pequeña incursión en la calle Fredbo, ¿chocó con el otro coche?

— Sí.

—Estaba en un estado de desequilibrio emocional, con tendencias suicidas, empapado, preocupado por el futuro, pero, aun así, ¿quiso contemplar las majestuosas casas antiguas?

—Sí, ya sabe, estaba un poco alterado, liado. Pero, como ya he dicho, se trataba de conseguir que pasara el tiempo.

—¿Tal vez se quedó sentado en el coche, sin más, detrás del hotel cerrado, para descansar un poco?

—La verdad es que no consigo acordarme del hotel. Ni de haber aparcado.

—Puede que, si se encontraba mal, tal y como me ha explicado, resulte difícil recordar los detalles. Pero tengo mucha confianza en que volverán poco a poco. Por eso estamos aquí. ¿Y la hora, Torp? ¿Está completamente seguro de que eran las diez y media cuando llegó a Hamsund?

—Recuerdo que la consulté.

—Pero su coche estaba aparcado detrás del hotel a las diez, ¿no?

—No puede ser correcto.

—Según mi documentación, es correcto. ¿Puede que se equivoque?

—Estaba oscuro y eso, y hacía mal tiempo. Si alguien ha visto un coche parecido al mío detrás de ese hotel no creo que sea muy fiable. Quiero decir que la gente se equivoca todo el rato. Y no soy el único que tiene un Honda.

—Con el paso del tiempo veremos si es consistente. Creo que se equivoca de hora. No es ningún delito grave, pero necesito saberlo con precisión. ¿Tal vez se quedó pensando en la posibilidad de visitar a alguien?

—Pero si ya he dicho que no conozco a nadie por allí.

—Pero ¿y las flores, Torp? ¿Para quién eran? ¿Llevaba un gran

ramo de flores?

Charlo empalidece poco a poco. Aprieta los dientes.

— Está completamente perdido — dice.

— Un gran ramo de flores variadas. Casi excepcionalmente generoso. Uno que llevaba detrás mucho trabajo.

— Yo nunca compro flores. Esto es una tontería.

— Intente volver atrás, Torp. A la floristería.

— ¿Qué floristería?

— La Floristería de Tina, junto al Cash & Carry.

— Nunca he estado allí.

— El 7 de noviembre, poco antes de las ocho de la tarde. Cierran a las ocho, llegó a tiempo por muy poco. ¿Para quién eran las flores?

— ¡Pero si le estoy diciendo que anda perdido!

— Eran para una señora, ¿verdad?

— No conozco a ninguna señora en Hamsund.

Silencio. Estar sentado notando la fuerza del otro, medir las palabras, pensar. Planificar el movimiento siguiente, recordar. Salvar el pellejo, conseguir salir de ese despacho. Dios mío. No va a salir.

Sejer interrumpe sus pensamientos:

— El ramo costó doscientas cincuenta coronas. Invirtió una buena cantidad de dinero, debía de ser importante para usted.

Charlo agacha la cabeza y calla, tamborilea con los dedos sobre la mesa.

— Va a tener que encontrar otra manera de enfocar esto, porque no le pienso seguir.

Observa la mesa con aire tozudo.

— Torp — dice Sejer con voz queda—. El hecho de que comprara flores el 7 de noviembre no es algo que creamos o sospechemos. Es

algo que sabemos con certeza. Así que llevémoslas con nosotros a Hamsund ya, sin más. Tenemos que seguir avanzando, ¿verdad?

—Tengo la cabeza exhausta. He pasado los últimos días en un hospital. ¿Podemos hacer una pausa?

—¿En qué piensa? —pregunta Sejer.

—Estoy esperando a que empiece a darme caña.

—¿Cree que le voy a dar caña?

—Por supuesto.

—Solo si hace falta. Por tanto, ¿qué hacía antes de llegar al centro ecuestre? Quiero decir, antes de quedarse en el paro.

—Trabajaba en un concesionario de coches. Era un vendedor bastante bueno. Honda y Subaru. Nuevos y de segunda mano.

—¿Le gustaba?

—Sí. Fueron buenos tiempos. Antes de que empezara a liarla en serio.

—¿Por qué lo dejó? ¿Cerraron?

—No —dice con sinceridad—. Me despidieron con efecto inmediato. Cometí un desfalco, una cantidad pequeña, porque tenía deudas de juego. No llegaron a denunciarme. Pero, ya sabe, me quedé sin nada. Y ese es el mayor delito que he cometido en mi vida —dice, y mira de frente a Sejer—. Además, fue un acto impulsivo, nada que hubiera planificado. La tentación fue demasiado grande. Ya tenía deudas. —¿Y qué opina si se ha planificado? ¿Es un delito peor?

—Sí, ¿no le parece?

Sejer bebe agua con gas.

—Por supuesto que utilizamos conceptos diferentes. Premeditado, doloso e imprudente. Y hay una razón para eso. Luego están las circunstancias atenuantes. De hecho, es un concepto jurídico

relativamente nuevo. Antes no existía. Un asesinato era un asesinato y se castigaba de la misma manera. Pero su desfalco tendría alguna circunstancia atenuante. Supongo que estaba desesperado, ¿no?

—Estaba desesperado —asiente Charlo— y, además, avergonzado. No era capaz de mantener a mi familia, era una vergüenza inmensa, insoportable.

—No resulta difícil de comprender.

—Afortunadamente, se lo ocultamos a Julie, no era muy mayor. Pero ahora lo he reconocido, se lo he contado todo.

—¿Ya no tienen secretos?

—No, al menos ninguno importante.

Vacía el vaso.

—Pero el hecho de que esté aquí sentado —dice Sejer—, ¿eso también tendrá que explicárselo?

—Por supuesto. De alguna manera.

—¿Qué le dirá?

—La verdad, por supuesto. Que solo estoy aquí como testigo.

—¿Cree que es así?

—¿Acaso soy sospechoso? Si es así, supongo que tiene obligación de informarme.

Sejer asiente con seriedad.

—Sí —dice—, tenemos motivos fundamentados de sospecha. Por eso está aquí.

—Vaya, vaya —dice Charlo—. Por fin lo soltó. Nadie le va a acusar de precipitarse.

—Pongamos un poco de orden —replica Sejer—. Hay algunas cosas que interfieren. Cosas sin importancia.

—¿Como qué?

—Como el viaje a Kongsberg. ¿Podemos quitarlo de en medio?

—¿Por qué?

—No estuvo allí. Solo intenta llenar la tarde.

—Por supuesto que estuve en Kongsberg. ¿Para qué darle importancia?

—Creo que fue directamente a Hamsund. Y en el asiento de al lado llevaba un gran ramo de flores. Aparcó detrás del hotel clausurado y cogió las flores.

—Parece que lo tiene todo claro. ¿Qué hice después?

—Se dirigió a la calle Fredbo número cuatro. La casa verde. Y llamó a la puerta de Harriet Krohn.

Ya está dicho. Ya salió a la luz. Pero no le zumban tanto los oídos como creía.

—No —dice—, no fui a su casa, no sé quién es.

—Tampoco creo que fuera el caso. Creo que la eligió por casualidad. Pero fue fácil entrar armado con un ramo de flores.

—¡Yo nunca he comprado flores!

—Tranquilo, Torp. Ahora escúcheme. Creo que deberíamos ordenar los datos y no perder el tiempo con cuestiones sin importancia. Sabemos que tenía flores.

—Las compré para Julie.

—¿Así que eran para ella? Pero en estas fechas, en noviembre, no le quería ver. Ya lo ha explicado.

—Era un intento de que me perdonara.

—Pero no funcionó, ¿o sí?

—Llamé a su cuarto, pero no estaba allí.

—Y entonces ¿qué hizo con las flores?

—Las tiré.

— ¿Dónde?

— En un cubo de basura, sin más, en el centro. Estaba decepcionado.

— Tenía muy poco dinero, pero ¿se permitió comprar unas flores muy caras?

— Cuando se trata de Julie no miro el precio.

— Esa visita a su estudio, ¿acaba de recordarla ahora?

— Sí, se me había olvidado. Pero voy recordando poco a poco.

— En otras palabras, ¿hay algo más que también se le pueda haber olvidado?

— No creo. Supongo que había reprimido eso de las flores, fue una derrota.

— ¿No sufrió más derrotas a lo largo de la tarde?

— Sí, ese choque puede llamarse una derrota.

— Pero si no fue culpa suya, tenía preferencia.

— Sí. Pero fue un final asqueroso para una noche asquerosa.

Sejer asiente y anota.

— ¿Así definiría esa noche?, ¿asquerosa?

— Sí. Llegué a casa completamente agotado. Me sentí como si me hubieran pasado por una picadora de carne.

— Utiliza expresiones muy fuertes. Pero ahora se refiere a lo inestable que se sentía ese día. ¿Le dejó agotado?

— Sí. Recuerdo que estaba sentado en una silla, en el salón, y poco a poco volví en mí. Como si hubiera estado muy lejos.

— ¿Lo estuvo?

— ¿Qué?

— ¿Estuvo muy lejos? ¿Fuera de sí?

— Sí, creo que podría decirse así. Como si hubiera perdido el

contacto entre el cuerpo y el alma. ¿Le ha pasado alguna vez?

—Sí, me parece que sí. Te sientes como un robot.

—Exactamente —asiente Charlo.

—¿Se sentía como un robot?

—Podría decirse así, sí.

—¿Qué lesiones se hizo en la colisión?

—¿Lesiones? No, ninguna. Todo quedó en un susto. Y tuve las muñecas sobrecargadas porque me sujeté muy fuerte al volante.

—¿Así que salió ileso del incidente?

—Sí, en realidad salimos ilesos los dos. ¿Al final resultó que sí quedó herido? No dijo nada de eso. Claro que tampoco tuvo oportunidad porque yo perdí los nervios.

—No, no ha dicho nada al respecto. Hablaba de ti.

—Pues yo no me hice nada.

Sejer se reclina en la silla y lo mira meditabundo.

—Tenía el bajo de la parka manchado de sangre. ¿De dónde procedía esa sangre?

—No, vuelve a estar mal informado. No tenía sangre en ninguna parte.

—En la parte derecha del abrigo. Claros rastros de sangre.

—Me parece que ya lo entiendo. Esa parka tenía unas manchas muy feas, puede que el chico creyera que eran de sangre. Sí, en una ocasión cambié el aceite del coche. Y me manché. Por eso la tiré, como ya dije.

—La tiró porque estaba vieja.

—Y manchada.

—Ha vuelto a olvidar un detalle. Busquemos más.

—No, no servirá de nada. No hay más que decir.

— ¿No discutió con nadie en su recorrido por la zona?

— Para nada. Soy un alma pacífica. Y de eso seguro que me acordaría.

— Sí, es pacífico. Le creo. Pero hemos dejado claro que eso no te impide perder los nervios de vez en cuando.

— Muy rara vez.

— Y el 7 de noviembre fue una de esas raras ocasiones. Creo que esa noche le dejó muchas cuestiones por asimilar. Creo que por eso olvida algunas cosas. Intentémoslo de nuevo. Condujo hasta la parte trasera del hotel y aparcó. Un hombre con un perro vio el coche. De nuevo se trata de algo que sé con seguridad, no de una sospecha o una creencia.

Charlo cierra los ojos. Estoy enfermo, piensa, me iré debilitando poco a poco. No tengo que pensar en eso ahora. En voz alta dice:

— Bueno. Debo de haberlo olvidado también. Me quedé fumando un cigarrillo y luego volví a la carretera.

— ¿Qué carretera y adónde fue?

— Por delante de la estación de tren hasta llegar al famoso cruce.

— ¿Fue derecho desde el hotel y chocó?

— Así es.

— ¿De modo que necesitaba un cigarrillo?

— Sí.

— ¿Tenía que colocarse detrás de un hotel viejo para liar un pitillo?

— No, la verdad es que no. Podría haber parado por la carretera, no había nada de tráfico.

— Entonces ¿por qué hizo esa maniobra?

— No lo sé. Tal vez quise esconderme. Estaría casi desesperado.

— Dice que estaba desesperado. Hábleme de esa sensación de

desespero. ¿Fue creciendo lentamente en su interior? ¿O llegó más bien de manera repentina?

—No me acuerdo muy bien. Bueno, creo que sería poco a poco. No lo sé. Fueron muchos sentimientos. Necesitaba desesperadamente encontrar una solución para tantas dificultades.

—¿Era eso lo que iba pensando cuando salió de la ciudad? ¿Que necesitaba una solución?

—Sí, pensé mucho en eso.

—Había descartado la idea de robar un banco. ¿Tuvo otra idea?

—Lo del banco era una broma. Nunca lo pensé en serio.

—Vale. ¿Tal vez se le ocurrió otra cosa?

—No, lo veía todo negro.

—¿Pero a pesar de eso condujo hasta Hamsund? ¿La carretera nacional 134 siguiendo el río, y luego por la carretera comarcal 35?

—Supongo que tenía la esperanza de que ocurriera algo.

—¿Un milagro?

—No creo en los milagros.

—¿Tenía un plan más concreto?

Charlo retuerce las manos, agarra el tabaco. Arranca tabaco del paquete, lo pone sobre el papel de liar.

—Solo eran ideas sueltas.

—¿Me las quiere mostrar?

—No. No voy a correr ese riesgo, puede hacerse la idea equivocada.

—¿Qué clase de idea equivocada?

—Sobre lo que he hecho y lo que no.

—¿Eso le preocupa? ¿Lo que yo piense?

—No soy tan tonto como para no saber lo que está buscando.

—Dígame usted.

—Puede pensar usted solito.

—Puedo. Pero me parece bien llamar a las cosas por su nombre.

No es tan peligroso como cree.

—Sobre eso tengo mi propia opinión.

—Es libre para pensar lo que quiera.

Pausa. Los dos callan. Sejer está perdido en sus pensamientos. Charlo intenta descansar un poco, recuperarse. Dobla los dedos de los pies dentro de las zapatillas. Le sale bien.

—Entonces... Condujo por la calle Fredbo. Aparcó detrás del hotel clausurado, luego se alejó del coche. ¿Adónde fue?

—No fui a ninguna parte. Me quedé en el coche, fumando sin más.

—Vuelve a olvidar algo importante, Torp. El testigo que vio su coche observó que estaba vacío. No estaba allí. ¿Adónde quería ir?

—Puede que caminase un poco por la calle, no me acuerdo bien.

—¿Recuerda la casa de Harriet?

—No tengo ni idea de dónde vivía.

—La casa verde, el número cuatro.

—No, no lo recuerdo.

—Pero estuvo observando las hermosas construcciones, dignas de ser preservadas.

—Las admiré, pero no las miré con atención.

—Cuénteme adónde fue.

—No, pues puede que fuera hasta el final de la calle, y luego diera media vuelta.

—¿Se encontró con alguien?

—Ni un alma.

—Esto es muy importante, Torp. ¿Qué hora era cuando caminó

por la calle Fredbo?

Se olvida de pensar, se limita a contestar con los hechos.

— Debían de ser las diez, o por ahí.

— En otras palabras, ¿lo que tuviera que hacer en la calle Fredbo le llevó media hora? Colisionó a las diez y media.

— Pues me llevaría media hora entonces. Bajar y subir por la calle esa.

— ¿Hizo el recorrido varias veces?

— Hace que suene así, sí. Ya no soy capaz de pensar con claridad.

— Eso es porque estamos moviéndonos en círculos. Tal vez sería mejor que fuéramos directos al asunto, ¿no?

— ¿Qué asunto?

— El asesinato de Harriet Krohn. Esa es la razón por la que está aquí. ¿Lo sabe?

— Por supuesto. Por desgracia, he estado por ese barrio y no tenéis a nadie más a quien agarraros. Por eso estoy aquí. Pero no es un delito ir conduciendo por ahí.

— En absoluto. Pero no dejo de preguntármelo. Subir y bajar por la calle Fredbo durante media hora. ¿Desesperado y deprimido con la parka mojada?

— Sí, estaba totalmente desconcertado.

— ¿Había perdido el control?

— No, no diría tanto. No, decirlo así es excesivo.

— ¿Pensaba en la solución? ¿La que necesitaba desesperadamente?

— Puede. Pero no encontré ninguna. Volví al coche, me alejé de allí y dejé que toda mi desesperación se derramara sobre el chico del Toyota. No hay más que decir al respecto. Lo lamento, seguro que quiere otra cosa. Esto es todo lo que va a obtener.

Sejer vuelve a mirar los papeles.

—Hace media hora ha dicho que eran las diez y media cuando se desvió hacia Hamsund. Ahora cambia de versión. Recorrió la calle Fredbo a las diez. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—En realidad nada. Tengo la cabeza un poco perdida.

Callan. El perro se levanta de repente y gime mirando un buen rato a su amo.

—Torp, salgamos un momento a estirar las piernas. Frank necesita tomar el aire.

El perro pone rumbo a un parterre de flores delante del juzgado. Hurga entre setos ornamentales y plantas perennes en busca de un lugar para hacer sus necesidades. Luego dobla las patas traseras sin estilo alguno y deja caer las heces. Sejer se saca del bolsillo una bolsa para las cacas del perro.

—¿Cómo de viejo puede llegar a ser? —pregunta Charlo.

—Supongo que mucho. Para un perro, quiero decir. Frank es un perro de presa chino. Un Shar-Pei. Espero tenerlo mucho tiempo.

Deja la bolsa en un contenedor de basura. Charlo absorbe el aire fresco. Agradece el descanso, vuelve a tener las cosas bajo control. Se trata de estar prevenido, no irse de la lengua. Es como caminar por un filo.

—¿Es un hombre religioso, Torp?

—Probablemente no. Pero hay una especie de Dios en la periferia. Está sentado de espaldas, por cierto.

—Yo tampoco soy creyente —dice Sejer—, pero tengo en gran aprecio la confesión de los católicos.

Charlo se remanga la camisa.

—¿Por qué? —dice sorprendido, y se para, porque lo hace el perro.

Huele un envoltorio de chocolatina.

—Una confesión es casi una forma de disciplina. Uno está obligado a decir las cosas en voz alta, tiene que dar con las palabras. Y luego, al final de la vida, uno puede alegrarse de no estar lleno de secretos desagradables. Porque uno los ha ido reconociendo poco a poco.

—Usted es un investigador —dice Charlo—, entiendo que sea aficionado a las confesiones.

—Sí, pero no es solo que me gusten. Quiero decir que, en el momento, resulta difícil ver que pueda salir algo bueno de una confesión. Pero a la larga, para el resto de la vida.

—No estoy convencido —replica Charlo—. Me imagino que un pecado se hace mayor cuando se lo enseñas a alguien. Que crece y genera mucho espanto.

—En el momento, sí. Pero me refiero al resto de la vida —dice Sejer—. Pienso en que un día moriremos. Estaremos tumbados en una cama sabiendo que el fin se aproxima. Si queremos ser capaces de superarlo, tenemos que dejar ir la vida. Dejarlo todo. Si no lo contamos, tenemos que llevarnos toda la miseria a la tumba. Eso no me gustaría.

Charlo medita sobre lo que dice.

—Uno no se lleva nada a la tumba.

—No. Pero carga con ello durante el proceso de la muerte. Y seguro que ya es bastante duro tal y como es. ¿O no?

Charlo vuelve a buscar el tabaco. El perro desaparece entre unos arbustos y se pone a cavar ansioso con sus patas de cachorro, la tierra vuela.

—Prefiero los gatos —dice Charlo.

—¿Por qué?

—No se adueñan de nosotros de la misma manera que los perros. El perro está tan presente, es tan intenso... Se hace notar todo el tiempo. Jadea. Pide. El gato está más en la periferia, se sube a tu regazo si le da por ahí, y se larga cuando no quiere más. No interfiere con los pensamientos.

—¿Eso no le gusta? ¿Que interfieran con sus pensamientos?

—No, me irrita. En ese sentido soy bastante infantil.

—¿Así que ese Toyota que chocó con usted interrumpió sus pensamientos?

—Sí. En ese momento estaba profundamente concentrado en otras cosas.

—Cuenta.

—El día había sido largo y duro. Por fin iba a ir a casa. A mi butaca y mi cama. En mis pensamientos ya había llegado a casa, ansiaba llegar. Y me distraje.

Enciende el cigarrillo e inhala.

—¿Porque la tarde le había puesto a prueba?

—Sí. Me puso a prueba. Me sentía empujado hacia un acantilado y debajo solo había un abismo. No podía ver el resto de mi vida, solo oscuridad y desesperación.

—¿No tenía a nadie a quien pudiera llamar?

—No. Solo tengo a Julie. Y a ella debo preservarla a cualquier precio, no va a verse mezclada en mis problemas.

—¿Cree que puede evitarlo? Se hacen mayores. Y entienden muchas cosas.

—Pues sí, tiene razón. Dios sabe que es lista. Pero no soporto la idea de que se preocupe por mí. Los niños no deben preocuparse por los adultos.

—Pero ya no es una niña. Tiene diecisiete años. ¿Qué cree Julie ahora? Sabe dónde está. Está sola con sus pensamientos. Espera. Mira el reloj. Su fantasía se desboca.

—Sí, se lo explicaré. Se lo explicaré —repite, y chupa el cigarrillo. El gesto resuelto.

—Entonces ¿tiene una explicación?

—Por supuesto.

—¿Es buena?

—Eso me parece.

Sejer se dirige a un banco. Se deja caer y Charlo sigue su ejemplo.

—¿A mí me parecerá buena?

Sejer capta su mirada.

—No sé. No creo.

—No me subestime.

—No. Pero usted nunca ha estado en mi lugar.

—He tenido de sobra con ocupar el mío.

Vuelven a callar, levantan las caras hacia el sol.

—No parece un hombre al que hayan puesto a prueba —dice Charlo tras la pausa—. Está muy bien situado. Buen puesto, bonito despacho. Responsabilidad. Autoridad. Yo no tengo nada de eso, nunca lo he tenido.

—¿Lo ha querido?

—Por supuesto. Pero el juego me obsesionó por completo. Lo estropeó todo para mí. Para mi familia.

—Sí, nos obsesionamos con cosas, nos golpean. Pero a pesar de eso siempre podemos elegir.

—Yo nunca lo he sentido así, siempre me he sentido empujado.

—¿Empujado a la ludopatía y al desfalco?

—Sí. Usted habla como la mayoría de la gente. Los que dicen que basta con decidirse y dejar todas las cosas destructivas. Eso es un indicio de falta de imaginación y de comprensión de lo que es una persona.

—¿Y qué es una persona?

Charlo cierra los ojos.

—Habrá tantas respuestas como personas hay en el mundo. Y odio toda esa palabrería sobre el libre albedrío.

—Porque siente que no lo tiene. Pero muchas personas dirían que lo tienen. Le da envidia, por eso desdeña el concepto.

—Hay que ver qué psicológico es.

—Es parte del trabajo. Siento verdadera curiosidad por todo tipo de personas.

—Yo no soy muy interesante.

—Tiene que dejar que sean otros quienes decidan eso. No es dueño de la percepción que tienen de usted los demás.

Frank llega de repente tropezando con algo en la boca.

—Pero bueno —dice Sejer agachándose—. ¡El muy gamberro ha encontrado un hueso!

—Parece podrido —comenta Charlo.

—No importa. Mire lo orgulloso que está.

—Sí, sus vidas son sencillas.

—¿Mientras que la suya es más complicada?

—Tal y como es ahora —dice Charlo—, todo el resto de mi vida es un paisaje nebuloso. No puedo distinguir nada que sea seguro.

—Eso suena dramático.

—Sí. Hay muchas cosas que usted ignora.

—Siéntase libre para contármelas. Estoy aquí sentado.

—Intento conservar un poco de dignidad.

—No tengo intención de quitársela, no me conviene. La dignidad es importante.

—Creo que nunca la he tenido.

—Ahora suena extremadamente pesimista. Ha pagado su deuda, ha conseguido un trabajo y todo. Se ha reconciliado con Julie.

—Sí. Pero queda un largo camino por recorrer. Si soy capaz de caminar.

—¿Qué está diciendo?

—Nada.

Calla de nuevo, se agacha y le roba el hueso al perro. Gruñe instantáneamente y empieza a rasparle los pantalones. Se quedan sentados veinte minutos. Charlo absorbe el calor del sol. De vez en cuando mueve las piernas con cuidado, siente que están allí. Parecen sanas, puede balancear el pie, al menos por ahora.

Sejer pregunta.

Todo el tiempo emplea ese tono tranquilo, no hay nada amenazador en él. Charlo responde. Siempre tiene que pensar primero, poco a poco su cabeza se va cansando, pierde la perspectiva de lo que tal vez ya haya respondido. Un cierto grado de desconcierto. Se pone nervioso. Siente una necesidad incontrolable de contarle todo, de seguir adelante. Poder tumbarse en una cama, cerrar los ojos, vaciar la cabeza. No, dice una voz en su interior, ¡debes callar!

—¿En qué pensaba sentado en el coche detrás del hotel clausurado?

—Pues no estoy seguro de eso, no. Pensaba en todo y en nada. Los pensamientos iban en todas las direcciones, estaba desconcentrado. Sería por eso por lo que choqué. En condiciones normales me habría

dado cuenta de que el Toyota no iba a parar.

—Pero ¿nada era normal?

—Estaba acorralado en un rincón. Y ese impacto me arrastró por el aire. La verdad es que lo siento mucho. A ratos me dio por pensar que lo iba a buscar, para explicárselo, y pedir perdón. Se sintió muy desgraciado cuando le empecé a regañar y a gritar. Quiero decir que normalmente tengo modales. Mis padres le daban mucha importancia a eso, me enseñaron a relacionarme con la gente y sé hacerlo.

—Seguro.

—Cuando era joven y le hacía la corte a Inga Lill, actué según todas las reglas. Tenía trabajo y casa. Mucho que ofrecer. Se me hace raro pensarlo ahora.

—Pero luego lo perdió todo, ¿no? Cuénteme cómo empezó.

—Fue como dejarse arrastrar por una corriente. El juego. El premio. Todo lo que perdía no era más que una parte imprescindible, cada premio lo compensaba todo. ¿Nunca lo ha probado?

—No, nunca juego. Ni quinielas ni lotería primitiva. Ni ningún otro juego. Tengo un nieto y me he ocupado de él durante toda su infancia. Le he leído, lo he llevado al cine, jugado al fútbol, corrido por el bosque, lo he llevado de viaje. Pero hasta el día de hoy no hemos jugado nunca a nada.

—¿Por qué no?

—Tengo miedo de que gane.

Charlo lo mira por encima de la mesa.

—En otras palabras, ¿ahora mismo también tiene miedo? No tiene ni un solo caso sin resolver en toda su carrera en la policía.

—¿Así que vio ese artículo?

—Fue Julie quien lo vio en el periódico.

— ¿Le pone nervioso?

— No, estoy impresionado, por supuesto. Pero esa serie tendrá que interrumpirse alguna vez. Puede que se interrumpa este año. Porque no sea capaz de capturar al asesino de Hamsund.

— No he perdido la esperanza. Soy tenaz.

— Seguro. Pero puede que él también lo sea. ¿Ha pensado en esa posibilidad?

— Con frecuencia.

Charlo vuelve a mirar en dirección a Frank.

— La verdad es que tiene muy bien adiestrado a ese perro. Y eso que es un cachorro. ¿Cómo lo ha conseguido?

— Para mí también es un misterio. Pero Frank, él hace lo que le digo. Me ha salido gratis. No merezco que me admiren por ello. ¿Qué pasa con usted y los caballos? ¿Tiene buena mano con ellos?

— Sí, no me cuesta nada. Estoy seguro de mí mismo en mi trato con ellos. Es cuestión de saber leerlos, porque emiten una infinidad de señales que hay que interpretar.

— ¿Cómo lo ha aprendido?

— Creo que es un talento que tengo de nacimiento. Nada por lo que merezca ser admirado.

Sejer entrelaza las manos en la nuca y se estira en su silla.

— Pero habrá algo por lo que merezca ser admirado, ¿no?

— No sé muy bien por qué. Sí, trabajo duro para Møller. Y me ocupo de Julie. Es tarde, pero valioso, por así decirlo.

— ¿Tiene algún otro adulto al que pueda acudir?

— No, solo amigos de su misma edad. ¿Por qué lo pregunta?

— Curiosidad, nada más. Dice que el resto de su vida está borroso. ¿Tal vez sea bueno que sea casi adulta?

— Es bueno.

— Volvamos a la calle Fredbo.

— No tengo muchas ganas.

— Lo entiendo, Torp. Pero no nos queda más remedio.

— Nunca volveré allí, en realidad me repele. Me parece que ya he dicho suficiente.

— ¿Pasó algo en especial allí de lo que no soporta tener que hablar?

— Creo que he contado lo que tenía que contar. Lo siento, pero no tengo más que dar.

— ¿Ni siquiera pequeños detalles?

— Sobre todo son detalles lo que no tengo.

— ¿Le resultan desagradables?

— Estoy empezando a preguntarme si tal vez necesito un abogado.

Sejer asiente.

— ¿Qué opina usted? ¿Le hace falta?

— No, no he hecho nada.

— En ese caso no tiene más que decir las cosas como son. Que compró un ramo de flores para poder entrar en la cocina de Harriet Krohn. Estaban sobre la encimera de la cocina, Torp. Lirios, rosas y anémonas.

— Sí, recuerdo ese ramo, pero era para Julie.

— Describa el ramo que compró.

— No, por Dios. Eran distintos tipos de flores, y no sé el nombre de ninguna de ellas.

— Pero dijo que lo recordaba. ¿Puede que recuerde los colores?

— No, había algo rosa y algo azul. No pedí nada en especial, le pedí que hiciera un ramo mezclado.

— ¿Y en qué contenedor de basura acabó?

—Puede que fuera junto a la gasolinera Shell, al final de la calle Oscar. Me detuve allí después de haber estado en casa de Julie.

—¿Por qué?

—Pues... pasé por el quiosco.

—Vaya. Otra visita que había olvidado. Dijo que no había entrado en ningún sitio.

—Sí, pero empiezo a estar cansado. No es extraño que me haga un poco de lío.

—En absoluto, lo entiendo. Por eso sigo preguntando. Porque creo que tarde o temprano llegaremos a las cosas que importan.

—¿Y cuáles se supone que son?

—El asesinato de Harriet Krohn. Torp. Respóndame a esto. ¿Qué clase de arma llevaba?

—No tenía ningún arma.

—¿Un bate?

—No.

—¿Un martillo tal vez?

—Escúcheme, estoy diciendo que no. ¡No tenía ningún arma!

—¿Solo flores?

—Sí. O no. Me estoy haciendo un lío. ¿No puede ir un poco más despacio?

—Lo siento.

Sejer se reclina a la defensiva.

—Así que fue a casa de Harriet ¿y solo iba armado de flores?

Charlo calla. ¿Qué es lo que acaba de reconocer?

—No, no estuve en casa de Harriet.

Sejer vuelve a inclinarse al frente.

—Veamos, Torp, no vuelva a meterse en un callejón sin salida, así

no llegaremos a nuestro destino.

—¿Y adónde cree que vamos?

—A la verdad. Vamos a la verdad.

—¿Y cuál cree que es la verdad? ¿Que yo maté a Harriet Krohn?

—Aquí usted es el que tiene las respuestas. La explicación. No quiero adivinarlas. Pero puedo actuar con sencillez y preguntarle directamente. ¿Mató a Harriet Krohn?

—No.

—Estaba viva cuando se marchó de la casa. ¿Es eso lo que está diciendo?

—Sí.

Se lleva las manos a la cabeza. Deja salir el aire de los pulmones, intenta retorcerse.

—Estaba en el suelo. En la cocina.

Se derrumba en la silla y esconde la cara entre las manos. Se acaba de desplomar por un acantilado.

—¿Por qué?

—Le di un pequeño empujón.

Vuelve a levantar la mirada hacia Sejer, quiere salvar los restos del naufragio.

—¿Es así como lo describiría? ¿Un empujón?

—Sí. Pero era bastante delgada y frágil, puede que se diera con el borde de la encimera al caer. Puede que se desmayara.

—¿Y usted la dejó así? ¿Tumbada junto a la encimera?

—Sí. Me entró el pánico, ya sabe, pensé que tal vez se había hecho daño.

—Sea un poco más concreto, Torp. Había una gran cantidad de sangre en la cocina. Sabía con certeza que estaba herida. ¿Entró en

pánico?

—Sí.

—Pero no tanto como para no llevarse la plata. ¿Encontró dinero en efectivo también?

Charlo hace una mueca.

—Sí, encontré unas coronas en su dormitorio.

Mira por encima de Sejer, por la ventana, a las nubes.

—¿Podría precisar un poco más la cantidad?

—No, eran unos cuantos billetes de mil.

Sejer asiente para sí.

—¿De modo que ese premio de la Loto no existe?

—No, fue un invento.

—¿Por qué la empujó?

—Porque se puso como loca cuando abrí su aparador. Se tiró sobre mí por la espalda y empezó a arañar y a gritar. Tengo que reconocer que me desesperé, ya sabe que a veces me pasa. Y no podía comprender que se tomara tan a pecho lo de la plata.

—¿Así que empujó con fuerza?

—No especialmente. Se levantó y siguió y recuerdo que me pareció que era muy codiciosa con la plata, como si fuera su posesión más preciada. Podría haberme dejado cogerla sin liarla, le habría ido mucho mejor.

—Torp. Está muerta. La mataron.

—Sí, pues no lo puedo entender, porque yo solo le di un empujón, como ya he dicho. Se fue corriendo a la cocina, y yo corrí detrás de ella, empujé otra vez, y resultó una fatalidad que se acabara dando con la frente en la encimera de acero, pero fue así como sucedió. Y yo no considero que eso sea un asesinato, quiero decir que fue un

accidente. Nada que hubiera planeado por adelantado.

Sejer calla y toma notas. Charlo tiene la boca seca, pero el vaso de agua con gas está vacío. Espera, hay mucho movimiento dentro de su cabeza.

—Torp —dice Sejer despacio—. Ha llegado lejos y lo aprecio. Pero está dejando fuera algunas cosas importantes. Su explicación no llega del todo a la meta.

—Pasó como digo. Solo quería su plata, me molestó y le di un empujón.

—Pero hicimos varios hallazgos en la fallecida. Y sus lesiones no coinciden con su explicación. En otras palabras, tenemos un problema. Tengo que pedirle que me de más detalles.

—Ya he dicho que no me gusta mucho entrar en detalles. Me parece que ya le he dado mucho, he llegado muy lejos.

—Y se lo reconozco. Es indudable que ya estamos muy cerca de la meta. Pero si Harriet se hubiera caído y se hubiera golpeado con la encimera, tendría un chichón en la frente. El caso es que la fallecida presentaba bastantes lesiones. ¿Con qué la golpeó?

—No la golpeé. Prácticamente la aparté de mí porque se me había pegado como una lapa. Estaba muy molesto.

—El arma, según nuestros expertos, probablemente era metálica con un borde afilado. ¿Tiene alguna sugerencia?

—Debió de ser el borde de la encimera.

—No es afilado, está más bien redondeado, lo vi yo mismo cuando estuve en la casa.

—Entonces no tengo nada más que ofrecer. No tengo más que decir.

—¿Cuándo llegó a su casa?

—Eran más o menos las diez.

—Cuénteme lo que pasó.

—Ya he dicho que estaba desesperado. Llamé a la puerta y ella abrió. Dije que venía a entregar unas flores, que necesitaba un recibo. Entró en la casa para coger las gafas y yo la seguí. Vi el aparador enseguida y supuse que las cosas de valor estarían allí. Abrí las puertas y saqué los cajones. Había mucha plata y era antigua. Pero entonces se alteró por completo. Se tiró encima de mí, yo me defendí lo mejor que pude para mantenerla alejada. En realidad fue curioso, parecía tan frágil, pero en ese preciso momento fue fuerte y estaba totalmente frenética. Me pareció una tontería. No iba a por ella. Corrió a la cocina y yo fui tras ella. Entonces la empujé contra la encimera. Se desplomó en el suelo. Y, claro, me asusté un poco, pero lo que quería era largarme de allí.

—¿Cómo se llevó la plata?

—La metí en una bolsa de tela que llevaba.

—¿Y el dinero?

—Lo encontré en el dormitorio, dentro de un armario.

—¿Y luego?

—Me fui de la casa. Me senté en el coche. Claro que estaba un poco tembloroso. Pero todo pasó muy deprisa. Fumé un cigarrillo que había liado y arranqué el motor. Bajé hacia la estación de tren. Y colisioné. Y fue entonces cuando perdí los estribos de verdad, como ya he explicado.

—¿Qué hizo con el arma?

—No tenía ningún arma, solo soy un vulgar ladronzuelo, no crea que soy otra cosa.

—Será acusado de asesinato con ensañamiento. Es algo

completamente diferente.

—Entonces tiene que pedirle al forense que compruebe si no sufrió una hemiplejia o un derrame cerebral como consecuencia del susto. Porque yo no he matado a nadie, no soy así.

Sejer se reclina en la silla, da la impresión de que descansa un poco y cierra los ojos unos instantes.

—Tenía varias fracturas en el cráneo —dice por fin—. En total, trece.

—Esos viejos tienen los huesos frágiles, no aguantan casi nada.

—¿En qué momento se decidió a dar el golpe en la casa de Harriet Krohn?

—Mientras daba vueltas por la ciudad y buscaba desesperado una solución.

—Dice que no lo planeó.

—Sí, fue un impulso.

—Pero llevaba una bolsa de tela para la plata, ¿no? ¿Se la llevó de casa?

Charlo se muerde el labio.

—¿Puedo tomar un poco de agua?

Sejer asiente y se levanta, se acerca a la nevera a buscar una botella.

—No, esa bolsa estaba en el coche de antes, era para la ropa de gimnasia de Julie, se había quedado en el asiento trasero.

—Qué conveniente, Torp.

—Sí.

—Déjeme que aclare esto. Había gran cantidad de sangre en la cocina. Un gran charco alrededor del cadáver. Tanta sangre no mana del cuerpo si uno se ha caído y se ha golpeado la frente contra un canto.

—Lo de la sangre tendrán que averiguarlo, no me corresponde a mí explicarlo.

—Es el arma que ha utilizado lo que lo explica. Démela ahora, no pierda el tiempo. Tiene una hija que espera noticias tuyas, y todos tenemos que seguir con nuestras vidas.

Charlo bebe agua con gas.

—No veo qué importancia pueda tener. Desgraciadamente está muerta, y todo lo demás son detalles que no la devolverán a la vida.

—Piénselo. Tiene que defenderse. Y para eso todo tiene que ser correcto. Si miente en el juicio, el jurado lo usará contra usted.

—Pero por Dios...

—Sí, también por él, si quiere, pero sobre todo por usted. ¿Con qué la golpeó?

Charlo cierra los ojos con fuerza y los vuelve a abrir. Bueno. Pues tendrá que andar ese último trecho también, necesita descansar, necesita dormir. Necesita volver en sí.

—La culata de un revólver.

Sejer suspira satisfecho.

—Bien, entonces hemos aclarado ese punto. ¿De qué clase de revólver estamos hablando?

—Un viejo Husqvarna de la guerra. Me lo dejó mi padre. Y para que quede claro, le digo que no estaba cargado. No quería hacerle daño a nadie, solo tenía que servir para intimidar.

—¿Y en lugar de eso se usó para golpear?

—Sí, fue tan insistente... Joder, me descolocó por completo. Así que la golpeé una vez en la cabeza. Eso de la encimera no era correcto, pero no quisiera parecer un asesino de sangre fría, porque no lo soy. Pero me está jodiendo con tanta presión y ya no puedo más. Vamos a

terminar con esto ya porque ya lo he dicho todo.

—¿Cuántas veces golpeó?

—No, solo golpeé una vez. O puede que fueran dos.

—Torp, déjeme que lo repita. Tenía trece fracturas en el cráneo.

—No puede ser, no es así como yo lo recuerdo.

—Tenía la cabeza machacada. Y parte de la sangre salpicó su parka.

Charlo tiene la cabeza caída.

—¿Cómo me encontró? —pregunta de repente—. Después de tanto tiempo. Me resulta inconcebible.

—Es pura investigación sistemática. Un trabajo que lleva tiempo. Incontables conversaciones con muchas personas sobre todas sus minúsculas observaciones. No le daré una respuesta más detallada que esta. Pero tengo que preguntárselo. ¿Por qué escogió a Harriet?

—No, fue una casualidad. Yo iba de vez en cuando a la cafetería a la que ella iba con una amiga. Un sitio para mayores. Me fijé en ella enseguida. Vestía de manera un poco miserable, una de esas que no gasta dinero en sí misma. Que solo ahorra y ahorra año tras año. Además estaba muy delgada. Y llevaba un grueso brazalete de oro alrededor de la muñeca. Una especie de promesa de que tenía dinero. La seguí hasta la casa verde y vi que vivía sola.

—¿Así que lo planeó durante un tiempo?

—En realidad no. Solo me sentí arrastrado.

—¿Está preparado para hacer una declaración completa?

—¿Tenemos que volver a pasar por esto? No sé si tendré fuerzas.

—Entiendo que esto le ha costado, Torp. Cuanto más detallado y directo sea, antes acabaremos con ello. Luego podrá descansar.

—Hagan lo que hagan, ¡no le quiten el caballo a Julie! No creo que

ella pueda soportarlo.

—Tendría que haberlo pensado antes.

—¡Pero solo vive para él! Y ella no debería sufrir por lo que yo he hecho.

—¿Lo pagó con el dinero de Harriet?

—Sí. Vendí la plata.

—¿A quién?

—No, no se me ocurriría chivarme de nadie.

—Tal y como están las cosas, creo que debería pensar en usted y en su propia situación. Y perdone esta pregunta, antes de que nos pongamos en marcha y empecemos por el principio. Hay un pequeño detalle por el que siento curiosidad.

—¿Sí?

—¿Cómo se rompió esa paleta?

Charlo se tapa la boca con la mano. Mira hacia atrás.

—Pasó hace cinco años. En una ronda de pubs. Había bebido de más y fui al baño. Al salir me tropecé con el suelo y me golpeé la cara con el borde del lavabo. Me tropecé —dice de pronto, y recuerda algo. Que siempre le echaba la culpa a la borrachera. Puede que en realidad lo que pasara fuera que la pierna le fallara de pronto. Ya entonces. Se queda callado.

—Torp. ¿En qué piensa?

—En que debería haberlo arreglado, pero no me lo podía permitir. No tiene muy buen aspecto, ¿verdad?

—Al contrario —dice Sejer, y sonrío—. Es un pequeño y encantador detalle. Uno de esos en los que uno se fija, y luego recuerda.

Pasa cuatro semanas en prisión preventiva.

Después, cuatro semanas más, sin poder recibir correo ni visitas. La mayor parte del tiempo dormita sobre el estrecho camastro debajo de la ventana, se deja ir y lo olvida todo hasta que despierta incómodo por el sonido de las llaves que golpean la cerradura. Los días son iguales, se mezclan los unos con los otros, sin nada que los distinga. Con frecuencia se queda sentado junto a la ventana mirando al exterior. No pasa mucho ahí fuera, una mujer montando en bicicleta se convierte en un acontecimiento digno de aprecio, se fija en todos los detalles, la pintura brillante, la falda que el aire mueve, un atisbo de piernas desnudas y doradas. Un par de niños dan vueltas sobre monopatines. Cosas insignificantes. Los cúmulos de nubes, el movimiento de los árboles en el viento, las grandes copas oscilantes. Una bandada de pájaros en el cielo.

La comida es de su gusto. Come bien. Por la tarde le dejan dar unas vueltas por el patio y fumar. Les informa de su enfermedad, los alecciona con voz grave de lo que puede ocurrirle dentro de unos años. Escuchan y asienten, pero no le corresponden con la simpatía que desea. De momento se defiende, pero a veces espera que se produzca el gran brote. La enfermedad es como un volcán adormilado, con frecuencia está tumbado en el camastro intentando darse cuenta de qué siente. No hay nada en su cuerpo que le pase desapercibido, nada que no se cuestione. Una punzada en el costado, una sensación en la pantorrilla, todo es analizado.

Por fin le conceden autorización para recibir visitas. Avisa a Julie y se dedica a esperar. Camina en un pequeño círculo en la celda, camina hasta que el cuerpo entra en calor. Tiene tanto que compartir... Ella tiene derecho a una explicación, claro. Sabe que dispone de las palabras necesarias. Lo ha repasado todo tanto tiempo en sus

pensamientos y después con su abogado... Sabe que puede explicar el pánico. Cuando se tiró sobre él por detrás y empezó a gritar. Mira el reloj, mira por la ventana. Alisa un poco la manta sobre el camastro, se coloca nervioso el cuello de la camisa. Julie es tan sabia, tan sensata... Tiene fe en que todo irá bien. Se pasa los dedos por el cabello, mira la hora y espera. Sus oídos orientados hacia el pasillo, pendiente del sonido de pasos y llaves. Enseguida estarán en la puerta y dirán: tienes visita, Torp. Desde la calle Oscar hasta el juzgado se tardan exactamente cinco minutos a pie. Seguro que será puntual. Segurísimo que se alegrará de verlo, da una vuelta otra vez. Se prepara, siente que tiene el control. Termina por detenerse junto a la ventana. Ahí fuera el tráfico es escaso. Algún que otro coche, una mujer con un cochecito de bebé, hace calor y el sol brilla. No se le ocurre pensar que estará en esa habitación durante años, le resulta inconcebible. No se le ocurre pensar que vaya a cumplir condena, estando enfermo. Por eso se nota animado, despreocupado, y solo piensa en que pronto llegará Julie.

Está completamente seguro de que vendrá.

La ciudad está en permanente transformación y recuerda a un solar en obras con maquinaria pesada y grúas. La gente anda por las calles, los bondadosos y los malvados. Los débiles y los fuertes. Los que nunca han sido puestos a prueba. Los que viven en la feliz ignorancia de lo que realmente habita en ellos, lo que hay en los recovecos oscuros de la mente. En la zona este vive la clase media, en el oeste los ricos, y cuanto más sube uno por la ladera, más grandes y caros son los chalets. Al pie de la ladera está el juzgado. Una construcción levemente arqueada de un gris sucio de hierro, vidrio y hormigón. En el sexto piso está la prisión comarcal. El sol bajo impacta contra una ventana, proyecta un rectángulo de luz sobre el suelo

verde. La celda tiene ocho metros cuadrados y contiene un escritorio y un camastro. Sobre el camastro yace tumbado un hombre. Está inmóvil, con las manos como un cuenco bajo la cabeza, y separa un poco los dedos de los pies dentro de los calcetines. El tiempo se desliza por su interior, igual que el río en el exterior, incansable y constante. Espera que llegue el almuerzo y siente que su estómago protesta. Decide escribir una carta. Escribir es un acto alegre y así conseguirá que pase la última hora. Se levanta y se acerca a la mesa, retira la silla. Abre un cuaderno de rayas. Respira profundamente y pone el bolígrafo sobre el papel, escribe.

Julie, hija mía:

Soy papá otra vez, perdona que insista, pero ya sabes, tenemos tantas cosas de las que hablar, por eso seguiré escribiéndote hasta que me contestes. Me contestarás, ¿verdad? Supongo que recibiste mi aviso de que ya me dejan recibir visitas, solo tienes que venir, aquí se portan bastante bien, pero estaría bien que avisaras antes por teléfono para que me dé tiempo a prepararme, tengo que reconocer que estoy un poco nervioso, pero nos conocemos, y podemos solucionar esto, de eso estoy seguro. Te presentarás aquí un día que te venga bien, yo no voy a ninguna parte, y necesito de verdad poder explicarme. Tienes derecho a una explicación. Ya lo sabes todo. Ya sabes cómo están las cosas, estoy gravemente enfermo, mi futuro es incierto, en el peor de los casos acabaré siendo dependiente, seguro que entiendes lo serio que es, que estamos obligados a mantenernos en contacto, yo no tengo a nadie más. Eso es única y exclusivamente responsabilidad mía, lo sé, pero no deja de ser doloroso estar tan solo como lo estoy yo ahora, es insoportable.

Veo que los demás reciben visitas, y me amarga ser el único que está solo en su celda las veinticuatro horas. Supongo que estás muy ocupada con los exámenes y esas cosas, sé que trabajas mucho y que tienes tus metas claras, y por supuesto que me alegro de que des prioridad a los estudios, la formación es importante, y para poder entrar en Veterinaria necesitas buenas notas. Así que tú lánzate a la tarea y esfuérsate, pero no olvides que yo estoy aquí esperándote. Espero que seas un poco comprensiva. Ya eres casi adulta, eres una persona sensible, puede que necesites tiempo, tal vez estés en estado de shock, pero se te pasará. Seguimos trabajando duro, el abogado y yo, para que me pongan en libertad por motivos de salud, pero déjame que añada que tenemos otras opciones. Cuando recuerdo ese día terrible, el 7 de noviembre, son varias las cosas de las que me voy dando cuenta, porque ya sabes, aquí dispongo de mucho tiempo y he hecho examen de conciencia, analizado la situación y qué fue lo que realmente ocurrió. Recorrí las calles como si estuviera perdido, tenía el cuerpo febril, circulaba por una vía sin freno. Por delante solo tenía un abismo, detrás todo era miseria, era como llevar una manada de perros salvajes en los talones, estaba bajo tanta presión que mi raciocinio se vio afectado, si entiendes lo que quiero decir. Todas esas cosas fueron demasiado para mí, me he dado cuenta de que probablemente tuve un brote psicótico. Recuerdo como algo lejano una discusión dentro de mi cabeza, eso es un síntoma de enfermedad, por supuesto que ya lo sabes, que la enfermedad mental necesariamente debe llevar a mi liberación, hay mucha documentación de casos similares. Creo que no era responsable de mis actos, por fin lo he comprendido.

Si he de cumplir alguna condena por esto, debe ser en un hospital, es cierto que he confesado, pero no voy a admitir que sea culpable, un consejo de mi excelente abogado, que se llama Friis. Ahora sabes cómo están las cosas.

La enfermedad sigue desarrollándose, con frecuencia me caigo cuando voy camino del patio, me desplomo en el pasillo, y los agentes acuden de todas partes, intentan levantarme, no sé si reír o llorar, y a veces dejan caer comentarios graciosos, intento tomarlo a broma. Intento comprender por qué tiene que pasarme esto a mí. Por las noches estoy tumbado en el camastro pensando en el futuro, no es muy prometedor, pero no por eso he dejado de adaptarme, no me quejo, pero sueño mucho con los buenos tiempos contigo y con Crazy. No he hecho amigos, no me siento identificado con el resto de los que cumplen condena.

Julie. Mi querida Julie. No te preocupes por Crazy, por supuesto que encontraré una manera de solucionarlo y, si hiciera falta, vendería la casa, para que puedas pagarlo con dinero limpio. Mi abogado me ayudará, al menos hay una persona que está de mi parte. No quería que esto sucediera, creo que lo sabes, y sería bueno que lo dijeras en voz alta, creo que no es mucho pedir. ¿No podrías hacer algo de introspección para dar con un poco de tolerancia? ¿Algo que hiciera mis días más llevaderos?

El sistema judicial es implacable, una trituradora que muele sin cesar. Con frecuencia me siento agotado, vacío de fuerzas, pero tengo en mucho aprecio a los agentes, no les importa qué hayamos hecho, hacen su trabajo, son amables y, permíteme añadir esto, bastante más comprensivos que el resto de la gente.

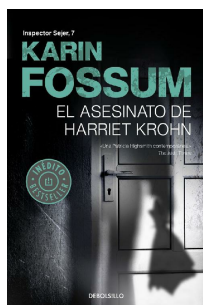
¿Te cuidas? Lo peor de todo es no poder ocuparme más de ti,

pero en mis pensamientos estoy siempre contigo y, aunque ahora me hayas dado la espalda, estamos unidos por vínculos indisolubles. No pierdo la esperanza de que tal vez me respondas, de que un día vengas a visitarme. Esta carta no será larga, es que es la hora del almuerzo y tengo hambre, no he perdido el apetito, hay que comer, intento alegrarme de las pequeñas cosas, intento resistir, y me traen lectura a la celda, eso está bien, así las horas pasan deprisa. Volveré a escribirte la semana que viene. No te creas todo lo que leas en los periódicos, intentan mostrarme como un asesino de sangre fría y no hay nada que esté más lejos de la verdad, eso lo sabes tú, que me conoces, pero soy yo quien sabe la verdad, nadie más vio lo que ocurrió, y todo puede explicarse. Si tan solo me dieras la oportunidad.

¡No soy una mala persona!

¡Por Dios, Julie, tienes que creerme!

La séptima entrega de la serie del inspector Konrad Sejer



Charlo Torp no es un hombre afortunado. Aún llora la muerte de su mujer, ha perdido su trabajo y las acuciantes deudas de juego lo han distanciado de su hija adolescente. Desesperado, su solución pasa por el crimen. Así se presenta en el apartamento de una anciana, flores en mano, con el plan de robarle una antigua cubertería de plata. Sin embargo, ella, Harriet Krohn, se resiste, lucha, y Charlo pierde definitivamente el control.

A la mañana siguiente, el inspector Sejer es llamado a la escena del crimen. Harriet Krohn ha muerto, sus objetos de valor han desaparecido y la única pista en el piso es un ramo abandonado. Charlo Torp deberá hacer frente a un investigador que, hasta el momento, ha resuelto todos los casos que se le han asignado. La única pregunta es: ¿cuán lejos está dispuesto a llegar para dar un vuelco a su vida?

«La descriptiva prosa de Fossum recuerda a los lectores, pero también a los criminales, que los detalles que maldecimos son los que nos salvan»

The Washington Post

«Una Patricia Highsmith contemporánea»

Irish Times

«Los fans de la autora y sus nuevos lectores saborearán este punzante estudio de un hombre abocado al abismo»

Publishers Weekly

«La extraordinaria disección de un crimen y sus consecuencias»

Crime Fiction Lover

Karin Fossum , nacida en Sandefjord, Noruega, en 1954, es una de las autoras más consolidadas de la nueva narrativa policíaca escandinava. Su estilo se centra en la introspección y en las motivaciones psicológicas de los personajes que protagonizan sus historias criminales. Tras su debut con *El ojo de Eva* , Karin Fossum ha merecido lo más granado de los premios literarios escandinavos: *No mires atrás* recibió los premios Riverton y La Llave de Cristal a la mejor novela policíaca; *¿Quién teme al lobo?* fue galardonada con el Premio de los Libreros Noruegos, y *Una mujer en tu camino* fue calificada como «la mejor novela negra noruega de todos los tiempos» por el prestigioso diario Dagbladet. *Presagios* , *Segundos negros* , *La luz del diablo* y *El asesinato de Harriet Krohn* completan su biblioteca en Debolsillo.

Título original: *Drapet på Harriet Krohn*

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2004, Cappelen Damm A.S.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Lotte Katrine Tollefsen, por la traducción

Diseño de portada: Sophie Guët

Fotografía de portada: © Valdux / Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-6634-516-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

[1] El apellido Sejer se pronuncia igual que el sustantivo «seier», que en noruego significa «triunfo».

Índice

[El asesinato de Harriet Krohn](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Karin Fossum](#)

[Créditos](#)

[Nota](#)